



**EN LOS
OJOS DE
GABRIELLE**

Mariant Herrera

EN LOS OJOS DE GABRIELLE

Mariant Herrera

ISBN: 9781980334637

Portada: Sobre ilustración de
Stefan Keller y Nastya—gepp
Realizada por A. Heras Espín.

Mi hermana me inspiró el personaje de Lucia.

Dedicado a todos los que como mi hermana Lola lucharon y perdieron contra el cáncer, pero que con su ejemplo nos han dado una lección de vida.

Marina salió de la consulta del traumatólogo viéndose libre al fin del opresivo collarín de los últimos dos meses en compañía de su amiga Irene.

—Tienes que sentirte extraña —Irene miró como su amiga se acariciaba el cuello.

—Parece increíble poder mirar de nuevo al suelo y poder ver mis pies después de tanto tiempo —Marina movió la cabeza en varias direcciones— Con la mala suerte añadida que ha sido en verano, a finales de septiembre poca playa voy a poder disfrutar ya.

—Pero tuviste mucha suerte de salir de un accidente tan grave con solo un esquinco cervical y eso es lo importante. Fue un milagro.

Recordó el accidente dos meses antes cuando el pinchazo de la rueda de un vehículo en dirección contraria a la suya la echó de la carretera de la costa por la que conducía. Rompió la mediana y se precipitó desde más de diez metros al vacío cayendo en el agua. Tuvo suerte de caer sobre unas rocas medio sumergidas que amortiguaron la caída y que impidieron que el coche quedase cubierto por el agua, ésta solo le llegó al cuello. Un par de horas tardaron los bomberos en liberar su cuerpo del amasijo de hierros en que quedó convertido su vehículo, aunque, ella y para asombro de todos salió solo con la pequeña lesión de cuello que la había obligado a llevar collarín hasta hoy.

—Por fin podrás probarte el vestido de novia, no sé porque te has negado a hacer ninguna prueba —Irene pulsó el mando de apertura al llegar a la altura de su coche en el que la había acompañado—. El escote es palabra de honor y no te afectaba el collarín.

—No me apetecía llevar un vestido de novia con eso puesto —sonrió Marina abriendo la puerta del acompañante y sentándose en el interior— me daba mal fario. Tantos años para decirme a dar este paso, no me seducía mirarme en un espejo con esa pinta.

—La referencia a su boda le dejó una expresión melancólica, algo que pasó inadvertido a Irene enfrascada en incorporarse a la circulación. Esperaba que con la vuelta a la normalidad desapareciese el extraño estado de ánimo de

esos últimos meses que terminó achacando a la inactividad provocada por el collarín y al impacto de salir con vida de un accidente que todo el mundo calificó como mortal. Desde que terminó la carrera diez años antes su vida había ido rodada, sin altibajos ni en asuntos profesionales ni sentimentales. Suspiró y fijó la atención en Irene que en ese momento hacía un comentario.

—Sí, la verdad es que no es muy normal diez años de noviazgo y más si como en este caso no vivís juntos.

—Buscábamos estabilizar la situación laboral y Alberto ha cambiado de empleo tres veces desde que acabó la carrera y a mí no me han hecho fija en la empresa hasta hace dos que me decidí a comprar la casa. Su master en Estados Unidos ha costado mucho dinero y he tenido que cargar yo con todos los gastos y aún hay habitaciones por amueblar.

Irene hizo un gesto de impaciencia al repartidor parado en mitad de la vía obstaculizando el paso. Se giró hacia Marina.

—Sí no te hubiese dado por decorar tu casa con antigüedades restauradas ya la podías tener lista. Creo que gastas más en rehabilitar esos muebles viejos que si lo hubieras comprado todo nuevo.

—Solo gasto en las antigüedades en sí. Ser la hija de un ebanista y haber ayudado a mi padre durante tantos años tiene sus ventajas.

—Y mucho trabajo Marina —sonrió Irene.

—Me gusta, restaurar muebles es casi un hobby para mí.

—Desde luego Marga y Román se han lucido con el regalo de bodas.

Marina continuaba moviendo su cuello distraídamente atenta a la conversación.

—No había pensado colocar una chaise longue en el salón, pero cuando la descargaron en mi cochera me gustó.

—Pero si está echa una pena.

—Solo la tapicería. Ya he comprado la tela, va muy bien con las sillas del comedor y las cortinas. La madera está en muy buen estado. Será fácil restaurarla y bajo uno de los ventanales quedará preciosa, se integra muy bien con el juego de sofá victoriano. Mi salón ha quedado enorme tras el cierre de la terraza, no queda sobrecargado con un mueble como ese.

—Después de ver lo que hiciste con tu dormitorio me lo creo. Me parecieron unos muebles oscuros y feos a pesar de ser antiguos, pero cuando les has cambiado el color a marfil tengo que reconocer que eres una artista. Quizá deberías haber continuado con el negocio de tu padre en vez de trabajar de ingeniera informática. Él ganaba mucha pasta.

—No me quejo de mi sueldo y sí, mi padre ganaba mucho dinero comprando antigüedades, restaurándolas para subastarlas después pero también era un trabajo muy sacrificado. Una cosa es que yo arregle muebles por afición y otra que me dedique a ello profesionalmente.

Irene aparcó delante de la casa y Marina antes de subir las escaleras del adosado abrió la cochera que le servía de taller para observar ahora sin la molestia del collarín la pieza de la que acaban de hablar. Irene propuso hacer un café y ella asintió con un movimiento de cabeza a la idea de su amiga. Buscó en el bolso sus llaves y se las lanzó a Irene, fijó su atención en la chaise longue tapizada en un rojo descolorido por el tiempo que ocupaba el centro del local. Pasó la mano por la madera de caoba tallada que rodeaba el respaldo para seccionarse del diagnóstico que le había dado a Irene. Se tensó de pronto al ver desaparecer el entorno para encontrarse sobre ella la cara desconocida de un hombre. Permaneció rígida y paralizada, las imágenes desaparecieron poco después, pero Marina continuó estática hasta que diez minutos más tarde, Irene con dos jarras de café apareció en la puerta del garaje. Ésta observó la extraña expresión de su cara.

—¿Qué te pasa? Te noto crispada.

Marina resopló tratando de recuperarse de la impresión que había tenido.

—Me ha pasado algo extrañísimo Irene, cuando acariciaba el respaldo del mueble me he sentido trasportada a otro lugar. Tenía a un hombre desconocido sobre mí y creo que estaba practicando sexo conmigo.

Irene la miró como si se hubiese vuelto loca.

—¿Qué dices?

—No sé, ha durado unos segundos y ha desaparecido.

—¿Te ha pasado antes? —se desconcertó Irene.

Marina alargó el brazo para coger una de las jarras que su amiga llevaba y tomó un largo sorbo antes de contestar.

—Nunca.

—¿Y cómo era el individuo?

—Mayor. Diría que unos cincuenta años y algo obeso —respondió con un gesto de repugnancia.

—AAhh Que asco. Espero que no sintieras también las sensaciones.

—No, por suerte.

—¿Crees que tiene que ver con el mueble?

Marina miró con frente arrugada la chaise longue.

—He ayudado a mi padre con antigüedades desde que tenía doce años. Por

nuestras manos pasaron todo tipo de muebles y nunca ocurrió nada parecido.

—No sé qué decirte Marina —se encogió de hombros Irene— Lo que dices es muy raro. Quizá lo has imaginado. Acaban de quitarte el collarín y puede que sea un efecto secundario hasta que vuelvas a adaptarte.

Se pasó la mano por el pelo suspirando con fuerza, era un hecho desconcertante al que no le encontraba explicación lógica.

—Es posible pero el médico ha dicho que podía notar molestias y dolores en el cuello no que sufriera alucinaciones y además tan extraña y desagradable.

Marina se acercó al mueble y volvió a colocar sus manos sobre el respaldo para comprobar si se repetía el hecho bajo la atenta mirada de su amiga. Estuvo un rato así pero no ocurrió nada. Hizo un gesto de extrañeza y se encogió de hombros.

—Puede que tengas razón Irene. Vamos a olvidar esto.

Observó en el espejo el vestido de novia bajo la mirada de su madre mientras la modista de la tienda le hacía los ajustes con alfileres. Acababa de quitarse el bolero que complementaba el traje. El vestido de un blanco roto confeccionado en organdí se pegaba a su cuerpo estilizando el exceso de curvas de las que siempre se quejaba.

—Al menos disimula el trasero.

—No digas tonterías, usas una cuarenta y con esa talla tu trasero no es grande, además eres guapa y con esa cara puedes tener el trasero como quieras —Marita miró a su hija embelesada —Vas a estar preciosa, tú padre habría disfrutado viéndote vestida así. No deberías haber esperado tantos años para esta decisión Marina.

—Nadie decide casarse solo para que la vean sus padres vestida mamá y quien iba a saber que mi padre iba a sufrir un infarto fulminante a los sesenta y cinco años sin antecedentes cardíacos. Siempre disfrutó de una espléndida salud.

Observó pensativa a su madre mientras la modista la giraba para hacer otro ajuste. Se le había ensombrecido el rostro, pero ella sabía que poco después volvería a aparecer en su cara el gesto alegre y despreocupado que había visto a lo largo de sus treinta y cuatro años. Su madre nunca soportó las cosas feas y desagradables de la vida y la pena por el marido desaparecido un año antes era una de esas cosas.

No se había equivocado, antes de salir de la tienda su madre no dejaba de hablar con entusiasmo sobre el lugar de celebración de la ceremonia —la misma despreocupada alegría de siempre —sin concretar aún y criticaba la elección que habían hecho de las tarjetas de boda aún sin enviar como si unos minutos antes no hubiese hablado del marido muerto un año antes. Marina suspiró con resignación y pensó en su padre que donde quiera que estuviese tendría en su cara una expresión divertida por su pensamiento de que su madre no tenía remedio y siempre era previsible.

Abrió los ojos y echó un vistazo a la hora en el reloj sobre la mesita. Aún no eran las siete de la mañana, se giró y miró durante unos segundos el cuerpo de Alberto que de modo placido dormía a su lado. Había acudido a una fiesta celebrada por unos amigos en un pueblo cercano de la que ella se había

disculpado. Por la tarde después de ese extraño suceso en la cochera le había entrado un dolor de cabeza insoportable, pero Alberto tenía deseos de acudir y le pidió que fuese solo. El dolor le había durado hasta entrada la madrugada. Agradeció que no tuviese ganas de sexo. Alberto para eso solía ser muy clásico y metódico, en todos los años que llevaban de relaciones nunca improvisaba, esperaba a estar en la cama, iniciaba una aproximación, indicación de lo que quería, lo hacían y cuando terminaban se daba la vuelta y a dormir.

Mientras preparaba la cafetera en la cocina, Marina pensó en lo que sentía cuando hacía el amor con su novio. La cosa empezaba bien, subía de intensidad; quedaba a la expectativa, pero ella siempre tuvo la sensación de algo más, que se quedaba en los umbrales de algo. No era lo que había leído sobre el tema. Quizá no era culpa de Alberto, antes de salir con él había tenido dos relaciones, la primera fue para olvidar y otra con un compañero de universidad tan inexperto como ella. Hizo una mueca, si había un problema quizá era suyo o que en el asunto del sexo existía demasiada literatura que generaba más expectativas de lo que era en realidad. Había hablado con Alberto en más de una ocasión de ser más innovadores y creativos, echarle más improvisación o buscar cosas nuevas, pero en cuestiones sexuales su novio era muy conservador, ordenado y metódico como en todo.

Marina se preguntó porque la asaltaban ese tipo de pensamientos ahora. Antes del accidente su vida era un horizonte claro y despejado, desde hacía dos meses era como si solo viese brumas.

Se había quedado esa noche a dormir. Ella vivía en la casa que iban a compartir desde hacía un año, pero él continuaba en la de sus padres, nunca entendió en él esa postura conservadora, como era lógico tanto su familia como la de él sabían que mantenían relaciones desde el principio, pero Alberto era así de extraño. Había tenido suerte, después de terminar el master le habían ofrecido un puesto en una multinacional. Era un buen empleo, el mejor desde que terminó la carrera de administración de empresas. Quizá había sido eso lo que le decidió a decir un día, nos casamos y ella solo respondió, de acuerdo.

No era lo que esperas cuando eres una jovencita. No hubo anillo, escenario especial ni petición de rodillas, pero después de diez años de novios era lo que todos esperaban; de hecho, cuando lo comunicó en su casa su madre se limitó a decir, ya era hora.

Si se detenía a pensarlo estaba preparando la boda sin demasiado

entusiasmo, aunque no sabía el por qué. Desde que a los veinticuatro años comenzó su relación con Alberto tuvo claro que era el hombre con quien quería pasar el resto de su vida. Habían crecido juntos y juntos habían estado en el mismo grupo de amigos, cada uno con distintas relaciones hasta que en una fiesta se besaron y ahí comenzó todo, sin grandes pasiones, pero quizá es que ella era desapasionada y Alberto siempre tuvo un carácter muy tranquilo.

Se disponía a servirse el café cuando le llegó desde el salón la señal de un mensaje del móvil de Alberto.

Fue hasta la chaqueta apoyada en una de las sillas y buscó el aparato en uno de los bolsillos. Podía ser algo importante, era extraño enviar mensajes a las siete y cuarto de la mañana.

Arrugó la frente cuando reconoció el nombre en la pantalla del teléfono. ¿Para qué le enviaba Marga un mensaje a Alberto a esas horas? Pulso la tecla para desplegar el mensaje —Olvidemos lo que ha pasado.

Levantó la cabeza desconcertada. ¿Qué quería decir Marga con eso? Cerró el teléfono y volvió a introducir la mano en el bolsillo para dejarlo. Le preguntaría a Alberto. Sacó la mano del bolsillo y algo enganchado en su anillo cayó al suelo. Se agachó a recogerlo y atónita lo levantó a la altura de sus ojos al reconocer de que se trataba.

Alberto bajó las escaleras una hora más tarde recién duchado. Se asomó al salón y le dio sonriente los buenos días a Marina, que esperaba sentada en el sofá victoriano tapizado en damasco que ella misma había restaurado. No era un tipo especialmente guapo, pero tenía su atractivo y a sus treinta y cinco seguía conservando su cara de niño grande.

—Tomo un café rápido y me voy Marina. Tengo una importante reunión a las nueve y media.

Fue hacia la cocina y se sirvió un café, buscó en el mueble una magdalena, la comió deprisa y tras apurar la taza fue hacia el salón para recoger su chaqueta.

Mientras se la colocaba observó a su novia que continuaba estática en el sofá con rostro pétreo.

—Espero que no te continúe el dolor de cabeza, si persiste deberías acudir al médico, quizá te han quitado el collarín demasiado pronto —se inclinó para besarla ligeramente en los labios y se dispuso a salir.

—Olvidas algo —Marina levantó la mano mostrando unas bragas de encaje negro y adornos dorados —Creo que deberías devolvérselas a Marga, ese conjunto le costó caro. Lo compró cuando me acompañó a escoger la ropa

interior que iba a llevar el día de mi boda.

—Marina...

Levantó su mano para frenar el intento de Alberto de explicar nada.

—No sé si me jode más que me hayas puesto los cuernos o que haya sido con una de mis mejores amigas —añadió ella sin cambiar la expresión.

Alberto pálido en mitad del salón miraba atribulado intentando encontrar las palabras.

—Marina no sé cómo pasó. La acompañé a casa y fue en el coche que...

—En el coche —repitió ella mordaz— fijate que esta mañana antes de encontrar eso, estaba pensando el poco margen que dejas a la imaginación y a los impulsos con respecto al sexo, pero está claro que debe ser conmigo.

Él pasó las manos por el pelo con nerviosismo al tiempo que se mordía los labios.

—Marina esto ha sido una estupidez, no ha significado nada para ninguno de los dos. Es algo que no tenía que haber pasado.

Se levantó del sofá cogiendo aire antes de mirarle con pesadumbre.

—Pero ha pasado y ya no tiene remedio —se llevó la mano a la sien como si el malestar y el dolor que sentía se concentrara allí —Por suerte esta casa y todo lo que contiene lo he pagado yo. Tú solo has colaborado con la mitad del pago de la hipoteca de los tres últimos meses. Te lo abonaré cuando me paguen la indemnización del seguro.

—Marina no puedes tirar por la borda diez años de relaciones —protestó angustiado.

—No he sido yo Alberto. Has sido tú. —contestó rotunda.

Esa tarde Irene abrió la puerta del pequeño jardín introduciendo la mano a través de los hierros de la cancela. La puerta del garaje que hacía las veces de taller estaba abierta y pudo ver a Marina que con una camisa y unos viejos vaqueros iba eliminando con una herramienta la vieja tapicería de la chaise longue, y metiendo los restos en una gran bolsa de basura que tenía al lado.

Avanzó hasta el dintel apoyándose en él. Marina solo levantó la cabeza y continuó con lo que estaba haciendo.

—¿Como te encuentras? —Irene pensó que la pregunta era tonta.

—Puedes imaginártelo.

—No puedo creerlo. Cuando me lo has contado por teléfono me he quedado con él en la mano varios minutos tratando de asimilarlo.

Marina levantó la cabeza hacia ella, hizo una mueca y siguió eliminando restos del tapizado.

—Por Dios. Somos amigos de toda la vida. De los tíos después de lo Miguel me espero cualquier cosa, pero Marga... —y movió la cabeza con incredulidad.

Marina recordó la historia de Irene y Miguel. Cuatro años de relaciones, iban a fijar fecha de boda y se enteró por casualidad que él mantenía una relación paralela desde un año antes. Después de eso el escepticismo de Irene hacia el género masculino iba a tardar mucho tiempo en desaparecer.

Dejó un momento lo que estaba haciendo y se sentó en el suelo del garaje levantando la cabeza hacia Irene.

—Te he llamado para contarte lo que ha pasado porque estaba nerviosa dando vueltas como un animal enjaulado, pero ahora no tengo ganas de hablar de eso.

Irene miró en silencio a su amiga, sabía cómo debía sentirse, como se sintió ella seis meses antes.

—En realidad, tampoco sabría que decirte. Sé muy bien que las palabras en estos casos no alivian nada. ¿Se lo has dicho a tu madre?

—He hablado con mi hermana para que se lo cuente ella y a pesar de que le he reiterado a Julia que le diga a mi madre que quiero estar sola, temo que aparecerá. Conociéndola y como tengo los ánimos se puede armar una buena como lo haga.

—Ten paciencia con ella.

Irene percibió en ese momento lo que estaba haciendo su amiga.

—Ese mueble fue el regalo de bodas de Marga y Román. ¿Tiene algún significado que se me escapa que estés arreglándolo?

—No —sonrió Marina— es simplemente que me gusta. Le preguntaré a Román que pagaron por él y le abonaré el dinero.

—¿Has vuelto a tener alguna visión rara?

—No y llevó tocando el mueble más de hora y media —Marina comprobó el estado de los muelles y el acolchado interior del diván.

—Entonces debemos pensar que fue un efecto de quitarte el collarín.

—Lo veo muy raro, pero todo puede ser o quizá fue a causa de los dolores de cabeza que sufro estos últimos días —terminó de recoger los restos de la vieja tela de seda que cubría el mueble y anudó la bolsa —te invito a tomar un café. Mañana comenzaré a barnizar la pieza.

Salió bajando la puerta del garaje y depositó la bolsa al lado de la cancela, seguida de Irene subió las escaleras.

Acababa de colocar la bandeja con la cena sobre la mesa camilla de la pequeña salita donde se encontraba la televisión cuando llamaron a la puerta.

Torció el gesto cuando le franqueó la entrada a su madre.

—No puedo decir que me alegre verte mamá —la voz de Marina no disimuló el malestar —Le dije a Julia que no quería hablar con nadie.

—Pero es importante que hablemos Marina. Elisa me ha llamado, dice que Alberto lo ha hecho mal, pero romper la relación le parece una decisión precipitada y yo opino lo mismo que ella.

Tomó asiento frente a su cena y pincho un trozo de tortilla haciendo tiempo para contestar a su madre.

—¿Y qué esperas que diga la madre del novio? Después de lo que ha hecho Alberto no entiendo cómo me pides que siga con la relación.

—Es lógico que estés furiosa hija y entiendo que tengamos que posponer la boda, pero dejar la relación es un disparate Marina. Date un tiempo y cuando te tranquilices lo veras tu misma.

Suspiró tratando de armarse de paciencia y no perder los estribos.

—Mi relación con Alberto está rota mamá, ahora y seguirá rota el año que viene. Cuanto antes lo aceptes mejor será. No pienso pasar por alto algo así.

Marita Medina tomó asiento al lado de su hija que con parsimonia volvía a llevarse a la boca otro trozo de tortilla.

—Seamos realistas Marina. Tienes treinta y cuatro años y has estado diez años con esa relación, con esa edad y como está la cosa hoy. ¿Crees que vas a encontrar a alguien mejor que Alberto?

Miró a su madre apretando la mandíbula tratando de contenerse, expulsó aire intentando no perder los estribos con su progenitora.

—No voy a contestar a lo que acabas de decir, pero te aconsejo que te levantes y te vayas a casa antes de que diga algo de lo que puedo arrepentirme después.

—Ya te he dicho que sé cómo debes sentirte —insistió Marita ignorando la advertencia de su hija —Éste ha sido un episodio desagradable, pero es mi deber llamar tu atención de una decisión precipitada. Has aguantado durante todos estos años la precaria vida laboral de Alberto y ahora que ha alcanzado una buena posición piensas dejárselo a otra.

Se volvió con un gesto de rabia hacia su madre.

—Por lo que a mí respecta puedes guardarte tus consejos. A mí no vas a joderme la vida como hiciste con mi hermana mamá.

—¿Qué estás diciendo? —la miró Marita espantada —¿Qué le pasa a la

vida de tu hermana?

—Claro, que tonta soy —dijo sarcástica —Olvidaba que tu no percibes nada que pueda alterar tu armonía de vida perfecta y apacible, y por supuesto, en la última comida que organizaste para la familia tu cerebro se negó a registrar la escena en la que ese energúmeno insultó a mi hermana y más tarde le ordenó callarse. Tú hija no es feliz, eso sí, ha hecho un buen matrimonio, pero es tremendamente desgraciada y lamento decírtelo, pero tienes mucha culpa del error que cometió Julia, casándose con ese hombre.

—No entiendo que tuve que ver yo en eso.

—Estaba enamorada de Andrés, era el hombre de su vida, pero desde el principio, madre, te pasabas el tiempo diciéndole que era un hombre sin aspiraciones. Que su único afán era continuar el negocio familiar de carpintería metálica. Antes de que tu hija se fijase en el hombre que ahora es su marido, ya le habías echado tú el... —Marina hizo un aspaviento para enfatizar sus palabras—un gestor de empresa. No había color entre uno y otro. Julia te hizo caso y dejó al hombre que, te apuesto lo que quieras, la habría hecho feliz. Ese estúpido la tiene amargada. Ya no reconozco a mi hermana.

Marita se replegó en la silla mirando angustiada a su hija.

—¿A qué viene esto Marina? ¿Porque me estas atacando?

—Porque me tienes harta mamá —se levantó con rabia— porque llevo toda mi vida viendo esa actitud tan similar a la de tu madre que no puedo entenderla como no puedo entenderte a ti. Te casaste con mi padre desafiando a tu familia que educaron a sus hijos para que un día formaran parte de un mundo al que no pertenecían pero que por su condición de maestros se les permitía asomarse. Una sociedad que por fortuna se extinguió con el régimen político a la que pertenecía, aunque tu familia aún no se ha enterado. Recibiste la misma educación que las señoritas de la época, colegios caros de monjas, clases de piano, usos y modales de la alta sociedad con la intención que pescases un buen partido, y la niña saca los pies del plato enamorándose de un ebanista y enfrentándose a toda la familia se casa con él —miró a su madre con aire despectivo— Creo que ha sido el único gesto de ese tipo que has tenido en tu vida porque inexplicablemente después de eso te convertiste en tu madre.

—¿Y ahora porque atacas a mi familia? —preguntó compungida.

—Porque siempre he detestado esa actitud de familia perfecta y armoniosa que parece sacada de una película. Las reuniones en casa de tus padres en navidad o los domingos que teníamos que ir a comer con ellos era como una

escena idílica sacada de Sonrisas y Lágrimas, desde pequeña para mí era como mirar un profundo lago con aguas tranquilas en la superficie y con todo el fango en el fondo con una prohibición implícita de remover nada.

—Todo ese resentimiento Marina ¿Por qué? ¿Qué hay de malo que mis padres intentaran que las reuniones familiares fuesen agradables? No tienes nada que reprochar a mi familia o a mí.

—¿No? —un gesto amargo apareció en su cara— Cuando mis abuelos menospreciaban a mi padre ni una sola vez te vi salir en su defensa.

Marita se incorporó de la silla aferrándose a la mesa con ambas manos.

—Eso no es cierto. Puede que mis padres no aprobasen en principio mi matrimonio con tu padre, pero después siempre le trataron con afecto. Dime una sola vez que se le hubiese menospreciado.

—Te podría relatar montones de ellas, pero si quieres alguna, recuerdas la visita de los primos de Madrid, según tus padres había que rendirles pleitesía porque ellos tenían posición y status, hasta un chalet en La Moraleja —hizo un aspaviento con las manos para enfatizar— preguntaron a papá a que se dedicaba y tu madre no le dejó contestar, alegó que era un trabajo humilde pero que aportaba muchos ingresos. Tus primos hicieron un gesto de menosprecio mirando a mi padre. Estuve un rato observándote, esperando que dijeras algo en defensa de tu marido, pero como si no hubiera pasado nada seguiste hablando de naderías con tu prima. O aquella otra vez que tu madre lamentó que no supieras retener aquel novio que tuviste, descendiente de una de las mejores familias de Granada cuando estudiabas en la universidad, y de la envidiable posición que hubieras conseguido con él. Estuviste riendo sus gracias, no miraste hacia mi padre ni una sola vez, pero yo sí vi su cara.

—¿Y qué tiene de malo lo que dijo mi madre en esas dos ocasiones?

—Si no lo entiendes mamá no pienso perder el tiempo explicándotelo.

Marita se pasó las manos nerviosas por la cara mirando sin entender que le ocurría a su hija.

—Todo ese rencor. Marina, lo que has percibido está solo en tu cabeza. Tu padre nunca me dijo nada de sentirse ofendido o molesto con mi familia.

—Mi padre siempre te trató como a una muñeca de porcelana mamá, pasó toda la vida esforzándose para darte una vida muelle, libre de aristas, respetó esa manía tuya y de tu familia de maquillar la realidad, de que cada uno de vosotros se guardase sus conflictos, allí solo se permitía mostrar buena cara y aguantó con paciencia y estoicismo las estúpidas reuniones familiares. Él nunca te hubiese planteado nada que hubiese supuesto una escena desagradable

sabiendo como las detestabas.

—Todo esto tiene que ver con tu padre ¿Verdad Marina? Ahora recuerdo la escena que montaste dos días después de su entierro cuando estaba reunida con mis amigas. Lo achaqué al estado de nerviosismo por su pérdida, pero había algo más.

—Sí, sí que lo había —se enfrentó Marina con rabia apoyando las manos en la mesa— No podía entenderlo. Sabía de tu obsesión por huir de las situaciones desagradables, pero hacia dos días que habías enterrado a tu marido y allí estabas tú, sentada con tus amigas delante de una taza de café y pastas, riendo y hablando de trivialidades de la vida social como si hubiese muerto el perro en vez del hombre con quien habías compartido treinta y siete años de tu vida.

Marita comenzó a sollozar sin que este gesto influyera en como la estaba tratando su hija. Marina llevaba mucho dentro desde que murió su padre y la ruptura con Alberto, la actitud de su madre, ya sabida aún antes de expresarla la había hecho estallar. Marina imaginó que después se arrepentiría, pero ahora necesitaba sacar todo lo que llevaba dentro.

—Solo hacia un esfuerzo por recuperar la normalidad. Mi dolor iba por dentro hija.

—Pues no tenías que hacerlo, nadie lo hace mamá. Mostrar el dolor y la tristeza por perder a un ser querido es lo más lógico. Todo el mundo sabe que hay un tiempo de duelo para asimilar las pérdidas, pero si el tuyo es de solo dos días deberían incluirte en el libro de los records.

—Yo solo... solo... quería aconsejarte lo mejor para ti — Marita intentó contener las lágrimas.

—¿Qué consejo mamá? —Marina no se dejó impresionar por las lágrimas de su madre— Qué me case con Alberto, aunque se haya tirado a mi amiga para que no me quede para vestir santos. Esa frase es de tu madre —añadió mordaz— Claro que también puedo comenzar a frecuentar lugares de elite como hizo tu hermana para pescar un buen partido. Le salió el tiro por la culata, él estaba allí para lo mismo y ahí la tienes casada con un empresario mediocre sin iniciativa y además dominante y machista que no le permite dar un paso sola —Marina hizo un gesto irónico mirando a su madre— No consiguió lo que pretendía, no ha entrado en los altos círculos sociales aunque eso sí, de señora de su casa pese a su carrera que nunca ha ejercido y tomando ansiolíticos para soportar su vida desde que sus hijos abandonaron la casa — dejó la ironía y miró a su madre con expresión triste—. La verdad es que tus

padres han fracasado de lleno. La mayor erró el objetivo en la estrategia de caza, tu hermano con una envidiable posición como director de banco, pero ocultando a tus padres y a él mismo una homosexualidad que no pueden admitir. Sería un trauma para ellos, y la pequeña con un simple trabajador.

Marita se retorció las manos con nerviosismo caminando hacia la puerta, al llegar a la altura de su hija levantó la cabeza.

—No voy a tenerte esto en cuenta Marina, siempre has sido muy vehemente y sé que estas muy nerviosa. Estás pagando tu rabia conmigo en lugar de hacerlo con Alberto.

—Te equivocas. Me siento extraña, es una situación rara. En realidad, no siento el dolor que debería sentir salvo por la traición, pero romper con Alberto no me está afectando tanto como pensaba. Sabía que vendrías y sabía cuales iban a ser tus palabras y eso sí me enfurecía, por eso le pedí a mi hermana que no vinieses.

—Solo quería que no te dejaras llevar por el dolor y te equivocases — insistió dolida Marita.

—Yo no te necesito madre y menos ese tipo de consejos, pero si deberías ir mentalizándote para ayudar a Julia, tu hija está a punto de romperse y el día que decida mandar a ese imbécil donde debería haber estado hace años te va a necesitar con cuatro niños que le ha colgado. Tú fuiste la mayor instigadora de ese matrimonio y solo espero que por una vez en tu vida asumas una responsabilidad y estés al lado de tu hija.

Marita no respondió, bajó la cabeza y caminó hacia la puerta cerrando despacio tras ella.

Tras la salida de su madre miró unos segundos al suelo con tristeza enfadada consigo misma. A lo largo de su vida había aprendido a pasar de la actitud de su progenitora, era fácil cuando vivía su padre, él con su sentido del humor le quitaba importancia a todo, pero desde su muerte necesitaba de todo su control para no soltar todo lo que llevaba dentro y llevaba mucho.

Era duro reconocerlo, pero nunca soportó a su familia materna y sus aires de superioridad absurda. En demasiadas ocasiones se preguntó que había visto su padre en una mujer tan banal como su madre. Se recostó en el marco de la puerta y recordó las escenas de ambos juntos lejos de las reuniones familiares, reían y bromeaban y daba la impresión de llevarse bien, excepto con su familia, era solo en esas ocasiones cuando su madre se le hacía odiosa e insufrible colaborando con sus abuelos en la humillación a su padre. Se había prometido a sí misma que pasaría de este tema, si a su padre no le importó

durante su vida no iba a abordarlo ella cuando ya no tenía remedio. Había faltado a su promesa y aún no sabía porque había fallado su control, llevó la mano a la frente que le estallaba de dolor, quizá esa era la causa. Caminó hacia el armario de la cocina en busca de analgésicos.

Irene subió deprisa las escaleras de la casa de su amiga. Había estado doce días fuera por compromisos laborales y las escuetas palabras que habían sostenido por teléfono le indicaban que algo no iba bien, hablar a distancia conociendo a Marina no era lo mejor, por eso se había dirigido a su casa, justo después de bajar del avión.

Llamó al timbre y Marina con ligeras ojeras y algo pálida le franqueó la entrada tras un par de besos como saludo.

—Empieza, por teléfono solo me dijiste que ya me contarías cuando regresara.

Marina se dirigió a la cocina, en la mesa tenía una jarra de café y sin preguntar cogió otra y la colocó en la mesa donde ya había tomado asiento Irene.

—A las tres de la madrugada del día que te fuiste de viaje tuve que ir al servicio de urgencias. El dolor de cabeza era insoportable y no se pasaba con nada —comenzó Marina con gesto cansado— Pensé que lo había provocado el estado de nervios que me dejó la discusión con mi madre. Después de examinar mi historial me hicieron una resonancia, no vieron nada raro, pero me dieron un pase urgente para mi traumatólogo. Estuve en su consulta al día siguiente y coincidió con los médicos de urgencias, aunque dijo que dado que el collarín que he llevado era de alzamiento cervical quizá tengo pequeños pinzamientos al quitármelo que no aparecen en la resonancia, añadió que no ve relación con los dolores de cabeza. Lo lógico sería que me doliese el cuello, pero, aun así, me ha puesto un tratamiento específico para el dolor, un mes más de baja y dice que si continuo igual me hará un escáner. Ya me hicieron uno después del accidente y no es partidario de someterme a más radiaciones si no es necesario.

—¿Te han continuado los dolores después de eso? —preguntó preocupada Irene.

—Sí, pero el tratamiento es efectivo. A la media hora casi desaparecen.

—¿Y el tema de tu madre como lo llevas?

Marina hizo un gesto de resignación a su amiga.

—Casi había comenzado a sentirme culpable por todo lo que le dije cuando apareció a los dos días con actitud de reina ofendida y volviendo a la carga sobre el tema de Alberto.

—¿Pero que le pasa a tu madre? Francamente no la comprendo.

—Yo sí —dijo Marina acariciándose la frente—. La infidelidad de Alberto no es tan grave como que rompa sus planes sobre mí, es como mi abuela materna, el estado de una mujer debe ser el de casada y con el mejor partido posible y a eso hay que unir que después de la muerte de mi padre su grupo de amigas es lo único que tiene. En ese grupo está la madre de Alberto y la de Marga. Por Carmen no hay que preocuparse, ni se ha enterado de lo que hizo su hija y no creo que Elisa vaya a sacar ese tema y mi madre menos aún. Imagínate la situación, sus amigas viven en la misma calle. Le va a resultar incómodo y ya conoces a mi madre para enfrentarse a situaciones de ese tipo. Ella quisiera que todo continuara como si no hubiera pasado nada.

—No es tan vieja como para tener ideas tan retrógradas y lo sus amigas es ridículo ¿No pretenderá que vuelvas con Alberto solo para que no se altere su vida social? ¿Volviste a discutir con ella?

—No merecía la pena —suspiró con fuerza— No tiene remedio. La quiero porque es mi madre, pero no la soporto y a su familia no la he soportado nunca. Siempre me asfixió la hipocresía que había en las relaciones en casa de mis abuelos —levantó la vista hacia Irene con tristeza—. Nunca he entendido porque se casó con mi padre si es igual que ellos.

—¿Ha tratado de hablar Alberto contigo? —Irene cambió de tema.

—En varias ocasiones y en todas le he dicho que no tenía nada de qué hablar y que no pensaba dar marcha atrás en mi decisión —se levantó y se sirvió más café y se apoyó en la encimera de cara a su amiga— ¿Sabes que vino a verme Marga?

—No me lo puedo creer— movió la cabeza Irene con incredulidad—. ¿Quería explicarte porque ha traicionado tu amistad?

—Un poco de todo. Ha repetido lo mismo que argumentó Alberto alegando además que bebió demasiado —Marina le dio vueltas a la jarra de café que tenía en las manos—. Le dije que cuando me comentó que su vida sexual con

Román era buena pero que lamentaba no haber tenido más experiencias sexuales nunca pensé que las ampliaría con mi novio. Por cierto, cree que no te hablas con ella por mi culpa. Dice que nos ha perdido a las dos.

Irene fijó sus ambarinos ojos en Marina con rostro tenso.

—¿Y qué esperaba? Sabe lo mal que lo pasé después de la traición de Miguel. La cercanía de nuestras casas propició que fuese a menudo a desahogarme. Siempre hemos estado las tres muy unidas, me daba seguridad pensar que ese tipo de cosas estaba fuera de nuestro círculo. Lo siento, pero no puedo mirarla igual después de lo que ha hecho.

—Por mí puedes seguir siendo su amiga, eso no alterará nuestra amistad Irene —añadió sincera.

—No es por ti Marina. Es por mí.

Bebió otro sorbo de café sin dejar de mirarla entendiendo el dolor que le había causado comprobar ciertos comportamientos en una amiga de toda la vida en la que tenía una confianza ciega. Se había refugiado en ellas tras lo ocurrido. Irene hubiera puesto la mano en el fuego por Marga, darse cuenta de que habría terminado quemándose, había sido otra decepción, ahora en la amistad.

—¿Qué sientes realmente tras la ruptura?

Marina dudó en la respuesta deteniéndose a pensar como se encontraba su amiga cuando sucedió lo de Miguel. Irene estaba profundamente enamorada de su novio, después de seis meses sabía que aún no lo había superado.

—No me siento como te encontraste tú cuando rompiste con Miguel, tu estabas destrozada y yo sin embargo estoy viviendo todo esto como si no me estuviera sucediendo a mí —miró pensativa a Irene— No siento el dolor que debería sentir por romper con el hombre con el que estaba a punto de casarme. Lo he reflexionado mucho, pero la verdad es que no siento nada Irene.

—Cada persona reacciona de forma diferente, quizá es que aún no has terminado de asimilarlo o puede que esa relación se estuviese muriendo sin que te dieras cuenta. Las relaciones tan largas generan costumbres y muchas veces se actúa por inercia.

Marina meditó las palabras de Irene durante unos largos instantes antes de contestar.

—Si tienes razón Irene, casi habría que darle las gracias a Marga por lo que hizo, iba a casarme con ese hombre dentro de dos meses.

—Marga traicionó el vínculo sagrado de la amistad. No merece nada —añadió rotunda Irene.

El sonido de un claxon desde la calle llamó su atención y caminó hacia la puerta. Se asomó al descansillo de las escaleras exteriores del adosado.

—¿Quién es? —preguntó Irene a su espalda.

—El señor Rovira —Marina cogió las llaves del garaje y bajó con rapidez.

Le abrió la puerta a un hombre trajeado de unos sesenta años y pelo cano que la saludó con un abrazo afectuoso, dos obreros con monos azules y mantas en las manos entraron tras él.

Abrió la puerta del garaje y le mostró la chaise longue restaurada por completo, Rovira la miró con admiración acariciando la suave madera caoba.

—Es magnífica Marina. Un trabajo perfecto. Tu padre te enseñó bien. Su muerte fue una gran pérdida, artesanos como él no son fáciles de encontrar.

Irene acababa de bajar y miraba con extrañeza al hombre que en ese momento examinaba con satisfacción las terminaciones del tapizado.

—Una gran elección la seda dorada —siguió diciendo Rovira—, combina maravillosamente con la madera.

—Es un mueble complementario en una decoración —explicó Marina—. Pensé que ese color se adapta sin problemas a cualquier otro.

—Tienes el buen gusto de tu padre —Rovira hizo una indicación a los obreros que comenzaron a cubrir la pieza con las mantas—. La incluiré en la subasta que he convocado dentro de cuatro días. Vendrán importantes anticuarios y creo que sacaremos un buen precio por ella. ¿Te veré allí?

—Lo intentaré señor Rovira.

Los obreros habían levantado el mueble y con él se dirigían al camión aparcado un poco más arriba de la casa de Marina.

—Me marcho —dijo el hombre sin perder de vista a sus obreros— Si no estás encima estos te tratan los muebles como fardos. Te veré en la subasta Marina.

Cerró la cancela con una sonrisa y se volvió hacia Irene que la miraba desconcertada.

—¿Has vendido la chaise Longue? Marina, te ha quedado preciosa. No lo entiendo.

—Vamos a arriba y te explico —contestó suspirando.

Sentadas de nuevo frente a la mesa de la cocina, Marina bebió de su café y miró a su amiga durante unos largos instantes antes de decidirse a hablar.

—He vuelto a tener visiones.

—¿La misma? ¿Ese hombre practicando sexo?

—Practicando sexo sí, pero no era el mismo hombre, he visto a tres. Uno casi de la misma edad que el anterior y un chico joven, de unos dieciséis o diecisiete años. Siempre mientras restauraba la chaise Longue.

—Llevas toda la vida tocando antigüedades y nunca te ha pasado nada igual.

—No, pero pensé que quizá el accidente. He leído que hay personas que tras un hecho traumático le ocurren cosas.

—Yo también he leído algo, pero creo que son experiencias cercanas a la muerte y pese a lo aparatoso de tu accidente ni siquiera perdiste el conocimiento. Recuerdo que me contaste lo horrible que fue la espera del rescate.

—Sí, hija, sí —Marina hizo un gesto de pesadumbre al recordar—. Resultó angustiante con el agua hasta el cuello y cubriéndome cada vez que venía una ola. Siempre le estaré agradecida a la guardia civil. Les costó trabajo llegar hasta allí y aguardaron metidos en el agua la llegada de los bomberos para evitar que el coche se precipitara hacia delante. Uno de ellos me tuvo las manos cogidas todo el tiempo dándome ánimos. Permanecí consciente en todo momento. No entiendo porque me pasa esto, pero tiene que tener alguna relación con el accidente, antes nunca he visto o sentido nada parecido y por supuesto con ese mueble.

—Dices que veías distintos hombres, quizá la chaise longue estaba en un prostíbulo de lujo dado el tipo de mueble.

—Eso pensé yo. Al principio sentía curiosidad. Era algo increíble que un mueble pudiera tener memoria. Casi me hacía gracia esto, hasta que dejó de tenerla— a Marina se le ensombreció el semblante con las últimas palabras.

—¿Qué quieres decir?

—Veía escenas sexuales con esos tres hombres. Como si lo hiciesen conmigo, pero siempre eran los mismos. Terminé de restaurar la chaise longue seis días después de marcharme de viaje y la dejé en el garaje, sin decidirme a subirla al salón con esa particularidad que tenía y entonces comprobé que veía imágenes aún sin acercarme.

—¿También sexuales?

—No. Por eso supe que el mueble no había estado en un lugar de esos. He visto a esos tres hombres sentados a la mesa y he visto las manos de ella.

—¿De ella?

—La mujer. Ya te he dicho que me veo como si estuviese dentro de ella. En la mesa veía sus manos mientras cortaba un filete. Son manos de mujer y

tiene una pequeña mancha de nacimiento en la muñeca izquierda. Lo peor no es eso, esas visiones duran entre diez y veinte segundos y me asaltan en cualquier momento. Casi me quemo con la salten mientras cocinaba, otra vez fue al salir del baño. En otra me pilló con el pie en el aire bajando las escaleras y faltó nada que cayese.

—Por eso has vendido el mueble —afirmó Irene.

—Con la esperanza de que esto desaparezca. Ignoro porque sucede todo esto, pero esa chaise longue ha sido el desencadenante y espero que con su venta no vuelvan las imágenes.

Cuatro días después, Irene en un taxi iba por la autovía hacia la gasolinera que le había indicado Marina. Había recibido una llamada donde le pedía nerviosa que cogiese un taxi para poder volver con su coche y solo le había dicho que la esperaba en la gasolinera.

Pagó el taxi y entró en la cafetería sentándose frente a Marina que la miraba angustiada.

—¿Qué ha pasado Marina?

—Me dirigía a la subasta cuando me ha asaltado una de esas visiones. Cuando ocurre mi realidad desaparece, iba conduciendo y he frenado en seco, casi provoqué un accidente. Menos mal que la autovía iba despejada y han podido esquivarme, eso sí, después de llamarme de todo.

—Marina tienes que hacer algo con esto —dijo preocupada Irene—. El mueble ya no está cerca de ti, pero sigues viendo visiones.

—¿Pero qué hago? —inquirió impotente Marina—. ¿Recurro a una médium de esas? A saber, quienes son auténticas. Recuerda la vez que Marga se empecinó que no podía quedarse embarazada porque le estaban haciendo mal de ojo. No veas la pasta que le sacó esa tipa hasta que nos hizo caso y fue al médico. Tenía los ovarios inmaduros. No me fío Irene.

Alargó la mano y la puso sobre la de Marina que continuaba mirándola angustiada.

—¿Qué has visto esta vez?

—Paseaba por un jardín. A la derecha podía ver un lago y he visto parte de la casa. En el lado izquierdo se ve como una torre con una extraña veleta.

—¿Como de extraña?

—Era como una réplica de la diosa Cibeles. El carro tirado por los leones.

—Marina yo he visto esa casa —saltó de pronto Irene—. Mientras

hacíamos una ruta a pie con el grupo que voy a veces. Bajamos de la sierra de Huétor hacia Quentar y en la ruta pasamos delante de esa casa. A todos nos llamó la atención la curiosa veleta. Era una gran casa, pero nos dio la impresión de que estaba deshabitada. Y lo que has visto no era un lago. Es el pantano.

—Tenemos que ir a esa casa Irene —dijo Marina con decisión— Tenemos que averiguar quién es Gabrielle.

—¿Quién? —preguntó Irene con estupor.

—En una de las imágenes uno de los hombres me entrega, le entrega —rectificó Marina—. Una especie de gargantilla con un nombre hecho en oro y brillantes, decía Gabrielle.

—Es un nombre extranjero. Frances, si no me equivoco ¿Crees que esa tal Gabrielle está muerta y ha contactado contigo?

—No tengo ni idea —se encogió de hombros Marina—. Pero tengo que acabar con esto. Estoy empezando a pensar que los dolores de cabeza se relacionan con lo que está pasando y estas imágenes surgiendo a libre albedrío no me dejan hacer una vida normal.

—Está bien Marina. Este domingo nos acercaremos a Quentar, la casa está entre el pueblo y el pantano.

Irene aparcó junto a la valla de la casa y Marina descendió mirando con extrañeza el lugar tan diferente de sus visiones. En las imágenes ella contempló una casa habitada en perfecto estado rodeada de un cuidado jardín. La casa que tenía ante ella tenía el aspecto de los lugares que llevan años sin habitar, la pintura amarillo mostaza que ella viera aparecía desconchada en numerosos lugares. Los cristales de los ventanales estaban cubiertos de polvo y el jardín lleno de maleza y malas hierbas. El único movimiento que había en el interior de la propiedad vallada era el de la veleta que giraba a merced del suave viento que soplaba.

Era una gran casa con tejas oscuras azuladas en el tejado, pintada de mostaza y de rojo burdeos en los marcos de puertas y ventanas. Daba la impresión de que la casa fue construida después de la torre de la izquierda que soportaba la veleta, ésta era de piedra y tenía la impresión al mirarla que era algo ajeno a la estética del resto. Algunas de las sobre ventanas de estilo veneciano estaban abiertas y el azote del viento las había deteriorado, haciendo que parte de ellas colgasen parcialmente amenazando caer lo que acentuaba más aún la sensación de abandono. Pese a todo conservaba ese aire de señorío que indicaba el potencial económico de sus dueños.

Marina pegó la cara a los hierros forjados de la valla escrutando el interior.

—No se parece en nada a lo que yo veo Irene.

—¿Pero es esta la casa que ves?

—Sí. Es inconfundible, pero mis visiones tienen que tener muchos años.

Rodeó la valla seguida de Irene hasta que un desnivel del terreno no les permitió seguir. Se cruzó el bolso sobre el pecho y trepó por los hierros.

—¿Qué haces? —inquirió Irene al ver como saltaba al interior—. Es una propiedad privada Marina.

Pero ésta como si no la oyera caminaba hacia la casa. Irene dudó unos segundos y se encaramó saltando hacia el interior tras su amiga.

—Menos mal que hemos venido en vaqueros. Como nos sorprendan aquí no sé que vamos a decir —comentó llegando a su altura.

Marina limpiaba el polvo de los cristales intentando otear el interior.

—No tiene muebles —dijo Marina—. Eso explica que la chaise longue llegara hasta mí. Los dueños debieron venderlos cuando dejaron la casa.

—Bueno ¿Y esto que nos resuelve? —preguntó Irene.

Se volvió mirando hacia el paisaje, a lo lejos el agua del pantano que ella confundiera con un lago. Era la única imagen que permanecía igual.

—Podemos acercarnos al pueblo. Los que habitaban esta casa tenían que tener pasta y gente así no suele pasar desapercibida a los lugareños —dijo mirando a Irene.

—Lo que sea con tal de salir de aquí. Entre tus visiones que no sabemos si son de alguien muerto y esta casa abandonada estoy comenzando a acojonarme. ¿No sientes miedo de lo que ves?

—No —respondió Marina encaramándose de nuevo a la valla—. Quizá porque no sé si la tal Gabrielle está muerta. Quizá es solo una memoria residual de hechos. Si fuesen de alguien del más allá tendrían que contener un mensaje o algo y yo solo veo situaciones que ella ha vivido, algunas bastante cotidianas.

Irene se encogió de hombros dándole la razón tras seguir a Marina saltando de nuevo la valla.

Quentar era el típico pueblo andaluz de montaña, pintoresco y con deliciosas calles estrechas excepto la plaza principal. Marina sugirió buscar un restaurante donde se viese gente mayor, primero porque no sabían el tiempo al que se remontaban las imágenes y porque la gente mayor siempre está más dispuesta a hablar con desconocidos.

Por suerte el local no estaba demasiado concurrido pese a ser domingo, quizá porque estaban en octubre y en esa zona se consideraba temporada baja. Decidieron sentarse a la barra y comer pidiendo un par de raciones, eso les facilitó establecer una charla con el padre de la mujer que las atendía. El hombre con el aspecto y la curiosidad que caracteriza a muchos viejos de pueblo inició la conversación interesándose por su visita, eso y su cara afable le confirmaron a Marina que era la persona indicada para informarlas.

—¿A quién pertenece la casa grande cerca del pantano? —preguntó distraídamente Marina.

—A los Pinel, pero hace muchos años que ya no viven allí, se marcharon cuando murió la señora, desde entonces está cerrada.

—¿Era extranjera la señora?

—No —contestó bebiendo del vaso de vino que tenía delante—. La vieja señora era la madre. La extranjera era la francesa. Un feo asunto aquel.

Irene y Marina se miraron significativamente cuando nombró la nacionalidad.

—¿A qué se refiere? ¿Qué pasó?

—Poco después de la muerte de la madre, el señor Pinel puso una denuncia por la desaparición de su esposa, pero cuando la guardia civil terminó de investigar parece ser que se fugó con el chófer y las joyas, y debían ser bastantes porque los Pinel son joyeros afamados.

—¿Cuánto tiempo hace de eso? —siguió interrogando Marina.

—Fue el año que te casaste ¿Verdad Dulce? —preguntó a su hija—. Hará pronto veintiún años.

—¿Y no ha habido noticias de la francesa en todo este tiempo?

—La madre ha venido alguna que otra vez, más al principio, pero hace al menos seis o siete años que no la hemos visto. Creo que dejó una dirección en el hotel por si alguien sabía algo de su hija —el viejo se rascó la calva—. Quizá ha aparecido la hija o la señora se ha cansado.

Tras salir del restaurante las dos caminaron pensativas por las calles.

—¿Tú que piensas? —interrogó Irene— ¿Crees que alguno de los hombres que ves puede ser el chófer?

—No lo creo. Estaban sentados a la mesa en esa lujosa casa y el chófer no se sienta a la mesa a comer con los señores.

—Pues la francesa debía ser ninfómana si además de esos tres se tiraba al chófer —dijo Irene haciendo una mueca.

—¿Porque hablas en pasado? Nada de lo que nos ha contado ese hombre indica que haya muerto.

Marina tomó asiento frente a una bonita fuente mientras Irene se quedó de pie contemplando el paisaje al tiempo que decía:

—La madre ha estado por aquí preguntando por ella. Eso significa que no apareció ni se puso en contacto con su familia.

—Al menos hasta hace seis o siete años que no ha vuelto. Puede que al final se pusiera en contacto con la madre. El anciano ha dicho que dejó una

dirección en el hotel ¿Verdad?

—¿Qué estás pensando? —y miró con curiosidad a Marina.

—Que para saber que me está ocurriendo primero tengo que averiguar si las visiones son de alguien vivo y solo significa que se me ha despertado una capacidad de captar hechos que han pasado o son de alguien del más allá y tienen algún objeto que las vea —se puso en...—. Vamos al hotel a ver si hay suerte y aún conservan esa dirección. Preguntaré a la madre si ha tenido noticias de su hija.

—¿Y si contesta que no?

—Paso a paso Irene —respondió Marina echando andar—. Primero éste y después improvisamos el siguiente.

Diez días después Marina leía un libro en el cómodo sillón orejero de su dormitorio a la luz del atardecer de Almería que entraba por el balcón abierto. Trataba de concentrarse en la lectura, aunque la sensación de nerviosismo que le había dejado la última visión la hacía cambiar la postura con frecuencia. Su estado de ánimo casi hizo que diera un bote cuando sonó el timbre de la puerta. Se asomó al balcón para identificar quien era. Arrugó la frente con extrañeza al ver una señora mayor elegantemente vestida. Preguntó quién era desde la barandilla.

—¿Marina Salas? —inquirió la mujer con fuerte acento francés alzando la cabeza— Me llamo Lissette Parmentier. Me escribió una carta.

Bajó de prisa y cuando le franqueó la puerta de la cancela comprobó que no era tan mayor, tendría la edad de su madre, más o menos su estatura, cara angulosa y ojos gris verdoso, preguntó sorprendida:

—Esperaba una carta de usted, no que viniese en persona —Marina le indicó la subida hacia la casa.

La francesa hizo un gesto de aprobación cuando Marina la hizo entrar el salón.

—Bonitos muebles —y tomando asiento en el sofá victoriano— Cuando llevas casi veintiún años sin saber nada de tu hija y recibes una carta de alguien que solo pregunta si has tenido noticias de ella y que necesita saberlo por razones que no puede explicar, no era cuestión de averiguar la razón de tan extraña carta con otra ¿No crees?

—Lamento que haya hecho un viaje tan largo para nada. Yo quería saber si su hija estaba viva o muerta. Tenía la esperanza que se hubiera puesto en contacto con usted, pero por lo que dice continua sin noticias.

—¿Porque necesitas saber si mi hija está viva o muerta? —preguntó Lissette.

—Es una historia muy extraña y complicada, difícil de entender hasta para mí.

La mujer puso una mano sobre la de Marina antes de preguntar con gesto angustiado.

—Por favor. Llevo todos estos años atormentada por la desaparición de

Gabrielle —y al ver las dudas de Marina reiteró—. Por favor cuéntame esa extraña historia.

Marina acorralada por la súplica de la mujer comenzó a contar lo ocurrido desde el principio, omitiendo algunas visiones, pero no olvidó mencionar la marca de nacimiento en la muñeca izquierda de Gabrielle, Lissette la escuchaba con un rostro inalterable.

—Como ve no creo que pueda ayudarla en nada —concluyó Marina—. Con lo que yo he visto hasta ahora sigo sin saber si lo que veo corresponde a una persona viva o muerta y las imágenes no aportan ningún mensaje. Para mí no tienen ningún sentido.

—Para mí tiene mucho —respondió Lissette— desde el principio supe que Gabrielle había muerto. A mi hija tenía que haberle ocurrido algo para que no se pusiera en contacto conmigo.

—Si se fugó con el chófer como me dijeron en el pueblo quizá huyeron a Brasil o a cualquier lugar remoto.

—Me cuesta creer que Gabrielle se fugara con Ramiro —la francesa hizo un gesto significativo—. Le recuerdo y era un hombre bastante anodino y un hecho como ese no cuadra mucho con la personalidad de mi hija, pero estoy dispuesta a aceptar que eso fuera posible, pero te repito que en modo alguno me habría sometido al sufrimiento de no saber nada de ella durante estos años. Tuve a mi hija con dieciséis años. En mi casa me pusieron la opción del aborto o me largaba, y me largué. Nadie salvo ella y yo sabemos lo duros que fueron los primeros años, pero siempre estuvimos juntas. Cuando Gabrielle tenía catorce años caí muy enferma, le dije que recurriera a los servicios sociales para que se hicieran cargo de ella, pero mi hija se negó. Aparentaba más edad de la que tenía, durante un año y medio trabajo, cuidó de mí y traía buenas notas —Lissette hizo un gesto llevándose una mano a los ojos intentando impedir que se le escapen unas lágrimas—. Estábamos muy unidas. Gabrielle está muerta no tengo la menor duda.

—¿Y si está tan segura? ¿Porque ha venido?

—Porque necesito saber cómo, porque y lo más importante, donde está su cuerpo.

—La entiendo, pero no sé porque me cuenta todo esto, ya le explicado mi problema señora Parmentier y la razón de escribir esa carta —Marina se encogió de hombros—. Como ve, no puedo ser de ninguna ayuda.

—Te equivocas Marina. Mi hija ha contactado contigo, quizá ese accidente del que me has hablado ha despertado una sensibilidad que no tenías, pero

para mi está claro que todo eso que ves te lo muestra ella.

Marina se rascó una ceja con un gesto escéptico.

—No quisiera ofenderla, pero permítame que lo dude. Este asunto lo he hablado mucho con mi amiga Irene y siempre me ha llevado a las mismas conclusiones. Si su hija hubiera contactado conmigo sería con alguna razón, algún mensaje y lo que yo veo no tiene visos de eso. Son solo escenas que ha vivido. Esa fue la razón de ponerme en contacto con usted, preguntarle si sabía algo de ella. En las imágenes que veo nada indica que esté muerta.

—Si Gabrielle no está muerta ¿Como consigue mostrarte lo que ves?

—Esa no es la pregunta, la cuestión es ¿Porque me lo muestra?

—Quizá porque quiere que averigües que pasó. Mi hija era muy religiosa y estoy segura de que no descansará hasta que le demos sepultura a su cuerpo.

Marina se incorporó con una sonrisa.

—¿Religiosa? —preguntó con cierta ironía— ¿Está segura de que conocía a su hija señora Parmentier? Una persona religiosa no suele tener una vida sexual tan intensa y variada como tenía Gabrielle.

—¿A qué te refieres? —preguntó Lissette sorprendida.

Había evitado entrar en el detalle de las imágenes sexuales por cierto pudor, pero Marina pensó que su madre tenía derecho a saberlo todo sobre su hija.

—Veo a su hija manteniendo relaciones sexuales con tres hombres.

Lissette se quedó pensativa unos segundos ante la revelación de Marina.

—Sé que será difícil de entender la personalidad de Gabrielle y su conducta, pero te aseguro que pese a eso era muy creyente a su manera y no pienso juzgar su comportamiento. Visité a menudo a mi hija en los cuatro años que vivió aquí. ¿Podrías describir a esos hombres?

—El primero que vi era un hombre que podría rondar los cincuenta, de constitución fuerte y con entradas.

—Eduardo Pinel, su marido —afirmó Lissette.

—El otro podría tener esa edad, pero es más alto y delgado, de cara angulosa y bigote.

—Víctor Pinel —dijo sorprendida la francesa arrugando el ceño— el hermano de Eduardo.

—El otro es un chico de unos diecisiete años.

—¡Dios Mío! Ese es Adrián Pinel. El hijo de Eduardo.

Marina abrió los ojos en una expresión de asombro antes de contestar.

—Ahora empiezo a creer que a su hija le ocurrió algo. De un triángulo

como ese no puede surgir nada bueno.

—Y puede haber sido el móvil para su muerte —afirmó Lissette pensativa — ya he dicho que no voy a juzgar a mi hija, lo único que importa es que averigüemos que pasó y donde está su cuerpo.

—¿Averigüemos? —preguntó Marina con extrañeza—. Señora Parmentier, usted quiere saber que le ocurrió a su hija y está en su derecho, pero permíteme, yo solo quiero librarme de ella. Esta situación es insostenible para mí, no puedo hacer una vida normal. Casi provoqué un accidente cuando me surgió una de esas imágenes conduciendo y esta mañana en la galería comercial he vuelto a tener otro percance cuando bajaba por las escaleras mecánicas —llevó la mano a la falda y mostró el moratón de su rodilla.

—Un buen golpe —afirmó la francesa.

—Esas imágenes surgen sin previo aviso y durante el tiempo que duran no veo nada de lo que me rodea. Solo quiero librarme de esas visiones como sea.

—De eso se trata Marina —dijo levantándose Lissette— Mi hija ha contactado contigo y estoy segura de que no te dejara tranquila hasta que descanses en paz.

Marina hizo un gesto de impaciencia y después suspiró con frustración.

—Si es así ¿Porque no me muestra que ocurrió? ¿Porque no me indica donde se encuentra su cuerpo? ¿Porque muestra solo imágenes que no significan nada? —preguntó angustiada.

—No lo sé Marina —y Lissette fue hacia ella cogiendo sus manos— no entiendo cómo funciona esto.

—Pues ya somos dos, señora Parmentier. No soy una médium, soy ingeniera informática y de hecho siempre he sido muy escéptica con ese tipo de cosas, pero lo que me ocurre no tiene nada que ver con lo que oído.

—Llámame Lissette y sentémonos a hablar con calma.

Marina miró a la francesa respirando despacio para tranquilizarse, la teoría de Lissette de que su hija estaba muerta y se estaba comunicando con ella la inquietaba sobremanera. Irene la había preguntado si la asustaba ese asunto y la verdad es que a excepción de las molestias que suponían la aparición espontánea de las imágenes no se sentía asustada porque desde que había surgido este asunto no quería profundizar demasiado, solo que desapareciera de su vida. Le costaba creer que Gabrielle estuviese comunicándose con ella desde el más allá. Suspiró con una expresión triste porque comprendía la desesperación de esa mujer ante la ausencia de noticias de su hija durante tantos años. Era lógico que se aferrase a lo que fuese.

—Perdone mi descortesía Lissette. No le he ofrecido nada. ¿Le apetece tomar un café o un té?

—Agradecería un té.

Se encaminó a la cocina seguida de la madre de Gabrielle.

Lissette tomó asiento frente a la mesa de la cocina mientras Marina se movía preparando el té para ambas. Colocó la tetera con todo lo demás en una bandeja que depositó en el centro de la mesa y tomó asiento frente a la francesa. Ésta comenzó a hablar despacio mientras se retorció nerviosa las manos.

—No entiendo porque Gabrielle te está mostrando esas imágenes. Has dicho que antes del accidente no tenías ninguna relación con cuestiones paranormales —Lissette miró a Marina con una sonrisa triste—. A lo largo de estos años he gastado mucho dinero visitando médium y gente que creía poder decirme que había sido de mi hija. Unos afirmaban que estaba viva y feliz y otras que estaba muerta y me decía que estaba bien y en paz en el otro lado, pero cuando les pedía que me contasen como había muerto, porque y donde estaba su cuerpo ninguno sabía contestarme. Eso me volvió más escéptica para estas cosas de lo que has podido ser tú hasta ahora —tomó aire antes de continuar—. Tú eres auténtica Marina. Cierto que no sabes manejar ese don y quizá Gabrielle tampoco. Puede que ella esté tratando de contactar para mostrarte las cosas con más claridad y estés creando una resistencia sin darte cuenta.

—Es curioso que diga... —añadió pensativa Marina—. Me están tratando de unos dolores de cabeza a los que mi traumatólogo no encuentra explicación. Los estoy relacionado últimamente con las visiones porque hay veces que tengo un intenso dolor, pero después de tener un episodio de esos desaparece por completo sin haber tomado ningún calmante, como si hubiera liberado una presión en mi cerebro.

—A eso me refiero. Ninguna de las dos sabemos cómo funciona esto y es posible que ella tampoco. Estoy convencida que tu accidente despertó algo en ti y que a través de ese mueble Gabrielle te contactó. Tenemos que llegar al fondo de esto Marina, tú porque deseas recuperar la normalidad de tu vida y yo porque necesito saber que le ocurrió a mi hija.

Marina en silencio y pensativa vertió el líquido en sendas tazas y le pasó una a Lissette.

—¿Y qué se supone que vamos a hacer? —preguntó bebiendo un sorbo de su taza.

—No sé —dudó Lissette— Podríamos intentar buscar estímulos visitando la casa donde desapareció.

—Eso ya lo hice con mi amiga. Fue en el hotel de Quentar donde me dieron su dirección. Visité la casa por fuera y no me surgió ninguna imagen.

—Quizá estuviste poco tiempo. Te propongo que vayamos a pasar unos días. Conozco a la pareja que vigila la casa y pueden dejarnos entrar en su interior.

—Yo ni vi a nadie y la casa está desamueblada. No hay nada que vigilar.

—Es un matrimonio que vive cerca. Vigilan que en la casa no se metan ocupas al verla vacía.

Marina se pasó las manos por el pelo con resignación.

—Si usted cree que eso puede servir para acabar con esto, de acuerdo.

—¿Qué me estas contando? —preguntó asombrada Irene —¿Qué ha venido la madre de la francesa hasta aquí?

Marina relató la conversación con Lissette.

—Iremos a pasar unos días a Quentar. Ella cree que quizá si entro en la casa, puede que las imágenes surjan con más frecuencia y aclaren algo.

—¿Su hija estaba liada con el hermano y con el hijo del marido? Que mal rollo me da esta historia Marina —añadió preocupada Irene— Si la madre tiene razón y su hija está muerta. ¿Significa que la mató el chófer y se fugó después con las joyas?

Marina se quedó pensativa unos instantes ante la hipótesis de su amiga.

—No había pensado en eso y lo más extraño es porque, cuando se investigó la denuncia del marido no pensaron en esa posibilidad, si lo analizas detenidamente tiene más lógica que la de fugarse con él. Lissette tuvo que ser informada en su momento. Le preguntaré mañana porque oficialmente se dio la versión de la fuga en lugar de la otra.

—¿Te das cuenta de que al aceptar la invitación de esa mujer te puedes ver investigando un asesinato?

—Sí. Ya lo he pensado, pero si ella tiene razón y Gabrielle está muerta y todo lo que veo lo está provocando ella, también tendría razón en que no me dejará en paz hasta que la encuentre y tengo que acabar con esto Irene, estoy en un estado de ansiedad insoportable. Quiero que esto acabe, incorporarme a mi trabajo y hacer mi vida de nuevo.

—Está bien —dijo con un suspiro Irene— Pero ten cuidado, a mi esta historia me está comenzando a asustar y no sé cómo a ti no. Recuerdo que de jovencitas te negabas en rotundo a jugar a la guija o cualquier cosa por el estilo y mírate ahora, puede que estés en comunicación con alguien del más allá.

—Desde que apareció la madre de Gabrielle asegurando que su hija tenía

que estar muerta no he dejado de darle vueltas, no sé si me asusta o no el tema y mi conclusión es que mientras se limite a mostrarme imágenes que han pasado y no se dirija a mí, ni me hable con voces raras todo va bien —dijo Marina bromeando y provocando la carcajada de Irene.

Lisette Parmentier la recogió temprano en un lujoso automóvil con chófer al día siguiente, Marina la esperaba en la puerta de su casa con una bolsa de viaje preparada.

Sentada con ella en el asiento trasero dudó unos segundos en satisfacer su curiosidad.

—Habló de tiempos duros durante la infancia de Gabrielle, pero a la vista de sus ropas, este vehículo y su forma de comportarse financiando ahora estos tres días en el pueblo da la impresión de que ahora le van bien las cosas.

—La vida es muy extraña Marina, te quita una cosa y te da otra. Al año de la desaparición de mi hija conocí a Pierre, mi marido, a pesar de la amargura de la incertidumbre sobre Gabrielle pasé quince años de serena felicidad hasta que murió. Creo que no lo hubiese podido soportar sin él y sí, me ha dejado en muy buena posición.

En el hotel del pueblo, Lisette alquiló la última planta que formaba una especie de apartamento con dos habitaciones y una amplia terraza con unas espléndidas vistas.

En el saloncito y antes de dirigirse a la casa, Marina delante de un servicio de té sacó la cuestión que había debatido con Irene.

—Lisette, ¿Porque se llegó a la conclusión que Gabrielle se había fugado con el chófer? Dado que desaparecieron las joyas lo más lógico hubiera sido pensar que él quizá le hizo algo y huyó después.

—Esa fue la primera hipótesis de la guardia civil cuando comenzó a investigar la desaparición y hacia allí llevaron sus pesquisas. Se dio orden de búsqueda del vehículo y averiguaron que el chófer, con mi hija se detuvieron en la carretera hacia Málaga ese día. Interrogaron al dueño de la cafetería y dijo que Gabrielle salió del coche, tomó un café y estuvo un rato esperando hasta que se levantó e hizo una llamada desde el teléfono público. Durante todo ese tiempo, Ramiro estuvo sentado al volante. Nada de eso coincide con alguien que está siendo secuestrada. Tuvo sobradas oportunidades de pedir ayuda —Lisette suspiró con pesadumbre—. Eso fue la causa que determinó que fue una huida voluntaria y el hecho que de no encontrar ni rastro del chófer, que huyó con él.

—¿No encontraron sospechoso que el chófer permaneciera en su puesto al

volante? Si hubiese habido una relación sentimental entre ellos esa escena no tiene sentido. Da la impresión de que cada uno mantenía su posición.

Lisette se sirvió otra taza de la infusión que habían pedido y bebió antes de responder.

—Para mí sí lo fue. Ya te dije que no me cuadraba con la personalidad de mi hija largarse con el chófer, pero los investigadores a ese hecho no le dieron importancia.

Marina se acomodó mejor en el sofá tras depositar la taza vacía en la bandeja.

—Hábleme de Gabrielle y como llegó a casarse con Eduardo Pinel.

—Ya te contado como fue nuestra vida casi hasta los dieciséis años de Gabrielle —Lisette se reclinó en el sillón—. Fue a partir de ese momento que tomó la resolución de salir de la pobreza. Se trazó como meta una condición diferente. Mi hija tenía mucho encanto, algo que atraía, pero no era una gran belleza, aunque poseía un buen cuerpo y un bonito cabello rubio, pero no era suficiente para hacer fortuna solo con su físico como les ocurre a las modelos —sonrió con ternura al evocar recuerdos— Era tenaz y voluntariosa, dedicó todos sus esfuerzos a adquirir cultura, soltura y modales, aprendió a vestirse con la ropa adecuada. En una palabra, suplió la falta de belleza con clase, aunque siempre me chocó una cosa que terminé discutiendo con ella —Lisette se quitó un mechón rizado de su pelo blanco plateado—, siempre estaba saliendo con alguien distinto, cambiaba de acompañante constantemente y ante mi pregunta dijo que necesitaba experiencia, que los hombres tienen el cerebro entre las piernas y su única ventaja era dominar ese terreno.

—¿Porque dice que le chocaba eso? —preguntó Marina extrañada.

—Por su religiosidad. Se levantaba a las siete los domingos para ir a la misa de ocho. No fallaba nunca y no sé de dónde sacó esa inclinación porque yo nunca le inculque nada, en realidad la religión por aquel entonces no me interesaba. Le dije que sus ambiciones y su comportamiento era contradictorios con la fe, pero ella alegaba que Dios con su indulgencia perdonaba sus pequeñas faltas. Estaba llena de defectos, lo reconozco como madre. Pese a todo, mi hija era muy buena y tenía un gran corazón —Lisette suspiró con tristeza y reanudó el hilo de la historia donde lo había dejado tras esa reflexión de sus recuerdos— Cuando Gabrielle iba por la calle atraía las miradas por su elegancia pese a su falta de belleza y eso le posibilitó encontrar trabajos. Durante algunos años pasó modelos para clientas exclusivas en los salones de alta costura, su relación con ese mundo le

facilitaba acceder a esa ropa. Lo intentó todo para cazar un millonario, pero había otras con más belleza —movió la cabeza con tristeza—. Me comentaba que preferían acostarse con ella, pero se casaban con las más guapas porque eran mejores trofeos. El tiempo iba pasando y yo trababa de apartar de su cabeza obtener una vida mejor de esa forma, pero ella insistía que llegaría su oportunidad y llegó. Tenía veintiséis años cuando surgió un trabajo como modelo de joyas en una exposición.

—La de los Pinel —interrumpió Marina.

—Sí. Por aquel entonces la firma estaba cogiendo auge y esa exposición en París fue un gran éxito. En seguida congenió con Eduardo, era viudo, había perdido a su mujer hacia unos años tras una larga enfermedad. Mi hija me contaba que pese a su poco físico era un hombre amable y generoso. Con la posición de Eduardo podía haber aspirado a una mujer más bella, pero vio algo en mi hija y ella no desaprovechó la oportunidad que se le presentaba. Cuatro meses después de conocerse le pidió que se casara con él y por supuesto Gabrielle aceptó.

Marina observó sin decir nada el largo silencio que siguió a las palabras de Lissette quien pensativa fijó la vista en algún punto de la terraza, supuso que los pensamientos de la madre de Gabrielle eran sobre lo que pensó en aquel momento sobre la decisión de su hija. Por lo que había contado hasta ahora, Marina dedujo que Lissette siempre tuvo una actitud de desaprobación ante determinados comportamientos, pero de amor incuestionable y apoyo a su hija, pero sea lo que fuese que pasaba por la cabeza de la mujer que tenía sentada frente a ella no pensaba inmiscuirse si por iniciativa propia Lissette no lo hacía.

—¿No tiene una fotografía de su hija? —interrumpió Marina el silencio—. Me gustaría saber cómo era.

—¿No la ves en tus imágenes? —preguntó Lissette sorprendida.

—Me veo como si fuese ella. Para poder ver su rostro tendría que mirarse en un espejo, pero si he visto sus manos y la marca de nacimiento de la muñeca.

—Si, era inconfundible —Lissette no pudo evitar una sonrisa—. Cuando di a luz en un hospital público tenía un miedo horrible a que me quitasen a mi hija por mi poca edad o que me la cambiaran por otra. Cuando aún no habían cortado el cordón me la colocaron encima y mientras acariciaba su mano le vi la marca en la muñeca. Se la llevaron para hacerle las pruebas médicas y cuando me trajeron a la habitación recuerdo que lo primero que hice fue

buscar esa marca —Lisette se levantó con cansancio y entró en uno de los dormitorios apareciendo poco después con un portarretratos que le pasó a Marina.

Durante unos minutos estuvo mirando el rostro sonriente de una mujer joven no excesivamente bella, pero con un algo en su cara que atraía. Tenía ángel. Tenía un bonito cabello rubio y largo, sus ojos de un castaño claro, aunque parecían verdes o casi miel. Tenían un color ambiguo, le recordaron los de Irene. Pese a lo que había contado su madre y a las escenas sexuales que ella misma había visto la cara de Gabrielle conservaba un aire de inocencia. Pasó el retrato de nuevo a Lisette que lo miró con tristeza unos segundos antes de depositarlo sobre una pequeña mesa auxiliar situada a su derecha.

—Poseía un aire de ingenuidad y candor pese a lo que ha contado.

—Siempre —afirmó Lisette— y lo conservó pese a lo mal que lo pasó en los dos primeros años de su matrimonio con Eduardo.

—¿No consiguió lo que quería al casarse con él?

—Posición social y riqueza sí, pero los Pinel eran como un clan. Los primeros dos años vivieron en la mansión que poseían en Madrid y Eduardo hizo un esfuerzo por darle bastante vida social acudiendo a numerosas fiestas y eventos. Todo hubiese ido bien pero no contó con una enemiga acérrima que le hizo la vida imposible todo lo que pudo.

—¿Quién? —inquirió curiosa Marina.

—Matilde Rosales, la madre de Eduardo. Vivían todos juntos en la casa, incluido Víctor que volvió al seno familiar tras su divorcio. Matilde siempre se opuso a ese matrimonio. Era la dueña de la fortuna, la que gestionaba todas las actividades financieras de la firma y amenazó con desheredar a Eduardo dejándole solo la legítima si se casaba con mi hija —Lisette suspiró hondo—. Algo que hizo en realidad. El grueso de la herencia fue para Víctor Pinel. Se las hizo pasar mal hasta que cayó enferma. Le dio un ataque cerebral que la paralizó y la dejó sin habla. Fue entonces cuando Eduardo se trasladó aquí mientras se ampliaba la mansión de Madrid, esa casa cerca del pantano era de su abuela y una herencia privativa suya. Eduardo pese al mal comportamiento de su madre se la trajo a la casona, aunque en los años siguientes nunca salió de la habitación hasta su muerte y por suerte mi hija dejó de recibir sus constantes puyas.

—Eduardo no intervenía en eso.

—Era un hombre muy conciliador por decir algo. Siempre pensé que le

faltaba carácter.

—También se trasladó Víctor —afirmó extrañada Marina—. ¿Porque?

—Se encargaba de las finanzas, no poseía talento artístico para diseñar, esa parte era de Eduardo, el verdadero impulsor de la firma.

—Me pregunto cómo llegó Gabrielle a formar ese triángulo amoroso —dijo pensativa Marina.

—Eso es lo que pretendemos averiguar ¿Prefieres que nos acerquemos a la casa después del almuerzo? —preguntó Lissette—. Ya falta poco.

Marina hizo un gesto afirmativo y comentó que le gustaría dar un pequeño paseo en soledad hasta la comida.

Poco después subía una pequeña pendiente desde la que se divisaba el pueblo y el hotel. Había preferido caminar por los alrededores para pensar con calma en todo lo que había conseguido averiguar sobre la causante de las imágenes que la asaltaban.

Los terrenos que rodeaban el pueblo presentaban un abrupto paisaje con pequeñas colinas ascendentes y bajantes, con tramos abiertos y con densa arboleda en otros. Marina los subía o bajaba hundida en sus reflexiones tratando de entender la personalidad de Gabrielle. Si no hubiera contemplado su fotografía la imagen que se habría formado de ella sin duda sería la de un rostro duro y ambicioso. Su cara era contradictoria con sus acciones.

Miró la hora sobresaltada, la una y media. Había quedado con Lissette a la una, pero distraída no se había dado cuenta que llevaba casi dos horas caminando.

Volvió sobre sus pasos deprisa, subía una pequeña pendiente cuando una de las imágenes la asaltó dejándola paralizada. Adrián Pinel tumbado boca arriba en la hierba se dejaba acariciar la frente por Gabrielle mientras parecía contarle algo grato por la expresión del rostro del muchacho. Marina reguló su respiración parada en mitad de la pendiente cuando desapareció, tendría que hacer algo con la agitación que siempre sentía cuando la asaltaba una escena, había ido allí precisamente con la intención que estas fluyeran más a menudo.

Eran casi las dos y media cuando entró en el hotel y pidió disculpas a Lissette por el despiste.

—No te preocupes —le sonrió comprensiva—. Sé que en España se come tarde, en Francia si podía haber sido un problema.

Delante del almuerzo en un casi solitario comedor del hotel, Marina relató la imagen que la había asaltado mientras volvía.

—¿Qué impresión te ha causado esa escena? —preguntó Lissette.

—No lo sé. Tengo la impresión de que Gabrielle inició la relación con el hijo de Eduardo porque se enamoró de él. La escena que he visto me ha parecido de dos enamorados. Adrián tenía un rostro de ensoñación.

—Mi hija quizá ha querido que sepamos eso precisamente.

—Lo que no sé es en qué nos ayuda saber que se enamoró de Adrián.

—Tenemos que tomarnos lo que ves como las piezas de un rompecabezas, puede que hasta que no tengamos las suficientes no seamos capaces de ver que quieren decir —Lissette siguió cortando su filete mientras hablaba sin mirar a Marina—. Lo importante es que esas escenas sigan surgiendo, tengo la esperanza que nuestra visita a la casa acelere el proceso.

Lisette indicó a su chófer que se desviara en el camino hacia la casa, Marina podía distinguir a lo lejos la veleta asomando entre los árboles. El coche paró frente a una casa de pueblo no demasiado grande de la que surgió un hombre de cincuenta y tantos, vestido con pantalón de pana y que saludó dándole la mano a la francesa, poco después repitió la operación con una mujer de más o menos esa edad que salió por la puerta secándose las manos en el delantal que llevaba puesto. Marina dedujo que eran los guardeses de la casa de los Pinel a los que había hecho alusión. Intercambiaron unas palabras y el hombre entró en la casa para salir poco después con un manojito de llaves que entregó a la madre de Gabrielle.

La familiaridad de Lisette al ir derecha primero a la llave que abría la cancela y luego la de la puerta principal le indicó que había hecho eso en varias ocasiones, posiblemente en las visitas que le comentó el lugareño cuando fue a Quentar con Irene, Lisette no solo visitaba los alrededores donde vivió su hija, sino que paseaba por el interior de la casa.

La puerta principal cedió con un suave crujido y un olor a polvo y a casa cerrada llegó hasta ellas. A través de un rayo de sol que se filtraba por un lateral, Marina observó la amplia entrada vacía. Dos grandes puertas se abrían a izquierda y derecha y al fondo una escalera.

Los pasos de ambas resonaban en las estancias vacías que iban recorriendo y Marina intentaba asociar cada una de ellas a las imágenes que veía cuando esa casa estaba amueblada y llena de vida.

—Ésta era la salita privada de Gabrielle —dijo Marina de pronto al entrar en una de las habitaciones de arriba—. Aquí estaba la chaise longue.

—La has reconocido y eso que sin los muebles no parece la misma.

—El rojo de la pared, con los tramos de escayola blanca tallada son inconfundibles. ¿Vendieron los muebles cuando desapareció su hija?

—No —Lisette caminó hacia uno de los ventanales y lo abrió dejando que la brisa fresca renovara el aire cargado de polvo de la habitación— En los primeros años cuando volvía por aquí la casa estaba amueblada. Los vendieron después. Ya te he dicho que Eduardo heredó solo la legítima y aunque supongo que era una buena cantidad si llevó el mismo tren de vida que acostumbraba debió tener problemas financieros. Esta casa estaba llena de antigüedades muy valiosas.

—¿Es que no siguió en la firma? —preguntó Marina acercándose a la ventana desde la que podía verse un tramo azul del pantano.

—Después de la lectura del testamento creo que los hermanos acabaron enfrentados —Lisette sacó un pañuelo de papel de su bolso y limpió el alfeizar antes de apoyarse—. No estoy muy segura porque la desaparición de Gabrielle fue anterior a la lectura y todo lo que sé es por boca de los guardeses. Pero Eduardo dejó la firma.

Estuvieron un rato asomadas, Lisette cerró la ventana y juntas recorrieron el resto de las habitaciones de la casa. La del fondo del pasillo la francesa indicó que fue la de Matilde. A Marina le pareció oscura con su orientación norte y las paredes forradas de madera de roble.

—Que poco apropiada para una enferma ¿No? —comentó Marina mientras la recorría.

—La verdad, es la primera vez que entro —explicó Lisette ojeándola con detenimiento— Cuando le pedí a los guardeses ver la casa, en esa ocasión me acompañaron y cuando me señalaron esta habitación como la de la señora Matilde nunca sentí deseos de entrar aquí.

Lisette se volvió distraídamente hacia Marina mientras hablaba y paró en seco al ver su mirada perdida en algún punto con la cara crispada y supo que estaba teniendo una visión. Se acercó despacio como temiendo interrumpir el proceso y antes de llegar a ella Marina parpadeó como si hubiera vuelto de un trance.

—Has tenido una visión ¿Verdad? —afirmó Lisette.

Marina solo asintió intentando recobrar la calma respirando despacio.

—Espero ser capaz de acostumbrarme a esto. No puedo evitar ponerme nerviosa cada vez que me viene una.

—Es comprensible Marina —dijo con una sonrisa afable— ¿Qué has visto esta vez?

—No lo entiendo —Marina la miró arrugando la frente— Esta mañana me ha contado que Matilde Rosales odiaba a Gabrielle.

—Y así era.

—Pues no cuadra con la escena que he presenciado. He visto a una mujer mayor que no puede ser otra que Matilde, estaba en la cama, en esta habitación y Gabrielle terminaba de peinarla, le acomodaba las almohadas y la anciana le cogía la mano a su hija mientras la miraba y la sonreía con afecto.

—¿Estás segura de eso? —preguntó sorprendida Lissette.

—¿Gabrielle no le comentó nada sobre las relaciones que tenía con la madre de Eduardo cuando cayó enferma?

—Durante los años que vivieron en esta casa vine solo un par de veces por aquí. Fue el tiempo que estuve ocupada con la nueva tienda y era ella la que me visitaba cuando iba a París de compras.

La tarde estaba cayendo y las sombras se iban apoderando de la casa, ambas caminaron hacia la salida.

—¿Tenía una tienda? —preguntó Marina curiosa mientras atravesaban el hall y salían al jardín.

—Durante mucho tiempo trabajé en el turno de noche como recepcionista de un hotel hasta que encontré la oportunidad del traspaso de una tienda de artículos de regalo en el barrio— contó Lissette al tiempo que cerraba la puerta con llave— Cuando se casó con Eduardo, Gabrielle intentó que dejara de trabajar, pero vivir de la sopa boba a costa de los Pinel no me agradaba, mi hija insistió que le permitiera al menos instalar la tienda en un lugar más céntrico. Me fue muy bien, tenía muchas ventas, pero también más trabajo y menos tiempo.

Marina se acomodó en el asiento posterior del lujoso coche cuando pasó Lissette. Poco después se detuvieron delante de la casa de los guardeses para entregar las llaves y emprendieron el regreso al hotel.

Más tarde en la cena, Marina observaba a la francesa mientras tomaba la sopa, Lissette abstraída parecía haberse olvidado de su plato.

—Le está dando vueltas al tema de mi última visión ¿Verdad?

Lissette fijó sus ojos gris verdosos en ella, al tiempo que pareció percatarse del plato de sopa que tenía delante.

—No entiendo porque mi hija no me comentó que habían mejorado sus relaciones con Matilde —dijo meditabunda— Cuando vivía en Madrid y la visitaba era uno de los temas de conversación recurrentes.

—Parece que el tiempo que vivió en este lugar la hizo hacer cosas

inusuales porque todas las escenas sexuales que he visto en mis imágenes fueron en esa casa —añadió Marina limpiándose la boca con la servilleta — ¿Notó que cambiara su comportamiento o su carácter en ese tiempo?.

—Gabrielle era muy vital, optimista por naturaleza, aunque en el último mes antes de su desaparición —levantó la cabeza en un gesto de querer recordar algo— la noté extraña, como si estuviera preocupada por algo.

—Con ese lío de relaciones que tenía en la misma casa no es de extrañar que tarde o temprano pasara algo.

Lisette suspiró con desaliento mientras retiraba su plato desgana.

—Cada vez estoy más segura que eso fue el desencadenante de su muerte y eso significa que uno de los Pinel es el culpable. Espero que mañana cuando volvamos a la casa te sigan surgiendo imágenes que nos vayan aclarando las cosas.

Pero no hubo suerte, ni ese día ni el siguiente. Marina y Lisette pasearon durante horas por la casa vacía donde viviera Gabrielle durante dos años. Al tercer día desalentadas decidieron poner fin al viaje.

—Parece que las imágenes siguen una pauta aleatoria —comentó Marina deprimida sentada en el coche de vuelta a casa— y esto supone que voy a tener que continuar igual que antes.

—Tenía la esperanza que la casa fuese un buen estímulo, pero quizá la escena que viste el primer día te habría surgido igual en la tuya. La verdad es que no se me ocurre nada para acelerar este proceso.

Asintió a la madre de Gabrielle y durante un buen rato se dedicó pensativa a fijar su atención en el paisaje que veía a través de la ventanilla.

—Quizá el estímulo no es la casa sino las personas que la rodearon —dijo de pronto Marina volviéndose hacia Lisette— Si pudiera hablar con los Pinel puede que las imágenes fluyeran con más frecuencia.

—La cuestión es con que excusa te ibas a presentar ante ellos —alegó la francesa.

—Podría decir que soy una periodista que está haciendo una investigación sobre personas que desaparecieron hace muchos años y nunca se ha vuelto a saber de ellas.

—No puedes hacer... —dijo rotunda Lisette.

—¿Porqué? —se extrañó Marina.

—Si uno de ellos mató a mi hija te pondrías en peligro removiendo el asunto y no olvides que también desapareció el chófer— la francesa puso un gesto preocupado— Eso significa que es un asesino que no se detiene ante

nada— puso su mano sobre la de Marina— Pensaremos algo, no te preocupes.

Marina recibió la visita de Irene tres días después, Lissette se había marchado a París alegando que tenía que resolver unos asuntos y volvería en poco más de una semana.

—¿Dónde estabas? —dijo Irene— He tratado de llamarte al móvil, pero lo tenías apagado.

—Después de regresar he pasado dos días en el pueblo con mi hermana, tenía ganas de ver a mis sobrinos y con tanto lío en mi cabeza olvidé cargarlo.

—¿Habéis resuelto algo con la visita a la casa del pantano?

Puso en antecedentes a Irene de la visión que tuvo y de la historia de su hija que le relató Lissette.

—No has resuelto nada y tampoco has averiguado nada que te permita librarte de las imágenes —expresó con pesimismo Irene.

—Algo sí —dijo Marina tomando asiento en uno de los sillones de la pequeña salita donde había conducido a su amiga— Ahora tengo la certeza que Gabrielle está muerta, aunque no me preguntes porqué, pero lo sé y estoy segura de que alguno de los Pinel es el autor de su muerte.

—¿Y qué piensas hacer ahora?

—No lo sé —y Marina se pasó las manos por el rostro expulsando el aire con fuerza después— Me reafirmo en lo que le dije a Lissette, si algo puede estimular que las imágenes surjan con más frecuencia son esas personas, no la casa.

Irene se reclinó en el sillón pensativa antes de responder.

—La señora Parmentier tiene razón Marina, eso es muy peligroso, si tienes razón y Gabrielle fue asesinada por uno de ellos el criminal lleva casi veintidós años convencido de que le salió bien, no puedes aparecer delante de ellos haciendo preguntas sobre ella y llamando la atención sobre ti.

—Ya sé que es peligroso, pero no puedo continuar... —la cara de Marina se llenó de preocupación— He tenido que coger el autobús para ir a visitar a mi hermana porque me da miedo coger el coche. Dentro de quince días tengo que volver al médico y supongo que me dará el alta. Trabajo a treinta kilómetros de aquí. Necesito mi coche para desplazarme. Sé que acercarse a los Pinel es un riesgo, pero estoy tan desesperada que estoy dispuesta a correrlo.

Irene miró apenada la expresión de su amiga, si a ella le estuviese pasando algo como eso haría lo mismo.

—El más probable es el marido —dijo Irene tras ese momento de

reflexión sobre el tema— si descubrió cualquiera de las relaciones es un móvil para matarla.

—Cualquiera de los tres pudo hacerlo, Eduardo es solo el más obvio pero ignoramos porque se lío Gabrielle con Víctor pero si éste descubrió la relación con el sobrino a saber la reacción que pudo despertad en él, igual no estaba dispuesto a compartirla con nadie... —Marina fijó distraída la vista en un pájaro posado en un árbol a través de la ventana— Y está Adrián, acostarse con la mujer de su padre es muy fuerte para una mente de diecisiete años, esa edad es más inestable que la nitroglicerina y si descubrió la relación con el tío...

—La verdad es que la francesa se las traía. Ya había conseguido lo que quería, casarse con un millonario. ¿Porque ponerlo todo en peligro con esas relaciones? No es propio de alguien tan cerebral como ella.

Marina suspiró con fuerza al tiempo que se levantaba camino de la cocina para preparar té para ambas, Irene la siguió.

—La personalidad de Gabrielle por lo que ha contado la madre es muy ambigua y extraña —agregó sacando la tetera de uno de los muebles— pasa de un extremo al otro. Es religiosa practicante, pero tiene una conducta de mujerzuela con una ética autocomplaciente.

—Bueno, eso es lo que hizo la iglesia durante muchos siglos —añadió Irene sonriendo y sacando las tazas de la vitrina —¿Has tenido alguna imagen más en estos días?

Puso la tetera sobre la vitrocerámica y se volvió hacia su amiga.

—Una, mientras estaba en casa de Julia, pero es irrelevante.

—¿Porqué? —Irene tomó asiento.

—Ya te dije que algunas eran de su vida cotidiana— Marina se sentó frente a ella a la espera de que hirviese el agua— quizá si su madre no me hubiese hablado de su religiosidad hubiese sido importante. Era una escena en la que le encendía una vela a una imagen y rezaba.

—De verdad, que tía más rara —dijo Irene moviendo la cabeza— Y cambiando de tema. ¿Qué tal has visto a Julia?

Marina emitió un largo suspiro antes de contestar.

—Aún no se decide a dejar a Diego, aunque al menos ya se ha dado cuenta que ese matrimonio fue un error, pero tiene miedo de dar el paso.

—Ese tipo le ha colocado cuatro hijos y el mayor no tiene ni diez años, es lógico que le cueste tomar la decisión.

—Alargar esa situación es una estupidez, menos mal que Diego tiene que

ausentarse a menudo por su trabajo. Se marchó al día siguiente de llegar yo y tenías que ver cómo cambia el carácter de mi hermana cuando ese hombre sale por la puerta. Se le ilumina la cara y la irritabilidad que tiene continuamente desaparece como si saber que iba a estar cuatro días sin verle fuese un motivo de felicidad.

—¿La has presionado para que se decida?

Marina se levantó y vertió el té en la tetera que había retirado del fuego depositándola después sobre la bandeja.

—No —dijo cruzando los brazos sobre la mesa— Ya se ha dado cuenta y esta decisión tiene que tomarla sin presiones. Una vida sola con cuatro niños no será fácil, pero estoy segura de que no deja de pensar en ello, es cuestión de tiempo.

—No está sola. Te tiene a ti y a tu madre para echarle una mano.

Marina no pudo evitar una risa irónica.

—¿Mi madre? Julia no habla con ella de este tema y supongo que cuando se decida se lo contará cuando ya esté la demanda de divorcio en el juzgado, sabe que mi madre intentará por todos los medios que ese matrimonio se prolongue.

—Eso nunca se sabe. Una madre siempre está del lado de sus hijos. Igual os sorprende.

—Irene te recuerdo que estamos hablando de mi madre —Marina hizo un énfasis en la palabra mientras removía el té antes de verterlo— No es como todas las madres y la prueba es que aún sigue presionándome con lo de Alberto.

Irene hizo un gesto de asentimiento sin decir nada, mirándola por encima de su taza.

Nueve días después apareció Lissette bastante animada. Marina tras el saludo la hizo pasar al salón.

—La veo contenta —dijo tomando asiento en el otro sofá.

—Tengo la solución para introducirte en la casa de los Pinel sin que corras peligro.

—¿En la casa? —exclamó contraria a la idea— Quiero hablar con ellos no introducirme en su casa.

—Escucha primero lo que tengo que decirte —dijo Lissette con voz conciliadora— Desde que te dejé hace once días no he parado de darle vueltas a cómo podías acercarte a ellos sin levantar sospechas. Antes de salir para París contraté una agencia de detectives para investigarles. Teníamos que saber que han hecho en estos años y cuando me enviaron los informes hace tres días comencé a elaborar la idea. Volví a contactar con ellos para pedir una información adicional y ya casi se puede decir que tengo listo el plan.

Marina la miró con el ceño fruncido sin dejarse convencer, pero dispuesta a oír lo que había pensado la madre de Gabrielle.

—No me gusta la idea, pero adelante. Cuénteme que ha planeado.

—Antes prefiero ponerte en antecedentes de lo que averiguaron en la agencia de detectives— Lissette se acomodó antes de comenzar— Me han dado un informe detallado de lo que han hecho cada uno de ellos.

—Prefiere tomar algo antes —ofreció Marina solícita.

—Me tomaría un vermú si tienes.

Asintió y se dirigió a un mueble oriental tallado colocado en un rincón del salón que hacía las veces de bar.

—Parece ser que tras la lectura del testamento como ya te dije, los Pinel

tomaron caminos diferentes. Víctor se quedó con la firma y la sostuvo en el mercado un par de años, pero sin el talento de Eduardo pronto empezó a decaer —dijo Lissette alargando la mano hacia el vaso que le tendió Marina— Contrató a algunos diseñadores, pero no supieron mantener el nivel y el brillo que Eduardo le dio. Se mantuvo en España, pero perdió los mercados internacionales que había conseguido.

—¿Por qué no llamó a su hermano al ver que caía la firma?

—Según me han informado cuando se abrió el testamento de Matilde y Eduardo comprobó que su madre había llevado a cabo su amenaza de desheredarle le pidió a su hermano que continuasen igual, al cincuenta por ciento ya que él era la parte creativa de la empresa, pero Víctor solo le ofreció quedarse a cambio de un sueldo, Eduardo le mandó al infierno y dejó la empresa.

—¿Qué hizo Eduardo?

—Durante diez años nada. El informe dice que tuvo una gran depresión. Vivieron de las rentas, ya te dije que tuvieron que vender los muebles, mientras tanto Adrián terminó derecho y puso un bufete en Madrid con ese dinero —Lissette bebió un sorbo de su copa—. Le fue muy bien, por lo que se ve es un buen abogado y consiguió convencer a su padre para que comenzara a diseñar de nuevo, la escasez de medios les impidió disponer de oro y piedras preciosas, usaron plata y gemas semi preciosas y crearon una línea moderna que tuvo mucha aceptación en los cinco años siguientes, aunque no pudo usar el apellido Pinel al ser una firma registrada. Hace cinco años el hijo de Víctor y heredero de lo que quedaba de la empresa murió en un accidente de vuelo sin motor al que era muy aficionado.

—¿El hijo de Víctor? Ese no sale en mis imágenes —comentó Marina extrañada.

—Es lógico. La ex mujer de Víctor volvió a casarse con un empresario alemán y se llevó a su hijo. Tenía poco contacto con el padre. Era cinco años mayor que Adrián. Al quedarse sin heredero, Víctor inició un acercamiento con su hermano y sobrino, y en estos últimos años han conseguido volver a levantar la firma Pinel. Aunque su tío sigue estando ahí, quien dirige ahora la empresa es Adrián con los diseños de su padre.

—¿Y en qué consiste el plan? —preguntó Marina escéptica.

—Adrián es bueno en todo lo relacionado con el derecho y los impuestos, pero a nivel comercial se tiene que servir de un gestor. Hace dos meses la mujer que contrató cuando se hizo cargo de la empresa se marchó para casarse

y tuvieron que contratar a otra —a Lissette se le dibujó en la cara una sonrisa pícaro—. Le he hecho una oferta que no ha podido rechazar y ya le ha comunicado a los Pinel que dejará la empresa dentro de cuatro días.

Marina hizo un gesto de no entender que iba a conseguir con eso.

—Tú ocuparás su lugar —le aclaró con satisfacción la francesa.

—¿Yooo? Soy ingeniera en informática Lissette, no tengo ni la menor idea de mercados o de gestión de empresas.

Lissette apuró con calma el vermú de su vaso y lo depositó en la mesa tallada que tenía delante.

—No debes preocuparte por eso. He contratado a esa mujer y estará disponible para asesorarte en todo momento.

Marina se levantó y paseó de un lado al otro del salón.

—Eso es un disparate Lissette, me descubrirán ¿Y qué es eso de introducirme en su casa? ¿Tendría que alojarme allí?

—No será necesario, he alquilado una casa a poca distancia de la mansión y mi chófer pasará a recogerte cuando acabes tu jornada laboral.

—No lo entiendo ¿Trabajan en la casa?

—La mansión de los Pinel está situada cerca de Miraflores de la Sierra. Allí es donde siempre han tenido los talleres, aunque las oficinas estaban en Madrid capital, pero tras la gran reforma de ampliación con otra ala, esa fue la razón de trasladarse a la casa de Quentar, las oficinas también están ubicadas ahora allí.

Marina volvió a tomar asiento de nuevo pensativa mientras Lissette la observaba con una sonrisa afable en la cara.

—No sé Lissette, esto no me convence, además ¿Porque iban a contratarme a mí? Si esa mujer se marcha lo más lógico es que pongan un anuncio y acudan un montón de candidatos.

—Para marcharse la ley exige que lo comunique con quince días de antelación, pero ella solo lo ha hecho con cinco a cambio de ofrecerles una sustituta perfectamente cualificada —Lissette hizo un gesto de satisfacción y puso una mano sobre la de Marina—. Ya ha entregado un currículum con tu nombre que no podrán rechazar.

Marina apoyó la cabeza sobre una mano con gesto pesaroso al tiempo que la movía negativamente.

—Esto no puede salir bien. Van a terminar descubriéndome y será peor. ¿Qué excusa voy a poner si me descubren?

—No tienen porque descubrirte. He hablado con Rosa Montes, así se

llama la gestora y dice que el ambiente que hay no se parece al rígido de una oficina. Se trabaja, por supuesto, pero con otro ritmo, eso te permite ausentarte y llamarla al móvil para consultar cuando tengas que tomar decisiones — Lissette apretó con fuerza la mano de Marina— Eres una ingeniera en informática, una carrera más complicada. Sabrás desenvolverte, estoy segura.
—Ojalá lo estuviera yo también.

—¿Queee? —exclamó Irene al día siguiente —¿Te has vuelto loca?

A Marina no le extraña nada esa reacción de su amiga, en principio fue la misma que había tenido ella, pero tras pasar la noche pensando en ello, el plan de Lissette se le antojó la única forma de acercarse a los Pinel sin mencionar el nombre de Gabrielle.

—También a mí me pareció descabellado, pero creo que es la única forma de hacerlo.

—De eso se trata Marina —añadió Irene con preocupación— no tienes que hacerlo.

—¿Y cómo resuelvo esto? Anoche antes de irme a la cama tuve otra visión, otra escena de Gabrielle con Matilde, la anciana parecía estar comunicándose con ella a través de la escritura —miró con tristeza a su amiga — Irene tengo que llegar al final de este asunto. No puedo continuar así.

Irene se paseó nerviosa y pensativa delante de Marina, se paró y se volvió hacia ella.

—Una de esas personas puede ser un asesino Marina y aunque consigas verle en una de tus imágenes no sé cómo vas a poder demostrar su culpabilidad. Que recibes escenas desde el más allá no creo que sea admisible ante un tribunal. No vas a resolver nada.

—Creo que lo que pretende Gabrielle es como dice su madre que conozcamos la verdad y encontremos su cuerpo. No he pensado en ningún momento que intervenga la justicia y se castigue al culpable. Si no confiesa espontáneamente no sé cómo podría lograrlo.

—¿Y que harás hacer con tu trabajo? —preguntó Irene intentando asimilar la decisión de Marina.

—Me pediré un par de meses sin sueldo— hizo una mueca de duda— Me pagaran por hacer el trabajo de gestora de los Pinel.

—¿Le has dicho a tu madre que te vas a Madrid un tiempo?

—He hablado con ella esta mañana y le he contado que haré un curso de reciclaje en un área de informática —tomó asiento restregándose una mano contra otra con preocupación—. No la he dejado hablar —levantó la cara

hacia su amiga que la miraba con la frente arrugada—. Irene estoy asustada, no sé cómo va a salir esto, pero tengo que hacerlo. Con este asunto me siento como si huyera hacia delante, no sé porque me está ocurriendo esto a mí y solo quiero que acabe de una vez y volver a mi vida.

Irene suspiró afirmando comprensiva con la cabeza. El sonido del timbre las sobresaltó a las dos.

Marina se levantó a abrir la puerta y disimuló un gesto de fastidio cuando su madre atravesó el umbral.

—Me has colgado el teléfono sin darme más explicaciones que te vas a Madrid a un curso —dijo Marita malhumorada y al ver a Irene parada en el umbral del salón—. Hola Irene ¿Te ha contado ya mi hija esa tontería de hacer un curso ahora? —se volvió a su hija—. ¿Y cuánto tiempo va a durar?

—No lo sé mamá, supongo que un par de meses, pero puede ser menos. Ya veremos cómo se desarrolla.

—¿Un par de meses? —exclamó alterada— No puedes marcharte tanto tiempo dejando colgada tu situación con Alberto.

Irene observó como Marina apretaba la mandíbula intentado contenerse ante el comentario de su madre.

—Estoy cansada de repetir que mi historia con Alberto está terminada mamá, finalizada, muerta y enterrada —resopló antes de seguir—. Ya no sé cómo decírtelo para que lo entiendas.

—Estamos hablando de tu futuro Marina. Alberto es un buen chico que ha cometido un error. Tienes que darle otra oportunidad.

Irene se llevó una mano a la boca con preocupación al ver a su amiga avanzar hacia su madre con el rostro crispado, ser testigo de una escena entre madre e hija era lo que menos deseaba.

Llegó a la altura de su madre y de repente la furia de sus ojos dio paso a una mirada serena y a una expresión de ternura.

—Mamá no quiero que me des consejos —dijo con voz dulce y afectuosa que hizo que su amiga levantara las cejas sorprendida—. Tengo treinta y cuatro años y soy demasiado mayor para que intentes controlar mi vida —Marita también miraba a su hija atónita, no por las palabras sino por el tono que empleaba— Quiero de ti que me apoyes en las decisiones que tomo y que sigas dándome tu amor y comprensión, aún cuando me equivoque. Solo necesito de ti que me quieras.

Marina se abrazó a su madre que tras unos segundos de incertidumbre devolvió el abrazo de su hija.

—¡Dios Mío! Marina no me abrazabas desde que eras pequeña, ni en el funeral de tu padre me diste un abrazo. Siempre has estado tan arisca conmigo —se separó de su hija mientras le caían las lágrimas y la miraba con cariño—. Tus palabras me han emocionado hija, te prometo que no volveré a sacar el tema de Alberto y aceptaré la decisión que tomes finalmente sobre él.

Intentó recuperarse de ese momento de emoción secándose la cara con la mano mientras buscaba su bolso.

—Tengo que ir a visitar a tu hermana y no quiero que se me haga muy tarde. No me gusta la idea de que estés un par de meses en Madrid, pero si crees que tienes que hacerlo lo comprenderé.

Se acercó a Marina que la miraba desconcertada y volvió a darle un abrazo y un beso y despidiéndose de Irene salió del salón.

Irene permanecía en mitad de la estancia cuando oyó cerrarse la puerta y se dirigió a la figura de Marina, de espaldas a ella.

—Te felicito por ese espontáneo cambio de actitud. Has conseguido más con ese gesto en unos segundos que todos los días que llevas de enfrentamiento con ella desde que rompiste con Alberto.

Marina se volvió con lentitud hacia su amiga con una extraña expresión en la cara.

—No he sido yo Irene.

—¿Qué quieres decir?

—Me dirigía furiosa hacia mi madre y lo siguiente ha sido verme entre sus brazos y oír su agradecimiento por unas palabras que no tengo idea haber pronunciado.

Marina temblorosa se dejó caer en el sofá mientras Irene la miraba sin entender nada.

—No comprendo que estás diciendo Marina —caminó hacia ella y se sentó a su lado—, reconozco que el cambio de actitud me ha sorprendido, pero no sé a qué te estás refiriendo o me da miedo entenderlo.

—Lo que quiero decir es que no tengo conciencia de lo que ha ocurrido con mi madre Irene, no sé que le he dicho para que terminase llorando y diciéndome que respetará mis decisiones.

Irene miró al suelo sin saber que decirle a Marina que con la mirada perdida en algún punto de la habitación continuaba temblorosa.

—Quizá...— titubeo Irene— el golpe que recibiste fue más grave de lo que se pensó en un principio.

—Déjate de tonterías —se volvió hacia ella mirándola seria— estás

pensando lo mismo que yo, solo que te da miedo decirlo.

—Es que...es muy fuerte Marina y terrorífico —exclamó angustiada—. Tiene que haber otra explicación.

Marina se llevó las manos a las sienes y las apretó con fuerza.

—Los dolores de cabeza casi han desaparecido igual que aparecieron. Creo que era Gabrielle tratando de vencer alguna resistencia que yo ejercía de algún modo. Esa escena con mi madre solo ha podido provocarla ella.

—¿Te estas oyendo? —Irene se rascó la frente con nerviosismo—. Suena a disparate.

—¿Acaso las escenas que veo no lo son?

—Pero... —Irene suspiró mientras movía la cabeza negando—. ¿Porque iba ella a hacer algo así?

—Por su relación con su madre. Lissette es la madre con letras mayúsculas, aunque no estaba de acuerdo con el comportamiento de su hija, con sus ideas, siempre le profesó un amor incondicional negándose a juzgarla y creo que no ha podido evitar intervenir entre el conflicto que tenemos mi madre y yo.

—Creo que ambas necesitamos una tila.

Irene se levantó camino de la cocina, Marina se incorporó con cansancio y la siguió.

Colocó un vaso delante de Marina que continuaba con la frente apoyada sobre una mano, la misma actitud que adoptara al entrar en la cocina, con su infusión humeante tomó asiento frente a ella.

—Reconozco que cuando lo has dicho, en principio se me ha pasado por la cabeza Marina, pero puede haber otra explicación. Tienes un conflicto muy enconado con tu madre, un resentimiento provocado por la forma en que tu familia materna trataba a tu padre con quien estabas tan unida y por la actitud de ignorancia o indiferencia de tu madre que nunca intervenía —Irene sopló sobre su infusión antes de beber un poco—. El hecho de que seas capaz de captar esas escenas demuestra que tu cerebro está funcionando de forma distinta a los demás y puede que hayas conseguido conectar con un mecanismo subconsciente por una necesidad de que tu madre se parezca más a Lissette y no como ha sido hasta ahora.

—Eso espero Irene, me gustaría creerlo porque la idea de que Gabrielle sea capaz de tomar el control de mi mente y actuar al margen de mi voluntad me provoca un terror indescriptible.

Irene alargó la mano por encima de la mesa y la puso sobre su amiga que

la miraba angustiada.

—Estoy convencida Marina. Seguro que ha sido eso.

Con la mirada fija en el paisaje que se vislumbraba a través de la ventanilla, Marina seguía dándole vueltas a lo ocurrido. Lissette sentada a su lado permanecía silenciosa. Había notado la preocupación de ella cuando la recogió esa mañana, pero no había querido compartir con la madre de Gabrielle el extraño suceso que había acaecido en el encuentro con su madre. Trataba de aferrarse a la explicación que había buscado Irene, pero el temor seguía ahí.

Hacía dos horas que habían descendido del avión en el aeropuerto de Barajas, el chófer de Lissette las recogió y ahora iban camino de Miraflores de la Sierra. En varias ocasiones había intentado Lissette entablar una conversación trivial pero los monosílabos de la joven la disuadían al poco. La francesa terminó achacando el estado de ánimo de Marina a los temores y reservas que aún tenía sobre el plan que había elaborado para acercarse a los Pinel.

—No debes preocuparte —dijo inclinándose hacia delante para llamar la atención de Marina que giró su cara hacia ella con una expresión triste—. Todo va a salir bien.

Intentó forzar una sonrisa y asintió con la cabeza a la madre de Gabrielle dejándola en la creencia, no podía compartir con ella que quizá su hija no se conformaba solo con mostrarle imágenes. Apartó la idea de su cabeza, la explicación de Irene era posible y mientras no hubiera más indicios era conveniente pensarlo así por el bien de su estabilidad mental.

Había vuelto de nuevo la vista al paisaje y divisó el pueblo que se agrandaba a medida que se acercaban. Entraron en él y tras atravesar unas calles salieron a una carretera comarcal bordeada de robles pasando chalet y

casas cada vez más diseminadas hasta que se desviaron por un camino y un pequeño trecho más allá, el chófer se detuvo ante una edificación de dos plantas hecha de piedra y con tejas rojas relucientes.

—Esta es la casa que he alquilado —informó Lissette—. Las tierras de los Pinel está a un par de kilómetros.

Al salir del coche la golpeó un aire fresco procedente de la cercana montaña que hizo que se arrebuja subiendo el cuello de la chaqueta.

—Es un sitio fresquito.

—Piensa que al menos respirarás aire puro —dijo Lissette humorística.

Era casi la hora de comer cuando arribaron a la casa y Lissette apenas tuvo tiempo de mostrarle la que sería su habitación y colocar algo de equipaje cuando la doncella en francés anunció el almuerzo. Marina miró interrogante a la francesa.

—He traído el servicio, además del chófer, mi cocinera y mi doncella personal —informó Lissette.

Marina caminó tras los pasos de la madre de Gabrielle hacia el comedor mientras pensaba que el marido la había dejado más que bien situada como demostraba los gastos que ya llevaba en este plan suyo y el cuerpo de servicio que la había acompañado, Lissette estaba decidida a hacer lo necesario para llegar al fondo del asunto de su hija. Ella no lo estaba tanto después de lo sucedido en su casa, intentaba alejar los temores, pero le incertidumbre volvía una y otra vez. Mientras comía en silencio se dijo que de todas formas no tenía más remedio que continuar, llegar ella también al fondo de esta cuestión con la esperanza de que Gabrielle se alejara de su vida para siempre.

—Marina todo está previsto —intervino Lissette rompiendo el silencio en la creencia que su actitud se debía a los planes trazados— Rosa te ha dejado un maletín con los proyectos más inmediatos que tenía que presentar y ya sabes que su teléfono está disponible para cualquier duda.

—Siempre habrá cabos sueltos y a eso hay que sumarle las imágenes que me vayan asaltando. Espero poder controlar el nerviosismo y que no noten nada.

Seguía convencida de no decir a Lissette nada aún, la verdad tampoco sabría cómo explicar algo tan extraño. Pensó en el día siguiente, debía presentarse en la casa de los Pinel a las ocho de la mañana, no sabía si es que el tema del incidente la tenía más preocupada pero no había pensado en las dificultades que podían presentarse al suplantar a la gestora, quizá tener a los Pinel frente a ella sería tan ineficaz como la visita a la casa del pantano.

A las ocho en punto paró el chófer frente a la verja de entrada abierta, tras un pequeño sendero rodeado de cuidados jardines que agotaban los últimos esplendores antes de la llegada del cercano invierno se levantaba la casa mansión de los Pinel. No era una construcción moderna ni ostentosa, aunque impresionante por el tamaño, la casa original de dos plantas debía tener un par de generaciones al menos, aunque podía apreciarse las ampliaciones pese a que se había intentado copiar el estilo original de fachada de piedra, pero el color de ésta delataba que llevaba menos años expuesta a las inclemencias del tiempo. Se habían imitados hasta las balconadas de las ventanas superiores pero la piedra de la balaustrada podía verse más blanca en las nuevas. Era una gran casa de campo, robusta y desmesurada con el nuevo ala. La única belleza eran las tejas azuladas de los tejados en varios niveles que si debían haber sido cambiados todos con la reforma por la uniformidad del color.

Se despidió de Lissette tras descender del auto y caminó por el sendero hacia la casa. Había escogido un traje negro con falda hasta las rodillas con una camisa blanca, la única ropa que tenía que podría encajar con una gestora si es que estas tenían un estilo determinado de vestir, por lo general en su trabajo frente al ordenador ella prefería el estilo cómodo de los pantalones, pero esa mañana pretendía dar una impresión seria y responsable. Al llegar a la explanada pudo comprobar que no solo se había ampliado la fachada principal, un ala se prolongaba hacia la derecha, algo práctico por el espacio que añadía pero que rompía la armonía de las proporciones.

Marina se paró en la explanada desconcertada hacia dónde dirigirse, un camino se bifurcaba hacia el nuevo ala y otro hacia la fachada principal, Lissette dijo que las obras se habían hecho con intención de trasladar allí las oficinas, el camino debía ser el del nuevo ala y la otra la puerta privada de la vivienda.

Torció hacia la derecha y entró en el hall donde una telefonista contestaba en ese momento una llamada tras un pequeño mostrador, esperó a que terminara y se presentó como la nueva gerente de la empresa.

—El señor Blanco la está esperando en su despacho, siga por ese pasillo a la derecha —dijo la chica con unos auriculares—. Le comunicaré que ha llegado.

Apretó con fuerza el maletín para darse ánimos, comenzaba la prueba. Avanzó por el pasillo en la dirección indicada por la telefonista cuando un hombre pequeño de unos cincuenta años con cara afable le salió al paso con la mano extendida.

—¿Señorita Salas? Soy Augusto Blanco, el jefe de personal. Bienvenida a la empresa Pinel.

Sonrió amable y apretó la mano tendida del empleado.

—Su despacho está en la planta de arriba. Sígame por favor.

Camino de las escaleras situadas a la izquierda echó un vistazo a la cristalera en cuyo interior trabajaban media docena de personas delante de sus respectivos ordenadores. La escalinata era amplia y de mármol, supuso que, imitando la estética de la parte privada, al final de la misma Augusto Blanco señaló una entrada con dos puertas.

—Ese es el despacho del señor Pinel.

—¿Cuál de ellos? —preguntó Marina—, hay tres.

—El único que tiene despacho en esta parte de la casa es Adrián Pinel, el señor Víctor Pinel tiene uno en la parte privada, pero quien dirige los negocios es el joven Pinel —informó el jefe de personal.

—¿Eduardo Pinel no tiene despacho?

—Suele estar en la parte de los talleres. Allí tiene su estudio, es donde se reúne con sus colaboradores. Es la parte creativa. Por aquí viene poco. Su despacho está al fondo— indicó caminando en esa dirección—. Creo que Rosa la ha informado de todo lo referente a su trabajo según nos dijo antes de marcharse.

—Sí —afirmó distraídamente Marina sin perder detalle del lugar—. No se preocupe por eso, aunque es posible que cometa algunas torpezas hasta que me haga con el trabajo. Espero contar con la indulgencia del señor Pinel.

Augusto Blanco empujó la puerta y se hizo a un lado para darle paso. El despacho grande y luminoso decorado con estilo moderno desconcertante por el lugar en el que estaba ubicado y con la vista del impresionante monte que podía verse a través de la ventana.

—No se preocupe señorita Salas...

—Puede llamarme Marina.

—Bien Marina —siguió el jefe de personal con una sonrisa profesional en su cara—. Comprobará que la forma de trabajar de esta empresa es algo diferente de la multinacional en la que ha trabajado hasta ahora. Le dará tiempo a aclimatarse, el joven Pinel considera que un ambiente grato y relajado es el mejor incentivo para los trabajadores y hasta ahora está funcionando.

Marina sonrió ante las palabras del empleado y caminó hacia el escritorio depositando el maletín sobre la mesa.

—¿Cuándo conoceré al señor Pinel?

—Supongo que llegó tarde ayer de su viaje a Barcelona, aparecerá a lo largo de la mañana. El despacho de su secretaria está en la puerta de al lado, venga y se la presentaré.

Le siguió hasta un despacho más pequeño donde frente a un ordenador trabajaba una mujer de unos treinta y tantos, algo regordeta y con cara simpática.

—Esta es Begoña, su secretaria —la presentó Augusto—. Las dejo solas.

—Espero que me eches una mano hasta que me haga con esto —dijo Marina luego de presentarse— Rosa me ha dejado su maletín y una serie de instrucciones, pero aun así, creo que los primeros días voy a estar bastante perdida.

—Estoy aquí para... —respondió la chica con una sonrisa—, pero he leído su currículum y creo que va sobrada para este trabajo.

Marina pensó que se habían pasado elaborando sus méritos, sus fallos, inevitables se iba a notar más aún. La noche anterior había estado repasando los papeles de Rosa. La contabilidad con sus conocimientos de matemáticas era pan comido pero los estudios de mercado de Rusia y todo lo referente al marketing era otra cosa. Insegura decidió darle otro repaso antes de la llegada de Adrián Pinel. Se excusó con Begoña y encaminó sus pasos a su despacho diciendo que quería ponerse al día cuanto antes.

Se sumergió en la lectura de los papeles de Rosa, en su mayoría datos del poder adquisitivo de los nuevos ricos rusos, el resto eran estadísticas de las ventas de joyas divididas en pequeña, media y gran joya. Por supuesto abundaban las grandes sobre las demás. Marina levantó la cabeza recordando un reportaje sobre la nueva Rusia y las grandes fortunas que estaban creciendo en contraste con la gran miseria de gran parte de la población. Supuso que muchos de esos potenciales compradores serían integrantes de las mafias, que según el reportaje estaban proliferando como hongos, a veces con la indiferencia del gobierno, a veces con complicidad. Hizo una mueca, no le agradaba un posible mercado donde faltaban garantías sociales, pero pensó que a los negociantes occidentales solo le importaban los clientes y las ventas, no la problemática del país.

Encontró un catálogo con las joyas que los Pinel pretendían introducir en ese mercado, la mayoría eran de cuatro a cinco cifras, eso sí, espectaculares.

Lo hojeó con detenimiento, eran preciosas y tuvo que reconocer que, a pesar de no haber sido aficionada nunca a la joyería, Eduardo Pinel era un

gran artista. Las joyas allí expuestas podrían satisfacer al más exigente.

Levantó la cabeza cuando se abrió la puerta y Begoña anunció que bajaba a desayunar. Marina consultó su reloj y se sorprendió al ver que eran casi las diez de la mañana.

—¿Bajar? —repitió Marina— ¿Te refieres al pueblo?

—No —sonrió la secretaria—, aunque el empleado que quiera puede hacerlo. Tenemos una habitación con todo lo necesario y generalmente descansamos casi una hora.

—Ya veo que Adrián Pinel es permisivo, el jefe de personal tenía razón en eso.

—Es un tiempo que recuperamos después. Desde que Adrián Pinel se hizo cargo de los negocios los asuntos siempre están al día. Todos nos esforzamos por no defraudar la confianza que tiene depositada en nosotros.

—Es una buena estrategia —dijo con una sonrisa.

—Por cierto —dijo Begoña antes de salir—. El señor Pinel acaba de llegar, ha dicho que se pase por su despacho lo antes posible.

Marina no pudo evitar envararse, había llegado la hora de la verdad. Miró como se cerraba la puerta tras su secretaria y se puso en pie despacio al tiempo que cogía aire. Notó que le sudaban las palmas de las manos a causa del nerviosismo. Adrián Pinel podía no ser experto en los asuntos que se suponía iba a llevar ella, pero llevaba dirigiendo esa empresa cinco años y era un abogado de prestigio cuando ejercía, acostumbrado a descubrir la verdad en las personas que tenía delante.

Salió al pasillo y notó como sus pasos se hacían más lentos a medida que se aproximaba al despacho del que iba a ser su nuevo jefe.

Ya delante de la puerta se pasó las palmas de las manos por la falda antes de dar dos golpes para llamar. Una voz grave pero agradable le dio paso.

Adrián Pinel se incorporó de su sillón al verla entrar y fue hacia ella con la mano extendida.

—¿Marina Salas? —dijo con una amplia sonrisa—. Soy Adrián Pinel. Bienvenida a la empresa.

El aspecto que ella tenía de Adrián era el que veía en las imágenes, un chico desgarrado y de mirada impersonal. Quedó desconcertada y sorprendida ante el hombre delgado, pero de anchos hombros con pantalón vaquero y jersey negro y con una viva mirada al que estrechaba la mano en ese momento.

—¡Vaya cambio! —soltó espontánea.

—¿Perdón? —se extrañó él.

—Lo siento —intentó corregir Marina—. Mi anterior jefe era bastante mayor y me ha sorprendido ver a una persona tan joven al frente de la empresa.

—Su aspecto también me ha sorprendido a mí, es bastante más joven que la anterior gerente y mucho más guapa —dijo sin dejar de sonreír—. Cuando Rosa dijo que eran amigas pensé que serían de la misma edad.

Adrián volvió tras su mesa y le indicó el sillón que había frente a él.

—¿Cómo dos mujeres con tanta diferencia de edad pueden ser buenas amigas?

Ignoraba la edad de Rosa Montes, un fallo, pero recordó los másteres que había incluido Rosa en su currículum, esperaba no meter la pata.

—Hicimos juntas un máster, congeniamos e hicimos buena amistad.

Adrián la estudiaba reclinado en su asiento y ella no dejaba de comparar al chico imberbe que se había liado con Gabrielle con el hombre que la miraba fijamente tras su escritorio.

—Dime Marina ¿Cómo es que una chica con tu historial ha preferido una empresa pequeña como la nuestra?

—El volumen de negocio puede que difiera de la multinacional en la que trabajaba, pero las cantidades económicas que se mueven aquí yo no las calificaría de pequeñas.

—No. No lo son, pero si eres ambiciosa tenías más posibilidades en tu antigua empresa que en ésta —Adrián Pinel se inclinó hacia delante y junto las manos sobre el escritorio volviendo a insistir, sin dejar de mirarla—. ¿Porque alguien con un currículum como el tuyo con un buen puesto en una multinacional con todas las posibilidades que tenías allí prefiere una empresa de corte familiar como la nuestra?

Si ya decía ella que se habían pasado con los méritos, Adrián sospechaba y con razón. Intentó arreglarlo con una mentira a medias. Esperaba sonar convincente.

—Rompí mi compromiso matrimonial a dos meses de la boda. Mi novio también trabajaba en la misma empresa. Preferí marcharme, verle todos los días era muy desagradable.

—¿Cambiaste de idea? —preguntó intrigado.

—Me traicionó con una de mis mejores amigas —contestó seria.

—Lo siento. Ahora si lo entiendo —arqueó las cejas en un gesto comprensivo y volvió a reclinarse en el sillón— Supongo que te alojas en el pueblo, si te es más cómodo la casa es bastante grande y tenemos habitaciones

vacías.

—Gracias, pero mi madre ha decidido no dejarme sola en las actuales circunstancias y me ha seguido hasta aquí. Ha alquilado una casa cerca.

Adrián se entretuvo aún unos instantes mirándola en silencio. Ahora entendía porque se le consideraba un buen abogado. Poseía una mirada astuta y penetrante que intimidaba. Sus adversarios sin duda se pondrían nerviosos bajo su escrutinio.

—Rosa dijo que te informaría y dejaría la última documentación suficiente para ponerte al día de los asuntos de la empresa.

—Si, he estudiado la contabilidad, los mercados ya abiertos de la firma y el estudio de mercado ruso, el proyecto que va a poner en práctica próximamente.

—Creo que he cambiado de idea sobre eso. Estudie el informe preliminar que elaboró Rosa y estoy de acuerdo en las sugerencias que hizo.

—De eso no me ha informado. ¿Puede decirme cuáles son?

—Tutéame, vamos a pasar muchas horas juntos y no me gusta demasiado la formalidad —dijo volviendo a apoyarse sobre la mesa—. Rosa dijo que dado que ya tenemos compradores rusos y que los dueños de las fortunas que nos interesan ya son clientes nuestros podemos atender sus pedidos en nuestras joyerías de Londres o de Paris ó bien, a través de internet como hacemos con clientes árabes sin necesidad de abrir un nuevo establecimiento en un lugar tan lejano. Los nuevos clientes pueden seguir también esta vía cuando nos demos a conocer en la próxima exposición de joyas que haremos en Moscú. Creo que tiene razón. Además, he decidido explorar los mercados del norte de Europa ¿Has visto la colección Medea?

—No. Le he echado un vistazo a alguna de las colecciones. Tengo que reconocer que son joyas espectaculares.

Adrián abrió el portátil que tenía sobre la mesa y tecleó girando la pantalla hacia ella. Marina observó unas joyas de diseño moderno y juvenil. Tenía la impresión de que eran en plata y abundaban los esmaltes.

—Esta es la colección Medea. Con ella mi padre y yo volvimos al mercado de la joyería hace diez años. Tuvimos bastante éxito con ella. Mi padre está entusiasmado con esta línea, ahora que tenemos medios quiere hacer diseños de este tipo en platino y piedras preciosas. Los rusos al igual que los árabes prefieren nuestras joyas más barrocas. Estas son para un mercado más joven. Quiero que me hagas un estudio preliminar de Europa, centrándote en el norte. Me gustaría estudiarlo esta tarde.

—Eso supone que tendría que tenerlo listo ante de marcharme a las tres.

—¿Algún problema? Es solo un estudio preliminar.

—No. No..supongo que no —titubeó Marina incorporándose—. Me pondré a ello inmediatamente.

—Puedes desayunar antes —añadió Adrián con una media sonrisa.

—Iré a por un café y me pondré enseguida con el estudio —dijo caminando hacia la puerta.

Ya fuera se pasó la mano por la frente. No tenía ni idea de cómo se elaboraba un estudio preliminar. Tenía que contactar con Rosa enseguida. Caminó con rapidez hacia su despacho, buscó el móvil y el número de la anterior gerente de los Pinel. El mensaje de móvil apagado o fuera de cobertura la dejó sin saber que podía hacer. Marcó un nuevo número.

—Lissette el teléfono de Rosa me da apagado o fuera de cobertura y Adrián me ha pedido un informe que no tengo ni idea de cómo se hace —explicó apurada.

—No te preocupes trataré de contactar con ella. Ahora te llamo.

Metió el móvil en el bolsillo y decidió ir a por el café.

Al bajar se guío por el sonido de las voces para encontrar la habitación de la que había hablado Begoña. La mayoría de los trabajadores, no llegarían a la docena estaban reunidos en una gran mesa. Begoña hizo unas presentaciones rápidas y le ofreció sentarse.

—Gracias, pero solo me apetece un café y ponerme a trabajar en enseguida.

Marina localizó la cafetera en lo que parecía una especie de cocina, sonrió a los presentes y se dirigió hacia allí, se sirvió en un vaso de plástico un café y con él en la mano se disculpó y volvió al despacho. No se había sentado cuando sonó su móvil. Era lissette.

—Marina un problema con el que no habíamos contado. Rosa está en Alicante con su madre y parece que las montañas impiden la cobertura de su móvil.

—¿Y que se supone que voy hacer? —preguntó angustiada—. Quiere ese estudio antes de que me marche.

—Voy a intentar salir de las montañas para contactar con ella. No te preocupes Marina, es tu primer día. Si no lo tienes listo lo entenderá.

—¿Con el currículum que me has hecho? Se supone que tiene que ser pan comido para mí.

—Tranquila. Salgo ahora con el coche, en cuanto consiga noticias de ella

te llamo.

Dejó el móvil sobre la mesa mirándolo con inquietud. Era fácil pedir tranquilidad. Aquí estaba, en una empresa asumiendo un cargo del que no tenía ni idea y Liseette le pedía tranquilidad. Decidió que tenía que hacer algo, no era capaz de estar parada dejando que pasara el tiempo, francamente no tenía el valor de presentarse ante Adrián diciendo que no había sido capaz de hacer el estudio.

—Veamos —se dijo—. La nueva colección irá enfocada a gente joven, pero de alto poder adquisitivo. Eso es gente joven con fortunas ó hijos de fortunas ya consolidadas.

Se puso frente a su portátil y buscó en la red información sobre las rentas de Europa dividiendo los altos poderes adquisitivos por ciudades. Fue creando archivos con los más numerosos y por edades. Buscó en los archivos de la empresa los estudios de los mercados ya abiertos a la firma. Unió los datos de las diferentes ciudades a los actualizados que había sacado ella.

Cuando sonó de nuevo su móvil miró la hora era cerca de la una.

—Marina —dijo Lissette al otro lado—. He contactado con Rosa. Al parecer la compañía en la que tenía su teléfono no tenía suficiente cobertura en esa zona, pero no te preocupes ha salido a comprar otro teléfono y te llamara en cuanto lo tenga para que le trasmitas en que consiste el informe exactamente.

—Pero no habrá tiempo Lissette, es la una del mediodía. A las tres tengo que presentárselo.

—Ha sido un contratiempo Marina. No podemos hacer nada más.

Cuando colgó hizo una mueca de fastidio. A ese tipo de problemas se refería ella cuando no terminaba de ver el asunto claro. El teléfono volvió a sonar y miró en la pantalla un número desconocido.

—¿Marina? —preguntó una voz desconocida de mujer.

—Sí.

—Soy Rosa Montes. Perdona el problema que ha surgido. No tenía ni idea de que mi compañía no tenía cobertura en esa zona. Cuando llamaba a mi madre siempre lo hacía desde el teléfono fijo de la oficina. ¿De qué trata el informe?

La puso en antecedentes de la petición de Adrián.

—No es difícil, pero tengo que recopilar un montón de datos. Temo que para hoy es imposible que esté listo.

—Me temía que esto podía suceder y he estado trabajando intentando usar

el instinto y la lógica, he elaborado una serie de archivos con las rentas por edades insertándolas con las cifras de los mercados ya abiertos en Europa. Solo me queda los datos del norte donde me había pedido que hiciera hincapié.

—Vaya, eres una persona de recursos. Preséntaselo, creo que puede funcionar. Si no está satisfecho no debes preocuparte, Adrián es un jefe comprensivo y hoy es tu primer día.

Marina cortó la comunicación y continuó con lo que estaba haciendo, por muy comprensivo que fuera quería presentar un trabajo digno.

A las tres menos veinte sonrió satisfecha. Pasó todos los datos a un CD y se puso en pie camino del despacho de Adrián Pinel.

Dio unos toques y sin esperar respuesta empujó la puerta. Se quedó envarada en el umbral. Adrián sentado tras la mesa tenía encima a una mujer que le metía mano descaradamente.

—Perdón —dijo azorada—. Será mejor que vuelva en otro momento.

—No. Pasa Marina —dijo Adrián sacudiéndose de encima a la mujer—. Crista ya se iba.

La susodicha, una mujer de más o menos su edad se ponía la falda y el cabello bien en ese momento. Era atractiva y todo en ella despedía dinero, desde el peinado hasta la ropa de diseño. Se quedó parada al lado del escritorio mirándola con descaro.

—Marina esta es Crista Valmaseda. Crista esta es Marina Salas, nuestra nueva gerente. Si no te importa déjanos solos, tenemos asuntos que atender.

La mujer solo le hizo un gesto sin tender la mano y Marina se alegró de que el aturdimiento por la situación le hubiera impedido alargar la suya o se abría quedado en el aire. Crista pasó por su lado sin prestarle más atención y se despidió de Adrián desde la puerta.

—Te veré más tarde —dijo con fuerte acento catalán.

Adrián se puso en pie para recolocar el jersey y le indicó el sillón a Marina.

—Perdona la escena. Crista es algo impulsiva. ¿Has terminado el informe?

Marina tomó asiento en silencio y le pasó el CD a su jefe, Adrián lo introdujo en el ordenador y comenzó a ojearlo. Marina fue explicando todos los pasos que había hecho. No tenía ni idea si era eso lo que él quería, pero Rosa había dado el visto bueno o que podría servir.

Adrián fue abriendo archivos a medida que ella hablaba.

—Es un informe bastante extenso y documentado. Te he pedido un

preliminar y me has hecho un estudio de diferentes mercados casi completo en un tiempo record —dijo sorprendido—. Tengo que reconocer que eres muy eficiente.

—Esta no es el área en la que me he movido hasta ahora y he intentado que disponga de los más datos posibles. No quería quedarme corta.

—No debes preocuparte por eso. Con todo esto es más que suficiente, creo que no tengo que pedirte el estudio de mercado.

—De todos modos, lo elaboraré si ha decidido llevar a cabo su idea.

—Creí que habíamos quedado en tutearnos —dijo ladeando la cabeza de la pantalla y mirándola con fijeza.

—Lo siento. Lo había olvidado —Marina miró la hora en su reloj—. Creo que ya es hora de marcharme, a no ser que me necesite para algo.

—No. Dedicaré esta tarde a estudiar todo esto. Mañana no es necesario que entres tan temprano, tengo asuntos que resolver en Madrid y por la tarde tomaremos una decisión sobre esto. Hasta mañana Marina.

Fue a levantarse y una visión la dejó crispada en una extraña posición. Adrián la miró sorprendido.

—¿Te ocurre algo?

Al no obtener respuesta y viendo el gesto de ella se levantó y rodeó la mesa.

—Marina ¿Te encuentras bien?

Intentó recobrar la calma cuando las imágenes desaparecieron, Adrián estaba a su lado mirándola con preocupación.

—Lo siento. He sentido un tirón de espalda.

—Tenías un gesto muy raro en la cara.

—Reacciono mal al dolor —giró hacia la puerta con rapidez y casi sin volverse—. Hasta mañana Adrián.

Salió presurosa del despacho y fue hasta el suyo para coger el maletín y el bolso y se despidió de su secretaria al salir.

Tenía que pasar de nuevo delante del despacho de Adrián y éste estaba en la puerta cuando caminó hacia la escalera.

—¿Seguro que te encuentras bien? En la casa hay una sauna y un masajista, podía echarle un vistazo a tu espalda.

—No te preocupes. Ya se me ha pasado.

—Supongo que vendrá a recogerte el coche con chófer que te ha dejado esta mañana —comentó Adrián con una expresión que Marina no supo descifrar pero que la alertó.

—¿Cómo lo sabes?

—En esta empresa se fabrican joyas. El sistema de seguridad es bastante férreo como comprenderás. Vieron el vehículo a través de las cámaras y me informaron después.

—Es el chófer de mi madre. A ella le gusta estar encima desde mi ruptura.

—Y por lo que se ve estáis bien situados para poder permitirse seguir a su hija y poner un chófer a su disposición.

—Sí. Es viuda y mi padre dejó unas restas sustanciosas.

Adrián solo hizo un gesto de asentimiento y Marina no estuvo muy segura de haber sido convincente con su explicación.

Bajó con prisas las escaleras bajo la mirada de Adrián y con la misma celeridad abandonó la mansión. Ya antes de llegar a la verja de salida distinguió el coche de Lissette que la esperaba sin atravesar la entrada.

Al llegar a casa la mesa estaba puesta y la madre de Gabrielle esperando para comer.

—No hace falta que me espere a comer Lissette, sé que está acostumbrada a almorzar antes, son más de las tres.

—No me importa comer a esta hora y por favor comienza a tutearme.

Afirmó con la cabeza y tomó asiento. La tensión que había pasado esa mañana la había hecho perder el apetito, pero el olor del delicioso pescado que sirvió la doncella de la francesa le hizo coger el cubierto y atacar el plato con ganas.

—Es lenguado Menier —explicó Lissette con satisfacción al ver el gesto de aprobación de Marina. Mi cocinera solo sabe preparar platos franceses, pero es muy buena. De postre tenemos gâteau marrons.

—Lo siento, yo soy de inglés.

—Tarta de castañas —aclaró Lissette y cambiando de tema—. Ha llamado Rosa, dijo que estará toda la noche trabajando en elaborar el nuevo estudio de mercado y que te lo enviará vía e-mail mañana por la mañana para que no tengas que verte en otro apuro, aunque ha comentado que este lo has resuelto bastante bien.

—Sí. Adrián ha quedado muy satisfecho con el estudio preliminar. Por cierto, antes de salir he tenido otra visión. Me preocupa, se me nota y no consigo disimularlo. Estaba delante de Adrián y tenido que fingir un tirón de espalda.

—No te preocupes por eso. Sabrás salir airosa. Cuenta ¿Qué has visto esta vez?

—Una discusión entre Adrián y Gabrielle. Ella parecía pedirle algo y él parecía angustiado y negaba con la cabeza.

—¿No has podido saber de que iba esa discusión?

—Lo siento. El sistema viene sin audio —respondió Marina sin poder evitar el sarcasmo.

A Lissete no le pasó desapercibido y observó a Marina unos instantes antes de responder.

—Lo estas pasando mal ¿Verdad?

—Tengo la impresión de que andamos por arenas movedizas. En tu plan hay muchos cabos sueltos y temo que he cometido un error al decirle a Adrián Pinel que eres mi madre. Decir que eras una amiga si averiguaba tu identidad ya era comprometido, pero si se entera que eres la madre de Gabrielle no sé cómo vamos a salir de esto. No habíamos pensado que en esa empresa hay un servicio de seguridad a causa de la mercancía que mueven. Es lógico que se asegure del personal que contratan. Antes de salir me ha interrogado por el chófer, le he dicho que estas en muy buena posición, pero corremos el riesgo de que nos investigue.

—Rosa te ha avalado y era una persona muy recomendada, de toda confianza para la empresa Pinel.

Marina la miró seria antes de contestarla.

—No lo será tanto cuando se ha dejado comprar por ti.

—No seas tan severa en tu juicio. Para convencerla tuve que contarle la verdad. La había investigado y sabía que perdió a su marido y a su hijo adolescente en un accidente hace años. Ella mejor que nadie sabe la desesperación que es perder un hijo y no le gustaba la idea de que uno de los Pinel sea un asesino, eso la hizo acceder a colaborar con nosotras.

—Cuesta creer que el hombre que he visto hoy asesinara a tu hija —hizo una mueca y se encogió los hombros— Claro que también cuesta creer que siendo un adolescente se liase con la mujer de su padre.

—No se parece en nada ¿Verdad? —preguntó Lissete sonriendo.

—¿Le has visto?

—Solo en fotos que me pasaron los detectives que contraté, pero en ellas difiere mucho del chico que conocí.

Marina no pudo evitar una sonrisa.

—Tú hija era muy rara. Perder la cabeza por el hombre que es hoy Adrián Pinel es comprensible, pero de jovencito no valía gran cosa.

—Espero que cuando tengamos todas las piezas seamos capaces de comprender que llevó a Gabrielle a esta situación —suspiró Lissete—. Al menos hemos tenido suerte, has tenido una visión el primer día.

—También en la casa del pantano y no resolvimos nada. No sé si esto nos llevará a alguna parte.

—Sé más optimista Marina.

—Por cierto ¿Puedes averiguar quién es Crista Valmaseda?

—Sí, por supuesto ¿Quién es esa mujer y porque es importante su identidad?

—No parece importante, creo que es la novia de Adrián, pero me gustaría tener ubicados a todos los personajes que hay en la casa.

—No te preocupes, lo averiguaré.

Un paseo después de comer por los alrededores, una llamada de su madre y un intento infructuoso a Irene mantuvieron entretenida a Marina hasta la cena.

—He averiguado quien es Crista Valmaseda —dijo Lissette sentada a la mesa.

—Tu agencia de detectives es rápida.

—No ha sido difícil. Es hija de un importante industrial catalán, también es la viuda del hijo de Víctor.

—¿El primo de Adrián? —se sorprendió Marina.

—Sí. Después del matrimonio y a causa de los problemas económicos de la empresa, Crista convenció al padre para invertir una buena cantidad para mantenerla a flote. Ahora posee un porcentaje.

—A ese tipo le ponen las filiaciones por lo que se ve —comentó divertida Marina antes de llevarse a la boca un trozo de beignets de verduras y frutas— primero se lía con la mujer del padre y ahora con la viuda del primo.

—Quizá es solo una socia.

—La sorprendí en el despacho estrechando demasiado la asociación.

Lissette elevó los ojos en un gesto cómico.

—Mi pobre Pierre decía que era mal asunto mezclar faldas y negocios.

—Es España hay un dicho con rima con menos eufemismo que ese para decir lo mismo.

—Lo conozco —respondió riendo Lissette.

La mañana siguiente Marina se incorporó al trabajo a las nueve. Begoña le pasó las actualizaciones del contable de los últimos movimientos económicos de la empresa, un montón de ordenes de compras de material, si es que a la materia prima de la empresa Pinel se la podía calificar de esa forma y salidas de éstas ya convertidas en magníficas piezas de joyería, y estuvo hasta el mediodía repasando toda la contabilidad.

A las doce se abrió la puerta del despacho y la cara sonriente de Adrián Pinel con traje negro y corbata apareció en el umbral.

—¿Has pensado comer con tu madre? —preguntó sin saludar.

—Buenas tardes Adrián. Supongo, si no tienes un plan mejor.

—Había pensado que te quedases a comer —dijo entrando y dejándose caer en el sillón que había frente a ella, se aflojó el nudo de la corbata— Así conocerías a mi tío Víctor y a mi padre.

—Tendré que llamar a mi madre, pero no hay problema.

Marina no pudo disimular su satisfacción, era una oportunidad estupenda de conocer al resto de los Pinel y además juntos.

—¿Qué has estado haciendo?

—Repasando los datos del contable y el resto de la contabilidad y aprobando las compras y las salidas, aún me queda un rato.

—Uuf, que aburrimiento, repasar los datos es la parte más tediosa para mí. Begoña dice que no has salido ni a desayunar.

—Le pedí un café hace un rato y no debería aburrirte dados los altos beneficios que estáis obteniendo.

—Lo interesante es el reto. Por supuesto el fin es obtener más beneficios, pero las estrategias y el riesgo es lo que aporta emoción.

Marina solo asintió y comenzó a sentirse incómoda al silencio que siguió bajo la atenta mirada de Adrián.

—Es curioso —dijo él de pronto con una sonrisa—. ¿Te has dado cuenta de que vamos vestido a la inversa que ayer? Tú llevabas un traje negro con camisa blanca y yo llevaba ayer lo mismo que llevas tú.

No supo que contestar al comentario y solo se echó un vistazo a su pantalón vaquero y a su jersey negro y se encogió de hombros.

—Es una tontería —añadió poniéndose en pie al notar la falta de reacción de ella— La verdad es que solo buscaba tema de conversación. Vendré a buscarte a la una y media.

Estuvo unos instantes perpleja mirando la puerta cerrada tras él. Suspiró con un movimiento de cabeza y buscó su móvil.

—Lisette no voy a ir a comer. Adrián me ha invitado para discutir esta tarde lo del nuevo mercado. Estarán también Víctor y su padre.

—Estupendo, igual tenemos suerte y te viene otra visión.

—Eso espero.

—¿Has recibido el estudio de Rosa?

—Sí. Está mañana estaba en un archivo adjunto del correo.

Volvió a concentrarse en lo que estaba haciendo. Le entregó a Begoña todos los pedidos aprobados y firmados y se sentó a su mesa. Era la una en punto, sin saber que hacer la media hora que faltaba volvió a coger el móvil en otro intento de llamar a Irene. Sonrió con satisfacción cuando oyó la voz de su amiga al otro lado.

—¿Dónde te metes? Intenté localizarte ayer tarde.

—Vi tu llamada, pero quedé con un amigo para ir al cine y a cenar, terminé tarde, pensé que ya estarías acostada. ¿Cómo va la cosa?

—Llena de incertidumbre, pero he tenido otra visión. Adrián discutiendo con Gabrielle, ella parecía pedirle algo y él se negaba. No sé si será relevante.

—Se supone que todo lo que te muestra lo es. En algún momento le encontrarás sentido. ¿Has conocido ya a todos los Pinel?

—Solo a Adrián, al resto los conoceré ahora.

—¿Qué te ha parecido? ¿Crees que él pudo matar a Gabrielle?

—No tengo suficientes elementos. La verdad, es extraño encontrarte con alguien cuando la imagen que tienes de él es de casi veintiún años antes. No parece la misma persona. Si me lo hubiese encontrado sin saber quién es, no le habría reconocido.

—Sigue teniendo mucho cuidado Marina, no puedo dejar de pensar que quien mató a Gabrielle mató también al chófer.

—Quien sea no tiene nada que temer. Estuve investigando en un foro legal en Internet. Según el código penal español si en veinte años no ha habido ninguna diligencia el asunto prescribe, o sea, caduca. Aunque encontrase

pruebas quedaría libre.

—Pues mira que bien. Según las leyes españolas puedes matar a alguien y dentro de veinte años presumir sin problemas de tu crimen.

—Si no se ha movido ningún papel, aunque sea para una chorrada temo que sí.

—De todas formas, mantente alerta. No sabemos porque murió Gabrielle, quizá su muerte no sea por causas pasionales y esté encubriendo algo que el asesino no quiere que salga a la luz.

—Tranquila tendré cuidado, solo me preocupan las imágenes. No termino de controlarme cuando surgen.

Poco después de cortar la comunicación con su amiga la puerta se abrió y Adrián le preguntó si estaba lista.

No tuvieron que bajar, al fondo del pasillo, Adrián abrió una puerta que comunicaba con la parte privada de la casa. Marina se encontró en un corredor que parecía llevar a los dormitorios, a la derecha una barandilla de madera tallada que daba a un inmenso hall. En el centro del techo, una gran claraboya de cristales policromados, dejaban entrar una suave luz en tonos pastel. Supuso por los cálculos mentales que hizo que la escalera se abría entre la parte antigua y la parte levantada posteriormente.

—Es un hall inmenso —comentó Marina apoyándose en la barandilla—, y la claraboya es preciosa.

—Mi abuela era una gran admiradora de las casas con grandes entradas para celebrar fiestas. Toda la obra se proyectó antes de que ella cayese enferma. Nunca llegó a contemplar todo terminado.

Marina recordó las imágenes de la anciana postrada, su decadencia y fragilidad y era difícil imaginársela cuando proyecto una obra de esa envergadura para no verla terminada nunca.

—El aspecto robusto del exterior no deja traslucir el lujo y los delicados trabajos del interior —siguió diciendo ella mientras bajaba la gran escalinata y señalando los trabajos tallados en las paredes y en el techo alrededor de la cristalera policromada.

—Esas escayolas fueron traídas de Francia. De los mejores artesanos.

Ya en el hall, Marina pasó con admiración la mano por los muebles en su mayoría antigüedades.

—Antigüedades isabelinas —la forma en que acariciaba las superficies con deleite hizo sonreír a Adrián.

—Te gustan los muebles antiguos.

—Mi padre era... —logró frenarse a tiempo—, gran coleccionista, desde pequeña me inculcó su afición por ellas.

—Entonces disfrutaras en esta casa —añadió él sin dejar de sonreír—, toda mi familia ha sido entusiasta de ellas.

—Por el tono deduzco que no compartes ese entusiasmo.

Adrián hizo una mueca mirando alrededor.

—Parte de la casa no me importa, pero tantas, resulta abrumador. Aquí hasta los dormitorios están decorados con ellas, y las paredes y cortinas están a juego. Tienes la sensación de vivir en el siglo pasado.

—Porque serán oscuros —dijo alegremente Marina—. Mi dormitorio son antigüedades restauradas, pero las aclaré a color marfil y en el balcón tengo estores. Le da un ambiente cálido y acogedor.

Le seguía a través de la casa y cuando se inclinó a abrir una puerta casi pegó su cara a la de ella.

—Estoy seguro de que es... —dijo con suavidad—. Tú pareces una mujer cálida y acogedora.

El desconcierto la hizo pararse en el umbral y él tuvo que instarla a entrar. En el interior, un amplio comedor a juego con el resto de mobiliario se encontraban ya sentados dos ancianos y Crista Valmaseda. Marina pasó indecisa hasta que la adelantó Adrián que hizo las presentaciones.

—A Crista ya la conoces. Marina estos son mi padre y mi tío Víctor. Marina, es la nueva gerente.

Víctor Pinel se acercó a ella y le besó la mano en un gesto afectado que le desagradó por la mirada lasciva con que fue acompañado.

—Es una mujer hermosa Marina y muy joven para el cargo que ostenta.

De nuevo no puedo evitar una extraña sensación al ver la imagen de una persona veintiún años después de las que ella tenía en su cabeza. Al contrario que con Adrián, el tiempo no había sido generoso con Víctor Pinel. Se le antojó un viejo decrepito de mirada astuta y desagradable.

Eduardo Pinel le dio un apretón de manos y le sonrió tímidamente. Era curioso, en sus imágenes, Víctor era un hombre alto y no mal parecido en detrimento de su hermano de apariencia más vulgar, ahora Eduardo pese a su calvicie tenía un aspecto venerable, con su escaso pelo blanco como la nieve y una mirada afable. El tío de Adrián había perdido estatura y arrogancia, el pelo gris y ralo unido a sus ojos de zorro despedía algo que repelía.

—No me ha contestado a mi pregunta de antes —insistió Víctor cuando volvió a tomar asiento —Tenía un puesto importante siendo tan joven en la

multinacional donde trabajaba.

—Seguramente el aspecto de la señorita Salas tuvo mucho que... —dijo Crista con intención.

La ignorancia en la presentación en el despacho de Adrián estaba claro que, se había vuelto hostilidad manifiesta. Se preguntó la razón. Ella no se consideraba una amenaza para esa mujer con respecto a Adrián. Por lo visto, Crista no pensaba lo mismo. No pensaba dejarse avasallar por esa mujer.

—Tengo un historial bastante completo que me avala señora Valmaseda para ocupar el puesto que tenía. Nunca he necesitado nada que no sea mi talento y mis conocimientos —mantuvo un tono sereno pero firme, sin entrar en la provocación de esa mujer y dirigiéndose a Víctor—. No soy tan joven señor Pinel tengo treinta y cuatro años.

—Para mis setenta y nueve es usted una chiquilla —contestó con la sonrisa que tanto le había desagradado—. Pero es raro que tenga tanta amistad con Rosa, ella tiene más de cincuenta y cinco.

Un dato interesante que había olvidado preguntar a Lissette.

—Ya le contesté a su sobrino cuando me hizo la misma pregunta. Hicimos juntas un master, congeniamos y trabajamos buena amistad. La edad no es importante. Lo son las personas.

—Totalmente de acuerdo con eso querida.

El tono y la mirada que acompañó al comentario casi consiguió que hiciera una mueca de repugnancia. Fijó la vista en Eduardo que comía en silencio de unos entremeses, ajeno a la conversación que sostenían.

—He visto fotografías de sus diseños señor Pinel. Son magníficas— le dijo haciendo que la cara del anciano se iluminase con una sonrisa.

—Cuando quiera verlas solo tiene que atravesar el patio —respondió amable Eduardo— Así me dará su opinión sobre la nueva línea. Está dirigida a mujeres jóvenes.

—No soy muy aficionada a las joyas, pero estaré encantada.

Observó que Adrián se limitaba a mirar sin intervenir. Levantaba la vista y escuchaba y volvía a fijar la vista en la comida.

Terminando el segundo plato, Marina fue a llevarse la copa de vino a la boca cuando la tiró sobre el mantel con un gesto contraído y aterrorizado en su rostro. Las caras de todos se volvieron hacia ella.

—¿Qué le pasa? —preguntó con desagrado Crista.

Adrián se levantó acercándose a ella. Observó cómo se aferraba a la mesa con el rostro crispado.

—Marina ¿Es el dolor de espalda otra vez? —interrogó preocupado.

Durante unos largos instantes no respondió, después le miró demudada y temblorosa, logró asentir débilmente.

—¿Has ido al médico? Esos dolores parecen fuertes.

—Es solo tensión que se acumula en la espalda. No tengo nada, es que este último mes he estado muy tensa —y mirando al resto—. Lamento el incidente. Quizá será mejor que me vaya a casa.

—De ninguna manera —exclamó Adrián levantándola de la silla y sin darle tiempo a reaccionar la sacó del comedor bajo la atónita mirada de todos.

—¿Dónde me llevas? —interrogó mientras atravesaba el ancho hall y Adrián la introducía por una puerta cerca de la escalinata.

—Ya te dije que tenemos un masajista. Está permanentemente aquí. Es excelente y él te aliviará esa tensión en la espalda.

—Te aseguro que no es necesario. Es muy esporádico y desaparece enseguida. Ya no me duele nada.

Las protestas fueron inútiles, Adrián continuó tirando de su mano hasta que entraron en una habitación con una camilla en el centro.

—Aquí puedes desnudarte y colocarte una toalla. Tumbate en la camilla, Alfredo vendrá enseguida. Verás cómo te deja como nueva.

Quedó sola, indecisa y sin saber que podía hacer. Había usado en dos ocasiones el mismo pretexto, quizá era mejor seguirle la corriente. Si sus dolores hubiesen sido ciertos no hubiera rechazado el masaje. Se desnudó cubriéndose con una de las toallas situadas en una estantería y se tumbó en la camilla a esperar. Cinco minutos después un hombre que no llegaría a los treinta, bastante moreno de tez y una sonrisa de oreja a oreja, se presentó como Alfredo.

Veinte minutos más tarde, Marina agradeció al cielo las manos de ese hombre. Había mentido en cuanto a los dolores, pero no en la tensión y el estrés. El masaje estaba haciendo milagros.

—No me extraña que sufriera espasmos señorita. Tiene la espalda muy tensa.

—La verdad es que no me había dado cuenta de la falta que me hacía esto.

Más de media hora duró el masaje, cuando se despidió Alfredo estaba tan relajada que le costó levantarse y vestirse. Fuera la esperaba Adrián.

—¿Qué? ¿Mejor?

—Ya lo creo —respondió sonriente—. Me ha dejado nueva.

—Alfredo dice que sería conveniente que repitieses el masaje al menos

días alternos. Tenías los músculos muy rígidos.

—Lo haré. Que a gusto me he quedado. ¿Nos ponemos a trabajar ya?

—Bien, ahora que te encuentras mejor podemos discutir sobre el nuevo mercado. Sígueme, hablaremos delante de un café.

Siguió a Adrián hasta una sala más pequeña y acogedora, con cómodos sillones, la decoración no perdía el corte clásico de toda la casa. Marina pensó que él tenía razón, el intento de armonizar todo con las antigüedades terminaba agobiando. Ella había decorado su casa con muebles antiguos, pero solía combinar estilos y aportar innovaciones más modernas. En su salón estaban sin problemas los sofás isabelinos con un mueble antiguo chino pero las paredes pintadas con un color actual que contrastaba y sus cortinas se alejaban bastante de las clásicas.

Tomó asiento mirando con ojo crítico el papel pintado con un paisaje inglés y las pesadas cortinas de terciopelo en granate. Era una habitación que bien podía pasar por una de primeros de siglo. Las paredes en un tono liso pastel y unas cortinas más ligeras habrían creado un efecto acogedor sin tanta solemnidad.

Una mujer mayor entró y depositó una bandeja con dos servicios de café y unas pastas.

—Gracias Consuelo —dijo Adrián disponiéndose a servir el café—, puedes retirarte.

—Es una mujer muy mayor —comentó Marina cuando la anciana desapareció por la puerta—, debe llevar mucho tiempo en la casa.

—Desde que tenía cuatro años. Consuelo siempre ha cuidado de mi padre y de mí, incluso en los malos tiempos.

—Tengo entendido que estuvisteis separados de la firma más de diez años.

—Quince —aclaró Adrián mirándola por encima de su taza—. Mi padre y mi tío tuvieron divergencias.

Marina dudó en hacer más preguntas, pero una charla con la vieja criada podía ser interesante. Bebió otro sorbo de café bajo la atenta mirada de Adrián, siempre la ponía nerviosa cuando en silencio la observaba de esa forma. Tenía la impresión de que lo sabía todo y solo esperaba que ella se derrumbase y confesase los verdaderos motivos que la habían llevado allí.

—He terminado el estudio de mercado —dijo en un intento de parar sus pensamientos.

—Eso te habrá llevado toda la tarde de ayer y parte de la noche —respondió Adrián con suavidad—. No me extraña que te duela la espalda.

Deberías distraerte más y trabajar menos. Con las horas de oficina es suficiente.

—Me gusta el trabajo. Me evade de otras cuestiones.

De nuevo Adrián se la quedó mirando sin decir nada. Estaba a punto de dejar de sostenerle la mirada cuando él se reclinó en el sillón y comenzó a discutir las diferentes posibilidades que había pensado.

—Según tu informe las mejores ciudades para abrir un nuevo establecimiento son Londres y París y allí ya tenemos joyerías, en cuanto al norte la mejor opción es Ámsterdam, es una gran ciudad comercial.

—Abrir una nueva joyería es abastecerla no solo con la nueva colección, supongo que, todos los diseños de la firma, tendrá que estar disponibles.

—Por supuesto —afirmó él.

—Eso supone un aumento de la producción muy considerable. Habrá que contratar más personal para los talleres —advirtió Marina.

—Mi padre diseña todas las joyas de la firma y aquí se hacen las más importantes, junto con las colecciones. En las ciudades donde abrimos joyerías hay talleres donde se elaboran el resto según diseños y pedidos. Tenemos un buen equipo de artesanos. Supongo que aún no te ha dado tiempo a estudiar toda la estructura de la empresa.

—Lo siento, aún no lo he hecho. Pero hoy es viernes y dedicaré todo el fin de semana a estudiarla a fondo.

—Era un comentario —añadió él riendo—, no un reproche Marina. Te incorporaste ayer y ya has hecho un informe preliminar y un estudio de mercado. Dedicar este fin de semana a distraerte. Para conocer la empresa a fondo tienes tiempo.

La puerta se abrió y Crista Valmaseda asomó la cabeza.

—¿Te falta mucho Adrián? —preguntó desenfadada.

—Estamos trabajando —contestó irritado—. ¿Qué quieres?

—Ibas a llevarme al aeropuerto ¿Recuerdas?

—Faltan más de cuatro horas Crista.

—Había pensado hacer antes unas cosas —agregó con afectado gesto compungido—, además hoy es viernes, deberías dejar que la señorita Salas se marche a casa a relajar su espalda.

Marina miraba la escena en actitud contemplativa y gesto inexpresivo.

—Tienes razón —expresó tras unos instantes observando a Crista y dirigiéndose a ella—. Seguiremos el lunes Marina. Deja el estudio encima de mi mesa antes de marcharte y que pases un buen fin de semana.

—Lo mismo te deseo.

Se despidió de Crista con un movimiento de cabeza al pasar y ésta le devolvió una fría mirada despectiva.

—Ha sido horrible Lissette —exclamó ante la francesa apenas llegó a casa.

—¿Qué ha ocurrido?

—Cuando estaba en la mesa me ha venido una de las visiones.

—Y no has podido controlar la reacción ¿No?

—Esta vez he oído también las voces. Ni te imaginas la sensación. He tenido un ataque de pánico.

—Pero eso es estupendo Marina —exclamó Lissette eufórica—. Esto significa que estamos en el buen camino. La clave son los Pinel y tu contacto con mi hija se está perfeccionando.

Se dejó caer en el sillón con abatimiento, la madre de Gabrielle se sentó en el brazo del sillón a su lado.

—Sí, pero ¿Hasta dónde va a llegar ese perfeccionamiento? —exclamó con pesadumbre.

—Sé que esto es duro para ti Marina —Lissette le acarició el pelo—, pero es la única forma de liberarnos las dos, tú de esas visiones, y yo de la angustia de no saber que ocurrió con mi hija.

Marina asintió resignada al comentario.

—Cuéntame. ¿Qué has visto y oído?

—Víctor arrastraba a Gabrielle fuera de la habitación de Matilde y le ordenaba que se alejase de su madre. Ella le gritaba que no se iba a salir con la suya. He volcado la copa y he estado a punto de caerme de la silla cuando he oído esas voces inesperadas resonando en mi cabeza.

—¿Cómo has resuelto la situación? ¿Se han dado cuenta?

—Adrián ha pensado que era el dolor de espalda que puse ayer como excusa.

—¿Qué significará esa escena? —preguntó pensativa Lissette—. Sí mi hija había comenzado a llevarse bien con Matilde ¿Porque no quería que entrase en su habitación?

—Y no olvides la mirada de odio de Matilde a su hijo que vi en otra de las imágenes.

—Te das cuenta de que quizá estamos enfocando mal. Hemos pensado que la muerte de Gabrielle estaba relacionada con el triángulo amoroso, pero puede que haya otra causa. Para mí Víctor era el candidato menos probable pero después de lo que has contado no sé qué pensar.

—Para mí tiene bastantes papeletas y más después de conocerle hoy, he tenido la impresión de que me tiraba los tejos. Me ha parecido un viejo repulsivo.

Lissette se levantó y fue hasta el mueble bar y se sirvió una copa de vino invitando a Marina con un gesto, ésta negó con la cabeza.

—¿Los tejos dices? Entonces es que sigue igual —tomó asiento en el sillón frente a ella—. Víctor siempre fue un mujeriego. Ni yo me vi libre de sus insinuaciones.

—Eso no es extraño Lissette, eras solo dieciséis años mayor que tu hija, aún puede apreciarse tu belleza. Hace veintiún años, seguro que eras una mujer muy deseable. En las imágenes que veo y que supongo que son las mismas que tú tienes de Víctor es un hombre más o menos atractivo

—¿Verdad? No estaba mal, aunque no era mi tipo.

—Pues el tiempo no le ha favorecido nada. Eduardo está mejor que él.

—Eso sí es sorprendente.

Marina se incorporó con cansancio para dirigirse a su habitación, se volvió desde la puerta.

—Tú hija tenía mucho más acento que tú.

—Yo ya hablaba español antes de que ella entrase a formar parte de la familia Pinel —explicó sonriente Lissette—. Estuve tres años como interna al servicio de un matrimonio en las afueras de París, me dejaban tener a Gabrielle conmigo. La mujer era española y le gustaba hablar su lengua. Vi una oportunidad de aprender otro idioma y la alentaba a enseñarme.

Marina se despidió con un gesto perdiéndose en el pasillo.

Sacó el portátil con todos los datos referentes a la empresa para estudiarlos ese fin de semana contrariamente a lo que le había pedido Adrián. Se había sentido pillada en falta. La estructura de la empresa era algo que ella tenía que haber conocido desde el principio y decidió que al menos en eso no

iba a volver a fallar de nuevo.

Sentada en la cama frente al ordenador estuvo hasta altas horas de la madrugada repasando toda la estructura de la firma Pinel.

La mañana del sábado fue una llamada de su madre la que la sacó de la cama casi a las once. Lissette había propuesto acercase a Madrid de compras, pero rechazó la oferta alegando que le apetecía más un paseo en bicicleta después de comer. Había un par de ellas en el garaje de la casa alquilada por la francesa.

Había intentado contactar con Irene, la única con la que podía dar rienda suelta a la inquietud que sentía por la situación que estaba viviendo. Había estudiado ingeniería informática porque todo lo relacionado con su trabajo estaba medido con precisión matemática, todo estaba previsto. Tener las situaciones controladas le daba seguridad, lo había intentado en el trabajo y lo había intentado en su vida personal con Alberto, si lo analizaba bien todo en él era previsible, todo menos que terminara traicionándola haciendo que perdiera además a una de sus mejores amigas. Siempre la había puesto nerviosa la imprevisión, lo que no era capaz de controlar y ahora estaba inmersa en una situación rocambolesca provocada por unas imágenes que le venían a la cabeza sin explicación coherente ni lógica.

Irene le dejó un mensaje diciéndole que estaba pasando el fin de semana con su nuevo amigo en Jerez, en una feria del vino. La llamaría lo antes posible. Se alegró por ella, al menos alguien lo estaba pasando bien

Marina cogió el sendero de robledales y salió a campo abierto, en el horizonte el monte piramidal que ya comenzaba a ser familiar. Aspiró el aire en un intento de calmar la ansiedad, buscando paz en la belleza del paisaje pasó junto a un indicador que señalaba el camino al Valle de Bustaviejo.

La novedad del sonido a sus imágenes le impedía concentrarse en el paisaje, era inquietante, casi tanto como el incidente con su madre del que prefería no pensar. Cuando aún no había conseguido acostumbrarse a las visiones espontáneas de repente se veía inmersa en escenas con diálogos.

Mientras pedaleaba a buen ritmo no podía dejar de preguntarse hasta

donde llegaría Gabrielle. No podía compartir con Lissette sus temores, era una buena mujer, pero segura de la bondad de su hija, por desgracia ella no lo estaba tanto. De nuevo lo ocurrido con su madre. Si la explicación no era la teoría de Irene la siguiente pregunta era ¿Que pretendía la hija de Lissette? ¿Cuáles eran los verdaderos motivos para que la hubiese escogido a ella hasta conducirla a la casa de los Pinel? ¿Buscaba solo que se encontrase su cuerpo y se descubriese la verdad?

Suspiró con irritación, había salido a dar una vuelta para evadirse de esos pensamientos precisamente. Trató de fijar su atención en el entorno. En el suelo gris creyó reconocer el gneis, la vegetación se había ido espaciando hasta convertirse en grupos de pinos silvestres y robles que a veces se mezclaban.

Pasó un arroyo y la vegetación se hizo aún más escasa, la figura piramidal del monte surgió de nuevo frente a ella.

Avanzaba por un sendero ancho pero una visión acompañada de las voces la hizo salirse del camino bajando a toda velocidad por una pendiente, la bicicleta chocó contra una roca rodeada de matorral, cayó al suelo, pero pese al golpe la escena siguió desarrollándose en su cabeza. Instantes después volvió de nuevo a la realidad, estaba sentada en el suelo, le dolía una pierna que había quedado bajo la bicicleta. Se levantó enfadada, la situación le impedía hasta un inocente paseo en un vehículo tan simple. Intentó subir de nuevo para volver a casa y descubrió con irritación que el golpe con la piedra había pinchado la rueda. Volvió a colocarse la gorra y resignada subió la pequeña cuesta por la que había descendido. Tendría que volver andando y tirando de la bicicleta pinchada. Había vuelto al camino cuando el ruido de una moto acercándose la hizo volver la cabeza. Era una Beta roja de trial, se paró a su lado y el piloto se quitó la máscara del casco. Adrián Pinel la saludó con una amplia sonrisa.

—He visto desde lejos como te salías del camino —dijo sacándose el casco y depositándolo sobre el manillar de la moto—. Es un camino amplio y despejado, no sé cómo has podido perder el control de la bicicleta en un lugar como este.

—Me he distraído mirando hacia otro lado —intentó justificar ella, la verdad, él tenía razón, solo un ciego se hubiera precipitado por la pendiente como lo había hecho, precisamente así se quedaba ella cuando surgían las imágenes.

Marina le estudió mirando su atuendo, un mono y las botas del equipo.

Debía llevar rato saltando por los montes porque parte de su cara estaba manchada de polvo pese a la máscara de protección. A su pesar tuvo que reconocer que estaba atractivo mirándola sentado en la moto.

—Tengo que volver a casa —dijo apartando esas ideas y comenzando a andar de vuelta a casa—. He pinchado y me he alejado mucho.

—Sube, te llevaré —exclamó Adrián haciendo que ella se volviese.

—No gracias. Es una moto de trial. Lo que menos me apetece es ir de paquete dando saltos en una moto con el asiento de una plaza.

—Es un asiento grande y te prometo que seguiré el camino. Haré que recojan tu bicicleta cuando llegue a casa. Venga sube.

Dudó unos instantes, miró la moto con desconfianza, no la convencía mucho pero menos la idea de regresar arrastrando la bici pinchada.

—De acuerdo. Pero no te apartes de los caminos. Con el golpe que me dado en la caída tengo bastante.

—Tranquila —añadió él mientras volvía a colocarse el casco sin colocarse la máscara—. Iré despacio para que puedas admirar el paisaje.

No era una moto para llevar otro pasajero y tuvo que ingeniárselas para colocar los pies. Se agarró a los hombros de Adrián cuando éste arrancó y comenzaron a recorrer el sendero a la inversa.

Llegaron pronto al camino entre robles, pero en lugar de girar hacia la casa de Lissette, Adrián cogió el camino del pueblo.

—Mi casa está en la otra dirección —gritó intentando acercar su cara a su oído para hacerse oír por encima del ruido de la moto.

—Lo sé —exclamó él alzando la voz a la vez que giraba la cara—, pero es temprano y he pensado que te apetecería hacer un poco de turismo.

La situación no era para ponerse a discutir, el motor ahogaba las voces y le dejó hacer. Adrián se internó en el pueblo y ascendió por una calle adoquinada, miró el nombre, Avenida de Madrid hasta un indicador Carretera de Soto, bajó hasta atravesar el río por un puente, el letrero decía Puente de la Luz, antiguo Santo tomé junto a las ruinas de un molino antiguo. Otro indicador, humilladero de San Blas. Notó que el terreno había cambiado en redondeados y suaves cantiles en las que había desaparecido el veteado característico pasando al granito.

Adrián detuvo la moto y Marina descendió mirando alrededor. La ermita de San Blas no era más que un muro con una hornacina cubierto a dos aguas y alero sustentado sobre pilares sin labrar, se levantaba sobre las rocas graníticas y tras él los robles con los montes al fondo. Pese a lo pequeño del

humilde monumento religioso invitaba al recogimiento y a la reflexión.

—Las vistas desde este lugar son preciosas. Aquel es el pantano de Santillana y ese el cerro de las Cabezas Illescas —comentó situándose a su lado—. Mi padre me regaló mi primera moto de trial cuando tenía doce años. Me encantaba venir a este lugar y contemplarlo todo desde esta altura.

—¿Como se llama el monte piramidal? —indagó Marina.

—San Pedro. Tiene una imagen característica ¿Verdad?

Se detuvo meditabunda ante el paisaje. Trató de imaginarse a Adrián aún más joven que en sus visiones, en éstas daba la impresión de ser un chico triste, quizá, era a causa de la relación con su madrastra. Se preguntó si fue solo a partir de ahí o ya lo era antes.

Adrián la observó durante unos instantes sin decir nada, se acercó colocándose a su altura con la vista en el horizonte.

—No deberías perder el tiempo pensando en él. Si te engaño con tu amiga no lo merece.

Marina tardó unos segundos en darse cuenta a que se refería. Había errado en el motivo de sus reflexiones, pero no le sacó de su error. Giró hacia donde estaba aparcada la moto.

—Creo que deberíamos marcharnos ya.

Adrián subió, arrancó la moto y Marina volvió a su posición de paquete, él sin colocarse el casco inició el descenso.

Al llegar al río lo bordearon hasta una extensa agrupación de encinas en su orilla derecha con vegetación de esparragueras, retamas y tomillos. Aparcó la moto y descendió, ella le miró desconcertada.

—Ven —dijo internándose en la espesura—. Este es un rincón precioso.

Le siguió con cierto recelo, ya debería estar de vuelta. Se preguntó por el interés de Adrián de hacer de guía turístico para ella. Él le señaló el río que en ese tramo discurría entre pequeños saltos pedregosos con árboles hasta las mismas aguas. La espesura de los árboles en ese punto era tal que la luz penetraba con dificultad arrojando a veces sombras espectrales.

—Es algo onírico y fantasmal ¿No crees? —preguntó Marina, aunque no dejó de admirar la belleza del lugar.

—Pero hermoso. En primavera desaparecen los tonos amarillentos y anaranjados que tiene ahora y se llena de color.

Tomó asiento sobre una piedra mientras Adrián se inclinaba sobre el agua para levarse la cara. Caminó hasta donde estaba y tomó asiento a su lado.

—Es como una escena de cuento, uno cree poder ver surgir de un momento

a otro a una criatura del bosque.

Sonrió levemente al comentario paseando la vista por el lugar.

—¿También venías aquí cuando eras niño?

—Sí. Era capaz de pasar horas apoyado en un árbol con la vista perdida y meditando.

—Eras un niño solitario —afirmó Marina—. ¿No tenías amigos?

—En Madrid iba a un colegio de jesuitas y lo mismo el tiempo que vivimos en Granada. Tenía dificultad para relacionarme y las severas costumbres me hicieron un chico introvertido y rebelde —cortó un junco y comenzó a partirlo mientras hablaba—. Cuando volvimos de Granada mi padre me matriculó en un colegio seglar. Fue una experiencia liberadora, aprendí a relacionarme y un año después en la universidad se puede decir que era popular entre mis compañeros —se volvió a mirarla—. ¿Y tú? Debo imaginar que esa actitud melancólica es natural tuya o el producto del desengaño que has sufrido.

—Siempre he sido extrovertida y alegre. Me he relacionado siempre tan bien con la gente que mis amigas decían que había errado la profesión.

—¿Por qué? La gestión de empresas tiene mucho de relaciones públicas.

Marina se apercibió de su error. Ella hablaba de su trabajo solitario delante del ordenador olvidada por completo de la pantomima que estaba interpretando. Miró su reloj de pulsera en un intento de ahorrarse una respuesta plausible.

—Se está haciendo tarde. He salido en bicicleta hace horas y mi madre va a comenzar a preocuparse.

Se incorporó y camino resuelta hacia el claro donde estaba la moto, él la miró alejarse pensativo unos instantes sin moverse. Se incorporó y la siguió.

En el camino de vuelta, Marina encontró distintas agrupaciones de alisos, fresnos, chopos y sauces junto a numerosos rosales silvestres y endrinas sin flor por la época del año.

Pasaron cerca de algunas granjas y casas de labranza.

—Hoy ya es tarde —exclamó Adrián girando la cabeza para hacerse...—, pero otro día me gustaría mostrarte el parque natural.

Solo asintió y pronto reconoció el camino entre robledales. Indicó con el brazo a Adrián el desvió y poco después descendía de la moto frente a la casa que había alquilado Lissette. Marina distinguió el movimiento de la cortina y la supuso al otro lado.

—Gracias por el paseo. Ha sido muy interesante. Hasta el lunes.

—Haré que recojan tu bicicleta —respondió sonriente Adrián al tiempo que comenzaba a colocarse el casco—. Hasta el lunes Marina.

Le vio arrancar la moto y no entró hasta que su figura se perdió por el sendero, se volvió y subió los cuatro peldaños de la entrada, Lissette salió a su encuentro.

—¿Era Adrián Pinel? —preguntó extrañada.

—Sí. He tenido un pinchazo y él pasaba por allí haciendo trial.

Entró en la casa seguida de la francesa. Se sentó en el sillón y dejó caer la cabeza sobre el respaldo, cerró los ojos. Lissette se sentó en el sillón de enfrente, comenzaba a conocerla, ese gesto de Marina es que había ocurrido algo.

—¿Qué ha pasado Marina?

—He tenido otra visión cuando iba en bicicleta. He descendido por un terraplén, esa ha sido la causa del pinchazo —respondió sin abrir los ojos y con voz cansada— Esto es insoportable. No puedo ni dar un tranquilo paseo en bici sin sufrir un percance.

—Ten paciencia —se inclinó y puso su mano sobre la de Marina—, las visiones son cada vez más frecuentes. Dime que has visto esta vez.

Se inclinó hacia delante con un suspiro cansado.

—Eduardo le regala a Gabrielle un collar espectacular de diamantes y un zafiro solitario en el centro. Por lo que comenta Víctor con disgusto era la pieza central de una exposición que estaban preparando.

—¿Y ya está? —Lissette se quedó pensativa—. ¿Qué significa esa escena? ¿En qué nos ayuda lo que has visto?

—No tengo ni idea.

—Tiene que tener algún sentido, aunque ahora no lo veamos —se inclinó hacia delante mirando fijamente a Marina—. Tú has visto las imágenes y has oído sus voces. ¿Qué impresión te causa?

—Estaban todos reunidos. Tengo la impresión de que Eduardo le da ese collar que no tenía previsto regalarle a Gabrielle por alguna razón, en las imágenes parece estar muy contento al contrario que tu hija que tenía una cara extraña. Recibe el regalo con frialdad.

—Dijiste que te veías dentro de ella. ¿Como has visto su cara?

—Porque Eduardo le coloca el collar delante del espejo, en un momento Adrián se levanta y su mirada se cruza en el espejo con él. Adrián baja la cabeza con pesadumbre y sale de la habitación.

—Adrián sale mucho en las visiones. ¿Crees que significa que fue él el

que...?

—He pasado la tarde con ese hombre. Ha estado mostrando lugares de interés y hablando un poco de él. No puedo imaginármelo como un asesino. No me cuadra Lissette.

La madre se Gabrielle se reclinó en el asiento sin dejar de mirarla.

—Ten cuidado Marina. Adrián es un hombre atractivo y puede que pierdas la perspectiva a la hora de valorarlo. No olvides nunca que formaba parte del triángulo amoroso que rodeaba a mi hija antes de morir. Uno de esos hombres es su asesino.

—No debes preocuparte por eso Lissette. Solo he comentado que tengo la impresión de que es una buena persona. Un chico solitario e introvertido y creo que ese fue un factor fundamental para que tu hija terminara seduciéndolo.

—También pudo ser la causa para que perdiera la cabeza en un momento dado y la matara.

—¿Y al chófer? —preguntó levantándose y caminando hacia la puerta— Buscamos a alguien capaz de asesinar a dos personas Lissette. Puedo creer que Adrián matara llevado por un arrebato, pero no planeado y tengo la impresión de que la muerte de ambos fue premeditada.

—También yo lo creo Marina.

—Voy a darme una ducha y a descansar un poco. Me está doliendo la pierna que me aprisionó la bici en la caída.

Lissette se quedó con la vista fija en el techo tratando de ordenar y que tuvieran sentido todas las visiones que había visto Marina. Al menos ahora iban más rápidas. Estaba convencida que se acercaba el final del enigma. Miró a la puerta por donde había desaparecido Marina. Entendía su estado de ánimo, tenía que ser horrible pasar por una situación como la que estaba viviendo, alguien que como ella nunca había tenido ese tipo de experiencias. Sí, comprendía como debía sentirse, pero no podía dejar de dar gracias al cielo por haberla encontrado cuando ya casi había abandonado toda esperanza de resolver la muerte de su hija.

El lunes llegó a las nueve al trabajo. Tenía la impresión de que Adrián la haría trabajar esa tarde y no se equivocó. Entró en su despacho media hora después diciendo que tenía que acercarse a Madrid, volvería a la hora de comer y la invitó de nuevo para discutir más tarde la estrategia a seguir en el nuevo proyecto. Se preguntó si estarían de nuevo reunidos los Pinel a la mesa con ella. Centró su atención en cuestiones meramente administrativas que su eficiente secretaria le llevaba de vez en cuando.

A las once y media decidió hacer un alto. Se disponía a bajar a la habitación de descanso del personal, pero al llegar a la escalera vio la puerta que daba acceso a la zona privada de la casa. Caminó con resolución hacia allí, si la pillaban podría decir que estaba admirando las antigüedades de la casa. Ya le había hablado a Adrián de eso y no resultaría extraño.

Llegó al corredor superior que se abría al amplio hall, admiró de nuevo el techo acristalado por la vidriera policromada apoyada en la barandilla. La sobresaltó una voz a su espalda.

—¿Había quedado para desayunar con el señorito Adrián?

Se volvió para encontrarse de frente con Consuelo que la había hecho la pregunta con una sonrisa bonachona.

—Si es así es que ha olvidado decirle que se ha acercado a la capital.

—No Consuelo. Se llama así ¿Verdad? Adrián ya ha hablado conmigo esta mañana, me disponía a bajar a tomar un café con el personal, pero no he podido resistir la tentación de echar un vistazo a la casa. Es magnífica.

—Sí. Después del arreglo ha quedado preciosa. ¿Le apetece que le ponga

un desayuno en el solarium? Llegado este tiempo se está muy bien allí.

—No quisiera molestar Consuelo.

—No es ninguna molestia. Sígame.

Obedeció a la anciana criada siguiéndola por el corredor para dar en otro con ventanales que terminó en una amplia terraza acristalada, desde la que podía contemplar unas magníficas vistas. Un extenso y cuidado jardín y más allá de la valla que rodeaba la casa el bosque y los montes en la lejanía. Consuelo pidió disculpas y se retiró para traer el desayuno y ella siguió admirando el lugar un rato más hasta que se volvió y tomó asiento en uno de los sillones de mimbre con cómodos cojines blancos. Era un lugar tranquilo y luminoso para descansar y leer un buen libro. Consuelo apareció unos minutos después portando una bandeja con el servicio de café y unos bollos.

—Gracias, pero no tengo hambre —dijo a la indicación de la criada— tomaré solo el café.

—Son caseros. Especialidad de nuestra cocinera.

Ante la insistencia mordisqueo uno. Afirmó con la cabeza y siguió comiéndolo. Consuelo era una oportunidad para ella, por eso cuando le vio intención de alejarse la interpeló.

—Lleva mucho tiempo trabajando para los Pinel ¿Verdad?

—Treinta y cuatro años señorita hará el mes que viene.

—Entonces Adrián era muy pequeño cuando entró a trabajar.

—Cuatro años.

—¿Y cómo era? —intentó darle un tono indiferente a la pregunta.

—Al principio un trasto. Un chico muy travieso— Consuelo bajó la cabeza con tristeza— Después comenzó la enfermedad de su madre y su manía, eso le afectó mucho, como a su padre. La verdad es que nos afectó a todos.

—¿Qué manía?

—Le madre del señorito Adrián era muy guapa. Una de las más hermosas de la alta sociedad madrileña pero un cáncer de piel se cebó con ella en el rostro. Creo que se le fue la cabeza. Cualquiera hubiera ocultado esa herida espantosa que se la iba comiendo, pero ella se empeñaba en llevarla descubierta, como si quisiera castigar a todos por lo que le estaba ocurriendo. Era muy desagradable y su carácter se iba agriando a medida que esa herida iba creciendo. Duró solo tres años, pero recuerdo que en el último cuando ya estaba encamada, el señor Eduardo apenas entraba a verla. Decía que era superior a sus fuerzas. Sin embargo, pedía que le llevarán a Adrián todos los días al menos un rato. El crío lloraba para no entrar en esa habitación.

—Por eso la aversión a la gente enferma —afirmó Marina reflexiva, fue como un pensamiento expresado en voz alta pero la anciana criada siguió hablando al hilo de su comentario.

—Sí. Y como si la vida hubiera decidido que tuviera que pasar por la misma situación una y otra vez. Primero la señora Matilde y ahora la pobre señora Lucía.

—¿Lucía? ¿Quién es?

—La esposa de Adrián —Consuelo miró su reloj con nerviosismo— La dejo que tengo unas obligaciones.

La vieja criada salió del solarium con pasos presurosos dejando a Marina en un estado de confusión. Alzó la voz antes de que Consuelo desapareciera por la puerta.

—¿Qué tiene su esposa?

—Cáncer —señaló a las cristaleras— Ahora estará dando su paseo. Aprovecha que aún hace buen tiempo, más adelante hace demasiado frío para esas salidas— Consuelo bajó la cabeza con pesadumbre— Claro qué según los médicos, no creo que le dé tiempo a que lleguen las nieves. Está llegando al final.

La mujer se giró saliendo con paso cansino hacia el corredor mientras Marina trataba de recuperarse de su asombro. Se levantó y caminó hacia las cristaleras. Al fondo del jardín alguien empujaba una silla de ruedas. No podía distinguir con claridad la figura sentada pero sí que llevaba gorro y estaba tapada con una pequeña manta. El sonido de su teléfono móvil la hizo rebuscar en los bolsillos de la cazadora vaquera que llevaba. Reconoció el número de Irene.

—Perdona que no respondiera a tu llamada —explicó ésta— Estaba en una zona de montaña sin cobertura.

—No tienes que darme explicaciones Irene. Espero que lo pasarás bien.

¿Qué tal tu nueva pareja?

—Estamos conociéndonos. Ya sabes los parámetros que instauré después de lo de Miguel. Tiempo al tiempo ¿Y tú qué novedades tienes?

—Que soy idiota.

—Vaya. Esperaba cualquier cosa menos esa revelación —Irene ríe al otro lado del teléfono— Explícame porque dices eso

—Había sacado unas conclusiones sobre Adrián Pinel que al parecer quedan muy lejos de la realidad. Pensé que era una buena persona y acabo de descubrir que es un canalla.

—¿Y eso?

—Aloja a su amante bajo el mismo techo donde se está muriendo su mujer de cáncer.

—Qué barbaridad. Deberían publicar un boletín con las fechorías masculinas.

—Y otro con las féminas bonita, que hay cada una —rió Marina.

—Sí, tu francesa causante de tus desdichas sin ir más lejos.

—Por ejemplo.

—De acuerdo. Y al margen de la sinvergonzonería de ese caballero que por otra parte no le da puntos para ser el asesino ¿Algo más?

Marina se sentó en el brazo del sillón sin perder de vista las dos figuras que paseaban por el jardín.

—Las visiones son más frecuentes, son en estéreo, y qué si quiero dar un simple paseo mejor a pie, lejos de rocas por si me dejo los dientes en algún sitio y mejor no me acerco a precipicios.

—La ironía y el sentido del humor es un arma contra la depresión. Al menos no tengo que preocuparme en ese sentido —respondió Irene riendo.

Marina suspiró antes de contestar.

—Depresión no, pero ataques de desesperación son varios al día. No sé cuánto tiempo más podré soportar esto. No termino de entender porque las visiones en capítulos. ¿Porque no me las muestra todas seguidas?

—Imagino que eso supone energía, un gran esfuerzo, aunque en realidad no tengo ni idea Marina.

—Entonces solo queda esperar.

Se hizo un leve silencio al otro lado, Marina entendió que Irene dudaba.

—Ha venido a verme Alberto.

—Ya —respondió con una sonrisa irónica—. ¿Y qué quería?

—Preguntó por tu dirección. Quería ir a Madrid a verte.

—¿No se la habrás dado?

—Claro que no Marina. Le dije que comentaría contigo su visita y tú decidirías. Por cierto. ¿Has pensado en él en estos días?

—Ni un instante y antes de venir tampoco es que pensara mucho, ya te lo dije, al final Marga me hizo un favor. Ese matrimonio era un error.

—Está claro que sí. Aunque este asunto te tenga distraída de cualquier otro problema si te afectara hubieras pensado en él, en algún momento.

Estuvo hablando unos cinco minutos más y cortó. Pasó otros tantos observando a la mujer de Adrián como era empujada por la enfermera en su

paseo y decidió volver al trabajo.

Adrián pasó a buscarla para almorzar a la una y media. En contra de lo que pensó, ninguno de los otros Pinel los acompañó en el almuerzo. Adrián explicó que su tío Víctor estaba en un balneario cercano pasando unos días y su padre a veces hacía almuerzo de trabajo con sus colaboradores en los talleres.

Se mordió los labios cuando tuvo el impulso de preguntar porque no los acompañaba su mujer en la mesa, pero eso la dejaba al descubierto del interrogatorio a Consuelo. Tenía la intención de volver a preguntar a la vieja criada. Había detectado en ella el típico carácter de quien le gusta hablar y ella pensaba aprovechar esa circunstancia al máximo.

—No eres muy habladora —dijo de repente Adrián.

—Lo siento estaba abstraída en mis pensamientos.

—Espero que no pensaras en tu ex novio —comentó él antes de llevarse un trozo del filete a la boca— ya te dije que no lo merece.

—¿Por qué? —preguntó desafiante.

Adrián se quedó parado ante el tono y la pregunta.

—Te traicionó con una amiga.

—Ah, las traiciones —dijo irónica—. Espero que las midas todas con el mismo rasero.

Arrugó la frente mirándola durante largo rato tratando de entender a que venía esa actitud.

—No termino de entenderte.

—Sí. Ese es el problema de los hombres —siguió en el mismo tono— en lo referente a mujeres no entendéis nada.

Adrián se pasó la mano por la barbilla pensativo. Hizo un gesto y siguió comiendo. Marina decidió que era mejor imitarle. Le fastidiaba que criticase en Alberto lo mismo que él hacía y se estaba dejando llevar por sus sentimientos, era mejor no olvidar para que estaba allí. Como era o lo que hiciera ahora ese hombre en su vida privada nada afectaba a su investigación.

—He pensado hacer una serie de exposiciones de la colección Medea antes de lanzarnos al proyecto de abrir otra tienda en el Norte de Europa.

Marina levantó la cabeza ante el repentino comentario después del embarazoso silencio y solo afirmó con la cabeza.

—Haremos una en Madrid el domingo —siguió sin levantar la cabeza del plato con tarta de manzanas— Encárgate de organizarla. Begoña tiene experiencia para echarte una mano.

—¿Donde más se van a organizar exposiciones?

—En nuestras tiendas de París, Londres y Roma.

—¿Tendré que desplazarme hasta allí?

—Tendremos— corrigió apurando la copa de vino sin dejar de mirarla.

—¿Y cuándo será eso?

—Dentro de un mes organizaremos la de París, cuando veamos los resultados de Madrid.

—Las demás ciudades tienen más poder adquisitivo, no será un buen referente.

—No creas —sonrió Adrián— aquí hay más dinero del que crees. Ya lo verás.

Siguieron hablando durante el café en el mismo tono profesional sobre los pormenores de los proyectos. Poco a poco a Marina se le fue pasando la irritación de las palabras de Adrián. Cuando dieron por finalizada la sesión de trabajo y le cedió el paso, el comentario de él la dejó en suspenso unos segundos.

—Sé que lo estas pasando mal, pero tienes que hacer un esfuerzo por superarlo o terminará amargándote.

—Nunca dejo que mis sentimientos influyan en mi trabajo —contestó fría cuando se dio cuenta a que se refería.

—Deberías distraerte... —contestó comprensivo ignorando el tono de ella.

En el hall ya antes de subir las escaleras, Marina se paró y giró hacia la puerta por donde la condujera él el día del masaje.

—Si no te importa iré a ver si Alfredo puede darme uno de sus masajes.

Él solo afirmó y siguió subiendo. Marina atravesó los pasillos, una chica vestida de enfermera esperaba sentada fuera de la sala de masajes leyendo una revista.

—¿Sabes dónde está Alfredo? —preguntó Marina.

—Está dándole un masaje a Lucía. No tardará mucho —respondió ésta sonriente.

—Eres su enfermera ¿Verdad? ¿La que paseaba esta mañana con ella por el jardín?

—No. Esa era Carmen. Hacemos tres turnos al día. Yo soy Mabel.

Tomó asiento al lado de la enfermera, ésta volvió a la revista y ella no se atrevió a seguir interrogándola. No tuvo que esperar mucho, unos minutos después la puerta se abrió y Alfredo salió empujando la silla de una mujer de más o menos su edad. Con un gorro en la cabeza y la típica transparencia en el

rostro que deja los efectos de la quimioterapia. Pese a todo debió ser muy guapa antes de caer enferma. Levantó hacia ella sus ojos castaños y esbozó una sonrisa simpática.

—Tú debes ser la nueva gerente ¿Verdad? Adrián te ha descrito bien.

—Marina —respondió tendiendo hacia ella su mano con una sonrisa

—Lucía.

Estrecho la pálida mano con marcadas venas azules.

Le hubiese gustado detenerse a hablar con ella, pero el gesto de Alfredo invitándola a pasar la obligó a una despedida rápida.

Interrogó a Alfredo sobre ella, pero salvo que él estaba allí precisamente por la necesidad de la enferma de masajes frecuentes para aliviar los dolores no extrajo gran cosa. El estado de relax en que la dejaba el masaje tampoco invitaba a la charla.

En la cena comentó con Lissette el descubrimiento de la mujer de Adrián y su comportamiento.

—Que sea ligero de moral no le convierte en nuestro candidato a asesino de mi hija Marina— adujo al ver la rabia con la que hablaba.

—Pero es un crimen hacerle eso a su mujer. ¿Crees que lo sabe? Sería horrible si es... —Marina cortaba con genio en trozos más pequeños la carne en salsa de su plato— Además no entiendo porque no puede comer a la mesa con todo el mundo. La tiene apartada como si fuera una apestada. Es despreciable.

—Por lo que ya sabemos, tanto Adrián como su padre sienten una gran aversión hacia los enfermos.

—Sí, lo sé —terminó de tragar y bebió un sorbo de su copa de vino— esta mañana Consuelo, la criada, ha hablado del trauma que cogió con su madre, pero eso no disculpa su actuación.

Lissette sonrió comprensiva y fue a responder, pero el gesto de Marina con los ojos muy abiertos y fijos le indicó que estaba teniendo un episodio. La miró en silencio hasta que volvió a parpadear de nuevo.

—Esta la has llevado mejor —dijo la francesa—, solo te has puesto rígida.

—Porque es una escena donde no han hablado. Lo de las voces no lo llevo nada bien.

—¿Qué has visto?

—A Matilde en la cama. Escribía algo en un papel. Al otro lado de la cama de pie, mirándola, un hombre que por el uniforme diría es el chófer y una mujer de unos cincuenta. Por las ropas y el aspecto parece alguien del servicio. Tenía un aire de pueblo.

—¿Y ya está? —preguntó sorprendida Lissette.

—Sí. He tenido la impresión de que el escrito de Matilde era importante por la atención y el silencio que mantenían todos.

Lisette apoyó los codos en la mesa, junto las manos y apoyó la barbilla en ellas con gesto pensativo.

—Está claro que todas las imágenes tienen un significado, pero no tenemos aún suficientes para entenderlas, al menos cada vez son más frecuentes. No he dejado de pensar en todas y cada una de ellas para buscar una pista, pero no consigo encontrarla.

—Creo que hasta que las tengamos todas no montaremos este rompecabezas Lisette, pero tu hija podía ser más generosa. Me siento como en una novela por entregas.

La madre de Gabrielle no pudo evitar reír ante el comentario.

—Sobre este asunto vamos a ciegas Marina. Ni tú ni yo tenemos experiencia en estos asuntos, no sabemos cómo funciona. Temo que tendremos que conformarnos con lo que te va llegando.

—Ya lo sé —exclamó con irritación— pero mi ánimo se va minando cada vez más Lisette, estoy en tensión permanente porque no sé cuándo van a surgir. Tienen la virtud de ser de lo más inoportunas.

—Paciencia y calma Marina —dijo suspirando Lisette— Estamos cada vez más cerca de resolver esto.

Por las mañanas era raro encontrar a Adrián temprano en la oficina y supuso que o bien se acostaba tarde trabajando o haciendo vida social.

Se había despertado a las seis y decidió incorporarse antes de las ocho, aún no había llegado nadie, le sorprendió encontrarse con él cuando ella subía las escaleras. Adrián acababa de atravesar el corredor desde la zona privada y se disponía a entrar en su despacho.

—Buenos días. Que tempranera —miró su reloj— Son las ocho menos cuarto.

—Buenos días. Eso mismo podría decir yo, no es muy usual verte aquí a estas horas.

—Hay mucho trabajo. Esta exposición es importante, la línea rompe los esquemas habituales de la firma— arrugó la frente con preocupación apoyado en la puerta— Son diseños muy modernos, pero se han usado elementos muy caros. Cabe la duda como responderá el público a precios tan elevados.

—Aún no la he visto —comentó recostándose en la barandilla— Le dije a tu padre que pasaría para darle mi opinión, pero no he encontrado el momento.

—Tendrás que verlas en la exposición. Esta noche ha sido trasladada a Madrid.

—¿De noche? —preguntó extrañada—. ¿Porque?

—Medidas de seguridad. No se sigue nunca ni un día ni un horario fijo y los vehículos también pueden ser aleatorios. Es un sistema que nos va bien.

—Es una buena idea contra los ladrones —sonrió Marina caminando hacia su despacho.

—¿Has desayunado? —exclamó él haciendo que ella volviese la cabeza.

—Tomé un café a las seis.

—De eso hace ya dos horas. ¿Te apetece desayunar conmigo?

Le miró seria, la verdad es que no le apetecía demasiado. Estaba haciendo un esfuerzo para no pensar en el comportamiento que él tenía con Lucía, pero tenía en mente confraternizar lo menos posible.

—Desayunaré más tarde. Ahora tengo una lista de llamadas a

representantes de personalidades que acudan a la exposición. Quiero cerrarla lo antes posible.

No espero respuesta y siguió hasta el despacho. La verdad es que era cierto. Su secretaria le había dejado preparado todo el día anterior. La presencia de personajes relevantes era importante para atraer a la prensa y ella tenía un presupuesto al que ceñirse para dividirlo entre los diferentes caches. Iban a ser horas de aburridas discusiones con los representantes.

A las diez y media su estómago le avisó que llevaba demasiadas horas sin ingerir nada. Pasó frente al despacho de Adrián, pero siguió recta hacia la zona privada. Cabía que él se enfadase, pero había recordado que Consuelo le contó que Lucía solía desayunar en el solarium. El día había amanecido frío y nublado y tenía la esperanza de encontrarla allí. Sentía una enorme curiosidad por esa mujer.

En el corredor tuvo la desagradable sorpresa de encontrarse con Víctor Pinel y como el día que se presentó la saludó con un afectado beso en la mano que la hizo forzar una sonrisa.

—Que placer volver a verte —dijo sin soltar su mano— espero que te encuentres mejor de tu espalda.

—Sí, gracias— intentó soltar su mano con suavidad, pero una visión repentina hizo que se le agarrotase la mano en la de Víctor, las voces resonando en su cabeza provocaron una mueca en su cara que asustó al anciano.

—Marina ¿Qué te pasa?

Consciente de que estaba frente a Víctor en plena visión, aunque no pudiese oírle tiró de su mano y retrocedió dos pasos girando levemente el cuerpo.

—Marina ¿Te encuentras bien? ¿Pido ayuda?

Las imágenes desaparecieron y acertó a escuchar las últimas palabras de Víctor.

—No..no es necesario— titubeo intentando recomponerse— Ya ha pasado.

—Muchacha, esos dolores parecen serios —Víctor la miró suspicaz—. Debe verte un médico.

—Alfredo ya me está dando masajes y noto mejoría señor Pinel. Solo tengo que hacer más ejercicio. Perdone, pero he quedado con Lucía para desayunar.

Sin esperar respuesta salió en dirección al otro corredor. Había mentido en lo referente a su encuentro con Lucía, pero necesitaba alejarse de Víctor,

era el protagonista de lo que había visto y no había sido agradable.

Tuvo suerte, Lucia sentada en su silla de ruedas se llevaba una taza de café a la boca cuando entró en el solarium, más allá una enfermera muy joven hablaba con el móvil.

—Buenos días, espero que no te moleste que me sienta a desayunar contigo —miró a la enfermera que entusiasmada en su conversación ni se había percatado de su entrada—. Tú enfermera está muy ocupada.

—Buenos días, encantada de tener compañía —miró en dirección al parloteo de la chica con una sonrisa—. Desi es buena chica, pero padece el mal de la mayoría de la juventud actual. Vive enganchada al móvil, aunque lo agradezco, intenta dar conversación para distraerme, pero sus temas hace tiempo que dejaron de interesarme.

Marina se sirvió un café y la miró unos instantes antes de dar el primer sorbo. La había visto la tarde anterior en el exterior de la sala de masaje, casi en penumbra con solo la luz procedente de la sala, ahora con iluminación diurna que entraba a través de las vidrieras su aspecto era desolador. Profundas ojeras violáceas en torno a unos ojos donde el blanco ocular era amarillento, aun así, su mirada era triste y dulce al mismo tiempo y su cara tenía un tono rosado.

—Ayer te vi a través de las cristaleras dando tu paseo. Temo que el día no acompañe. Creo que va a llover.

—Temo que sí —miró hacia el jardín— un día menos que no podré disfrutar del sol.

Había querido hablar con ella, pero ahora que la tenía delante no sabía que decir. En el centro de la mesa una bandeja con pastas de té, tomó una y comenzó a mordisquearla.

—Quizá debería haber dicho a Adrián si le apetecía acompañarme, pero no sabía si estaba ocupado.

—Estuvo esta mañana a verme. Ha ido al aeropuerto a buscar a Crista. Quiere asistir a la exposición.

La miró unos instantes. Había hecho el comentario sin ningún tono especial, pensó que o bien ignoraba la relación entre ambos o en su estado esas cosas habían dejado de importarle.

—No me gusta esa mujer —dijo Marina de pronto.

—A mí tampoco —respondió riendo Lucía.

—Espero que no te haya molestado que venga a desayunar aquí. Ayer me invitó Consuelo y me gustó el lugar. Hoy me he invitado yo.

—Has hecho bien. Me gusta la compañía y si a ti no te importa desayunar delante de una moribunda.

—No digas eso. Mientras hay vida hay esperanza.

—Para mí no —Lucia sonrió tristemente y se levantó un poco la manga del jersey que llevaba, la piel de la mano pasaba del rosado al amarillo— esto significa que el hígado está fallando como todo lo demás. Ya no hay nada que hacer. No debería haber aceptado esta última quimioterapia. Me ha quitado la poca calidad de vida que podía haber disfrutado. Me maquillo para intentar resultar menos desagradable a los demás.

—No me pareces desagradable —soltó espontánea Marina— Si quieres puedo venir a desayunar contigo todos los días y algunos puedo hasta quedarme a almorzar.

—Estupendo —exclamó sonriente—, suelo comer a la hora en que cambian el turno mis enfermeras y lo hago sola. Será agradable hacerlo en compañía.

—Mira —señaló Marina a las cristaleras—. Ha empezado a llover.

—Antes me gustaba pasear bajo la lluvia.

—Es lógico que ahora no te guste, suele provocar melancolía y no creo que sea lo que necesitas.

—No. Pero echo de menos el olor de la tierra mojada.

Marina se puso en pie y se colocó tras la silla, Lucia levantó la cabeza girándola hacia ella sorprendida.

—Si lo echas de menos iremos abajo. Bien abrigada bajo los soportales nos llegará el olor. En tu estado debes disfrutar de lo que te apetezca.

Empujó la silla en dirección a la otra salida. No había visto ningún ascensor por donde había entrado y supuso que estaría por allí. Pasaron al lado de la chica del móvil que las miró sorprendida. Solo dijo que iban a dar un paseo. La enfermera miró la cara sonriente de su enferma y solo asintió enfrascándose de nuevo en su interrumpida conversación.

No se había equivocado, la otra escalera tenía un ascensor adaptado. Lucia situó la silla y ya abajo, Marina recogió una manta doblada sobre una silla y se la colocó en las piernas.

Cuando salieron fuera, la lluvia caía con intensidad, empujó la silla a través de los soportales hasta un banco y la colocó paralela a éste, tomó asiento a su lado. Durante unos minutos ambas miraron la lluvia en silencio, Lucia levantó la cara aspirando el aire.

—Es maravilloso ¿verdad? —exclamó.

—Si, lo es— Marina se frotó los brazos, se había dejado la chaqueta en el despacho, en el exterior con solo el jersey hacía frío.

Lucia percibió su gesto y desdobló la manta que la cubría pasando una parte por sus piernas.

—Toma cúbrete.

—Podrías enfriarte.

—¿Y qué me va a pasar? ¿Qué me voy a morir antes?

No respondió y se acomodó bajo la mata. Se reclinó en el asiento y durante largos instantes de nuevo se sumieron en la contemplación silenciosa de la lluvia. Ésta caía ahora suavemente.

—¿Deseas que llegue? —preguntó de pronto Marina sin mirarla.

—A veces, para que termine de una vez, para que cese el dolor, pero me aterra tanto. Es lo que más me atormenta, paso horas pensando en ello. Me ha visitado un cura y un psicólogo, pero la verdad es que ninguno me ha resuelto mis miedos y mis dudas.

Marina escuchaba arrebujaada en la manta con la mirada perdida en la lejanía del jardín. Lucia continuó como si hablara sola.

—Si tuviese la certeza de que hay algo, a veces me aferro a las ideas de otra vida mejor como afirma el cura, otras me digo que no hay nada y es tan angustiioso. Tantos sueños, tantas ilusiones. Treinta y dos años para acabar, ¿En qué? —se giró hacia ella—. ¿Y si no hay nada? ¿Y si solo te mueres y ya está? Todo lo que soy, lo que pienso y siento Marina, mi alma y mi memoria ¿Terminaran con mi cuerpo?.

—No. No acaban —afirmó rotunda.

—¿Así? ¿Sin dudar?— Lucia esbozó una débil sonrisa—. ¿Y esa certeza?

—Si me lo hubieras preguntado hace unos meses no habría sabido que responderte, pero en las circunstancias en que me encuentro te aseguro que algo hay. No sé decirte bien que puede ser, pero algo hay.

—Aclara ese misterio.

—No puedo —Marina miró la hora en su reloj y se incorporó volviendo a colocarle bien la manta— Será mejor que vuelva al despacho, aún me quedan cosas que cerrar de la exposición y llevo más de hora y media fuera.

—Por favor Marina. Este tema es importante para mí. ¿Por qué lo dices tan segura?

—En otro momento Lucia —empujó el carro con las protestas de la enferma.

—¿Cuándo? —preguntó Lucia ansiosa.

—Mañana. Iré a desayunar y seguiremos hablando.

Volvió al despacho y retomó la pesada tarea de continuar cerrando contactos. Podía alegrarse, era un trabajo pesado pero fácil, lejos de los retos del primer día. Cerca de las dos terminó la última llamada y apoyó pensativa los codos en la mesa. Había pasado un momento de verdadero apuro delante de Víctor, se preguntó si su presencia había sido la causante de su provocación, hizo una mueca interrogante. Su pensamiento voló hacia Lucia, la había impresionado su serenidad y calma para enfrentar un destino como el que le había caído en suerte. Le vino a la mente Adrián, había ido a recoger a Crista, se lo había comunicado él mismo. Daba por sentado que Lucia no sabía lo que había entre ellos. Movi6 la cabeza con incredulidad preguntándose como podía alojar a la amante en la misma casa donde se estaba muriendo su mujer.

El protagonista de sus cavilaciones abrió la puerta en ese momento.

—¿Aún no te has marchado a comer? —preguntó sonriente—. Debo dar por sentado que te quedas a almorzar entonces.

—Pues no —dijo con brusquedad mientras se levantaba. Caminó con celeridad hacia el perchero y comenzó a colarse la chaqueta—. Acabo de terminar. Almuerzo con mi madre.

—Ya han arreglado tu bicicleta. Está abajo. Si quieres te acerco a casa — se ofreció amable— No creo que al chófer de tu madre le guste cargar una bici en un automóvil como ese.

—Espera que le llame para venir. Me iré en la bici.

—Va a llover otra vez.

—Está cerca —añadió seca colocándose el bolso cruzado— Creo que me dará tiempo.

Caminó hacia la puerta sin más.

—Marina.

Adrián la escrutaba con semblante serio.

—Sí —se volvió con la mano en el pomo.

—¿He hecho o dicho algo que te haya molestado?

—No.

—Entonces ¿Porque esa frialdad y agresividad?

—Lo siento. Tengo un carácter cambiante.

—No me lo pareció cuando te conocí. Es desde ayer.

—Me están esperando para almorzar. Hasta mañana.

—Marina.

El tono en que la había llamado solo la hizo volver la cabeza con gesto interrogante.

—Mañana te necesito para ultimar detalles de la exposición —añadió tajante y agresivo—. Te recogeré a las nueve.

—Conocí ayer a Lucia, hoy he desayunado con ella y he quedado en hacerlo mañana ¿Podría ser más tarde?

La estudió unos instantes antes de responder. Suavizó la expresión.

—Está bien, a las diez.

—¿Está levantada Lucia a esa hora?

—No lo sé —se encogió de hombros.

—Pues deberías —añadió rotunda

—¿Perdona? —inquirió achicando los ojos—. ¿Estas tratando de decirme algo?

Que te embalas Marina, se dijo a sí misma. Recordó los consejos de Lissette y ese asunto no la incumbía.

—No, lo siento. A veces soy muy impulsiva. Te veré mañana.

Salió cerrando tras ella dejando a Adrián irritado y pensativo preguntándose que le mosca le habría picado a esta mujer.

A mitad de camino mientras pedaleaba hacia casa unas gotas comenzaron a mojarle el rostro. Aceleró rogando que ninguna imagen le llegara en ese momento. Debería haber pensado que con sus antecedentes este impulso era una imprudencia.

Al llegar al chalet, la lluvia caía con fuerza. Empapada pero agradecida por llegar sin novedad la introdujo en el garaje.

—¿Está loca Marina? ¿Cómo se te ocurre venir en bicicleta con esta lluvia? Y creí que habíamos quedado que no volverías a conducir nada mientras tengas el peligro de las visiones —le salió al paso entre protestas Lissette.

—Ya he tenido una esta mañana y es raro dos en el mismo... —explicó camino del dormitorio.

—¿Y?

—Me ha sucedido delante de Víctor, mientras me tenía cogida la mano. Ha sido una situación comprometida, la visión era de él con Gabrielle, en una violenta discusión —contó mientras se despojaba de la ropa mojada y caminaba hacia el baño a por una toalla.

—¿De qué discutían? —Lissette se sentó en la cama.

Salió secándose el pelo y buscó un jersey en el armario.

—V́ctor pretendía tener relaciones con ella, Gabrielle le grita que no volverá a dejar que la toque. É1 la sacude con violencia y la amenaza con revelar la verdad a Eduardo.

—Esa visión sitúa como candidatos a V́ctor o a Eduardo —dijo reflexiva Lissette— Uno porque Gabrielle no accedía a volver a costarse con él y el otro pudo dejarse llevar por un arrebato si V́ctor cumplió su amenaza.

—En resumidas cuentas, es solo una pieza... —Marina terminó de subirse unos vaqueros— Pero revela que V́ctor puede ser un hombre violento, en las imágenes tenía una mirada terrible. ¿Qué hay para comer? Tengo hambre.

—Poule au pot a la bearnesa y tarte tatin —explicó Lissette colgándose de su brazo mientras salían del dormitorio.

—Y eso es...

—Pollo relleno y una tarta de manzanas caramelizadas.

—Ummh que rico.

Esperó a las ocho y media para preguntar a Consuelo por Lucia, según ésta solía salir de su habitación a las nueve y media para desayunar.

Saldría para Madrid con Adrián a las diez, no quería que Lucia pensara que la dejaba plantada, lo mejor era ir a explicarle que tenía adelantar el desayuno o dejarlo para otro día. Preguntó por su habitación, el hecho de que ésta se hallase en la parte más alejada de uso común le molestó. ¿Quería evitar Adrián que su agonizante mujer incordiará al resto de la casa?

Llegó ante la puerta y llamó, tras el permiso la empujó y encontró a Lucia asistida por la enfermera sentándose en la silla de ruedas.

—Buenos días —saludó sonriente— perdona esta irrupción Lucia, pero Adrián ha decidido que le acompañe a la exposición a las diez —la enferma ya vestida, pero sin el maquillaje la impresionó con su tez amarillenta, intentó que no se notase en su...—, si no puedes desayunar ahora podemos dejarlo para mañana pero no quería que pensarás que lo había olvidado.

—No te preocupes —sonrió Lucia amable—. Tengo mucho interés en la conversación que dejamos ayer, en realidad estoy lista. Solo me falta el maquillaje.

Marina llegó a su altura, la enfermera le colocaba la mantita sobre las rodillas en ese momento.

—¿Es necesario? No tenemos mucho tiempo para hablar.

La enferma levantó la cara hacia ella con un gesto triste.

—El maquillaje no es para mí Marina. Sé cómo estoy y a estas alturas mi aspecto no me preocupa. Me lo pongo para que a los demás no les resulte desagradable estar delante de mí.

—A mi no me resulta desagradable— puso una expresión pícaro— es más, un color tan interesante igual crea tendencia. Ya sabes que hoy en día la

gente por ir original hace cualquier cosa.

—Te has levantado graciosa esta mañana por lo que se ve —bromeó Lucia ante el comentario— Está bien, si a ti no te molesta, a mi menos.

Al observar que la enfermera era la chica del móvil del día anterior le dijo que ella la acompañaría hasta la terraza cubierta. Se colocó tras la silla y salió con la enferma de la habitación camino del solarium.

Poco después estaban ambas sentadas en la mesa, los primeros rayos de sol entraban a través de las cristaleras.

—No he dejado de pensar en lo último que dijiste ayer —comenzó Lucia corrigiendo la posición de la silla para que le diera de lleno el... —Dime porque dijiste con esa certeza que la vida no acaba.

Marina respiró hondo. Abordar un tema como ese no era fácil, hablar de las visiones de Gabrielle con Lucia podía comprometer toda la falsa, pero la situación de la mujer de Adrián la conmovía.

—Hace unos meses la respuesta a esa pregunta hubiera sido tan vaga y tan confusa como la que cualquiera te podría haber dado, de hecho mi idea sobre la muerte era más bien escéptica donde chocaba la idea cristiana de la educación que he recibido con los conceptos científicos sobre el tema, es decir, me había cuestionado cosas como todo el mundo pero sin profundizar demasiado en el tema ni en su trascendencia —Marina desvió la vista hacia la gran cristalera—. Hace un año murió mi padre y me hice muchas preguntas que como siempre en estos casos quedaron sin respuesta ¿ Donde habría ido? ¿Existiría en verdad algo después de la muerte? —miró de nuevo hacia Lucia que la observaba a su vez atentamente— Las mismas interrogantes que te haces y al igual que tú quedé llega de dudas y sin respuestas.

—Dices que hace un tiempo ¿Significa eso que ha ocurrido algo que te ha dado respuestas? —preguntó Lucia con ansiedad.

—No todas Lucia. En realidad, no puedo responder que hay más allá de la muerte, pero estoy en condiciones de asegurarte que no es la nada. Algo sí que hay.

Lucia se inclinó hacia delante con ansiedad.

—¿Por qué lo afirmas? No demores más.

—No es fácil —resopló Marina— es una historia muy rara que aún no sé cómo acabará.

Se llevó la taza de café a los labios con Lucia expectante de sus palabras.

—Todo comenzó hace unas semanas cuando intentaba restaurar una antigüedad, creo que fue a través de ese mueble —se detuvo unos segundos

pensando como hablar del tema sin comprometer la misión que la había llevado a esa casa—. Comencé a ver imágenes, situaciones vividas en el pasado por una persona, una mujer. A través de la información de lo que veía averigüé su nombre.

—¿Hablas con un espíritu? —interrumpió Lucia con sorpresa.

—Hablar no. Solo me muestra hechos, escenas que han pasado. Con lo que me mostraba descubrí quien era y me puse en contacto con su madre por carta intentando averiguar si estaba viva y ésta apareció en mi casa afirmando que su hija estaba muerta —Marina suspiró con fuerza—. Ahora sé que está muerta. Estoy segura y también que la asesinaron.

Marina guardó silencio observando el gesto de incredulidad de Lucia, ésta la miraba fijamente.

—No sé Marina —negó con la cabeza— lo que estas contando es increíble.

—Ya. Que me vas a decir a mí —torció el gesto—. Comprendo tu escepticismo Lucia, si alguien me contase una historia como ésta tampoco lo creería.

—Su madre ¿Te cree?

—Ella es la que me convenció de que la única forma de librarme de las imágenes que me vienen es averiguar que le ocurrió y localizar su cuerpo para que descanse en paz, dice que no me dejará tranquila hasta que lo descubra.

Lucia bebió de su taza sin dejar de mirarla.

—¿Te ha pasado eso antes? Con otros espíritus, digo.

—Nunca. Jamás he tenido relación con estos temas, creo que el accidente de tráfico que tuve hace un tiempo fue el causante o vete a saber.

—Entonces estas investigando su muerte ¿Verdad?

Marina calló pensativa, si continuaba hablando le estaba dando información comprometedor a Lucia que a su vez podía comentarla con Adrián, consideró imprudente seguir hablando sobre Gabrielle, intentó dar un giro.

—Eso no tiene importancia ahora, te he hablado de esto para demostrarte que la muerte no es la nada, que la vida continua de alguna forma o mi espíritu no podría contactar conmigo.

De nuevo un silencio por parte de Lucia, junto sus manos sobre su regazo.

—Sé que no estas mintiéndome y aunque parezca absurdo te creo, pero eso no significa que su espíritu esté vivo, puede que tengas la habilidad de captar hechos que han sucedido.

—Eso también lo pensé yo como hipótesis cuando trataba de entender que me estaba ocurriendo, pero... —Marina giró la cabeza mirando hacia el suelo al tiempo que arrugaba la frente preocupada.

—Pero ¿Qué? ¿Que ocurre Marina? —preguntó Lucia inclinándose hacia delante en su silla.

—Pasó algo en una discusión con mi madre —soltó aire con fuerza—. Ella insistía en que volviera con mi prometido, la relaciones con mi madre siempre han sido muy complicadas y en este asunto estaba ya cansada de su injerencia, cuando apareció en casa ese día volviendo a insistir me lance furiosa hacia ella —dudó unos segundos—, es lo último que recuerdo, lo siguiente fue encontrarme en los brazos de mi madre, lloraba, me agradecía mis palabras y me prometía respetar mi decisión —levantó la cabeza clavando la mirada en Lucia—. Yo no recuerdo nada de eso, mi amiga Irene que estaba presente y tan sorprendida por mi reacción como yo, dice que le pedí afectuosamente a mi madre que se limitara a quererme y a respetar mis decisiones, después ante el terror que me embargó sugirió que quizá fue mi subconsciente en una necesidad de arreglar los problemas con mi madre. Intento pensar que es así, pero... —un nuevo titubeo de Marina que se inclinó sobre la mesa y apuró el contenido de su taza antes de continuar, Lucia seguía observándola sin una expresión definida en su lútea cara. Dejó la taza sobre la mesa y se encaró de nuevo con la enferma—. Me conozco Lucia, el conflicto con mi madre viene de muy lejos y no me veo haciendo algo así de forma espontánea, por otro lado, pensar que pudo ser ella la que tomó el control de mi cerebro y actuar por su cuenta me aterra, me descompone solo pensarlo.

—¿Porque iba ella a hacer algo así?

—Por la relación tan especial que tenían madre e hija. Estaban muy unidas y se querían mucho.

—Eso tiene sentido —añadió reflexiva Lucia—. Si vio que podía solucionar los problemas entre tu madre y tu tiene su lógica que lo intentara.

—Sí. ¿Pero sabes lo que eso significa? —preguntó Marina con gesto grave.

—Dos cosas. La primera probaría que estas realmente en contacto con un espíritu que es capaz de captar la realidad que te rodea y la segunda que tiene capacidad para hacerse con el control de tu mente.

—¿Y no es aterrador? —inquirió angustiada Marina.

—Pues sí, bastante. ¿Te ha ocurrido algún otro incidente de ese tipo que te dé pie a pensar que no fue la explicación de tu amiga?

—No. Hasta ahora lo único extraño ha sido la posibilidad de oír lo que hablan, al principio solo veía las imágenes.

Marina se reclinó en el sillón de mimbre sin dejar de observar la expresión de Lucía que se había concentrado mirando al suelo en sus pensamientos. Durante un rato ambas permanecieron así. Sabía que Lucía estaba tratando de procesar y ver el alcance de lo que acababa de contarle y prefirió dejarla y que fuese ella la que confiara sus impresiones. Lucía se frotaba sus manos de venas traslúcidas una contra otra. Finalmente levantó la cabeza.

—Si es un espíritu ¿Te das cuenta de lo que significa? —alargó su mano y asió la de Marina apretándola con fuerza—. Tengo que saber más, esto es...es fantástico, significaría que la muerte no es la nada —esbozó una amplia sonrisa—. Que hay otra forma de vida...

Marina fue a decir algo, pero la entrada de Consuelo la detuvo.

—Señorita Marina, el señorito Adrián la espera en la puerta principal. Dice que se dé prisa.

Se incorporó con rapidez asiendo su bolso colgándoselo al hombro, Lucía volvió a coger su mano a la altura de la muñeca.

—¿Cuándo vendrás otra vez? —preguntó con ansiedad—. Tenemos que hablar más de esto. Tienes que contármelo todo.

—No sé si podré hoy —sonrió con afecto—, pero mañana volveré para desayunar.

Se alejó con premura, evitó la escalera central y volvió a la oficina a por el maletín de toda la documentación de la exposición y descendió por las escaleras hasta la salida. En el exterior fue directa hacia la puerta principal, se detuvo al girar la esquina, Crista se apoyaba provocativa e indolente en la ventanilla abierta con Adrián al volante. No debería sorprenderle se dijo con un suspiro antes de caminar hacia la pareja, Adrián había ido a buscar a la viuda de su primo el día anterior y dadas las actitudes de ambos daba la impresión de que lo habían pasado muy bien esa noche, se dijo que eso no debía importarle, pero no podía evitar la indignación al recordar a la mujer que acababa de dejar.

Se paró justo delante del capó del coche y Adrián al verla le señaló el asiento a su lado, cuando entró en el vehículo dio unos escuetos buenos días sin mirar y mantuvo obstinada la vista al frente mientras la pareja se despedía con un apasionado beso.

Ya en la carretera camino de Miraflores, Marina continuó con la misma actitud. Atravesaron el pueblo y Adrián miró de reojo la silenciosa figura

sentada a su lado.

—Poco habladora esta mañana por lo que se ve.

Ella esperó unos segundos antes de responder a su comentario.

—Cuando no hay nada interesante que decir es mejor guardar silencio.

—¿Cómo está Lucia esta mañana? Suelo pasar a verla a la hora del desayuno, pero hoy he estado ocupado —añadió en tono distendido.

—Ya imagino —repuso hosca—. Está bien.

Él la miró varias veces con el ceño arrugado al notar el tono antes de interpellarla.

—Oye, ¿Se puede saber que te pasa de un tiempo a esta parte? Si he hecho o dicho algo que te ha molestado podías decírmelo.

—Lucia se está muriendo —dijo escueta.

Adrián achicó los ojos y apretó la mandíbula con la vista fija en la carretera.

—Lo sé —contestó al cabo de unos instantes—, pero no sé que tiene que ver eso con lo que he preguntado.

—Tiene y mucho. Deberías tener más consideración con ella. No le queda mucho tiempo.

Soltó aire tratando de contenerse, así que era eso, el comportamiento de Marina hacia él en los últimos días era debido a su actitud ante la enfermedad de Lucia.

—Soy consciente del estado de Lucia —trató de aparentar calma, aunque para ella fue evidente que estaba enfadado—, y sé que la veo poco, pero ella sabe y comprende mi comportamiento.

—No estoy hablando de lo que ella piense, estoy diciendo que podíais tener un poco de paciencia o al menos buscar otro lugar.

—¿Podíamos? —la miró intrigado—. ¿A quién te refieres?

Marina se quitó las gafas de sol y se acarició despacio la parte superior de la nariz al tiempo que tomaba aire, se estaba metiendo donde no la llamaban, pero él había insistido.

—A ti y a Crista. Es poco considerado que se aloje bajo el mismo techo que Lucia.

—¿Otra vez Crista? —la miró de refilón irritado mientras el coche ganaba velocidad al incorporarse a la autovía en dirección a Madrid— Te agradecería que me hablaras más claro. No te entiendo.

—Dejémoslo —exclamó haciendo un gesto de hastío—. Este asunto no es de mi incumbencia como tu bien dijiste.

—Ahora prefiero que lo sea. Expílicate.

—Pues yo prefiero que no —añadió rotunda, se inclinó hacia delante y puso música—. Vamos a dejarlo. ¿De acuerdo?

Adrián resopló mirándola en varias ocasiones, pero Marina había inclinado la cabeza hacia atrás y cerrado los ojos. El resto del trayecto lo hicieron sumidos cada uno en sus pensamientos. Cuando entraron en la capital, Marina desvió toda su atención hacia la ventanilla. En pleno centro siguió por la Castellana hasta coger una calle hasta General Haya donde entró en un parking privado.

Descendieron del coche y al ponerse a su altura Adrián la cogió del codo para detenerla.

—Escucha. Pasó poco tiempo con Lucia y sé que eso puede ser difícil de entender, pero tengo un problema del que ella es consciente y lo entiende.

—Conozco el problema —dijo levantando la vista hacia él— Consuelo me habló de tu madre.

—Consuelo siempre ha hablado demasiado —esbozó una sonrisa—. No me siento orgulloso. Pasó muy poco tiempo con ella cuando voy a verla y en su situación necesita un apoyo que no soy capaz de darle. Ver los efectos de la enfermedad en la mujer que fue es superior a mí. Ella sabe que hago un gran esfuerzo por pasar esos minutos a su lado cada día y lo comprende.

Le miró pensativa unos instantes, en el trayecto en silencio había recordado la sugerencia de Lissette, estaba allí para resolver otra cuestión. No, no entendía su actitud, el poco esfuerzo que hacía por superar su aversión y menos la falta de respeto a su mujer moribunda al acostarse en la misma casa con otra. Si contestaba iba a enzarzarse en una discusión comprometedora de la que no iba a ser fácil salir.

—Te agradezco que hayas querido darme explicaciones Adrián, aunque no tienes por qué hacerlo. Todo esto son cuestiones personales tuyas y yo solo soy la gerente de tu empresa —y señalando hacia el techo de los aparcamientos con un dedo—. ¿Es arriba la exposición?

—Cerca —percibió que Marina se había cerrado a ese tema—. Una calle más abajo.

En la sala de exposición se desarrollaba una actividad febril con los técnicos de iluminación. El amplio espacio estaba decorado en negro, los soportes donde se colocarían las joyas ya estaban situados y se trabajaba proyectando sobre ellos luces de distintos colores, Adrián le dijo qué según la tonalidad de las piedras para resaltarlas, por supuesto, siguió explicándole el hijo de Eduardo, éstas se colocarían unas horas antes de la exposición por razones de seguridad.

Begoña se había trasladado y ya estaba allí cuando ellos llegaron para alivio de Marina, Rosa no se había equivocado en cuanto a la eficacia de la secretaria. Haber asistido ya a varias exposiciones de los Pinel la convertían en una experta y se dedicaba a pasarle documentos para firmar y a guiarla por sus distintos cometidos en una tarea que de haber estado sola no habría sabido por dónde empezar. Mientras ella se encargaba de los asuntos que le pasaba su secretaria, Adrián al otro lado de la sala supervisaba el sistema de seguridad con el equipo encargado del mismo.

Estaba resolviendo la cuestión del catering cuando se le acercó Adrián proponiendo almorzar, sorprendida miró su reloj, eran casi las dos, la verdad, la mañana se le había hecho corta. No encontró una excusa convincente, dudosa terminó aceptando.

Adrián le dijo que en La Castellana había un buen restaurante y no quedaba lejos, en silencio Marina cogió su chaqueta y su bolso y se limitó a seguirle. En el trayecto, él le fue explicando más detalles de lo que esperaba, la presencia de famosos pertenecientes a las distintas artes y a la jet social junto con la prensa que atraerían estos conseguirían que las joyas Pinel saliesen en todas las revistas. La mejor publicidad para la firma.

Debía ser conocido en el lugar, apenas traspasaron el umbral, el metre le

saludó con una amplia sonrisa y le siguieron a lo que había indicado como una buena mesa al fondo.

Marina echó un vistazo a la decoración. Moderna y funcional con dos largas hileras de mesas y sillas de diseño, luz suave proyectada desde las paredes anaranjadas y éstas adornadas con estilizados ramos a juego con los dibujos de los manteles. Imaginó que sería un restaurante de cool cuisine, dado el ambiente. No se había equivocado cuando les trajeron la carta. Los nombres de los platos, se lo confirmó.

Como buena andaluza lo de la cocina moderna no terminaba de convencerla y las cantidades minúsculas para los inmensos platos que veía a los vecinos de mesa, menos. Se lo comentó a Adrián que no pudo evitar preguntarle al ver su gesto ante la carta.

—Con tanto nombre exótico no sé que sirven en este lugar —dijo arrugando la nariz—. ¿Qué será mousse de atún con montado verde?

—Te recomiendo salmón orange ginger —le sugirió sin poder contener la risa ante su expresión— Está delicioso.

Se encogió de hombros y afirmó pasando la carta al metre cuando se acercó a una señal de Adrián libreta en mano.

—Ahora que estamos tranquilos y solos me gustaría volver sobre el asunto de tu actitud estos últimos días Marina —exclamó de pronto Adrián apoyando los codos sobre la mesa y mirándola fijamente—. Algo te ocurre conmigo y me gustaría saber que es.

Tomó aire antes de contestar, explicar las razones de su enfado no era posible sin comprometer todo el plan. Debió pensar en la posibilidad de que él pidiera explicaciones antes de decidirse a aceptar su invitación. Podía haber puesto cualquier excusa.

—Ya te dije que no estoy bien por mis cuestiones personales y mal que me pese me está afectando al carácter —intentó eludir la inquisitiva mirada de Adrián que siempre la daba la impresión de taladrar la mente delineando con el dedo el dibujo del mantel.

—Entiendo que una experiencia como la que has pasado necesita de tiempo para recuperarse, pero tengo la impresión de que tampoco estás haciendo nada para superarlo...

Las palabras de Adrián se perdieron en se momento, en su lugar se vio caminando tras un religioso por un amplio pasillo en penumbra. Le siguió hasta una sala de estudio donde estaba sentado un Adrián de diecisiete años frente a un libro. Torció el gesto cuando levantó la vista y la vio, el religioso

se retiró dejándoles solos. Oyó la voz de la francesa preguntándole porque no había acudido a la casa en las dos últimas semanas y la airada respuesta del muchacho gritándole que le dejara en paz, que aquello había terminado. Le vio cerrar el libro y caminar hasta la salida dando un sonoro portazo.

Cuando desapareció la visión, Adrián, frente a ella la miraba fijamente con gesto severo. Ignoraba que expresión había tenido su cara, tampoco sabía que explicación le iba a dar, era evidente que él había seguido hablando y sin duda esperaba una respuesta.

—¿Has vuelto ya? —preguntó mordaz.

—Lo... lo siento. A veces me aísló tanto en mis pensamientos que no percibo nada de lo que hay a mi alrededor.

—Te creo. He tratado de llamar tu atención varias veces y ni te has inmutado. Has seguido con la mirada perdida y esa extraña expresión en tu cara.

La llegada de la comida le ahorró tener que seguir justificándose. En varias ocasiones intentó Adrián abordar de nuevo el tema y consiguió salir airoso con evasivas desviando la atención primero hacia la comida, que le gustó y después hacia la exposición. Por fortuna las muchas cuestiones pendientes les hizo volver pronto. Suspiró con alivio cuando se sumergió de nuevo en el papeleo que le pasaba Begoña, mientras le daba curso, se preguntó porque eran tan frecuentes las imágenes ante la presencia de Adrián, claro que también habían surgido con Víctor y dado lo poco que veía a Eduardo era irrelevante la estadística, el menor de los Pinel era con quien mantenía un contacto más estrecho. Para ella ya no había duda de que la muerte de Gabrielle se relacionaba con uno de los tres.

A las seis, Adrián dio por terminada su presencia allí y le comunicó que la llevaba a casa. Por un momento pensó en Lucia y en la posibilidad de verla esa tarde, pero estaba cansada y deseosa de contarle a Lissette la última visión.

Iba silenciosa sumida en sus pensamientos hasta que ya en las afueras de Madrid y en la autovía hacia la sierra, Adrián tras mirarla varias veces se decidió a hablar.

—Espero que tengas vestido de noche. Recuerda que la exposición es de gala.

—Gracias, pero no me apetece asistir.

—No me has entendido Marina, no es una invitación. Eres la gerente de la firma. Tienes que estar allí.

Se volvió a mirarlo sorprendida. Claro, era la máxima responsable de los pedidos que se produjesen esa noche. Giró de nuevo la cara hacia la línea de la carretera contrariada. La verdad es que no disponía de ropa para el evento, cuando preparó el equipaje no pensó en la posibilidad de acudir a fiestas. No habría problema, el día siguiente era sábado y Lissette podía acompañarla a comprar algo.

—Tienes que sobreponerte a lo ocurrido —siguió diciendo él sin apartar la vista de la carretera—. Entiendo que la ruptura de tu compromiso ha sido un golpe terrible Marina, pero el ostracismo en el que te has metido no te ayuda en nada.

—Eso es un asunto personal del que prefiero no hablar si no te importa.

No había pensado en Alberto desde que lo mencionó Irene en la conversación y antes de eso, desde que salió de Almería, pero él seguía achacando a eso su actitud.

—Pero me importa —insistió Adrián—. Eres una mujer joven y atractiva.

No vas a superarlo pasándote la vida del trabajo a casa con tu madre. Necesitas hacer vida social.

—No me apetece hacer vida social —contestó reclinando la cabeza en el respaldo y cerrando los ojos.

—¿Sigues enamorada de él? —preguntó tras un largo silencio.

—No. La verdad es que apenas pienso en él —no pudo evitar añadir sincera.

—Entonces no entiendo que te ocurre.

Adrián había apartado la vista de la carretera y la miraba extrañado.

—Son cosas mías de las que prefiero no hablar.

Volvió a mirarla varias veces, pero ella continuó en la misma postura y desistió de un nuevo intentó, presintió que como siempre saldría con evasivas.

—Pasaré a recogerte a las siete de la tarde mañana —dijo al parar frente al chalet de Lissette.

Imaginó que lo haría en compañía de Crista y un viaje con esa mujer y lo que representaba era una tensión que no le apeteecía.

—Supongo que ya irás acompañado y no creo que le haga mucha gracia a la compañía Adrián y con franqueza, a mi tampoco. Puede llevarme el chófer de mi madre.

—Si te refieres a Crista no te preocupes. Saldrá mañana de compras y después se quedará en casa de unos amigos. La vida en el campo para ella es demasiado tranquila —respondió sonriente vuelto hacia ella.

No supo que contestar. Otra negativa iba a resultar sospechosa. Afirmó con la cabeza y abrió la puerta despidiéndose antes de caminar presurosa hacia la casa. Antes de empujar la puerta le vio dar la vuelta y salir por el camino a la carretera. Las luces del porche iluminaron los ojos verdosos de Lissette, al aparecer en el umbral.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó con una amplia sonrisa al franquearle la entrada.

—Pesado —se dejó caer en uno de los sillones— es increíble la cantidad de detalles que tiene una exposición de esa índole —y mirándola añadió—. He tenido otra visión.

—Cuenta —Lissette ansiosa tomó asiento frente a ella.

—Tu hija acosaba a Adrián. Por lo que he visto él había cortado con ella, se quedaba en el colegio los fines de semana para no verla. Las imágenes son de una visita de Gabrielle al colegio intentando hablar con él. Sale de la sala de estudio sin escucharla y gritando, que le deje en paz.

—Eso significa que Gabrielle le sedujo y Adrián terminó arrepintiéndose de la traición a su padre —comentó Lissette pensativa.

—Eso es lo que se deduce de lo que he visto.

—Mi hija no tenía muy claro la línea que separa el bien del mal, pero tenía treinta años y el chico diecisiete.

Marina no comentó nada limitándose a mirar a la francesa estrujándose las manos mirando al suelo.

Durante unos largos instantes ambas permanecieron en silencio. Vio como Lissette caminaba hacia la ventana y descorría las cortinas quedándose de espaldas con la mirada perdida en un paisaje descolorido y lleno de sombras tras la desaparición del sol. Imaginó los pensamientos que pasaban por la cabeza de la figura estática que se recortaba contra el gris del ventanal.

—Ese no es el comportamiento lógico de mi hija. La única explicación que le encuentro es que estaba locamente enamorada de Adrián —se volvió hacia Marina que continuaba mirándola desde el sillón—. ¿Crees que Gabrielle presionó tanto al muchacho que terminó matándola?

—No lo sé Lissette. Según lo visto y quitando a Eduardo yo diría que hay un empate entre tío y sobrino.

—Yo no descartaría a Eduardo —Lissette volvió al sillón—. Si mi hija llevada por un arrebató le confesó su historia con el hijo, bien pudo perder los estribos.

—Buuf. Averiguamos cosas, pero seguimos en el mismo punto —exclamó Marina desalentada.

—No. Estamos reconstruyendo la historia Marina. Cada vez sabemos más, no pierdas el ánimo —añadió sonriente.

Marina se incorporó con desgana caminando hacia la habitación.

—Voy a darme un baño, me acostaré pronto. Mañana iré a desayunar con Lucia.

—Mañana es sábado. ¿Tanto te interesa esa mujer?

—Está muriéndose Lissette y está sola —se volvió desde la puerta— Sí, me conmueve su situación.

—Eres una buena persona —afirmó Lissette mirándola con ternura

—Si yo estuviese en su situación me gustaría que alguien hiciese lo mismo por mí. Debe ser terrible ver como se aproxima la muerte y tener que enfrentar todos los miedos en soledad —intentó esbozar una sonrisa, pero estaba demasiado cansada, se perdió por el pasillo camino del baño.

Acababa de ponerse el pijama. Había dicho que no le apetecía cenar, solo

yogur y fruta. Lissette por lo visto había decidido lo mismo y se quedó en su habitación. Mientras comía en la cocina aguantó con una sonrisa el enfado de la cocinera francesa que en su idioma no dejó de protestar mientras guardaba la cena.

Intentó ponerse en el lugar de Lissette. Era evidente que le había afectado la actitud de su hija hacia el hijo de Eduardo, se aferraba a la idea de que, pese a todo, Gabrielle era buena. Ella difería en eso, Gabrielle se había casado con Eduardo por dinero. Nunca sintió nada hacia el hombre que enamorado de ella la había sacado de la pobreza, ni siquiera agradecimiento y le pagó con la doble traición de acostarse con el hermano y seduciendo al hijo, para una madre tenía que ser difícil que su memoria quedase intacta.

Sentada en la cama llegó a la conclusión que pese a todo no merecía la muerte, no estaba allí para juzgar, uno de esos tres hombres le había quitado la vida a Gabrielle y al chófer, posiblemente por ser un testigo involuntario. Uno de ellos había matado dos veces y había ocultado los cuerpos siguiendo con su vida esos veintiún años. Lissette necesitaba la paz de saber que ocurrió y tener una tumba a la que llevar flores y al escogerla a ella para mostrarle las imágenes, Gabrielle también necesitaba que se supiese la verdad.

¿Fue capaz Adrián de matar a Gabrielle y al chófer y convertirse más tarde en un abogado de éxito? Antes de la desaparición de la francesa era un chico introvertido, algo que cambió cuando con su padre se trasladó a Madrid, si fuese un asesino su introversión debería haber aumentado.

Marina resopló moviendo negativamente la cabeza, no le caía bien Adrián por lo que le estaba haciendo a Lucia, pero le costaba imaginarle como un criminal. Hizo un gesto pasándose la mano por la frente, su tío Víctor cuadraba más en el perfil o quizá Eduardo. Veía tan poco al padre de Adrián que era difícil llegar a conclusiones con él. Lissette tenía razón, tendría que esperar a que su hija le siguiese mostrando escenas.

A las siete coincidió con Lissette en la cocina, se prepararon el desayuno y los tomaron allí mismo sentadas la una frente a la otra, Marina intuyó que no había pasado buena noche por los cercos ojerosos de su rostro sin maquillaje.

—No has pasado buena noche por lo que se ve —comentó Marina.

—No. He tratado de darle forma a los últimos meses de la vida de mi hija, tratando de entender un comportamiento que finalmente la llevó a la muerte. Hay visiones tuyas que no sé dónde colocarlas como esa donde Eduardo le regala el collar estrella de la colección. Se lo regaló por alguna razón imprevista. ¿Pero cuál? —Lissette se llevó la taza a los labios y bebió despacio, la dejó con lentitud en el plato y levantó la vista de nuevo hacia Marina pendiente de sus palabras—. Y está última, Gabrielle acosando a Adrián.

—También estuve dándole vueltas a eso antes de dormirme. ¿Te has dado cuenta de lo reiterada que es la presencia de Adrián en las visiones?

—¿Estas tratando de decir que interpretemos eso como un mensaje subliminal de mi hija?

—¿Y para qué un mensaje subliminal si muestra las escenas?

Lissette afirmó con la cabeza al tiempo que suspiraba con desánimo.

—Eeh. Te recuerdo que sueles ser tú la que me da ánimos a mí —expresó sonriente Marina apretando su mano intentando animarla.

—Lo sé, pero está siendo muy duro. En las reflexiones que he hecho esta noche he tenido que llegar a la conclusión que si fue Adrián quien mató a Gabrielle, en él hay un eximente por muy a pesar mío que sea. Era un crío y ella una mujer adulta, y por lo que viste está claro que le sedujo y Adrián llevado por la culpabilidad intentó alejarse de ella.

—Y ella insistía en el acoso —añadió Marina.

—Así es.

—¿Nos decanta eso por Adrián?

Lisette se pasó la mano por la frente acariciándosela varias veces antes de contestar.

—No lo sé Marina, la actitud de Víctor también es sospechosa y de nuevo hay que pensar en el hombre invisible, o sea Eduardo, que quizá en un momento determinado y pese a su invisibilidad jugó un papel fundamental. Es un hombre tímido, los arrebatos violentos suelen ser característicos de ese tipo de personas.

—Me marchó —Marina se incorporó y comenzó a colocarse su cazadora vaquera—. Esto es un dolor de cabeza.

Decidió hacer el recorrido que la separaba de la casa de los Pinel a pie, para eso se había puesto un calzado cómodo.

A través del ramaje de los robles del camino podía distinguir las montañas tras las que comenzaba a salir el sol. Aspiró la brisa fresca y apretó el paso con las manos metidas en los bolsillos de la cazadora. La ausencia de nubes en el cielo, indicaban que se presentaba un buen día, pero en octubre ya avanzado el otoño y en esos parajes hacia fresco.

Recordó de repente que no había comentado con Lisette que necesitaba un vestido para la fiesta de la exposición, se encogió de hombros, volvería a media mañana, tenían tiempo de sobra si no, para acercarse a Madrid; ó a algún pueblo cercano.

Eran las ocho y media cuando atravesó la cancela de los Pinel, encaminó sus pasos a la entrada principal. En sábado la puerta de las oficinas estaba cerrada.

La doncella que la abrió la miró con sorpresa, dijo sólo que había quedado para desayunar con la señora Lucia y sin esperar respuesta subió las escaleras en dirección al ala del dormitorio de la enferma.

En esta ocasión, Lucia ya estaba vestida y sentada en la silla cuando llamó a la puerta, más tarde sentadas en el solárium, mientras esperaban la bandeja del desayuno, Lucia fue al grano.

—He estado documentándome en Internet sobre este tipo de casos Marina, y ninguno tiene las características del tuyo —se retiró la manta de las piernas para que el sol que la daba de lleno llegase hasta ellas—. Hay casos de todo tipo, en unos el espíritu habla para decir lo que quiere, en otros solo se manifiesta con una aparición que se repite en el tiempo y los más numerosos son ruidos, voces, objetos y muebles que se mueven. Los afectados logran saber de quien se trata por investigaciones posteriores sin que el conocimiento de la historia modifique la situación. Es como si no se pudiese hacer nada por ellos. En tu caso, además de ser distinto en la forma de manifestarse, no son circunstancias repetitivas sino distintas, no te insta a investigar, por el contrario, parece que te va guiando. ¿Has pensado que llegará un momento que te llevará hasta el asesino? ¿Qué pasará si él se ve descubierto? Si estás investigando su muerte, te estas poniendo en peligro.

Marina se reclinó en el sillón de mimbre antes de responder.

—El asesino no tiene nada que temer, los hechos ocurrieron hace veintiún años. El delito ha prescrito.

—No si se ha abierto alguna diligencia, una petición de ampliar la investigación por parte de la madre, por ejemplo. Soy abogada, si la guardia civil hizo alguna pesquisa posterior y ha quedado reflejada los veinte años necesarios para la prescripción contarían a partir de esa fecha.

—La madre no hizo ninguna petición y las autoridades no han vuelto a

mover el expediente desde entonces. Aunque lo descubra, el asesino quedará libre —Marina movió la cabeza con pesadumbre— es incomprensible que ocurra esto en este país. No entiendo cómo puede caducar un asesinato.

—Tenemos una justicia obsoleta —sonrió Lucia con benevolencia—. Se empeñan en modificar el Código Penal una y otra vez en lugar de emprender una reforma a fondo, no solo de leyes, habría que cambiar el sistema entero para agilizar —suspiró con un gesto triste al recordar sus tiempos de abogada en activo. Había quedado ya tan lejano—. Nos estamos apartando del tema, ¿Entonces solo pretende que se encuentre su cuerpo?

—Si fuese solo eso bastaría con que me mostrase la escena de su muerte, quiere que se sepa también el por qué, o lo que me está mostrando no tendría sentido ¿No crees?

La figura frágil de Lucia asintió con la cabeza. Un largo silencio surgió entre ellas, como si cada una se hundiese en sus propias cavilaciones. Lo rompió Lucia preguntando.

—¿Dónde crees que está? ¿No te lo has preguntado?

—Sí, pero prefiero no pensar demasiado —observó los ojos apagados por el amarillo de la ictericia, se sentía rara hablando de la muerte con una mujer que en breve se enfrentaría a ella, la sonrisa cálida de Lucia la animó a seguir—. Me pone nerviosa el tema. Intentó dejar las cosas pasar sin profundizar en ellas.

—Yo, sin embargo, no he podido hacer otra cosa Marina, si puede enviarte esas imágenes es que su espíritu está en alguna parte, ¿Será el lugar definitivo o como se dice por ahí es un lugar de paso? Y cuando te muestre donde está su cuerpo ¿Qué? ¿Pasará a algún otro lugar? ¿Se integrará en el cosmos?

La entrada de Consuelo con la bandeja de desayuno dejó a Marina en suspenso ante las preguntas de la mujer de Adrián.

Esperó a que la vieja criada la depositará en la mesa, a la parada de ésta, en espera de que se le hiciera algún comentario, la mujer al ver la actitud callada de ambas comprendió que solo esperaban que saliera para seguir la conversación y con su paso lento abandonó la terraza acristalada.

—Son muchas preguntas —dijo sirviendo café en ambas tazas—, solo puedo responder con hipótesis, pero creo que donde está no es el otro lado, tiene que ser un estado intermedio o vete a saber.

—Porque crees... —Lucia se llevó a la boca un trozo del bizcocho casero de la bandeja.

—Mi padre murió el año pasado —se reclinó con el plato y la taza—. Si

desde donde está pudiese comunicarse seguro que lo habría hecho.

—Entonces damos por hecho que está en un estado transitorio y que el definitivo no puede mantener contacto con este mundo.

—Si por decir podemos decir lo que queramos Lucia, solo especulamos, pero si fuese posible que desde el otro lado se comunicasen estaríamos hablando a menudo con ellos ¿Quién no tiene algún ser querido muerto? No sé, tengo la impresión de que solo es posible el contacto cuando hay algo pendiente o su espíritu no está en paz por alguna razón. Vamos lo que hemos oído siempre de estas historias, cuando algo se repite tanto tiene que tener algún trasfondo de verdad ¿No crees?

Lucia se tomó su tiempo meditando las palabras, Marina vio cómo su mirada se perdía más allá de la cristalera por la que entraba a raudales el sol de esa espléndida mañana. Volvió despacio la cabeza hacia Marina.

—¿Me quedaré yo en ese estado intermedio Marina?

—¿Tienes algo pendiente que te impida descansar en paz? —respondió con una sonrisa.

—Una vida —suspiró un momento con pesar—. Tengo pendiente una vida que voy a perder apenas pasado los treinta ¿Crees que es suficiente motivo para no descansar en paz?

La miró con tristeza, había sido abogada, seguro que trabajaba con Adrián cuando éste ejercía. Una mujer atractiva, joven y dinámica convertida ahora en apenas una sombra de lo que fue. Se inclinó hacia delante en un gesto espontáneo y puso su mano sobre la amarillenta de Lucia.

—No lo creo Lucia, emanas una paz interior enorme pese al miedo y al dolor que sientes. Creo que tu descansarás tranquila.

—Eso espero amiga —apretó entre las suyas la mano de Marina—. Sería horrible quedarse atrapada en algún sitio pudiendo contemplar como los vivos siguen con su vida ignorantes de tu presencia. Menudo castigo.

Miró la hora en su reloj al recordar que se había venido sin comentar nada a Lissette de comprar un vestido para la fiesta.

—Tengo que marcharme Lucia, necesito un vestido de fiesta para esta noche y no traído nada. Tendré que bajar a Madrid a comprar algo.

—Si es por vestidos no te preocupes —apareció una amplia sonrisa en la enjuta cara de la enferma— Tengo varios sin estrenar y cuando los compré tenía más o menos tu talla.

—No sé qué dirá Adrián cuando me vea puesto uno de tus vestidos.

—Él no los ha visto y aunque así fuera ¿Qué iba a decir?

Marina se encogió de hombros, le apetecía poco el viaje a la capital y menos aún ir de compras, si Lucia tenía un vestido adecuado asunto resuelto.

Empujó la silla en dirección al dormitorio y una vez allí, la mujer de Adrián le señaló la puerta derecha del armario. Colgados de las pelchas había varias fundas con vestidos de noche en su interior. Lucia le dijo que los fuese sacando y colocándolos sobre la cama.

El primero era de tafetán rojo, cogido al cuello y bastante pedrería, Marina pensó que era demasiado llamativo. El segundo de raso verde era de tirantes finos pero la amplia abertura hasta la pierna no terminó de convencerla. Decidió probarse el tercero, negro de organdí drapeado en palabra de honor y con un tirante que salía del drapeado, que bajaba hasta la cadera.

—Eres muy convencional —afirmó Lucia al ver que se inclinaba por el último.

—Y tu muy atrevida, esos dos vestidos de discretos no tienen nada —y mirando el negro que tenía en las manos—, la verdad es que este tampoco, pero de los tres es el más clásico.

—No creas, yo era tan convencional como tú, fue después de la tercera recidiva del cáncer cuando me decidí a soltarme la melena. Cambié todo el guardarropa —hizo un gesto con la mano al tiempo que una mueca triste apareció en su cara—. No me dio tiempo, volvió aparecer antes de que pudiese estrenarlos.

Marina se sentó sobre la cama con el vestido abrazado sin dejar de mirar a la enferma.

—Quisiera decirte tantas cosas, pero no me sale nada, no sé qué podría decirte.

—No tienes que hacerlo y perdona, sé que estas cosas que digo, hace que los demás se sientan incómodos. A mis amigos siempre les pasaba.

Torció la cabeza y preguntó inquisitiva a Lucia.

—¿Amigos? ¿Dónde están? Siempre te veo sola.

—Al principio estaban, venían a menudo de visita, me llamaban con frecuencia por teléfono —suspiró con fuerza antes de continuar—. Es una enfermedad larga Marina, al principio todo eran ánimos de que la iba a vencer, pero a medida que se reproducía a ellos les pasaba lo que tú has dicho, no sabían que decir. Se sentían incómodos.

—No eran amigos de verdad, si lo fuesen con incomodidad o sin ella estarían a tu lado y más ahora que se acerca....

Marina se mordió el labio inferior al darse cuenta de lo que iba a decir.

—Ahora que se acerca el final —terminó la frase Lucia con una de sus sonrisas tristes—. No te preocupes, eso es algo que está asumido y mis amigos no eran malos, quizá esperaba más de ellos de lo que podían dar y además mi último diagnóstico lo ignoran. He preferido no decir nada. Creo que eso les ahorra incomodidades a ellos y a mí.

—¿Prefieres la soledad a que se puedan sentir incómodos?

—Lo paso mal cuando sé que no están a gusto. Mi situación les recuerda que esto les puede pasar a cualquiera de ellos. No quiero que estén aquí solo por trámite —levantó sus ojos hacia ella—. Contigo es diferente, no me conoces de nada y sin embargo buscas mi compañía ¿Por qué?

Bueno, en realidad no me lo digas, es indiferente las razones. Me gusta tu compañía Marina, sean cuales sean.

—Me alegro de que no las preguntes —dijo riendo al tiempo que se incorporaba de la cama aún con el vestido en los brazos—, no sabría decir porque, solo que me apetece estar contigo.

—Eso es estupendo, anda, pruébate el vestido.

Unos minutos después se estudiaba con la frente arrugada delante del espejo embutida en el espectacular vestido.

—Te queda fantástico Marina —exclamó con admiración Lucia—. Cuando lo compré no estaba tan demacrada como ahora, pero tienes más curvas de las que tenía yo y te queda mucho mejor.

—No puedo ir con esto a la fiesta Lucia —comentó sin dejar de mirarse en el espejo.

—¿Porqué? Te queda genial.

—Demasiado. Ese es el problema, soy la gerente de la empresa Lucia, no voy a esa fiesta a divertirme, es por motivos de trabajo. Se supone que para gestionar las peticiones de los compradores.

—Tu no has estado en muchas fiestas de este tipo ¿Verdad? —inquirió con una sonrisa socarrona.

—No, en mi anterior puesto de trabajo no salía del despacho y las fiestas de empresa era la comida de navidad que se daba a los empleados ¿Por qué preguntas con esa sonrisa?

Lucia se inclinó hacia delante en la silla de ruedas para extenderle la falda de amplio vuelo.

—Acompañaba a Adrián a este tipo de eventos, allí no se cierran tratos Marina. Los posibles compradores solo miran la mercancía y es después

cuando hacen los pedidos. Es una fiesta de exposición como su nombre indica.

—Menos mal que lo has dicho o iba a meter la pata de nuevo con Adrián.

—¿La metes mucho? —preguntó al tiempo que tiraba para bajar el talle a la cadera.

—Me pilló desconociendo la estructura de la empresa que se supone que es algo que tenía que haber sabido desde el principio.

Lucia empujó la silla hacia atrás para observarla con perspectiva. Hizo un gesto aprobatorio antes de añadir.

—No te preocupes, Adrián siempre ha sido muy buen jefe, cuando estábamos en el bufete y después con la dedicación a la empresa que formó con su padre. Supongo que en eso no habrá cambiado.

—¿Es que ha cambiado en otras cosas? —interrogó con intención Marina.

—Le conocí en la universidad, cuando estudiábamos derecho, tenía veinticinco años entonces. El tiempo pasa por todos, los dos hemos ido cambiando con los años —inclinó la cabeza en un gesto admirativo cambiando de tema—. Estás preciosa con ese vestido, cuando tengas el peinado y el maquillaje adecuado estarás arrolladora.

—De eso se trata— torció el gesto al tiempo que volvía a mirarse en el espejo— No quiero estar arrolladora. Quería algo discreto para pasar desapercibida.

—Chorradas. Nada de pasar desapercibida —la miró con fijeza Lucia con gesto serio—. Mírame a mí, era como tú. Vestía con discreción y sobriedad y cuando la vida me la jugó no tuve tiempo de experimental que se siente siendo el centro de atención de todas las miradas. No permitas que te pase eso Marina.

Lucia continuaba arreglando la caída del vestido, alejándose con la silla para coger perspectiva y volviendo otra vez al lado de Marina para continuar colocando bien la tela.

—No me sentiré cómoda Lucia. Que yo me conozco, este no es mi estilo.

—Esta noche lo será —afirmó rotunda.

—Te has empeñado que esta noche dé el cante ¿Verdad?

—Pues no sé cómo andarás de voz. Eso es cosa tuya, pero en mi opinión con el vestido es suficiente.

—Estas graciosa por lo que se ve —y puso los brazos en jarras frente a ella.

Lucia no pudo evitar la risa y Marina terminó imitándola.

Lucia la había invitado a comer, pero recordó el estado de ánimo de Lissette después de la conversación y cambió de idea, con el vestido dentro de una gran bolsa buscó su móvil con intención de llamar a Pierre, el chófer de Lissette para que pasara a recogerla, en ese momento a través de la ventana divisó a Eduardo Pinel cortando algunas rosas del jardín, con seguridad las últimas que iban a florecer antes del invierno.

Se detuvo pensativa, el padre de Adrián era el único de los Pinel con el que apenas había hablado, excepto el día del almuerzo no había tenido la oportunidad de comprobar si su presencia conseguía, como en el caso de Víctor provocar alguna imagen reveladora. Hizo la llamada y se dirigió al jardín.

Sus pasos por el sendero de gravilla, alertaron a Eduardo de su presencia. La recibió con una amplia sonrisa en su bonachona cara.

—Buenos días Marina, una mañana estupenda ¿Verdad? —depositó la rosa en una pequeña cesta y volvió de nuevo la cara hacia ella—. Espero que no estés trabajando, hoy es sábado.

—Buenos días señor Pinel, no he venido por asuntos de trabajo. He desayunado con Lucia. Le gustan las rosas por lo que veo.

Alargó la que acababa de cortar de un amarillo anaranjado hacia ella que la aceptó con una sonrisa.

—Me inspiro en ellas para los bocetos de mi próximo trabajo. Al final no pasaste por el taller para ver la colección de esta noche.

—He estado muy ocupada, lo siento señor Pinel, pero la veré esta noche en todo su esplendor, le daré mi opinión allí y prometo ser sincera.

—Llámame Eduardo, no me hagas más viejo de lo que ya soy ¿Te gustan las joyas con formas de flores? —pregunta mientras vuelve a la tarea de seguir cortando rosas de diferentes tamaños.

—La primera vez que nos vimos comenté que no me atraen demasiado las joyas —dijo mientras le estudiaba con atención, se afianzó en su idea de que, de los Pinel, el hombre que cortaba flores y las miraba admirado antes de

depositarlas en la cesta era el menos sospechoso de los tres. Hizo una mueca, no podía imaginarle matando a dos personas. Eduardo como ratificando sus pensamientos volvió a dirigirla una sonrisa encantadora.

—¿Almorzarás con nosotros Marina?

Iba a responderle cuando una visión apareció ante sus ojos dejándola muda y con expresión extraña delante del padre de Adrián. Éste intentó llamar su atención varias veces, se disponía a acercarse aún más a ella cuando las imágenes desaparecieron y se encontró con el rostro preocupado del anciano, hizo un esfuerzo por relajar las facciones y dar a su voz un tono de normalidad.

—¿Pero qué te ha pasado? —inquirió preocupado—. ¿Otra vez la tensión de espalda?

—Sí —sonrió quitando importancia—, pero gracias a los masajes de Alfredo estoy mucho mejor y no puedo quedarme a almorzar, gracias Eduardo, pero he quedado con mi madre —miró el reloj para acelerar la despedida y unos instantes después se despedía atravesando el jardín en dirección al coche de Lissette parado en el exterior de la cancela.

Eduardo intenta besarla y ella le rechaza gritándole que la deje en paz, pero al contrario que su hermano, Eduardo acepta y le dice que entiende que está muy nerviosa y que debe descansar. Sin alterar la voz y sin signos de sentirse molesto, la besa en la frente y se marcha.

—¿Y eso no te parece sospechoso? —Lisette arrugó la frente—. La actitud de Eduardo es demasiado tranquila.

—No sé. Da la impresión de que es un hombre tranquilo.

—Quizá ese tipo de personalidades pueden tener conductas muy violentas ante una provocación y el comportamiento de mi hija acosando a su hijo y rechazándole es una razón muy válida.

—Seguimos igual —exclamó Marina levantándose del sillón donde se había dejado caer al entrar—. Es como si Gabrielle estuviese dando vueltas, no sé, ganando tiempo.

—Ganando tiempo ¿Para qué? —la miró extrañada Lisette desde el otro sillón.

—Que sé yo, pero me pregunto porque no hace más que mostrar imágenes que nos llevan a nada con lo sencillo que sería que muestre el asesinato y terminemos de una vez.

Lisette se incorporó y dirigiéndose hacia ella la cogió las manos. Percibía

su cansancio.

—Ya hemos hablado de esto Marina. Todo lo que muestra Gabrielle tiene que significar algo y seguimos sin saber cómo funciona, salvo que la cercanía de los Pinel provoca la aparición de imágenes.

—¿Y de qué sirve las que ha mostrado hoy? Como no sea para ratificar su mal comportamiento con un hombre bueno.

—Eso no lo sabemos Marina, hasta ahora cualquiera de los tres sigue siendo sospechoso.

Marina se soltó con suavidad de las manos de Lisette apoyándose en el marco de la puerta con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Eduardo me parece un hombre tímido y bonachón, una buena persona que se enamoró de tu hija. Creo que tuvo una oportunidad de ser feliz que no

supo aprovechar —endureció el gesto al añadir—. Nunca le trató bien, fue solo un instrumento para conseguir posición. No le tuvo ningún respeto cuando sedujo al hijo y se lió con el hermano.

—Que después rechazó —intentó justificar Lissette.

—Tú lo has dicho, después. Las imágenes sexuales que vi al principio te aseguro que eran muy consentidas.

—No puedo defenderla en esta cuestión Marina —la madre de Gabrielle se pasó la mano por el pelo—, pero puede que mi hija quiera que sepamos también eso. Tu lo has dicho, si ella controla las imágenes podría mostrar solo lo que quiere, si no lo oculta quizá es, por qué ella está siendo la primera crítica de su conducta.

—No sé —Marina movió negativamente la cabeza—. Estoy cansada Lissette, mi vida está en suspenso. Mírame, estoy en una ciudad extraña, lejos de mi casa. Me siento como un barco a la deriva sin saber dónde arribaré mañana y esta noche esa maldita fiesta a la que no tengo ganas de ir.

Lissette pasó la mano con suavidad por la mejilla de Marina con una sonrisa comprensiva.

—Falta poco. Tengo la impresión de que nos acercamos al final. Ten paciencia Marina, solo un poco... —y cambiando el tono de voz a otro más festivo—. Alégrate, hoy tenemos cocido madrileño.

—¿Tu cocinera sabe hacer cocido? —preguntó incrédula.

—Hoy tiene el día libre —la francesa se perdió en dirección al comedor—. Lo he encargado. Me encanta el cocido.

—Vamos a probarlo —añadió con gesto resignado siguiéndola—. Aunque te advierto que soy una experta. A mi madre le sale exquisito.

Se quedó unos segundos sorprendida de la alusión a su madre, la echaba de menos. Si su madre lo supiese estaría aún más sorprendida que ella por los sentimientos hacia su progenitora. Esta experiencia estaba trastocando lo más profundo de su ser, incluido los resentimientos enquistados. Siguió a Lissette moviendo la cabeza con una leve sonrisa.

Adrián acababa de llamar que la recogería en unos minutos, Lissette sentada en la cama de la habitación de Marina esperaba tras maquillarla y peinarla que saliera del baño.

—Marina date prisa está a punto de llegar y deja de mirarte, estas estupenda.

—Eso es lo malo —dijo desde el umbral donde acababa de aparecer—.

Estoy exagerada. Quizá deberías volver a cambiarme el peinado.

—Te he hecho un moño, te he dejado el pelo suelto —protestó Lissette—. Ese semi recogido es lo más discreto que te puedo hacer.

—Voy muy arreglada, no sé, suntuosa —extendió la falda del magnífico vestido que le diera Lucia delante del espejo—. Quizá deberías rebajar el maquillaje.

—Pues como no te lave la cara —elevó los ojos al techo con impaciencia—. Es una fiesta Marina, todas las mujeres irán vestidas de gala y mucho más maquilladas —se levantó y situándose tras ella en el espejo—. El vestido es precioso y tu una mujer hermosa. Relájate, disfruta de la fiesta.

—No entiendo porque tengo que estar allí si no van a hacer pedidos.

—De relaciones públicas de la firma querida.

—¿Y que se supone que hace unas relaciones públicas?

—Ser amable y sonreír a todo el mundo. Una especie de anfitriona.

—Ya tiene allí a su amante —exclamó malhumorada—, y además tiene un porcentaje de la firma. Crista puede hacer muy bien ese papel.

El pitido de un claxon les indicó que Adrián había llegado, con precipitación Lissette le colocó sobre los hombros un gran chal de seda beige tostado y la empujó hacia la puerta.

—Deberías haber aceptado mi estola de visón. Con este chal pasarás frío.

—Nada de pieles de animales, ya te lo he dicho. Estoy en contra de eso, pero no sé porque no puedo ponerme mi abrigo.

—Porque es una vulgaridad Marina. Echarías a perder el glamour del vestido.

—Para lo que me importa —protestó con el mismo gesto.

Ya en la puesta, Lissette le retocó el pelo y le dio un sonoro beso en la mejilla empujándola al exterior para evitar ser vista por Adrián desde fuera, éste salió del vehículo para abrir la puerta del lado del conductor.

—Vaya —se detuvo admirado al verla—. Estás... preciosa Marina.

—Sí, ya. Buenas noches y te importaría abrir la puerta del todo para que pueda entrar. Hace frío.

Adrián hizo lo que pedía, Marina se arrebujo en el chal apenas tomó asiento. Vio como pasaba delante del coche para dar la vuelta y sentarse al volante. Llevaba un traje negro con corbata. La puso nerviosa, ella le esperaba al menos con smoking, por su cabeza pasó la idea de que quizá una fiesta de gala de ese tipo no implicaba ir tan arreglada. Rezó mentalmente porque no fuera así, ya iba bastante incómoda como para además ir exagerada.

—Te has sorprendido al verme. Voy excesiva ¿Verdad? —inquirió preocupada mientras Adrián ponía en marcha el coche y daba la vuelta en el pequeño claro enfilando la salida hacia la carretera.

—No. Me he sorprendido porque arreglada estás deslumbrante. Ya te lo he dicho, estás preciosa. Has escogido un vestido muy bonito.

—No he sido yo. Es de Lucia, se ha empeñado que lo lleve.

—Se sale de su estilo. Nunca le vi un vestido... —respondió mirando de reojo y volviendo la vista a la carretera.

—Nunca se lo puso. Quería ser diferente, ponerse ropa que no se había puesto, cambiar de estilo, disfrutar de cosas nuevas y distintas, pero no le dio tiempo —comentó con intención.

Durante unos largos instantes observó el perfil de Adrián mudo y fijo en la conducción. Lo había hecho a mala idea, quería que pensara en ella y el silencio del menor de los Pinel durante gran parte del trayecto le demostró que había dado en el clavo.

—Pensaba que lo iba a superar —dijo Adrián cuando entraban en Madrid.

Marina sabía a qué se refería, se había ensimismado en la suave música desde que hizo el comentario, la sorprendió que durante todo ese tiempo él estuviese pensando en Lucia.

—Quién lo pensaba ¿Ella o tú?

—Lucia. Desde el principio el médico me previno de lo difícil que era superar un cáncer en ese grado —la miró unos instantes y volvió la vista a la carretera— Todo el equipo que la atendió fue franco con ella desde el principio, pero tenía tantas ganas de vivir que me dijo que demostraría que estaban equivocados, su entusiasmo era tal que durante algún tiempo también yo lo creí. Para este resultado hubiera sido mejor que no hubiera superado la primera operación.

—Nunca se sabe porque suceden las cosas —añadió ella en un susurro—. El sabrá por qué.

—¿El?

—Me refiero a Dios.

—¿Crees en Dios? —preguntó con sorna.

—¿Tú no?

—Si le echas un vistazo al mundo es difícil ¿No crees?

—¿Por qué? Todos los que no creen dicen siempre lo mismo. Los males que padece el hombre son provocados por el hombre y podría solucionarlos si quisiera. Es una postura fácil pedir que los solucione Dios.

—La miseria del tercer mundo, los niños que mueren de hambre y enfermedad. ¿No crees que debería conmover a Dios? —volvió a mirarla después de añadir la pregunta con tono mordaz.

Marina alzó la cabeza desafiante ligeramente vuelta hacia él.

—El Tercer Mundo podría vivir solo con lo que desperdicia el primero, si al hombre no le preocupa el mal reparto de la riqueza y el dolor de sus semejantes, si en lugar de buscar soluciones complica aún más las cosas con guerras de intereses no veo porque tiene que conmoverse Dios.

Adrián no pudo evitar una sonrisa divertida al ver la vehemencia que Marina ponía en el debate.

—Porque somos su creación y muchos inocentes sufren —añadió para provocarla aún más.

—Tú diriges una empresa, si eres malo, injusto o tirano ¿Te gustaría tener injerencias en la dirección?

—¿Quieres decir que Dios nos ha dejado de su mano? —preguntó simulando un gesto asombrado.

—No lo sé, aunque mereceríamos que así sea. Queríamos libre albedrío, pues eso tenemos.

—Como que lo queríamos ¿Quién lo ha pedido?

—Adán y Eva, al comer del árbol del bien y del mal.

—No me siento representado. A mí nadie me ha preguntado.

Marina volvió a su postura erguida mirando al frente, se había dado cuenta del tono humorístico hacía rato, bromear con él no era su intención y que pasara un rato distendido menos.

—No hace falta. Es el pecado original, nacemos con él —dijo cortante.

—Creí que lo perdíamos con el bautismo —siguió Adrián.

—Te lo estas pasando bien ¿Eh? Vamos a dejarlo ya —y mirando a su alrededor por la ventanilla— además estamos llegando.

—Recuérdame que reanudemos esta conversación —y sonriendo al tiempo que se desviaba hacia la puerta donde se celebraba la exposición tomada por los fotógrafos y cámaras de televisión—. Ha sido interesante encontrar un tema del que hablar contigo de forma fluida y sin comentarios incomprensibles.

Apenas le escuchó con su atención centrada en el barullo, las potentes luces de las cámaras enfocándoles y el disparo de flashes.

Un aparcacoches le abrió la puerta y sin levantar la cabeza salió del vehículo. Agradeció la mano de Adrián asiéndola del codo, cegada y aturdida

apenas veía por donde iba. Ya en el interior respiró con alivio.

—No tengo madera de estrella —susurró a Adrián—. Si tuviera que vivir rodeada de eso me volvería loca.

—Lo entiendo, pero la presencia de los medios nos es útil —respondió él retirándole el chal y pasándolo a una asistente.

No tuvo tiempo de protestar, ella no tenía intención de deshacerse de la prenda, pero la presencia de Crista surgiendo de repente la hizo cerrar la boca. Esa mujer cada vez le caía peor.

Llevaba un vestido dorado de amplio escote en uve y corte de sirena, asió a Adrián del brazo arrastrándolo con ella y como siempre ignorándola.

Claro que, con su aspecto no estuvo sola mucho tiempo, dos hombres y una mujer alargaron su mano para saludarla, se presentó como la gerente de la firma.

Durante más de hora y media apenas tuvo tiempo de echar un vistazo a las joyas situadas en huecos en la pared iluminados de distintos colores según las piedras, iba de grupo en grupo y de una presentación a otra.

Los invitados tras varias rondas de las bandejas que iban pasando con la bebida y los canapés parecían estar más distendidos hablando en grupitos animadamente, ella pasaba cerca sonreía y se alejaba. Protegida por una columna se dedicó al fin a poder contemplar la nueva colección de los Pinel de la que tantas felicitaciones había recibido.

Tenían razón, las piezas con el fondo negro y con las luces estratégicas que la iluminaban despedían fulgurantes destellos. Tuvo que reconocer que eran espléndidas.

—Lamento haberte dejado de esa forma. Crista me ha secuestrado.

Giró leve la cabeza al reconocer la voz de Adrián para volver a fijar de nuevo su mirada en la colección.

—No te preocupes. Me he presentado sola, es la labor de unas relaciones públicas, mi papel esta noche. Debes alegrarte, por los comentarios, la exposición ha sido un éxito —se volvió al fin hacia él—. Por cierto, ¿Dónde está tu padre?. Me han preguntado por él y no sabía que decir.

—Mi padre nunca acude a este tipo de eventos. Los detesta, él afirma que sus joyas se venden solas —hizo un gesto inclinando la cabeza—. Es un hombre tímido y con estas reuniones lo pasa mal.

—Si, ya lo he notado —decidió aprovechar la ocasión que le brindaba la deriva de la conversación—. ¿Ha sido siempre así?

Adrián se reclinó en la columna antes de responder.

—Le recuerdo siempre introvertido, pero después de la muerte de mi abuela, los sucesos se precipitaron, la familia se separó y él cayó en una depresión durante años —calló unos segundos mirando al suelo, luego levantó de nuevo la mirada hacia ella—. Nunca volvió a ser el mismo, pero es un gran artista y como a todos se les perdonan las excentricidades.

No pudo seguir preguntando, Crista acompañada de un grupo de invitados le requirió desde el fondo de la sala.

Marina no tuvo más remedio que continuar durante casi dos horas más la labor de relacionarse elogiando con todas las palabras posibles el gran trabajo de Eduardo Pinel, al menos en eso no tenía que fingir. Lo constataba cada vez que se acercaba a alguna de las piezas con los invitados para ensalzar algún detalle.

Aprovechó una visita al baño para escabullirse un poco y descansar un rato de los altos tacones en la antesala de los aseos femeninos. Tomó asiento en un sofá circular tapizado en rojo con una planta en el centro. Mientras se acariciaba los doloridos pies pensó en la conversación de Adrián sobre su padre, había cambiado después de la muerte de su madre, la desaparición de Gabrielle y la negativa de su hermano de seguir a medias con la empresa. Eran motivos más que sobrados para provocar una depresión en cualquiera, claro que, también era probable que se cayese en ese estado después de asesinar a dos personas.

Intentó imaginarse a Eduardo atacando al chófer y después a Gabrielle, negó con la cabeza. La imagen afable del padre de Adrián no se lo permitía.

Dos mujeres entraron y pasaron de largo directamente a los aseos sin percatarse de su presencia tras las grandes hojas de la planta. Quizá debería volver a la exposición, hizo un gesto de hastío, no era solo el dolor de los pies. Los asistentes a esa hora habían bebido demasiado y su aspecto quizá invitaba a algunos a algo más que hablar de las joyas. Poco acostumbrada a esos ambientes y desempeñando el papel de relaciones públicas del que no tenía ni idea se sentía aún más incómoda e insegura que cuando llegó. Consiguió zafar algunas insinuaciones con sonrisas de circunstancias, pero cuando la insistencia rebasó el límite de lo tolerable por ella buscó refugio en los aseos.

Reclinó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos, ignoraba si Adrián se había percatado de su desaparición ni las consecuencias que podía tener, pero lo cierto es que había decidido quedarse allí un buen rato.

Levantó la cabeza con brusquedad al notar una leve sacudida en el hombro. Adrián estaba frente a ella. Se había dormido.

—Lo..lo siento —farfulló mientras buscaba los zapatos—. Entré a descansar los pies un poco y me he quedado dormida. Estaré lista en unos segundos y deberías salir de aquí. Es el aseo de señoras.

—No te preocupes —Adrián la miraba con una media sonrisa—. Ya se han marchado los invitados. Te he buscado por todas partes, había mirado antes, pero la planta te tapaba a la vista.

—¿Qué se han marchado ya? —se incorporó alterada—. ¿Qué hora es?

—La una y media.

Había dormido casi una hora. Terminó de abrochar el zapato y se incorporó mirando de frente a Adrián, tenía razones para estar enfadado con ella, pero él continuaba mirándola con el mismo gesto risueño.

—Lamento haber abandonado la fiesta Adrián. No pensé que iba a dormirme.

—Tranquila, te he estado observando desde lejos toda la velada y lo has hecho muy bien y he recibido felicitaciones por mi nueva gerente y el entusiasmo con que les has presentado la colección —caminó hacia la salida seguido de Marina—. A la hora en la que te has perdido el personal está demasiado bebido y por la expresión de tu cara mientras te observaba, he deducido que comenzaban a ser molestos.

—Bueno...sí —rectificó sincera— un poco, eso o que el papel de relaciones públicas es nuevo para mí, me noto insegura, pero alabar la colección de tu padre ha sido fácil —señalo una de las joyas expuestas al llegar a su altura. Los servicios de seguridad al fondo de la sala estaban introduciendo ésta en los distintos cajones de las cajas metálicas que supuso las trasportarían de nuevo a los talleres de los Pinel—. He visto las demás en fotos, pero creo que esta es una de las mejores que ha diseñado.

—Es una de las más innovadoras y parece que ha gustado.

El cristal que protegía la pieza estaba abierto, Adrián alargó la mano y tomó el collar alzándolo a la altura de los ojos. Una gargantilla de platino

imitando escamas superpuestas de la que pendía en solitario un rubí. Las luces arrancaron destellos rojizos.

—Temo que tengamos que esperar a que recojan la colección —dijo desviando la mirada hacia ella—. No creo que tarden.

—¿No te fías de ellos? —y sonrió al pensar que es difícil fiarse con el tipo de material que había allí. Sabía el valor de la pieza que Adrián tenía en la mano, sumada al resto eran millones.

—Nuestro jefe de seguridad lleva años trabajando para los Pinel, es de toda confianza, pero me gusta comprobar que está recogida y camino de lugar seguro.

Marina miró al fondo del local, los hombres recogían las joyas y el encargado, un hombre calvo de unos cincuenta y tantos las depositaba en los cajones que cerraba con llave.

En ese momento, Adrián hizo un movimiento situándose tras ella y antes de poder reaccionar colocó el collar en su cuello indicándole el espejo del hueco donde antes había estado expuesta la joya para que se mirase.

—Tendrías que haberla llevado —dijo sin apartar los ojos de ella a través del espejo—. No puedo imaginar un expositor mejor que tu cuello.

Marina tensa por la proximidad a su espalda no sabía que contestar, apartó los ojos de él y los desvió hacia la pieza que colgada de su cuello, lucía más espléndida si cabe.

De pronto se volvió hacia Adrián y le echó los brazos al cuello empujándose para besarle, éste desconcertado tardó solo unos segundos en reaccionar abrazándola con fuerza y devolviendo el beso. Se hizo más intenso, Marina comenzó a desabotonar su camisa mientras introducía las manos que ascendían por el pecho de él.

La empujó contra la columna atrapándola con su cuerpo mientras continuaba devorando sus labios, de repente Marina le empujó con cara sorprendida y los ojos muy abiertos.

—Pero...que haces ¿Cómo te atreves? —preguntó indignada.

Adrián con desconcierto la miraba como si se hubiese vuelto loca.

—¿Qué hago? Pero si has sido tú. Te has lanzado a mis brazos y has comenzado a besarme ¿Que querías que hiciera?

Notó que le flaqueaban las piernas, comenzó a palidecer, su último recuerdo era la piedra reflejada en el espejo sobre su cuello y lo siguiente que estaba en sus brazos en un beso salvaje. Notó que le faltaba aire, giró sobre sí misma y corrió hacia la puerta, fuera otro guardia de seguridad abrió ésta al

verla llegar a través de la puerta de cristales, Marina pasó a su lado sin mirar y sin escuchar las llamadas de Adrián a su espalda.

En la calle dudó unos segundos mirando sin ver, echó a andar todo lo deprisa que le permitían los altos tacones que llevaba ignorando el frío de la noche y las miradas de los pocos que a esa hora transitaban la casi desierta calle. Recogió el vestido y echó a correr cuando un grupo de jóvenes en un coche le gritó algo que no pudo entender.

Al llegar a la esquina se detuvo, notaba los latidos del corazón y un golpeteo en las sienes. A punto de las lágrimas miró a un lado y al otro sin saber que dirección tomar. Se sobresaltó al notar el sonido de un frenazo a su lado, Adrián saltó del coche y fue corriendo hasta ella, llevaba en la mano el chal y fue incapaz de reaccionar cuando se lo puso sobre los hombros, se dejó llevar hasta el vehículo, él abrió la puerta y la empujó con suavidad al interior.

Se dejó caer sin fuerzas en el asiento castañeando los dientes, comenzó a notar el frío, tuvo la impresión de que procedía de dentro. Se encogió en el asiento cruzando el chal y apretándolo con los brazos.

Adrián se sentó en el lado del conductor y puso el coche en marcha al tiempo que encendía la calefacción, sin decir nada buscó la salida más próxima hacia Miraflores.

Conducía echándole miradas de vez en cuando, el castaño de dientes parecía calmado, aunque continuaba un leve temblor de labios, Marina mantenía obstinada la cabeza al frente, seguía apretando con fuerza el chal contra su pecho.

—Marina lo que ha sucedido....

—No quiero hablar de... —interrumpió brusca sin volver la cabeza—. No quiero hablar de nada. Solo quiero llegar a casa.

Miró unos segundos la agitación de su respiración tras pronunciar esas palabras y Adrián optó por guardar silencio el resto del trayecto.

Cuando aparcó frente a la casa de Lissette la detuvo sujetándola del brazo antes de que abriera la puerta del coche.

—Marina ha sido solo un beso no es...

—Por favor —la voz trémula le interrumpió de nuevo—. Por favor...no.

Se soltó con suavidad de su brazo y abrió la puerta subiendo con rapidez el grupo de peldaños de la entrada y perdiéndose en el interior, Adrián aún permaneció unos segundos mirando la puerta, soltó aire con fuerza y puso el coche en marcha.

Marina estuvo apoyada en la puerta de entrada hasta que oyó perderse el sonido del motor en la lejanía. El frío continuaba, con la cabeza apoyada en la madera agradeció la suave penumbra de la casa alumbrada solo con los apliques del pasillo. Lissette debía estar dormida, lo agradeció, no sabría cómo explicar el estado de agitación en el que se encontraba.

Lentamente caminó por el pasillo, en la habitación se deshizo de los zapatos y el vestido y se colocó el pijama, la casa estaba climatizada pero el frío de su interior continuaba. Tenía que hablar con Irene, buscó el móvil y con manos temblorosas marcó el número de su amiga. Tras seis pitidos de llamada la voz somnolienta sonó al otro lado.

—Diga.

—Irene —no pudo contener más las lágrimas—. Ha vuelto a suceder.

—¿Marina? ¿Pero qué hora es?

Se sacó las lágrimas con la manga del pijama y miró la hora.

—Son las tres y media Irene, pero no podía esperar a mañana —se detuvo para tragar saliva, notaba la boca seca—. Ha sucedido de nuevo, igual que con mi madre, Irene. Esta vez ha sido con Adrián.

—Tranquilízate Marina —Irene podía oír el llanto de su amiga al otro lado del teléfono— Expíciate con calma.

Con voz entrecortada relató toda la escena de lo sucedido en la exposición.

—Ha podido ser un gesto espontáneo Marina, quizá te sientes atraída hacia ese hombre sin saberlo.

—No Irene, esta vez no. Ya fue difícil intentar creer lo que me dijiste con mi madre, pero tengo las ideas muy claras de lo sucedido esta noche. Mi último recuerdo antes de encontrarme en los brazos de Adrián era el rubí en mi cuello en el espejo. Él tenía la camisa abierta, tuve que ser yo...ella la que...Dios Mío es para volverse loca. Adrián no ha mentado, lo sé, fui yo...ella la que le ha besado.

—Esta bien Marina, te creo —se hizo un silencio prolongado—. Escucha, ahora no podemos hacer nada y tienes que descansar, tranquilizarte un poco. Mañana buscaremos una solución a esto, hablaré con Pedro.

—¿Quién es Pedro? —Marina volvió a pasar el puño del pijama por la mejilla para limpiar las lágrimas.

—El hombre con quien salgo ahora, te comenté que era psicólogo ¿No recuerdas?

—¿Para qué quiero un psicólogo? —contestó enfadada—. ¿Crees que

necesito ayuda psicológica? ¿Que estoy loca?

—Claro que no —se alteró a su vez Irene—, Le he hablado a Pedro de tu problema y me ha confesado que siempre le han interesado mucho estos temas y conoce gente que puede ayudarnos con esto de un modo serio.

—¿De qué modo? —increpó intentando controlar la ansiedad.

—Son casi las cuatro de la madrugada Marina. No vamos a resolver nada hablando ahora. Acuéstate y trata de descansar, mañana hablaré con Pedro y veremos cómo solucionamos esto.

Marina comprendió que su amiga tenía razón y además la había despertado en mitad de la noche y ella tenía que estar en su trabajo a las ocho. Se resignó y colgó quedándose un rato con la vista perdida. Notaba un cansancio infinito, pero no quería dormir, no quería dejar su mente a merced de su invasora.

Se dejó caer, dormir no, pero al menos relajar el cuerpo que notaba agarrotado de la tensión vivida. Intentó mantener los ojos abiertos, pero sin darse cuenta se le cerraron y unos minutos después cambiaba de posición.

Se incorporó de golpe al percatarse de que se había quedado dormida. Miró la hora, eran las siete y media. Saltó de la cama y caminó hacia el baño, se notaba atontada, pero por fortuna no había soñado con Gabrielle, no recordaba haber soñado nada. Se lavó la cara con abundante agua fría y tras secarse miró su imagen en el espejo. Tenía ojeras, de pronto sus ojos se desviaron al escote del pijama. La gran piedra roja resaltaba sobre el rosa pastel del pijama. Llevaba el collar puesto cuando echó a correr y Adrián olvidó pedírselo cuando la dejó en casa.

No sin esfuerzo logro soltar el cierre y miró la pieza en su mano. Tenía que devolverlo cuanto antes.

Buscó un vaquero y un jersey y se vistió con rapidez. Deseó que Lissette no estuviese levantada aún. No le apetecía el interrogatorio de la madre de Gabrielle, no después de lo ocurrido.

Tuvo suerte a medias, se encontró a la cocinera que ya tenía listo el desayuno en el comedor, dijo que la señora se había levantado, pero estaba dándose un baño. Marina tomó un vaso de zumo rápido y dijo que no podía esperar.

Decidió recorrer a pie la distancia que la separaba de la casa de los Pinel. Una buena caminata le vendría bien para despejar la mente. La mañana era fresca y cerró la chaqueta de paño subiendo a tope la cremallera, metió las manos en los bolsillos apretando el collar en uno de ellos y aligeró el paso.

Veinte minutos después atravesaba la cancela abierta ascendiendo por el camino curvo, dudó en la bifurcación que separaba la entrada principal de las de los trabajadores de las oficinas.

Era improbable que Adrián estuviese despierto a esa hora, pero no le apetecía correr el riesgo de encontrárselo esa mañana. Se desvió a la entrada principal, sin duda abriría una doncella y podía informarla si se había levantado. Su intención era dejarle la joya sobre la mesa de su despacho.

Fue Consuelo la que abrió la puerta y tras preguntar la mujer dudó sin darle seguridad, aunque esa mañana no le había visto aún.

—¿Va a desayunar con la señora Lucia? —preguntó la anciana con interés.

—Temo que esta mañana no me encuentre demasiado bien Consuelo.

—La señora Lucia tampoco señorita Marina —comentó entristecida la vieja criada— Hubo que llamar al médico a las seis y ha ordenado que hoy no se levante.

—¿Qué ha pasado?

—Ha vomitado varias veces y tenía golpes de tos muy violentos, le han pinchado algo y parece que está más tranquila ahora ¿Subirá a verla señorita Marina? —preguntó con una sonrisa en su cara bonachona—. Ha preguntado por usted. Sí sabía si vendría hoy a trabajar.

—Está bien Consuelo. Subiré a verla.

—Estupendo —oyó la voz de la anciana tras ella mientras ascendía por la escalinata—. Le llevaré el desayuno allí. Ella no puede tomar nada por orden del médico, pero sé que le gusta mucho su compañía. Ayer no hacía más que hablar de usted.

Pobre Lucia, los síntomas significaban que empeoraba, que se le iba acortando el tiempo que le quedaba.

Suspiró parada delante de la puerta de la mujer de Adrián antes de dar unos suaves golpes y empujar.

La habitación estaba en penumbra pese a que una de las ventanas tenía las cortinas descorridas. El día como acompañando la situación y su ánimo seguía cerrado pese a ser más de las ocho y dejaba pasar una luz mortecina que apenas iluminaba el dormitorio. La enfermera estaba sentada en el sillón pegado a los pies de la cama. Desde la puerta solo podía distinguir la figura acostada con la cama algo levantada, la palidez amarillenta de Lucia que destacaba más aún contra el blanco de las sábanas.

Avanzó despacio, tenía los ojos cerrados. Fue a preguntar a la chica, pero los ojos de Lucia se abrieron en ese momento y la saludó con una amplia sonrisa que iluminó algo su cara demacrada. Tendió la mano hacia ella.

—Que alegría que hayas podido venir —volvió la vista a la enfermera sentada—. Mabel vete a desayunar ahora —y sin soltar la mano de Marina—. Pensé que descansarías, la fiesta seguro que terminó tarde.

—He dormido algunas horas ¿Cómo te encuentras? Consuelo ha comentado que han tenido que llamar al médico.

Lucia esperó unos segundos a que la enfermera abandonara el dormitorio, Marina se sentó en el borde de la cama con la mano de la enferma entre las suyas. Vista de cerca el aspecto de Lucia era deplorable, hasta el amarillo de

su piel parecía más pálido y las profundas ojeras desfiguraban un rostro ya demasiado castigado por la enfermedad.

—Tienes un aspecto pésimo amiga —no pudo evitar exclamar Marina.

—Pues estoy aún peor, te lo aseguro. En mi situación es lo más lógico, es la enfermedad que avanza —Lucia soltó la mano y trató de incorporarse algo apretando el botón del mando de la cama articulada— aunque tampoco tu estas como una rosa. No solo algo demacrada, tienes una mirada preocupada.

—Eres aguda —esbozó una leve sonrisa—. Ocurrió algo anoche al finalizar la fiesta.

—¿Con ese espíritu? —el interés de Lucia la hizo incorporarse hasta quedar sentada en la cama— Cuenta, ¿Más imágenes? Te mostró al asesino.

Marina suspiró desalentada, quizá no debería haber mencionado el asunto. Había olvidado que también Adrián formaba parte del incidente. Lucia volvió a coger la mano de Marina que había desviado la vista a la ventana.

—Venga Marina, cuenta que ocurrió. Me tienes en vilo.

—No he debido mencionar nada, puede resultar doloroso para ti.

—¿Para mí? ¿Por qué?

—¿Recuerdas la escena que te comenté que sucedió con mi madre? ¿Mi miedo a que pudiese coger el control de mi mente y actuar por su cuenta?

Lucia solo asintió con la cabeza sin perder detalle de las palabras de Marina.

—Anoche volvió a suceder Lucia, esa mujer tomó el control y actuó sin que mi voluntad y mi consciente interviniesen.

Marina relató todo lo sucedido la noche anterior, titubeó cuando contó la respuesta al beso por parte de Adrián sin dejar de observar las reacciones de Lucia, pero esta no modificó la expresión expectante en ningún momento.

—Sé que debe ser doloroso para ti la actuación de Adrián, pero prefiero que lo sepas a pesar de tu estado. No me sentiría cómoda ocultando algo así y aunque en realidad no fui yo quien le besó —dudó unos segundos antes de continuar sin dejar de apartar la vista de la cara de Lucia— la respuesta de él fue rotunda.

—Es lógico Marina, creo que a Adrián le gustas. Le gustaste desde el primer día, créeme, le conozco bien.

—¿Y ya está? —preguntó incrédula—. Eso es todo lo que se te ocurre decir.

—Bueno, reconozco que lo que dices es extraño Marina, no sé que pensar de lo que me cuentas de ese espíritu como tampoco entiendo porque tomó el

control de tu mente para empujarte a besar a Adrián, quizá tu amiga Irene tiene razón y fue un impulso inconsciente tuyo, quizá deseabas besarle y actuaste involuntariamente.

Marina se levantó y dio varias vueltas por la habitación agitada, se pasó la mano por el pelo antes de enfrentarse a la enferma de nuevo.

—No Lucia, estoy segura de que no fui yo la que besó a Adrián y menos de esa forma, pero lo que no entiendo es como estás tan tranquila. Yo no le besé Lucia pero él sí respondió vehemente —arrugó la frente con extrañeza — ¿Como te lo tomas con esa tranquilidad? Y además dices con esa indiferencia que le gusto.

—¿Y porque no iba hacerlo? —ahora era Lucia la que miraba extrañada.

—Porque es tu marido ¿No te afecta que le pueda gustar otra mujer?

—¿Mi marido? —Lucia no pudo evitar una carcajada que la hizo toser un poco—. Marina, Adrián y yo llevamos divorciados cinco años. Entre nosotros solo existe una buena amistad. Ambos hemos tenido varias relaciones desde que nos divorciamos y yo le estoy inmensamente agradecida que estuviese ahí cuando caí enferma. Mi único pariente tras la muerte de mi madre y mis hermanos en el accidente es un padre al que apenas conozco, se casó y rehizo su vida en el norte y con el que no he tenido relación desde los ocho años. No sé que hubiese hecho si Adrián no acude para estar ahí y cuidarme.

—Pero..pero si Consuelo dijo que... —Marina movía la cabeza a un lado y al otro tratando de entender.

—Para Consuelo los matrimonios son para siempre. La he regañado un montón de veces cuando me habla de Adrián como mi marido.

Se dejó caer abatida en el sillón que ocupara la enfermera. La forma en que había tratado a Adrián. Sus indirectas. Sus frases con doble sentido. Seguro que pensaba que estaba loca.

—Dios mío y yo atacándole porque pensaba que te era infiel con otra bajo el mismo techo. Ahora comprendo porque siempre decía que no entendía nada.

—Pobre Adrián —sonrió Lucia—. No te preocupes Marina, le explicas el equívoco y ya está.

Iba a contestar cuando la autora del lío entró portando una bandeja con el desayuno. Por un momento pensó llamar su atención, pero el silencio de Lucia y la atención de la anciana recolocándole la ropa a la enferma tras dejar la bandeja en una mesa la hizo guardar silencio. Era evidente el afecto que la vieja criada de los Pinel sentía por la ex mujer de Adrián y pensó que no merecía la pena. Era su mentalidad y no hubo mala intención.

Lucia guardó silencio mientras Marina se servía una generosa taza de café con apenas leche, cuando ésta tomó asiento se reclinó sobre los almohadones de la cama y miró con fijeza a su amiga.

—¿Qué vas a hacer con ese tema Marina? Suponiendo que ese espíritu puede tomar el control y obligarte a hacer cosas. ¿Qué crees que quiere?

Marina observó a Lucia mientras saboreaba el café, ella ignoraba la relación de Gabrielle con la familia Pinel. Estaba convencida que la había usado para besar a Adrián. Detuvo sus pensamientos, le aterraba demasiado la idea y con la ignorancia de Lucia sobre el tema apenas podía contestar a su pregunta.

—No lo sé Lucia. Esperaré como dijo Irene a que hable con ese novio suyo y estudiaremos la situación. No sé qué otra cosa puedo hacer —depositó la taza sobre la bandeja y se puso en...—. Tengo que marcharme ya, voy a pasar por el despacho de Adrián para dejar algo y me marcho a casa. Necesito dormir algo... —miró a la enferma—. Y tú también amiga mía. Tienes que recuperarte.

La respuesta de Lucia fue una sonrisa triste que Marina comprendió enseguida, se inclinó sobre la cama y besó su frente antes de dirigirse a la puerta.

Se acababa el tiempo de Lucia y las dos lo sabían. Suspiró parada en el corredor antes de dirigirse al pasillo que conducía a las oficinas. Había llegado angustiada a causa de su problema, pero frente al de Lucia y su lento avance hacia la muerte, el suyo le parecía ahora insignificante.

Cuando atravesó la puerta que separaba la casa de la zona de oficinas vio movimiento al fondo, en el despacho de su secretaria, lógico, era lunes, pero no tenía intención de ponerse a trabajar. Lo dicho a Lucía era cierto, estaba cansada y después de trasnochar en una fiesta de la empresa lo menos, era mediodía de descanso y pensaba tomárselo, seguro que Adrián había hecho lo mismo. Miró la hora, eran las nueve y cuarto, seguro que él aún estaba en la cama. Empujó la puerta del despacho de Adrián con seguridad y frenó en seco al encontrarle sentado tras la mesa, éste había levantado la vista al notar la puerta abrirse.

—Oh, vaya —exclamó sin reprimir la sorpresa—. Pensé que no estabas aún.

Adrián se acarició la barbilla recién afeitada sin dejar de mirarla antes de contestar.

—Y si pensabas que no estaba ¿Qué te trae por mi despacho?

Marina avanzó hasta llegar a la mesa, introdujo la mano en el bolsillo de la cazadora y depositó el collar frente a él en el escritorio.

—No me di cuenta de que lo llevaba puesto y tu olvidaste pedirlo cuando me dejaste en casa.

—¿Quieres que hablemos ahora de lo ocurrido anoche Marina?

Soltó aire desviando la vista hacia la ventana. No tenía más remedio que pedirle disculpas, era justo hacerlo.

—No, no quiero hablar de lo sucedido anoche Adrián, pero sí de mi comportamiento de los últimos días —tomó asiento frente a él que la miraba expectante— Ha habido un equívoco provocado por Consuelo, ella dijo que Lucía era tu mujer y yo pensé...que te acostabas con Crista...

Se reclinó retorciéndose las manos, la mirada fija de Adrián la intimidaba y estas disculpas la incomodaban. Era más fácil cuando pensaba que él era un canalla. Se sentía estúpida.

—Ahora entiendo tu comportamiento —la interrumpió él— pensabas que

tenía relaciones con otra mujer teniendo a la mía enferma bajo el mismo techo ¿Tan bajo concepto tienes de mí?

—Bueno... di por sentado que.. .Lo siento —abrió las manos en un gesto impotente mientras se mordía los labios—. No puedo decir otra cosa.

—¿Porque no dijiste lo que pensabas cuando te pedí explicaciones Marina? —inquirió con gesto malhumorado—. Hubiéramos aclarado el equívoco. Te lo pedí varias veces si mal no recuerdo.

—Lo siento Adrián. Di los hechos por ciertos.

No dijo nada, se reclinó en el asiento sin dejar de mirarla con severidad, Marina pensó que no tenía más que decir y el cansancio comenzaba a pesarle de verdad. Se incorporó con intención de abandonar el despacho.

—¿Dónde vas? ¿He dicho acaso que puedes marcharte?

—Lo siento Adrián, no tengo nada más que decir y no voy a quedarme. Apenas he dormido y estoy muy cansada, solo había venido a devolver la joya. En cuanto a lo demás, haz lo que tengas que hacer. Si crees que me he excedido y quieres despedirme lo entenderé.

Adrián se levantó y dio la vuelta a la mesa quedando frente a ella sin una expresión definida en su cara.

—Que has dormido poco se nota. Tienes mala cara. Tampoco yo he dormido gran cosa y no voy a despedirte, pero quiero que hablemos de lo que ocurrió anoche.

—No —exclamó rotunda—. Ya he dicho que no quiero hablar de eso.

—Pero yo sí —afirmó con genio al tiempo que la cogía por ambos brazos sin dejar de mirarla fijamente— He pasado unos días angustiosos tratando de entender que te ocurría conmigo. Anoche fuiste tú la hizo algo que yo estaba deseando hacer y no me atrevía. Entiendo tu comportamiento de después. Estás pasando por una situación muy confusa con la ruptura de tu compromiso...

—No digas tonterías. No he pensado en él ni un momento desde que llegué a Madrid, en realidad antes. No tiene nada que ver con esto.

Se deshizo de los brazos de Adrián y le dio la espalda.

—¿Entonces que pasa Marina? —preguntó con ansiedad.

Marina se acarició la frente con gesto angustiado. Se volvió hacia él.

—No puedo hablar de esto Adrián. De verdad que no puedo. Es demasiado complicado. En realidad, es una locura.

—Prueba. Cuéntamela.

Negó repetidamente con la cabeza mientras intentó caminar hacia la puerta, él se interpuso.

—Marina si tienes algún problema puedo ayudarte.

—No, no puedes Adrián y por favor no me hagas más preguntas que no puedo responder —titubeo un instante—, aún no puedo.

—Cuando entonces.

Levantó hacia él una mirada triste pensando que quizá nunca. Era parte implicada del problema y pese al pánico que comenzaba a tenerle a Gabrielle sabía que descubriría a su asesino tarde o temprano. Quizá era él.

Sentía ganas de echarse a llorar. La situación era agobiante. La idea del espíritu de Gabrielle haciendo su voluntad, sin contar con la de ella. Marina se preguntaba como diablos había aceptado el disparate de meterse en esa casa, como se había doblegado a unos planes ignotos para ella, pero que estaba empezando a temer, Gabrielle quizá tenía bien trazados.

Se notaba a punto de desplomarse, necesitaba salir de allí. Buscar un lugar seguro. Si es que eso existía para ella.

—Tengo que marcharme a casa. Estoy muy cansada.

Esta vez Adrián no la retuvo, quedó con los brazos caídos en medio de la habitación mirando cómo se cerraba la puerta tras ella.

Se arrepintió de haber ido andando, el cansancio hacia mella. El día continuaba tan cerrado como al amanecer y el paisaje gris no contribuía a su pésimo humor.

Suspiró con alivio ante la vista de la casa de Lissette, aunque ahora quedaba otra dura prueba, pasar el interrogatorio de la madre de Gabrielle sin mencionar el incidente que la atormentaba.

Antes de llegar a las escaleras se abrió la puerta y no pudo reprimir la sorpresa al ver a Irene en el umbral. Se fundió en un abrazo con ella.

—Dios que alegría verte ¿Cuándo has llegado?

—Hace más de una hora —Irene la separó para mirarla, no le pasó inadvertidas las ojeras de su amiga—. Tienes mala cara Marina.

—He dormido poco.

Lissette apareció en ese momento en la puerta del chalet.

—Buenos días Marina. Has salido muy temprano esta mañana. La habitación de Irene ya está preparada.

—Buenos días Lissette —forzó una sonrisa reparando en ese momento en las últimas palabras de ésta—. ¿Es que te quedas? ¿Y tu trabajo?

—He pedido los quince días de vacaciones que tenía reservados para navidad.

—Pensabas marcharte a Andorra con tus tíos —y arrugó la frente con disgusto.

—Andorra estará ahí el año que viene Marina —sonrió Irene con afecto sin soltar la mano de su amiga—. He sentido que me necesitabas.

—No lo sabes bien —afirmó y volviéndose a Lissette—. Vamos a dar un paseo. No te importa ¿Verdad?

Caminaron por el sendero alejándose de la casa.

—No le has comentado nada a Lissette —afirmó.

—Claro que no —exclamó Marina rotunda con gesto de enfado— Ni pienso hacerlo.

—No estás segura de que sea lo que sospechas.

Marina resopló con impaciencia volviéndose hacia su amiga.

—Sí lo estoy Irene. Tengo la escena nítida en mi cabeza —Irene fue a decir algo que cortó con un gesto de la mano—. Sé lo que vas a decir, la teoría de que me sentía atraída por Adrián y fue un acto inconsciente no cuela Irene, hasta esta mañana ese hombre me caída como una patada.

—¿Hasta esta mañana? ¿Y que ha ocurrido para ese cambio?

Marina relató el encuentro primero con Lucia y más tarde la conversación con Adrián.

—Ha pasado de villano a héroe —Irene hizo una mueca.

—Tampoco te pases. Que esté ayudando a su ex mujer es loable, pero lo sería aún más si pusiera algo de su parte para superar su aversión y pasara un tiempo con ella. Las atenciones y cuidados están bien, pero la soledad de Lucia es tremenda.

—Lo sería más si él no la hubiese traído a su casa Marina —Irene permaneció un rato pensativa antes de seguir hablando—. Por lo que acabas de contar le gustas a Adrián. Puedo imaginarme la escena cuando te colocó el collar. A mí me ha pasado, estar con un chico y sin saber cómo estar besándonos unos segundos después.

—Por la situación de la escena cuando volví en mí y el estado de la ropa de Adrián fueron algo más que unos segundos Irene. No le des más vueltas a esto, quien besó a Adrián no fui yo.

Irene avanzó hasta una roca y tomó asiento sin dejar de mirar a su amiga.

—Está bien, sólo quería cerciorarme para el paso que vamos a dar.

—¿A qué te refieres? —inquirió Marina dejándose caer a su lado.

—Pedro ha hablado con un antiguo profesor que tiene un departamento de investigación en la universidad aquí, en Madrid.

—¿De psicología? —preguntó escéptica— No sé en que puede ayudarme eso a no ser que pienses que se me ha aflojado un tornillo.

—Es experto en temas parasicológicos Marina. Lleva muchos años investigando este tipo de cosas. Nos ha conseguido una cita para esta tarde.

—¿Y qué le voy a contar? —preguntó preocupada.

—Todo Marina. Desde que comenzó esto, incluidas tus sospechas sobre Gabrielle.

—¿Y si piensa que estoy loca?

Irene fijó la vista en una bandada de pájaros hasta que se perdieron tras los árboles de la lejanía, se volvió hacia Marina que aún continuaba mirándola.

—Es un experto en esto. Habrá oído de todo y dará una opinión profesional a lo que está ocurriendo. Pedro se ha esforzado mucho pidiendo esta cita y aceptando mi ausencia estos quince días para ayudarte Marina —su rostro se volvió severo como el tono de su...—. Ignoro lo que dirá ese hombre, pero te agradecería que dejases de poner pegos.

—No estoy poniendo pegos Irene y sabes que estoy aliviada y agradecida de tu presencia aquí, pero reconoce que es una historia de locos —retorció las manos para aliviar la tensión—. Si me cuentan todo esto de otra pensaría que está como una cabra.

—Por lo que me ha contado Pedro, el profesor al que vamos a ver eso lo tiene superado.

—Bien —se encogió de hombros—. Eso lo veremos Irene— y levantándose de la piedra señaló la casa— Será mejor que volvamos y espero que me ayudes a buscar una excusa plausible pero no explicar las verdaderas razones de nuestra ausencia esta tarde a Lissette.

—Como no vas a trabajar hoy vas a llevar a tu amiga del alma a unas compras por Madrid —se volvió con un gesto cómico— Es fácil.

—Marina movió la cabeza a un lado y al otro con el mismo gesto y una sonrisa. Se colgó del brazo de su amiga y volvieron a la casa.

Tan fácil no había resultado. Marina tuvo la impresión que la madre de Gabrielle intuía que ocurría algo que no contaba, pero mujer discreta aceptó la idea de buen grado. Si no estaba de acuerdo, pensó, lo disimuló bien al igual que la alegría porque su amiga Irene se quedase con ellas, ahí sí, tuvo la certeza de la veracidad de sus palabras cuando dijo que la presencia de alguien querido sería beneficioso para ella con la tensión que toda esa historia estaba acumulando en Marina.

Ahora buscando el despacho 322 en la universidad, trataba de animarse para contar su historia surrealista a un extraño.

Delante de la puerta, fue Irene la que llamó un par de veces. Marina avanzó tras su amiga con paso inseguro cuando penetraron en el pequeño despacho atestado de libros. No solo en las estanterías, apilados en los distintos muebles.

—¿Tomás Lasarte? —preguntó Irene con la mano extendida y ante el gesto afirmativo—. Soy Irene la amiga de Pedro y esta es Marina, de la que supongo que le ha hablado.

El hombre de unos cincuenta y algo, poblada barba cana igual que el pelo, pero con ojos que daban confianza tendió la mano a Marina tras estrechar la de Irene y como si presintiera la aprensión de la chica, la acompañó con una amplia sonrisa que terminó por convencer a Marina que la estrechó con fuerza y tomó asiento tras su indicación de tomar asiento.

—Pedro ha hecho una exposición somera del caso —se inclinó hacia delante y cruzó las manos sobre la mesa—. Pero me gustaría que comenzase el relato como si no supiera nada Marina. Desde el principio, la primera manifestación.

Pensó que le costaría más pero no sabía si era esa mirada indescifrable pero afectuosa a través de sus gafas, pero lo cierto es que se encontró como si le hubiesen dado cuerda, contando no solo hechos, las impresiones, las

sensaciones y las conclusiones que hasta el momento llevaban Lissette y ella.

Lasarte la escuchaba atento, la vio coger aire cuando terminó y él se tomó unos minutos replegándose en el sillón mientras Marina le escrutaba intentando adivinar en su impresión si había sido creído todo lo relatado. Pese a la desconfianza inicial y a las dudas en el plan de Irene de incluir a más gente en esta locura, al entrar en el despacho la expresión y los ojos del profesor la recibieron como manos abiertas. Se había sentido cómoda, aunque ahora espiaba con cautela el silencio y la observancia de la que estaba siendo objeto.

—No me cree —afirmó Marina al ver que el profesor seguía mirándola en silencio.

—Por supuesto que la creo. No se trata sólo de ver imágenes —Tomás Lasarte se inclinó hacia delante apoyándose en la mesa—. Ha aportado datos reales Marina ¿Puedo llamarla así?

—Por supuesto y tutéeme, por favor.

—Bien. Como te iba diciendo, tus visiones te condujeron a la casa y de ahí a la madre de ella. Has visto a esas personas con la edad que tenían entonces y ves escenas en las que ellos participan. Está claro que te está mostrando lo que sucedió hace más de veinte años. Incluso has visto a la madre de los Pinel y nadie te la había mencionado.

—Sí pero... ¿Cómo puede ser? —intervino Irene—. ¿Cómo es posible que un espíritu pueda mostrar esas cosas?

El profesor sonrió levemente antes de contestar.

—Estoy investigando estos temas desde que terminé la carrera hace casi treinta años y estas cosas aún siguen sorprendiéndome. Tu caso, por ejemplo —se volvió hacia Marina— es atípico. Lo lógico es que el espíritu entre en contacto a través de una casa o quizá por una sesión de ouija, pero a través de un mueble es la primera vez que lo oigo.

Lasarte quedó pensativo mientras las dos amigas le miraban expectantes.

—No sé —se rascó la cabeza—. Quizá esa tal Gabrielle estuvo en la casa durante esos años y al darse cuenta de que se llevaban los muebles y se iba a quedar atrapada en ese lugar se marchó con la chaise longue, hasta que encontró una persona con facultades.

—Pero es que yo no tengo facultades señor Lasarte —intervino Marina.

—Estoy seguro de que si las tienes. Existen muchas personas que no son conscientes y algunas no llegan a enterarse nunca.

—¿Quiere decir que solo las personas con cualidades pueden ver y oír

espíritus profesor? —intervino Irene.

—No —sonrió Tomás reclinándose de nuevo en el sillón— Todo el mundo puede verlos si deciden manifestarse, pero el nivel que acaba de contar Marina no es solo mérito de Gabrielle. Te hubiese hecho unas pruebas si ella no estuviese... —y señaló a la cabeza de Marina— pero temo que con su presencia quedarían desvirtuadas.

—Ya hemos llegado al problema profesor Lasarte. Ella está en mi cabeza —y Marina respiró hondo al tiempo que se mordía el labio con nerviosismo al recordar—. ¿Cómo la saco de ahí?

—Temo que tendrás que averiguar que quiere exactamente.

—¿Qué quiere decir?

—Que está claro que esa mujer te escogió para un propósito, quizá sea como dice su madre mostrar que ocurrió con ella o puede...

—O puede ¿Qué? —inquirió Marina con preocupación.

Tomás apoyó un codo sobre la mesa y apoyó la barbilla sobre la mano, pensativo aumentando con ese gesto la ansiedad de Marina que le miraba con inquietud.

—Cualquier cosa que diga sería mera especulación sobre esto —añadió Tomás a continuación— La lógica dice que apenas resuelvas esto ella debería desaparecer, pero en estas cosas no hay ciencias exactas. Dependerá de lo que Gabrielle esté persiguiendo. Hay que reconocer que este caso es fascinante —afirmó con interés— Por regla general suelo dar con espíritus que están atrapados, como en una espiral del tiempo, muchos ni siquiera son conscientes de que han muerto. Otros si lo saben, pero están anclados al lugar, pero en el caso de Gabrielle y el hecho de que fuera capaz de seguir a ese mueble indica que ella si era consciente de que había muerto y se las ingenió para desplazarse con él.

—Hasta encontrar a una estúpida a la que pegarse —afirmó Marina.

—Hasta encontrar a una persona con las cualidades que ella necesitaba Marina y no eres estúpida. Seguro que tienes altas dotes mediúnicas sin que fueses consciente de ello.

Marina tragó saliva y apretó con rabia los labios antes de replicar al psicólogo.

—Hemos venido a verle porque usted sabe de estas cosas profesor Lasarte y lo único que quiero es saber la forma de sacar a esa mujer de mi cabeza o al menos controlarla. Evitar que pueda usarme para llevar a cabo sus planes.

—Crees que tiene malas intenciones ¿Verdad? —preguntó Tomás

inclinando la cabeza en un gesto que Marina consideró estudiado.

—¿Usted no?

—Bueno —Tomás se replegó en su sillón mientras se balanceaba suavemente— Vamos a analizar el primer episodio —giró su cabeza y fijó la atención en Irene—. Eres amiga desde la infancia de Marina ¿No es cierto? — y ante el gesto afirmativo de ésta—. Dime, desde tu punto de vista y con todo el conocimiento que tienes de tu amiga y su situación familiar, el incidente que presenciaste mejoró o empeoró las relaciones con su madre.

Irene miró unos segundos a Marina con gesto dudoso.

—No la mires a ella. Mírame a mí y procura ser sincera.

—No sé qué tiene esto que ver con mi problema —exclamó Marina irritada.

—Estoy tratando de ayudarte ¿Me vas a dejar hacerlo? —y al ver que Marina giraba la cabeza hacia la ventana con un gesto—. Adelante Irene, háblame de la familia de Marina y quiero conocer tu opinión.

—Las relaciones y los problemas que había en la familia de Marina son los típicos de cualquier otra donde se mezclan clases sociales diferentes. Sus abuelos —Irene hizo una mueca—, su abuela, era hija de un militar de alto grado mientras que el abuelo por parte paterna fue un minero. Era una mujer que vivió de las glorias pasadas e inculcó en sus hijos la idea obsesiva de pertenecer a una clase alta, pero pese a eso Marita se casó con un ebanista, era lógico que existiesen roces y creo que a Marina no le hubiese afectado eso si no hubiese sido por la actitud de su madre —miró a Marina que continuaba con los labios apretados con la vista en la ventana— Ella detestaba que no saliera en defensa de su padre cuando su abuela hacía o decía algo despectivo u ofensivo. Marita odiaba los malos rollos y siempre adoptaba una posición de ignorancia o complacencia delante de su familia en menoscabo de su padre y eso generó un rencor hacia su madre y Marina siempre estuvo muy unida a su padre.

—Has expuesto los hechos —Tomás volvió a cruzar las manos sobre la mesa mirando fijamente a Irene— Dime tu opinión, lo que piensas realmente como si Marina no estuviese presente.

—Sabes que te quiero —dijo Irene mirando a su amiga—, pero siempre he pensado que te pasabas un poco con tu madre. Ellos se llevaban muy bien, cuando visitaba la casa me pareció una pareja muy compenetrada, la actitud de tu padre siempre era muy protectora hacia tu madre y deduje que aceptaba ese comportamiento para complacerla. Era algo de ellos dos y tu resentimiento

hacia ella exagerado.

—Según lo que acabas de contar y si aceptamos que Gabrielle tomó el control en el enfrentamiento con su madre —intervino Lasarte—. ¿Crees que fue positiva esa intervención?

—Sí —afirmó rotunda Irene— Marina abrazó a Marita y era algo que no hacía desde que era pequeña. Su madre se emocionó mucho con ese gesto y las palabras que le dijo hasta el punto de que dejó de presionarla para que volviera con Alberto.

—¿Dirías que Gabrielle le echó un cable con su madre? ¿Qué en realidad la ayudó?

—Sí pero...

—La ayudó —interrumpió Lasarte y volviéndose a Marina—. Sientes un rechazo a Gabrielle, algo lógico por otra parte, puesto que ha invadido tu vida sin permiso, pero por las palabras de tu relato he deducido que crees que es mala, que tiene malas intenciones y eso es lo que más te angustia. No es solo estar a merced de un espíritu; a mí también me angustiaría, pero tú crees además, que ella no es buena, pero en la actuación con tu madre en realidad te hizo un favor.

—¿Y con Adrián? —contestó irritada Marina—. Me usó para besarle. Esa mujer continúa enamorada de él. Quizá era lo que pretendía desde el principio.

—O quizá solo trataba de provocar un acercamiento —Tomás aspiró aire pensativo— La escena que has descrito donde él te coloca el collar casi por lógica solo podía terminar de una forma. Con él intentando besarte, pero tu entonces pensabas que estaba casado con esa chica enferma y lo más seguro es que tu reacción hubiese sido de rechazo, pero la intervención de Gabrielle la convirtió en otra cosa.

—¿Me está diciendo que la intención de Gabrielle era en realidad acercarme a Adrián? —preguntó con ironía Marina.

—¿Y porque no? Tu misma has reconocido que has tenido que pedir disculpas por tu comportamiento con él.

—Porque no me lo creo —afirmó con rabia— Gabrielle quiere algo y creo que es a Adrián a quien persigue como lo persiguió en su momento.

—Momentos que te ha mostrado ella misma. Marina —Lasarte se quitó las gafas y las colocó con parsimonia sobre la mesa— Si Gabrielle tuviese esa intención no le veo sentido que esté mostrando imágenes donde ella queda tan mal parada. Tengo la impresión de que está tratando que se la entienda además

de contar todos los hechos —el profesor quedó pensativo unos instantes—. Su madre afirma que su hija tenía muy buen corazón. Si la intención de Gabrielle fuese de un acercamiento entre tú y Adrián, es decir, si vemos este episodio como el de tu madre, como un favor, en realidad sería como excusarlo como asesino.

—Y si tiene tan buen corazón porque no ha tomado el recurso de la posesión para hablar con su madre —Marina fijó la vista en el suelo con tristeza antes de continuar—. Lissette la adoraba y ella piensa que Gabrielle a ella, pero si tiene la posibilidad de dirigirse a su madre no será tan buena hija si aún no lo ha hecho.

—O tiene la energía muy limitada y la está empleando para mostrar las imágenes.

—¿La energía? —Marina hizo un gesto de extrañeza.

—Claro, todo necesita energía. Si fueses tú la que realizase el esfuerzo en ponerse en contacto con ella comprobarías que es agotador. En los intentos que yo he hecho he tardado varios días en recuperarme.

—¿Usted es médium? —se sorprendió Irene.

Lasarte no pudo evitar una carcajada al tiempo que movía negativamente la cabeza.

—Es una historia muy larga que no viene a cuento. Gabrielle necesita mucha energía para mostrar lo que ves y mucha más en la posesión. Dijiste que en la casa tras lo sucedido con tu madre tardaste varios días en tener contacto con ella.

—Sí, pero mostró una escena antes de eso.

—Un intento para indicaros que ibais por el buen camino y después tuvo que recuperarse. Si estoy en lo cierto tardará varios días en poder mostrar nada.

—Resumiendo. Me está diciendo que tengo que continuar como hasta ahora, es decir, tengo que esperar que esa mujer siga con sus planes sin poder intervenir en nada.

—Pues sí Marina. Temo que sí.

Marina se puso en pie seguida de Irene al ver su gesto y tendió la mano al profesor.

—Entonces lamento haberle molestado profesor Lasarte —hizo una breve pausa—. Para nada.

—Para nada no Marina, haré averiguaciones entre las mediums que conozco para saber si han tenido noticias de casos similares y espero que

continúes informándome. Este caso me interesa mucho.

Ya fuera, mientras atravesaban el campus, Irene se volvió hacia su amiga con un sentimiento de culpabilidad en la cara.

—Espero que no te molestara mi franqueza hablando de tu familia Marina.

—Claro que no Irene —sonrió con afecto— además tienes razón. Desde que estoy aquí y me ha venido mi madre a la cabeza y sus palabras lo he pensado. Ellos se querían y lejos de las reuniones familiares eran una pareja estupenda. Se entendían y llevaban sus cosas a su manera.

—Quizá debiste hablar con tu padre para comentar como te molestaban esas cosas.

—Y lo hice —Marina se subió el cuello de la chaqueta ante el viento frío que se había levantado— muchas veces, pero mi padre siempre sonreía y le quitaba importancia. Debí entender entonces que era su forma de decirme que eso no era asunto mío.

—Pero lo era porque te afectaba. Debiste decirle cuanto te afectaba, seguro que hubiese entendido que lo teníais que hablar entre los tres —Irene imitó a su amiga subiéndose el cuello del chaquetón—. Que viento más frío se ha levantado.

—Ya es inútil decir lo que se podía haber hecho y vamos a darnos prisa. Este viento huele a lluvia.

Habían conseguido llegar sin que comenzara a llover. Fue en la cena cuando estalló la tormenta.

Sentadas las tres a la mesa, Lissette comentó extrañada la ausencia de compras. Fue Marina la que dijo que no habían encontrado nada interesante.

Se sentía incomoda rehuyendo la mirada de la madre de Gabrielle, Irene en el viaje de vuelta le sugirió contar la verdad de lo que estaba ocurriendo, que como madre merecía saberla. Marina sabía que su amiga estaba en lo cierto, pero con la sesión del profesor esa tarde había tenido suficiente de ese tema. Ahora solo le apetecía descansar un poco y esa fue la excusa para retirarse temprano a descansar. Irene la secundo en la idea.

Hizo una llamada a su madre de un cuarto de hora en la que procuró estar afectuosa. Preguntó por su hermana Julia, la tenía olvidada y sabía del gran problema que tenía su hermana y las vueltas a la decisión de dejar a su marido. En más de una ocasión había estado tentada a influir y precipitar la separación de la pareja. El sentido común la avisaba de dejar claro a Julia que ella estaba ahí, que podía contar con ella pero que una decisión tan importante sólo puede ser tomada por la interesada.

Su madre, confiada por el tono conciliador de su hija, estuvo locuaz, sobretodo en lo referente a Julia y compartió con ella, algo que ya preocupaba mucho a Marina, lo que había comprobado cuando visitaba a su hermana y su marido estaba en casa. La violencia verbal de Julia, parecía un camionero. La agitación, los gritos y unas formas que ella nunca había visto en su formal y comedida hermana. Trató de tranquilizar a su madre, alegando que todo era producto de las preocupaciones que tenía y de la ansiedad que no podía controlar. Y no había mentido. Julia no podía continuar así. Los últimos minutos los dedicó a hablar de cosas triviales. Fue curioso, pensó Marina, ni una sola vez su madre había sacado a Alberto en la charla, sonrió satisfecha; quizá su madre empezaba a comprender, o a lo mejor era ella que se había

vuelto más tolerante con su progenitora al estar lejos de ella. Movi6 la cabeza dubitativa y se meti6 en la cama, debia estar muy cansada porque fue dejar la cabeza en la almohada y caer en un profundo sueño reparador.

Tan profundo que le cost6 identificar el sonido de su m6vil, antes de contestar mir6 la hora. Las tres de la madrugada. Intent6 reconocer en la pantalla el n6mero casi sin poder abrir los ojos y no logro identificarlo.

—¿Diga? —contest6 somnolienta.

—Marina— la voz de Adrián le son6 ronca y extraña.

—¿Adrián? Son las tres de la madrugada. ¿Ocurre algo?

—Es Lucia. Estoy en el hospital —una leve pausa— Marina... se muere.

—Voy...voy para allá en seguida.

Colg6 en cuanto le dio el nombre del hospital y salt6 de la cama. Pens6 unos instantes la forma de llegar y determin6 que llamar un taxi que llegase a buscarla mientras se vestía era m6s r6pido que intentar despertad al ch6fer de Lissette. El pueblo no quedaba lejos.

Poco m6s de media hora despu6s atravesaba las puertas del recinto hospitalario que le había indicado Adrián. Pregunt6 en el mostrador la planta y al salir del ascensor le descubri6 hablando con un m6dico que se alej6 poco antes de llegar hasta él.

—¿C6mo est6? —pregunt6 ansiosa.

—Cree que no pasar6 de esta noche. Est6 en fallo multiorgánico.

Adrián la miraba desolado, asi6 sus manos con fuerza.

—Quiz6 se recupere. Lucia tiene muchas ganas de vivir.

—Es el final Marina —neg6 él con la cabeza—. El m6dico dice que es irreversible.

Contempl6 la profunda tristeza en sus ojos y comprendi6 que tenía raz6n.

—¿D6nde est6? Quisiera verla.

—Claro. Es la habitaci6n del fondo.

—¿No vienes? —se volvi6 al ver que él no la seguía.

—No, pero ve t6. Ha preguntado por ti.

Qued6 unos instantes parada mirando la figura que había tomado asiento, Adrián apoy6 los codos sobre las rodillas y con la mirada fija en el suelo. Gir6 y camin6 hacia la habitaci6n, se detuvo unos segundos, llen6 los pulmones de aire y empuj6 la puerta.

Lucia con su pelo ralo, sin el gorro habitual cubriéndole la cabeza parecía a6n m6s indefensa y menuda que de costumbre. Tenía los ojos cerrados y una respiraci6n fatigosa. Se acerc6 despacio y tom6 asiento a su lado, con

suavidad posó su mano sobre la delgada y amarillenta de la enferma que al contacto abrió los ojos, posándolos en ella con un amago de sonrisa que quedó solo en eso.

—Ha llegado la hora Marina.

Solo asintió al tiempo que apretaba la mano que se aferró con fuerza a la suya.

—No me atrevía a decirle a Adrián que te llamase —Lucia tomó aire y Marina podía oír unos pitidos que escapaban de su pecho— pero cuando ha dicho que ya estabas en camino me he alegrado tanto.

—Te fatigas al hablar Lucia.

—¿Y qué más da? No queda mucho tiempo.

—¿Quieres que Adrián llame a alguien más? —se sentía extraña, ella y Lucia se conocían hacía solo unos días. En un momento como este, ese lugar debería ocuparlo otra persona. La más indicada, Adrián, pero él estaba sentado fuera en actitud de derrota sin valor para enfrentarse a sus temores, ni siquiera por la mujer que amó alguna vez, con la que se casó. Pero tenía que haber amistades más sólidas que la suya.

Lucia negó con la cabeza mientras intentaba controlar la agitada respiración y apretaba con más fuerza la mano de Marina.

—Tenías amigos, quizá alguno de ellos...

—No me apetece hablar con ninguno —la interrumpió Lucia y esta vez sí asomó una sonrisa en su amarillenta...—. Es extraño ¿Verdad? Hace tan poco que te conozco, pero tengo la sensación de que eres una amiga desde siempre, desde la primera vez que te vi.

—A mí me ocurrió lo mismo —tomó asiento con la mano de Lucia entre las suyas.

—Es una pena Marina que te conociera en este último tramo de mi vida. Habríamos compartidos tantas cosas, pero eres la única amistad que me apetece que este aquí.

—Es un honor inmerecido —notó que se le hacía un nudo en la garganta, hizo un esfuerzo para contener las lágrimas—. No sé que puedo decirte.

—Estoy a punto de descubrir que me espera al otro lado —fijó sus ojos en ella— Dime que no debo sentir miedo, que me aguarda algo mejor que esto que dejo.

—No lo sé Lucia, pero tengo la esperanza que encontrarás algo que te compense por todo este sufrimiento, por tus años. Por tantas cosas. Quiero pensar que hay un equilibrio o no sería justo.

—Espero no quedar flotando por ahí, mira que si empiezas a ver imágenes más como ese espíritu tuyo.

—Ni se te ocurra bonita. Estoy como loca por deshacerme de ésta — Marina siguió con el tono humorístico—. Solo faltaba una más. Tres son multitud.

El intento de reír de Lucia costó un golpe de tos, cuando tranquilizó la respiración de nuevo volvió a fijar la mirada en ella.

—Quisiera que le dijeras a Adrián unas palabras.

—Está ahí fuera.

—Pero no entrará. He visto como me miraba mientras me atendían en urgencias —y al ver la cara de enojo de Marina—. No puede evitarlo y le entiendo querida amiga. No soporta ver en que me ha convertido la enfermedad.

—No debería ser... —Marina endureció el gesto—. De hecho, no debe ser así.

Se levantó depositando con suavidad la mano de Lucia sobre la cama.

—¿Dónde vas? No vas a conseguir nada Marina y no me queda mucho tiempo.

Caminó hacia la puerta, pero antes de llegar se volvió hacia la enferma, desanudó el pañuelo de colores que llevaba al cuello y con cuidado lo puso en torno de la cabeza de Lucia que la dejó hacer con una sonrisa triste.

—No servirá de nada querida Marina cabezota.

—Ya veremos —añadió depositando un beso en su frente y caminando otra vez hacia la puerta.

Adrián levantó la cabeza al verla salir con un gesto angustiado interrogante.

—Quiere despedirse Adrián —dijo al llegar a su altura— No le queda mucho tiempo y le gustaría decirte adiós.

—No puedo Marina —negó repetidas veces con la cabeza— Tu no la has conocido antes. La enfermedad ha dejado de ella un espectro de lo que fue. No quiero que mi último recuerdo de Lucia sea esa imagen.

—No. Tienes razón. No he conocido a la Lucia de antes, pero la que está muriendo en esa habitación me parece una mujer hermosa, quizá Adrián porque yo miro más allá de la cubierta externa —le asió de los brazos con fuerza— Adrián tienes que hacer un esfuerzo por superar tu aversión. Ella lo merece.

—No puedo —negó con gesto derrotado.

Marina le soltó y dejó caer los brazos abatida. Giró en dirección a la habitación de Lucia, se volvió antes de abrir.

—Si no entras en esta habitación no te lo perdonarás nunca.

Empujó la puerta y caminó hacia la cama volviendo a coger la mano de Lucia que sonrió débilmente.

—Ya te dije que era inútil testaruda pero no quiero que se lo tengas en cuenta. Es buena persona con un trauma de la infancia que siempre he comprendido. Desde mi enfermedad ha hecho un gran esfuerzo, pero pedir que esté hasta el final es demasiado...o puede que me haya equivocado.

Marina siguió la mirada de Lucia y giró la cabeza, Adrián cerraba la puerta tras de sí en ese momento.

Apretó su brazo cuando se cruzó con él con una sonrisa de aprobación y abandonó la habitación dejándoles solos.

No supo el tiempo que permaneció observando la tormenta desde la ventana del pasillo. Llovía con fuerza y los relámpagos iluminaban los coches del aparcamiento frente al hospital que divisaba desde allí.

Giró la cabeza al oír la puerta. Adrián despacio y cabizbajo caminaba hacia ella. Levantó la cabeza al llegar a su altura.

—Se ha ido.

Se abrazó a él que la apretó con fuerza. Adrián lloraba mientras la abrazaba, ella hubiera querido hacerlo, pero solo notaba un nudo en la garganta que impedían que las lágrimas afluyeran a los ojos.

Con un café en las manos sacado de la máquina, media hora más tarde, vieron como sacaban el cadáver. Se ocupó de la funeraria y observó en silencio a Adrián llamando al padre de Lucia para comunicarle la noticia. Fue breve y Marina intuyó su rabia en esas pocas palabras.

A las seis de la mañana abandonaron el hospital acompañados por una lluvia fina y cansina, cómo si la noche llorase la pérdida de la vida joven que se había llevado la muerte, de los sueños y las ilusiones que se había marchado con ella. No llevaban paraguas, sólo las capuchas de los abrigos. Caminaban en silencio, sin prisa pese a la pertinaz agua que seguía cayendo, cada uno sumido en sus propios pensamientos; buscaron un lugar donde desayunar antes de marchar al tanatorio.

Se quitaron los abrigos en una cafetería de carretera, los dejaron en los respaldos de las sillas, Marina fijó la mirada en el brillo que las gotas que el agua había dejado en el chaquetón de Adrián, como si se negase a pensar en ninguna otra cosa. La aparición del camarero la sacó de su ensimismamiento y

también del caparazón del que se había rodeado para no llorar. Pidiendo un café y unas tostadas estalló en un llanto que dejó al barman totalmente desconcertado.

Adrián se levantó y la abrazó, estuvo meciéndola y acariciándole el cabello hasta que depositaron el pedido en la mesa.

Marina buscó un pañuelo en su bolso y se limpió la cara. Es cierto, conocía esa mujer desde tan poco tiempo. No sabía porque, pero su muerte le dolía como algo propio.

Irene buscó a Marina entre la gente que deambulaba en la sala de la capilla ardiente. No la había visto en todo el día. Llamó temprano para comunicar la muerte de Lucia y que se quedaba con Adrián para ayudarle en la preparación del funeral.

Eran más de las nueve de la noche, había preferido acudir a esa hora porque pensó que la mayoría de los asistentes, ya se habrían marchado y Marina dijo que esa noche se quedaría también acompañando al cadáver. Se había equivocado, ignoraba cuanta gente había estado de día, pero a esa hora la gran sala estaba abarrotada.

Tras varias vueltas consiguió distinguir a Marina en animada charla con un grupo, le hizo señas y fue a su encuentro.

—Soy mala haciendo previsiones —dijo Irene a modo de saludo— Pensé que esta hora sería la menos concurrida y creí que sería bueno acercarme porque quizá te sentirías sola al no conocer a casi nadie. En ambas cosas estaba equivocada.

—No creas, esas personas son trabajadores de la empresa Pinel y son casi los únicos que conozco y ha estado igual de concurrido casi todo el día. Han venido muchos conocidos, de su etapa de abogado y muchos más del periodo como empresario. Adrián está agotado —hizo un gesto indicando la salida— Vamos a tomar un café.

—¿Has cenado algo? —se preocupó Irene.

—Adrián y yo tomamos un bocadillo hace una hora. Es una excusa para sentarme un rato. Ha sido un día agotador.

Irene siguió a su amiga hasta el hall, al otro lado y tras unas cristaleras una pequeña cafetería abarrotada a esas horas, pese a eso lograron encontrar una pequeña mesa desde la que se divisaba el interior de la sala del velatorio.

—Por cierto, ¿Quién es Adrián? —inquirió Irene.

—El más joven que está despidiendo a un grupo en la puerta en este momento.

Marina observó con una sonrisa el gesto aprobatorio de su amiga. Se

reclinó hacia atrás en la silla para que el camarero colocara los cafés en la mesa mientras Irene seguía con la vista los movimientos de Adrián ahora con otro grupo.

—No está mal.

Obvió el tono concentrada en remover el café con lentitud.

—Te has quedado con él todo el... —afirmó Irene.

—Es lo menos que podía hacer por él y por Lucia. No sigas con ese tono que estoy muy cansada y aún queda toda la noche.

—Tenías que haber descansado algo —Irene se detuvo observando a su amiga que continuaba cabizbaja removiendo el café, puso su mano sobre la muñeca de Marina para detener ese movimiento compulsivo—. ¿Cómo te encuentras?

Levantó hacia ella una mirada triste y bebió varios sorbos del café antes de contestar.

—Desolada Irene. Adrián no ha querido que el ataúd esté abierto y en su lugar tras los cristales y junto al féretro hay una gran fotografía de Lucia. Quiere que la recuerden como era y no como la había dejado la enfermedad. Yo la conocí en sus últimos días, con ese aspecto, pero cuando he visto la foto —un titubeo y se le humedecieron los ojos—. Se la hizo después de la primera intervención y la primera quimioterapia. Tenía el cabello corto, pero es la imagen de una mujer llena de vida y esperanzas. Una mujer joven y bonita con una sonrisa radiante y un reflejo de ilusión en sus ojos —Irene vio el esfuerzo de su amiga por contener el llanto—. La vida no es justa.

Marina volvió a beber otro par de sorbos de su café en un intento de controlar el momento de emoción que la había embargado.

—No. Supongo que no es justa —y en un intento de cambiar de tema y buscando calmar a su amiga —¿Ha venido mucha familia de Lucia?

—Dos primas de su madre. Adrián dice que apenas tenían relación y a las cinco llegó el padre en compañía de su mujer y los dos hijos que tiene con ella. Se han quedado un par de horas y se han marchado a un hotel tras preguntar la hora de la misa mañana.

—¿No se llevaban bien?

—Apenas se conocían. La madre de Lucia y él se separaron cuando ella tenía ocho años y sus hermanos gemelos apenas uno y se marchó a trabajar al norte. Adrián me ha contado que cuando ella tenía catorce, su padre recordó que tenía tres hijos. Se había casado y acababa de tener un bebé con su nueva mujer. Quiso que pasaran un mes con ellos. Lucia notaba hostilidad en la mujer

de su padre, pero, aun así, intentó ese acercamiento hasta que un día cuando apenas llevaban una semana, el bebé lloraba y Lucia intentó calmarlo tomándole en brazos. La mujer se puso histérica y le gritó que nunca volviese a hacerlo. Su padre estaba delante, pero se limitó a bajar la cabeza. Lucia llamó a su madre y se fueron. Nunca más volvieron a marcharse con él. La siguiente vez que le vio fue en el entierro de su madre y los gemelos que murieron en un accidente de tráfico cuando ella tenía veintitrés años.

—Que historia más trágica la de esa familia. Es curioso cómo se ceba la desgracia a veces.

Marina solo hizo un gesto afirmativo al comentario de su amiga.

—Y más curioso aún porque Adrián dice que eran buenas personas — Marina puso una expresión extraña— Ese hombre que olvidó a sus hijos y buscó otra familia le va bien y en la otra todos están muertos. Estas cosas me desconciertan, la verdad.

—Adrián te ha contado muchas cosas por lo que veo.

—Han sido muchas horas Irene, necesitaba hablar de ella. Deja esa sonrisa. Está fuera de lugar lo que estás pensando.

—No pienso nada —dijo riendo Irene al tiempo que hacía aspavientos con las manos.

Marina fijó la vista en la entrada de la sala donde Adrián miraba a un lado y a otro.

—Creo que Adrián está buscándome. Vamos y te presentare.

Abandonaron la cafetería cruzando al otro lado, Adrián había entrado al no encontrarla. En el interior, Marina le descubrió hablando con otro grupo.

—Esperaremos a que me vea. No me apetece que me presente a nadie más.

—¿No han venido los Pinel?

—Esta mañana estuvieron Víctor y Eduardo durante más de hora y media. Se despidieron hasta la hora de la misa. No creo que vuelvan.

—Me gustaría ver esa fotografía de Lucia —Irene miró hacia el interior donde sin duda se encontraba el ataúd.

—Entonces ve tu sola. Me pone muy triste contemplar esa imagen radiante con el féretro cerrado al lado. Si hubiese dependido de mí, no habría puesto nada —añadió Marina con el ceño arrugado.

—Es costumbre dejar el ataúd abierto. Encuentro lógico que al menos haya una imagen de la difunta.

—Los que la conocían y sentían algo por ella ya sabían cómo era y los que han venido por compromiso no tienen ningún interés. Era innecesario y algo

morboso —hizo un pequeño alto y miró de frente a su amiga—, como tu curiosidad.

—Es intrínseco al ser humano cielo —Irene esbozó una media sonrisa—. Voy a ver esa fotografía.

Marina vio cómo se perdía entre los grupos de personas moviendo la cabeza.

—¿Qué significa ese gesto? —la sorprendió una voz familiar tras ella.

Se volvió hacia Adrián con una mueca de resignación en la cara.

—Mi amiga Irene ha ido a ver la fotografía de Lucia o lo que es lo mismo, a por una dosis de morbo.

—Sigues sin aprobar que la pusiera —afirmó Adrián.

—Ya hemos discutido... —cortó Marina.

—Ha dejado de llover. Vamos fuera. Necesito aire —dijo él asiéndola del brazo y conduciéndola al exterior.

Habían edificado el tanatorio en las afueras, rodeado de vegetación. Un suave y gratificante olor a tierra mojada llegó hasta ellos que caminaron despacio y en silencio hasta un grupo de árboles cercanos. Adrián levantó la vista hacia un cielo gris oscuro a causa de las luces de las farolas que se reflejaban en las nubes, seguía cubierto, pero se había levantado un viento suave que venía helado. Bajó la cabeza y vio como Marina cruzaba los brazos en un intento de protegerse.

—Tienes frío —adujo Adrián sin dejar de mirarla.

—No importa. Es grato después del ambiente sofocante de la sala.

—No te he dado las gracias por permanecer todo el día a mi lado y ayudarme con esto. Creo que no hubiese podido hacerlo solo.

—No lo he hecho solo por ti Adrián. Creo que se lo debía a Lucia. Despido a una amiga —Marina paseó la vista por la entrada del edificio donde cada vez se acumulaban más personas. Supuso que esperaban a Adrián para despedirse—. Creo que te buscan.

—Sí. Por fortuna comienzan a marcharse. Es de agradecer que vengan, pero resulta pesado tanta atención.

El tono provocó que lo mirase a los ojos. Adivinó lo que quería decir.

—Muchas veces las atenciones llegan tarde ¿Verdad?

—Muchos no conocían a Lucia. Solo intentan ser cumplidos, aunque con ello ignoren tu verdadero estado de ánimo. Ya queda poco y lo más seguro es que esta noche estemos solos velando ese ataúd.

Una ráfaga de viento frío hizo que Marina comenzase a temblar vestida

solo con el jersey de cuello alto. Adrián la atrajo hacia él en un intento de protegerla haciendo que ella se envarase ante el contacto. Intentó dar un paso atrás y Adrián la apretó con más fuerza.

—No es el momento ni el lugar Adrián —protestó débilmente.

—Las últimas palabras de Lucia fueron, Marina es una mujer maravillosa. Cuento con su beneplácito.

—Necesitarías también el mío ¿No crees? —y levantó la cara hacia él.

—¿No lo tengo?

No le dio tiempo a contestar. Adrián posó sus labios sobre los suyos en un suave beso que se intensificó cuando Marina levantó los brazos y le rodeó el cuello. Un suave carraspeo cercano les hizo separarse. Irene los miraba con curiosidad.

Marina azorada hizo una breve presentación de su amiga y Adrián se excusó poco después para despedir al grupo de gente que se acumulaba en la pequeña explanada de entrada.

—¿Le has besado tú o ella? —preguntó con sorna.

—Esta vez he sido yo —dijo retorciéndose nerviosa las manos— No sé, supongo que me he dejado llevar.

—No tienes que avergonzarte Marina —sonrió con afecto apoyándose en el árbol junto a su amiga —¿Te das cuenta de que todo parece dar la razón al profesor Lasarte? Quizá Gabrielle solo pretendía llamar tu atención sobre Adrián y también parece que ha tenido razón en cuanto a que las visiones no volverían hasta que se recuperase porque no has tenido ninguna ¿Ono?

Suspiró cruzando sus brazos sobre el pecho y con la mirada en el infinito. Estuvo así largos instantes antes de contestar a Irene.

—No. No he tenido más imágenes desde la noche de la exposición, pero las buenas intenciones de Gabrielle siguen resistiéndose —pasó la mano por la frente al tiempo que cogía aire— Me cuesta aceptar buenos deseos en ella.

—¿Te das cuenta de que si Lasarte tiene razón está descartando a Adrián como posible asesino? Eso te deja vía libre.

—Es que no sé si quiero vía libre —miró con tristeza a su amiga—. La verdad es que estoy muy confusa.

Irene asió la mano de su amiga y la acarició con afecto.

—En estos últimos meses has superado casi indemne un accidente mortal, has roto un compromiso de boda, te las ves con un espíritu que te ha obligado a investigar su muerte y un hombre atractivo que puede ser un asesino te tira los tejos —Irene no pudo evitar una sonrisa socarrona—. Si no estuvieses al

menos confusa me preocuparía seriamente.

Marina tuvo que echarse a reír tras el resumen de Irene.

Cuando la despidió unos minutos después su mente voló al beso y a su reacción. Tuvo que aceptar que Adrián le gustaba y su mayor preocupación era la larga noche en soledad con él. No quería hablar del tema ni que la escena volviera a repetirse. Hasta que todo eso no hubiera terminado tenía intención de dejar en suspenso sus sentimientos por Adrián. Sus dudas era la reacción de él y sus intentos. Tenía la certeza de que continuarían, era algo que tendría que hablar. Costaba pensar en Adrián como asesino de Gabrielle, pero era una posibilidad, aunque rogó mentalmente que Irene tuviese razón.

La suerte se puso de su lado para fastidio del menor de los Pinel. Consuelo y varios empleados entre los que se encontraba su secretaria Begoña habían decidido velar el cadáver con ellos.

Las primeras horas de la noche se hicieron pesadas con las atenciones no deseadas y la poca gana de hablar de ambos. Sobre las tres de la madrugada escuchaba reclinada en un sillón la voz monótona de la fiel sirvienta contando las anécdotas con Lucia. Ni siquiera notó cuando cerró los ojos.

Adrián la dejó dormir hasta las ocho que la despertó con suavidad. Le comunicó que la funeraria estaba cargando el féretro en el coche.

Agradeció que la misa funeral no fuese demasiado larga. La iglesia del pueblo quedó pequeña para la avalancha de gente y se sintió extraña, allí en primera fila junto a Adrián y la familia Pinel al completo. Lo mismo debió pensar Crista, no había acudido al velatorio, ahora junto a Víctor separada de ella por Adrián, su padre y el propio Víctor no dejaba de lanzarle miradas rencorosas. Estaba demasiado cansada para devolverlas.

Quiso llamar al chófer de Lissette para que la recogiera, pero Adrián dijo que la acercaría a casa. Más mirada asesinas de Crista que ella observó sin disimulada complacencia al tomar asiento en el coche de Adrián.

La mañana era radiante. El aire limpio tras la lluvia era grato y el sol parecía brillar con más intensidad de la normal. A Marina le pareció un extraño contraste cuando vio como introducían el ataúd de nuevo en el coche camino del crematorio. Enterrarían las cenizas de Lucia en la misma tumba donde estaban su madre y sus hermanos. Un nombre más. Una unidad familiar completa. Una broma del destino, pensó con amargura.

Observó la expresión de Adrián de reojo, sus pensamientos eran similares a los suyos, estaba segura. Tardó un tiempo en girar la llave de contacto, hasta que se cerró la puerta del coche fúnebre. Hicieron el trayecto en silencio.

Adrián había decidido esperar la entrega de las cenizas y la posterior ceremonia en el cementerio. Eran muchas horas y el cementerio estaba en Madrid. En principio había pensado volver a casa, pero Adrián comentó que trasladaría las cenizas al cementerio de Madrid donde estaba enterrada la familia de Lucia. El padre de ésta se había marchado ya con la suya. Nadie salvo Adrián estaría delante de la tumba y le dijo que ella le acompañaría. Él agradeció el gesto con una sonrisa, cogiendo su mano y apretándola con fuerza.

Las horas siguientes mientras esperaban la urna las pasaron paseando por los alrededores y almorzaron en un restaurante cercano al crematorio. Adrián comentó durante todo el tiempo anécdotas de Lucia y él cuando trabajaban en

el despacho. Sintió que él necesitaba hablar de ella y le animó con un gesto de interés. Era el mejor homenaje a su breve amiga, pero Marina tuvo que hacer un esfuerzo por mantener la sonrisa. La misma sensación que cuando vio la fotografía junto al féretro. Le costaba tanto asociar el sentido del humor y la vitalidad de la mujer que describía Adrián con la frágil criatura demacrada que ella conoció.

Caía la tarde sobre el cementerio cuando los empleados volvieron a colocar una lápida nueva, ésta con el nombre de Lucia incorporado. Supuso que Adrián había dado instrucciones para esa celeridad porque cuando llegaron ya estaba la anterior quitada y los obreros esperándoles. Fue breve y en efecto, solo estaban ellos dos. Intentó alejarse para dejarle a solas cuando le vio cabizbajo frente a la lápida, pero la mano de Adrián se cerró sobre su muñeca y la retuvo junto a él. Interminables minutos en los que sintió algo helado dentro, mientras leía una y otra vez los cuatro nombres de la tumba.

El sol a punto de ocultarse se reflejaba en los cristales de los edificios madrileños cuando abandonaron la capital camino de Miraflores.

—Mañana tendremos que ponernos al... —dijo parado frente a la casa de Lissette— Esto ha llegado en el peor momento —bajó la cabeza antes de seguir hablando y luego la miró— Quisiera haber tenido unos días. Lucia merecía ese tiempo para pensar en ella, pero las ventas de la colección esperan.

—Allí estaré Adrián. Intenta descansar —Marina intentó abrir la puerta, pero la mano de él la detuvo y la atrajo.

—Adrián...no —dijo colocando la mano en el pecho de él para mantenerle alejado.

—¿Porqué? —preguntó con suavidad mientras acariciaba su mejilla con un dedo.

—Esto...yo —titubeo unos segundos y Adrián aprovechó el momento para posar sus labios en un suave beso.

—Hasta mañana —añadió con una sonrisa pícaro.

Marina abandonó el vehículo y quedó parada contemplando la maniobra de él para rectificar el coche hacia el camino. Le despidió con la mano y subió las escaleras del porche. Antes de llegar se abrió la puerta, Irene y Lissette le franquearon la entrada. Saludó con gesto de cabeza y un amago de sonrisa que quedó en eso.

Se dejó caer con cansancio en uno de los sillones y las dos mujeres tomaron asiento frente a ella.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Lissette.

—Agotada —reclinó hacia atrás la cabeza sin dejar de mirarlas— Solo tengo ganas de darme una ducha y dormir hasta mañana.

—Irene ha hablado conmigo —dijo Lissette con gesto de disgusto—. Me ha contado los incidentes con Gabrielle y vuestra visita al profesor Lasarte para intentar arrojar... —Lissette inclinó el cuerpo hacia delante mirándola dolorida— Debiste ser sincera conmigo Marina. Tenías que haber compartido tus temores y tu angustia. Es mi hija.

Marina desvió la vista hacia Irene.

—Creí que tenía derecho a saberlo —respondió ésta y se mordió el labio con preocupación.

—Has hecho bien. Tienes razón Irene, Lissette tiene derecho a saber — hizo una pausa mientras expulsaba aire— Era difícil hablar de esto contigo Lissette. Que tu hija me muestre imágenes ya me cuesta pero que sea capaz de tomar el control de mi mente y actuar por su cuenta me provoca pánico. Me aterroriza.

Lissette enderezó el cuerpo mientras afirmaba con la cabeza.

—Lo comprendo. Es lógico, pero en la conversación que he tenido con Irene, ambas hemos llegado a la conclusión de que ha pretendido ayudarte. En la primera en la difícil situación con tu madre y en la segunda —Lissette hizo una pausa antes de continuar—. Las dos hemos visto el beso que te ha dado Adrián. Yo también creo que con eso Gabrielle está tratando de decir que es inocente de su muerte y dado que te gusta, ha dado un empujón a esa relación. Tengo la impresión de que no eres muy decidida con los hombres.

—Es cierto, no lo soy y menos si ese hombre es sospechoso de un asesinato. Agradezco la intención si era esa, pero me gustaría tomar mis propias decisiones. Me angustia la idea de que vuelva a hacerlo.

—Confío que estemos llegando al final de esto y eso no vuelva a suceder Marina. ¿No has tenido ninguna visión? —preguntó Lissette.

Negó con la cabeza. Se incorporó con gesto más cansado aún y caminó hacia la puerta del salón.

—Deberías comer algo antes de marcharte a dormir querida.

—Tengo las fuerzas justas para la ducha Lissette. Ya comeré cuando despierte —y perdiéndose por el pasillo camino del dormitorio—. No me llaméis.

Dejó correr el agua por el cuerpo más de veinte minutos. Cuando salió ya con el pijama puesto, Irene la esperaba sentada en la cama.

—Si vienes a charlar no es el momento Irene. Quiero dormir.

—Pienso estar sólo unos minutos, pero no quería preguntar esto delante de Lissette —miró a su amiga con una sonrisa cómplice— Cuenta. ¿Qué sientes por Adrián? Y con conmigo no disimules.

Marina se introdujo entre las sábanas y se reclinó en las almohadas antes de contestar.

—Me gusta. No puedo negar eso, pero estoy confusa Irene. Va deprisa y aunque todo parece descartarle no quisiera ir más allá hasta que esto termine. Esta historia es demasiado inquietante.

—Tienes razón, si sientes algo por él puede esperar a que todo termine. Porque menuda forma de comenzar algo.

Irene salió de la habitación y Marina buscó una posición cómoda en espera del sueño. Había dicho la verdad a su amiga, no era el momento para pensar en esas cosas, aunque tuvo que reconocerse que la sonrisa pícaro de Adrián cuando le robó el beso le hacía cosquillas en el estómago.

De pronto sus pensamientos volaron hacia Lucia. Ya tenía todas las respuestas. Donde quiera que se encontrase para ella se había desvelado el velo de los secretos que había perseguido la humanidad desde el principio de los tiempos. Deseo haber tenido razón cuando la animaba a no tener miedo. Quiso pensar que en efecto existe un equilibrio, que el sufrimiento que no has buscado como en el caso de Lucia tiene una recompensa. Sumida en plena somnolencia, Marina tuvo la certeza que Lucia no se encontraba en el mismo lugar que estaba Gabrielle. Que nadie le preguntase como lo sabía, pero lo sabía. Gabrielle seguro que estaba atrapada en ese lugar de paso. Lucia en cambio no tenía sentido para ella que estuviese allí. Merecía si había un Cielo, un lugar de honor. La felicidad que se había negado en este mundo. El sueño la venció con esta última idea en su cabeza.

No debía estar tan cansada, apagó el despertador al primer toque. Sonó a la misma hora que estaba programado, las seis y media.

Cuando salió completamente vestida veinte minutos después nadie de la casa se había despertado. Cuando terminaba de desayunar el chófer de Lissette se asomó a la cocina donde estaba sentada y preguntó si preparaba el coche, asintió con la cabeza mientras apuraba el café.

Se dio cuenta que fue la primera en llegar a los despachos cuando fueron los equipos de seguridad los que abrieron la puerta. Su pregunta de que iba a hacer sin Begoña quedó respondida cuando encontró una carpeta sobre su mesa. Esa chica era eficiente, de eso no había duda. Había dejados preparados todos los papeles para firmar y la revisión de los pedidos. Se concentró en la tarea sin pensar en nada más. A las ocho y cinco su secretaria abrió la puerta para saludar y para comentar el resto de las actividades que tenían pendientes.

Eran casi las diez cuando cerró la última carpeta de clientes. El tiempo había pasado rápido. Cruzó las manos sobre la mesa y pensó si habría llegado ya Adrián. Era raro que no entrase a saludar después de la efusividad de la despedida. Hizo un gesto de duda, era lo que quería. Negó con la cabeza, no era de extrañar que los hombres afirmasen que a las mujeres no había forma de entenderlas. Ella al menos no se entendía porque no podía negar que sentía una cierta decepción. Hubiera querido que entrase en el despacho, más aún que la abrazase y le diese un beso de buenos días. Hizo un gesto de incredulidad antes de reconocer que ese hombre le gustaba más de lo que quería admitir. Quizá aún no había llegado. Se incorporó decidida a averiguarlo. Cogió una de las carpetas para usarla de excusa y salió al pasillo, en dirección al despacho del menor de los Pinel. Dio unos suaves golpes a la puerta antes de empujarla. Paró en seco ante la escena. La misma que contemplara en otra ocasión. Adrián sentado en su silla y Crista sobre él.

—Lamento la interrupción —dije rehaciéndose de la sorpresa— Pensé que estabas solo —y levantando la carpeta— Esto puede esperar.

Cerró la puerta sin aguardar respuesta y camino con rapidez hacia su despacho sin dejar de llamarse estúpida. Unos minutos después Adrián abrió la puerta y tomaba asiento frente a ella.

—Lo que has visto no es lo que parece Marina —dijo con seriedad— Crista no me interesa y sus atenciones tampoco, es...

—No me importa lo que sea Adrián —interrumpió ella— Y yo sólo soy tu gerente.

—No es cierto —Adrián arrugó las cejas preocupado— sabes que eres algo más que eso.

Marina se reclinó en su asiento y cruzó los brazos sobre el pecho. Le observó severa unos segundos antes de responder.

—No estoy interesada en este tipo de juegos Adrián. Estoy aquí para realizar un trabajo no para participar en competiciones de esta índole.

—Escucha Marina —se incorporó y comenzó a pasear por el despacho— Sé que es difícil de comprender la actitud de Crista..

—La actitud de Crista la entiendo perfectamente —volvió a interrumpir Marina— Es obvia. Es tu actitud la que no comprendo. Si te interesa esa mujer no entiendo porque tonteeas con otra.

—Mi único interés hacia Crista es que posee una parte de la empresa —se apoyó en la mesa inclinado hacia ella— Cuando se casó con mi primo ni mi padre ni yo formábamos parte y todo esto estaba al borde de la quiebra. Ese matrimonio inyectó dinero a cambio de un porcentaje —volvió a tomar asiento con cansancio— Ha estado persiguiéndome desde que me hice cargo de todo esto, ella sabe que no vamos a llegar a nada, pero a mí tampoco me interesa que por despecho, en este momento de expansión, reclame su parte.

—No me tomes el pelo Adrián —exclamó irritada— Antes de llegar tenía información de vuestra empresa y sé que fue el padre de Crista y su fortuna quien aportó dinero. Es un hombre de negocios y dudo mucho que una rabieta de su hija le convenza para liquidar una parte en una sociedad en expansión de la que está sacando beneficios —suspiró antes de continuar— Si te apetece seguir con sus atenciones es asunto tuyo, pero no me vengas con explicaciones absurdas. Te agradecería que no me trates como a una boba.

—¿Qué quieres que haga Marina? —preguntó sin cambiar el gesto.

—¿Ahora mismo? No sé, abandonar mi despacho para que pueda continuar trabajando.

Adrián la observó durante unos interminables minutos antes de levantarse y caminar hacia la puerta. La cerró sin añadir nada más.

Se inclinó hacia delante apoyando las manos sobre la mesa, las retorció con nerviosismo y expresión triste. Le dolía que él no hubiese insistido más. Soltó aire mientras recriminaba sus pensamientos. Las cosas estaban bien así y dada la actitud de Adrián quedaba claro que le gustaban los devaneos con Crista, aunque no llegase a una relación seria. A ella no, en eso no había mentido. Había dejado vagar la mente esa mañana, quizá olvidando la situación que la había llevado a la empresa de los Pinel. Sí, el incidente con Crista era lo mejor que podía haber pasado porque pese a lo dicho a Irene de sus sentimientos, la estaban traicionando.

Apoyó la cabeza en las manos con infinito cansancio mientras se preguntaba cuando terminaría todo esto. Echaba de menos su casa, su trabajo y a estas alturas hasta las extrañas relaciones con su madre.

Volvió a suspirar y pensó que lo mejor era volver a los pedidos. Se levantó y recogió todas las carpetas. Abrió la puerta del despacho de Begoña y se las entregó, ésta le pasó una carpeta nueva llena de documentos para revisar y firmar. Trabajo rutinario pero que durante un par de horas ocupó su mente hasta que la puerta volvió a abrirse y Adrián apareció en ella.

Caminó hasta el sillón frente al suyo y se dejó caer.

—Ya está —dijo sonriendo— Solucionado.

Marina hizo un gesto de no comprender.

—He hablado con Crista. Le he dicho que estoy enamorado de ti y que a partir de ahora nuestro trato será de simples socios. Que no volverá a repetirse una escena como la del despacho.

Pensó que ahora seguro que si tenía cara de boba. No sabía que decir, pero notó que se le aceleraba el pulso. Adrián estaba diciendo que estaba enamorado de ella. Mantuvo su mirada en la de él durante un tiempo interminable, hasta que Adrián se incorporó y rodeó la mesa. Giró su sillón y se agachó delante de ella.

—¿Has oído lo que he dicho Marina? —preguntó y ante el gesto afirmativo de ella— Pues dime algo.

—Nos conocemos hace muy poco Adrián para hablar de amor.

—Para mi es suficiente —levantó la mano y acarició su mejilla— No he dejado de pensar en ti desde que te conocí. No sé, quizá fue por esa mezcla extraña que hay en ti de calidez y frialdad, de misterio y mirada asustada.

Mientras hablaba iba atrayéndola hacia él provocando un sobresalto en su ritmo cardíaco mientras su mente buscaba desesperada una salida a este giro de acontecimientos.

—Adrián... espera... —no le dio tiempo, él ya estaba uniendo sus labios a los suyos. La levantó del sillón sin dejar de besarla. Sin pensar en nada más, Marina levantó sus brazos y pegó su cuerpo al de él respondiendo al beso.

Unos segundos después, de pronto su cuerpo quedó tenso. Le alejó de ella poniendo las manos sobre su pecho.

—¿Qué ocurre Marina? —preguntó con gesto preocupado al ver su mirada perdida, en algún punto de la habitación.

Llegaba varios días sin una visión y las imágenes que pasaban por su cabeza no pudieron ser disimuladas por su expresión. Adrián la miraba sin comprender.

La visión duró poco más de un minuto, pero dejó un rictus de angustia en la cara de Marina. Levantó los ojos a Adrián que continuaba mirándola con la misma expresión ansiosa.

—Si no te importa voy a marcharme a casa —dijo bajando la vista y buscando su bolso— Mi madre no se encontraba muy bien y empecé temprano esta mañana. Creo que todo lo que estaba pendiente se ha quedado firmado.

—Espera —la sujetó por el brazo cuando ella intentó pasar a su lado—. ¿Que ha pasado?

—Nada.. comprende Adrián —titubeo buscando una explicación coherente si es que la había— He terminado hace muy poco con una relación con fecha de boda.

—Me has besado. Estabas bien Marina. Ha sido de pronto y esto no es la primera vez que pasa.

—Estoy...confusa —adujo sincera— necesito tiempo Adrián. Aclarar ideas.

No esperó respuesta. Asió el abrigo de la percha y atravesó la puerta caminando con rapidez hacia las escaleras.

Adrián quedó unos segundos quieto y pensativo en la misma postura, giró sobre sí mismo y la siguió.

Estaba a punto de descender por la gran escalinata cuando una nueva visión la dejó con el pie en alto a punto de descender. Sin ver notó que perdía el equilibrio, iba a precipitarse escaleras abajo. Sintió que la sujetaban y las imágenes desaparecieron. El rostro preocupado de Adrián apareció pegado a su cara mientras aún la sujetaba con fuerza.

—¿Estas loca? ¿Qué diablos te ocurre Marina? Has estado a punto de caer por las escaleras.

—No me preguntes Adrián —respondió angustiada tratando de soltarse de

sus brazos— No me encuentro bien. Quiero volver a casa.

—Está bien te llevaré —dijo tras observarla unos segundos.

Fue a protestar, no quería que la acompañara, en realidad quería caminar los casi dos kilómetros que la separaban del chalet. Necesitaba pensar y tomar el aire para tranquilizar el ánimo. La secretaria de Adrián le echó un cable inesperado llamándole desde su despacho.

—Señor Pinel los saludés al teléfono.

—Que llamen más tarde. Di que no has podido localizarme.

—Adrián son de los clientes más importantes —añadió Marina— Estoy bien, de verdad. Esto ha sido sólo un leve mareo. Caminar terminará de despejarme. Por favor atiende esa llamada.

Adrián dudó unos instantes, pero comprendió que ella tenía razón. Los pedidos de los árabes siempre eran millonarios.

—¿Seguro que estás bien? Podrías esperar a que atienda la llamada o puedo decir al chófer que te lleve.

—Me apetece caminar —dijo forzando una sonrisa— Atiende la llamada.

La soltó no sin renuencia y caminó hacia su despacho. Se volvió en la puerta.

—Te llamaré más tarde para ver cómo te encuentras.

Marina asintió y bajó las escaleras. Abandonó con el mismo rictus angustiado del despacho, la finca de los Pinel mientras se colocaba el abrigo.

Tanto Irene como Lissette le salieron al encuentro en el pasillo cuando la vieron entrar. Colgó el abrigo y en silencio caminó hacia el salón seguidas de las dos mujeres que contemplaron expectantes como tomaba asiento con gesto cansado.

—¿Qué ha pasado Marina? No es ni la una. ¿Qué significa esa expresión que traes? —preguntó Irene sentándose en el sofá frente a su amiga. Lissette hizo lo propio.

—He tenido dos visiones.

—¿Y? —instó Lissette.

—Han sido las dos muy breves pero muy reveladoras —Marina reclinada en el sillón se tomó su tiempo mientras se acariciaba la frente— En la primera Gabrielle le entrega una bolsa de tela con las joyas a Adrián. Pide que las venda y que le esperará al día siguiente en el restaurante, el de la carretera de Málaga. Adrián niega rotundo e intenta rechazar la bolsa, pero ella le amenaza con decir a su padre su asunto y vuelve a insistir en la cita, que le espera para marcharse con ella. Huir juntos —tomó aire antes de proseguir— La segunda casi me cuesta una caída por las escaleras. Ha sido espantosa. He visto un asesinato.

—¿El de Gabrielle? —preguntó con ansiedad Lissette.

—No. El de la mujer que cuidaba de Matilde. Caminaba por la carretera del pantano. Aparece un vehículo mercedes negro, un modelo antiguo, acelera y va derecho hacia ella. La golpea y la lanza al pantano. Después sigue su camino.

Tras el relato de Marina se hizo un silencio prolongado con las tres mujeres mirándose mientras hacían sus conjeturas.

—Si mi hija entregó las joyas a Adrián es que él está implicado en su muerte ¿no? Ese detalle fue clave para dar por sentado que Gabrielle se fugó

con Ramiro. Si él hubiese dicho que tenía las joyas en su poder la guardia civil habría investigado el caso como desaparición y quizá hubieran encontrado su cadáver.

—No sé, esto es muy raro —añadió Marina— No estamos hablando de un asesinato llevado por un arrebató de rabia por el acoso de Gabrielle. Quien la mató también eliminó al chófer y a la sirvienta de Matilde.

Lisette pasó la mano por el pelo retirando los rizos canosos que caían sobre su frente, desvió la mirada al ventanal con gesto pensativo.

—Adrián tenía diecisiete años —intervino Irene— No tenía permiso de conducir.

—Eso no importa. En varias de las visitas a los Pinel le vi conducir ese coche que ha mencionado Marina, que entonces no era antiguo sino último modelo, en compañía de su padre. Le dejaba conducirlo. Pudo ser él quien atropello a la criada.

—Pero ¿Porque eliminar a la criada? —siguió Irene con gesto de extrañeza— es algo que no tiene sentido ¿No? —y dirigió la interrogación a Marina.

—No sé —negó ésta— Pero estamos hablando de un asesino metódico y despiadado. Aquí hay algo más que un crimen pasional. Hay demasiada gente muerta y me cuesta ver a Adrián en ese papel.

—¿Tus sentimientos tienen algo que ver? —interrogó Lisette.

—No Lisette. Nada que ver —se enfadó Marina— Es cierto que ese hombre me atrae, pero no interfiere en mis apreciaciones. Soy objetiva, de hecho, tampoco puedo imaginar a Eduardo matando a la criada a sangre fría.

—Tres personas entonces —saltó Irene— Estamos hablando de la muerte de Gabrielle, el chófer y la criada. Tres personas. Marina tiene razón Lisette. No conozco muy bien a Adrián, pero no olvidemos que era un crío y además acosado por tu hija. Matar en un arrebató sí, pero esa premeditación y a tres personas, uuff. No lo veo.

Lisette se incorporó para dar vueltas por el salón mientras las dos miraban.

—Mi hija ha mostrado esas imágenes por alguna razón ¿Verdad? Esto es desconcertante. Al igual que vosotras no veo ni a Eduardo ni a Adrián de asesinos de tres personas y Marina tiene razón, esto no es un crimen pasional como habíamos pensado en un principio. Hay que analizar todas las visiones desde que comenzaron. Gabrielle quiere decir algo, quiere mostrar algo que se nos escapa.

—¿Y porque no lo muestra de una vez? —inquirió alterada Marina— Perdonas Lissette, pero nada impide que tu hija muestre de una vez las imágenes de su muerte. En lugar de eso se ha dedicado a apoderarse de mi voluntad sin sentido y escenas que en nada ayudan.

—O sí Marina. Ésta última, por ejemplo, el asesinato de la criada. Puede que el asesino la matase porque presenció el crimen de mi hija.

—¿Has olvidado que sólo muestra lo que antes vio o vivió ella? —añadió Marina en el mismo tono severo— Si ha mostrado esas imágenes es que presenció la muerte de la criada —soltó un bufido de cansancio— y a todo esto, deberíamos averiguar cuando murió esa mujer. Tendrá que haber algún dato de su muerte o al menos de su desaparición y tiene que ser cercana a los sucesos que ocurrieron en la casa de los Pinel. Veamos, la madre murió unos días antes de la desaparición de Gabrielle y si hubiese habido un crimen de una de las sirvientas de la casa habría llamado la atención el hecho. Tú fuiste llamada y estuviste con la guardia civil durante la investigación del asunto de tu hija ¿No te hablaron de la muerte de una de las sirvientas de la casa? —se dirigió a Lissette.

—No. No recuerdo que nadie mencionase nada de eso y me habría llamado la atención el hecho —la madre de Gabrielle volvió a tomar asiento vivamente interesada— Tiene que ser importante porque Gabrielle lo ha mostrado, pero es un dato que en esa época pasó desapercibido para las autoridades. Recurriré a la agencia de detectives que investigó a los Pinel —levantó la cabeza hacia Marina— Hay que descubrir que pensaron las autoridades que ocurrió con esa mujer porque está claro que fue asesinada pero esa muerte no se relacionó con la serie de sucesos que culminaron con la desaparición de mi hija —se levantó decidida— llamaré inmediatamente.

Tanto Marina como Irene asintieron con la cabeza y se pusieron en pie.

—Mientras tú te ocupas de eso saldré a dar un paseo —dijo Marina— Necesito tomar el aire y despejar la cabeza. Tengo que pensar con calma.

—Iré contigo —añadió Irene que notó que su amiga quería seguir discutiendo el asunto sin la presencia de Lissette.

—De acuerdo, pero no tardéis demasiado. La comida está casi lista.

—Marina cruzó la chaqueta sobre el pecho al salir al porche mientras esperaba a Irene que había ido a buscar algo de abrigo al dormitorio. Lucía sol débil y mortecino pero el cielo aparecía gris y la temperatura era fresca. Bajó los escalones y fijó la vista en la imagen piramidal del monte en la lejanía, volvió levemente la cabeza al sentir los pasos de su amiga.

—¿Y bien? —preguntó Irene al llegar a su altura— ¿Qué piensas?

—Adrián se me ha declarado hoy justo antes de la visión de las joyas, de hecho, me besaba cuando sucedió.

Irene tomó su tiempo pensando.

—Bien, cuéntame.

—Llegué temprano y estuve bastante tiempo ocupada en los pedidos, pero pese a lo que te comenté anoche de que no sucediese nada entre nosotros hasta que esto se aclare— Marina hizo una breve pausa— mis ideas tomaron otro camino. Intenté razonar conmigo misma que Adrián, aunque fuese inocente está lleno de defectos. Esa historia con Gabrielle es fea, además fue cruel con Lucía pasando a verla solo unos minutos al día. Ella tuvo que sufrir mucho con eso.

—La relación con Gabrielle es excusable por su edad Marina y tú misma has visto como le acosaba —respondió Irene— Y en la actuación con su ex mujer sabes las razones —se volvió hacia su amiga— ¿Qué estas tratando decir?

—Pues que pese a todo esa mañana mi mente divagaba. Me di razones a mí misma para creer en su inocencia sobre los crímenes, y de alguna forma me dije que porque no seguir adelante si me gustaba. Me levanté y busqué una excusa para ir a su despacho. Reconozco que estaba defraudada de que no pasase a saludar. Cuando entré le encontré con Crista sentada sobre él. Abandoné el despacho y después fue cuando entró él en el mío. Me dijo que Crista no le interesaba y que estaba enamorado de mí. Ya sabes el resto. Cuando en la visión vi que Gabrielle le entregaba las joyas sentí angustia —se giró hacia Irene con una línea de preocupación atravesando su frente— Ahora no sé el papel que juega en esta historia y mis sentimientos son de lo más inoportunos.

—¿Crees que él puede ser el asesino de Gabrielle?

—Yo ya no sé nada Irene, pero como he dicho ahí dentro es difícil creer que pueda ser un asesino múltiple.

Pasó las manos por el pelo que alborotaba el ligero viento procedente de la montaña mientras Irene la observaba con atención.

—¿Que sientes por él Marina? —preguntó de pronto.

—No es momento para sentir nada —suspiró con gesto angustiado— No hasta que esta historia se aclare.

—El deseo de no sentir no evita que los sentimientos surjan Marina.

—Como quisiera estar en casa —deseó en voz alta— Alejarme de todo

esto.

—Y volverías con Gabrielle en tu cabeza. Temo que estas atrapada en esta situación hasta que la resuelvas.

—Lo sé, era sólo un deseo Irene —echó a andar hacia la vegetación seguida de su amiga— Intento buscar una explicación al asunto de las joyas y al porque Adrián no dijo que estaban en su poder.

—Mal que nos pese Marina, Lissette tiene razón en eso. Si Adrián hubiese dicho que Gabrielle no tenía las joyas el caso se habría enfocado de otra forma y quizá la hubiesen encontrado y por ende al asesino. Quizá se las quedó por su valor. Tu misma dijiste que eran joyas muy valiosas.

—¿Y para qué querría un chico de diecisiete años eso? No creo que esa fuese la razón por la que no dijo nada —se volvió hacia su amiga— o puede que pensara realmente en la versión que le dieron de que Gabrielle se había fugado con el chófer y no hablase para no tener que explicar a su padre porque ella le entregó las joyas a él para venderlas.

—Esa historia falla en un punto Marina, ni el chófer ni ella tenían dinero y se supone que necesitaban capital para comenzar una nueva vida. Si Adrián pensó que huyeron juntos debió pensar en... —Irene suspiró con desaliento— Esa explicación hace aguas.

—Y todas las que busquemos —apoyó la espalda en un árbol de cara a la casa— La única que puede arrojar luz sobre todo esto es Gabrielle cuando se canse de jugar.

—¿Crees que está jugando?

—¿Tú no? —la miró irritada— Puede acabar con esto cuando quiera con sólo mostrar el momento de su muerte. Además, hay que preguntarse porque besó a Adrián a través de mi en la galería. ¿Qué pretende? Tengo la sensación de que va marcando el camino mostrando imágenes con un propósito que me inquieta —hizo una mueca amarga —Un propósito Irene en el que yo soy su instrumento.

—Confiemos en que estés equivocada. Esto no es una ciencia exacta amiga, no sabemos los recursos de Gabrielle. Quizá no conoce otra forma de comunicar lo que quiere.

Marina que en ese momento miraba hacia la casa divisó a Lissette haciendo

señales con la mano llamándola. Indicó a Irene con un gesto ambas caminaron hacia la madre de Gabrielle.

En la mente de Marina se agolpaban las imágenes que su hija había ido

mostrando, cómo un puzzle diabólico que no lograba encajar. Estaba agotada, cansada de la hija de Lissette. Pero por más vueltas que le daba no había más salida que seguir adelante. Marina expulsó todo el aire de sus pulmones y se detuvo a volver a llenarlos en el porche de la casa antes de entrar, cómo buscando en ese gesto, unas fuerzas que cada vez flaqueaban más.

Durante el almuerzo el silencio fue la nota dominante con las tres mujeres sumidas en sus pensamientos. Casi en los postres Ivette, la sirvienta francesa comunicó a Lissette una importante llamada y ésta se excusó. Diez minutos después tomaba asiento con una sonrisa satisfecha.

—La llamada era de la oficina de los detectives, han conseguido la información que pedí —dijo mientras negaba a su doncella una porción del pastel de nueces del postre— Tomaré un café Ivette, gracias.

—¿Qué han dicho? —inquirió expectante Marina.

—La mujer se llamaba Joaquina Sánchez y la versión oficial es que sufrió un accidente un día antes de la muerte de Matilde cuando regresaba al pueblo precisamente de casa de los Pinel. Su cuerpo se encontró estrellado, no cayó al agua del pantano, estaba entre las rocas y se pensó que resbaló con el barro porque había llovido —se interrumpió para mirar a Marina— ¿En tu visión estaba la carretera mojada?

—Sí, en ese momento no llovía, pero el cielo estaba bastante cubierto y el asfalto de la estrecha carretera se veía mojado. No puedo creer que el asesino tuviera tanta suerte como para que su crimen quedase encubierto y tomado por un accidente. Supongo que se practicaría una autopsia y tendría que revelar que recibió un fuerte golpe que nada tenía que ver con la caída. Si no se dieron cuenta fue una autopsia bastante negligente. Es increíble que pasen estas cosas.

—Pues ya ves que sí —Lissette se reclinó hacia atrás mientras su doncella depositaba la taza de café en la mesa— Recuerdo la ruta del pueblo a la casa Pinel bordeando el pantano y aunque no sé el lugar exacto si había zonas muy estrechas en las que si caminabas muy al borde podías caer con facilidad, si además había barro y no se investigó a fondo el asunto no es raro que se diese como accidente —suspiró con lentitud— Así que tenemos el crimen de la asistente de Matilde un día antes de su muerte y mi hija lo presencié. La duda ahora es si el asesino se percató que ella había visto como sacaba a Joaquina de la carretera. Quizá la asesinó por esa razón.

Marina se sirvió una taza de café con calma antes de contestar. Irene rehusó con un gesto cuando la doncella le ofreció una taza.

—No creo. Conozco la zona de cuando estuvimos por allí, es una curva que hace el pantano. El lugar donde se encontraba Gabrielle está protegido por árboles y vegetación. El coche quedaba lejos y dudo mucho que lograrse ver qué ella estaba allí mirando, pero sí creo que Gabrielle sabía quien conducía ese coche.

—¿Qué te hace pensar eso? —interrumpió Irene.

—No lo sé. Es una impresión mía. La forma en que se desarrollaron los acontecimientos después. Las prisas por huir —se dirigió a Lissette— tu hija presionó mucho a Adrián para que vendiese las joyas, no fue diplomática para convencerle para escapar con ella. Le apremiaba.

—¿Crees que planificó escapar por esa razón? —se extrañó Lissette.

—Marina suspiró con cansancio y apuró el resto del café antes de responder.

—No lo sé. Esta historia es tan extraña. Tu hija va mostrando imágenes cada vez más desconcertantes que en ocasiones no le ves relación a unas y a otras.

—Sigo pensando lo que te dije en otra ocasión Marina. Tarde o temprano todas las piezas encajaran y esto tendrá sentido.

—Sí —afirmó angustiada Marina— pero ¿Cuándo terminará? Estoy agotada Lissette y no sé cuánto tiempo más voy a poder soportar esto.

La respuesta quedó en el aire y de nuevo un pesado silencio de apoderó de las tres mujeres sentadas a la mesa hasta que el sonido del teléfono móvil de Marina las sobresaltó. Miró el número, hizo un gesto significativo antes de contestar.

—Hola Adrián —dijo sin entusiasmo.

—¿Cómo te encuentras?

—Algo mejor. Creo que ha sido un enfriamiento —siguió hablando mientras miraba las dos caras expectantes de sus palabras.

—¿Vendrás mañana a trabajar?

Marina dudo unos segundos. Recordó la escena vivida en el despacho y las pocas ganas de volver a repetir momentos como esos. Los ojos de Lissette estaban fijos en ella como si adivinara la pregunta que acababa de hacer Adrián. No era posible huir de esto. Le gustase o no estaba condenada a llegar hasta el final. Tomó aire antes de proseguir.

—Claro Adrián. Allí estaré.

—Si quieres paso a buscarte a las ocho. Tenemos que acercarnos a Madrid para unos asuntos. Me parece una tontería que te traiga el chófer de tu madre y

partamos poco después desde aquí.

—Bien. Estaré lista a esa hora.

—Estupendo. Hasta mañana entonces.

—Hasta mañana.

—Marina —llamó antes de que ella cortase—. ¿Te ocurre algo?

—No ¿Por qué? —arrugó la frente ante la pregunta.

—Te noto apática.

—Tengo algo de fiebre Adrián, pero mañana estaré bien. Te estaré esperando a las ocho en la puerta.

—De acuerdo. Un beso.

Quedó unos segundos mirando el teléfono con la comunicación cortada. Un beso, había dicho con naturalidad. Depositó con lentitud el móvil sobre la mesa. Esto era lo preocupante. Había dicho que estaba enamorado de ella y su actitud sería difícil de manejar. Después de las imágenes que le había mostrado Gabrielle y su implicación en el tema de las joyas su inocencia en su muerte quedaba bastante comprometida, de hecho, le convertía en el candidato con más opciones.

No tenía ni idea de cómo manejar esa situación ni cómo evitar sucumbir a sus deseos de huir de todo el asunto. Volvió a levantar la vista a Lissette que de nuevo como si adivinara sus pensamientos le devolvía una sonrisa afectuosa de ánimo.

—No sé si voy a poder con esto. Dijo estar enamorado y no quiero escenas amorosas, no puedo, con la duda si él es...

—Lo conseguirás Marina —la interrumpió la francesa— no hace falta que le rechaces. Pídele tiempo. Conoce tus circunstancias, sabe que has roto hace poco un compromiso. Es natural que te lo pienses un poco antes de lanzarte a otra relación.

—Espero que funcione —añadió triste —Me está matando esta tensión.

—Lo sé, cielo —respondió Lissette con cariño— Lo sé.

No respondió, hizo un gesto de cansancio y se levantó con intención de dirigirse a su habitación. Cambió de idea, en realidad tampoco le apetecía encerrarse en el dormitorio y seguir dando vueltas a lo mismo una y otra vez. Su estado de ansiedad subía por momentos.

Intentar dejar la mente en blanco viendo algo en la televisión, quizá una película.

Tomó asiento en el salón delante de la pantalla pulsando el mando y mirando sin ver un programa tras otro. Lo dejó al fin en un documental

turístico sin demasiado interés. Unos minutos después tomaron asiento Irene y Lissette.

—Lo siento Marina—dijo ésta tras unos minutos provocando un gesto de no comprender a que se refería —Toda esta situación que estás viviendo. Me siento responsable.

—No es culpa tuya Lissette.

—Yo te pedí que investigásemos la muerte de mi hija. Te introduje en la casa de los Pinel.

—Tu sólo aceleraste y facilitaste el proceso. Tarde o temprano yo misma habría llegado hasta aquí como llegué a la casa del pantano. Gabrielle se encargaría de... —respondió con una sonrisa triste— Tu hija estaba decidida desde que accedió a mí a través de ese mueble.

La francesa tomó aire antes de volverse a mirarla.

—De la actitud de Gabrielle y de su forma de actuar también me siento culpable —reclinó el cuerpo haciendo una pausa— Creo que me equivoqué.

—¿En qué te equivocaste? —preguntó Marina.

—Debí educarla de otra forma o quizá debí ser menos egoísta cuando estuve enferma. Creo que fue en ese periodo en el que tuvimos que mal vivir con el poco dinero que ganaba cuando se obsesionó con salir de la pobreza a toda costa. A cualquier precio —la madre de Gabrielle jugó con su anillo dando vueltas en el dedo con la mirada perdida en las imágenes de la televisión— Si hubiese llamado a los servicios sociales ella habría estado atendida y sin faltas en ese periodo, pero tenía tanto miedo a no poder recuperarla...

Dejó la frase sin terminar y bajó la cabeza pensativa.

—Creo que hiciste bien —intervino Irene— Cuando intervienen los servicios sociales hay que pensarlo dos veces. Es fácil que se hagan cargo de un crío cuando hay problemas, pero cuando la situación ha vuelto a la normalidad no lo es tanto que te lo restituyan sin mirarte con lupa y creo que muy pocos padres pueden superar la prueba.

—Y eso contando que Gabrielle hubiese estado de acuerdo —añadió Marina— Cuando me contaste el episodio creo recordar que ella se negó en rotundo.

—Si, se negó —afirmó Lissette— pero la decisión final era mía y no puedo negar que en el fondo me alegré que ella tomase esa actitud. Tenía demasiado miedo a perderla, pero hay decisiones que te persiguen toda la vida

—una mueca de angustia apareció en su cara— Esta es una que me ha atormentado siempre, más aún tras su desaparición en estos años. La duda del rumbo que habría tomado la vida de Gabrielle si hubiese sido más valiente.

—Pensar que podría haber sido es una pérdida de tiempo Lissette — Marina puso su mano sobre la de la francesa— Supongo que todo sucede por una razón que no siempre alcanzamos a comprender, pero no creo que seas responsable del comportamiento de tu hija.

—Fui complaciente con su conducta, aun cuando veía que no era correcta. Me hacía confidencias, me contaba todas sus ideas, sus cosas. Era para ella como la mejor amiga que nunca tuvo —la madre de Gabrielle agradeció con una sonrisa el apretón afectuoso de su mano— Mi hija necesitaba una madre, no una amiga

—Nunca le faltó amor —dijo Irene.

—Entonces me sobró amor y me faltó autoridad —contestó con un gesto dubitativo.

Marina contempló pensativa a Lissette unos instantes.

—¿Porque estas reflexiones ahora?

—Porque al igual que tu no termino de comprender que pretende mi hija Marina. Tienes razón, podría mostrar al asesino ya y en lugar de eso se apodera de tu voluntad. Cuando pensábamos que era para descartar a Adrián y ayudarte a descartarle tenía sentido —suspiró con desaliento antes de continuar— Ahora estoy tan perdida como tú en cuanto a sus intenciones. Francamente, no sé qué quiere hacer.

Ambas mujeres se miraron en silencio, Marina estuvo tentada de seguir y compartir con ella todas las dudas y desconfianza que su hija le provocaba, pero percibió que todo eso ya estaba atormentando a Lissette. Era una buena mujer que se convirtió en madre siendo aún una niña y que trató de educarla lo mejor que pudo dentro de sus escasas posibilidades.

No, no era cuestión de agobiarla más y era evidente que ella no dejaba de pensar en ello.

Soltó su mano después de otro suave apretón y se reclinó en el sillón tras intercambiar una mirada de comprensión con Irene. Cerró los ojos y aspiró hondo. En esta situación no había escapatoria y más le valía armarse de paciencia y esperar que la difunta hija de Lissette siguiese mostrando imágenes o sus intenciones de una vez. Que todo tenía una intencionalidad estaba claro y ya no era solo ella quien pensaba eso, también su madre había llegado a la misma conclusión.

Llevaba cinco minutos en el porche, volvió a mirar el reloj. Adrián se retrasaba casi diez. En realidad, llevaba esperando sentada en el salón más de una hora. Se había despertado antes de las seis. Consecuencia de acostarse temprano.

En un lugar donde te sientes desubicada, con un problema como el suyo donde el ritmo de los acontecimientos lo marca la voluntad de un espíritu poco se puede hacer. Después de la conversación con Lissete la tarde anterior, Irene y ella convencieron a la madre de Gabrielle para acudir a una obra de teatro en Madrid, para animarla un poco. Tras la reticencia de la francesa accedió con la compañía de Irene. La presencia de ella en un espectáculo después de excusarse por enfermedad no hubiese sido adecuada. Eso la dejó sin nada que hacer y con toda la preocupación rondando su cabeza. Decidió que una cena frugal, una buena ducha y algo de lectura era un buen plan. La incapacidad de concentrarse la forzó a cerrarlo y el sueño como única opción. Eran poco más de las diez cuando se quedó dormida.

Había escuchado varias veces las mismas noticias desde que se levantó a las seis y a las ocho en punto salió al porche a esperar al menor de los Pinel.

Bajó más el gorro y subió el cuello del abrigo. La mañana había amanecido fría y ventosa. Las ocho y cuarto. Estaba a punto de entrar de nuevo cuando reconoció el auto que entraba por el desvío.

—Perdona el retraso. He encontrado a mi padre en el desayuno y me ha entretenido un poco —dijo a modo de saludo—. ¿No habrás esperado en el porche con este frío?

—Buenos días —respondió lacónica— Si, pensé que llegarías puntual. Estaba a punto de entrar.

Adrián estudió su expresión unos segundos. El saludo había sido seco. Marina intentó mantener la cara al frente, pero él la giró tomándola de la barbilla.

Una mirada limpia, ligeramente melancólica y un temblor en los labios a causa del frío pasado. La atrajo hacia él y la besó entreteniéndose con sus labios. Intentó protestar. Demasiado débil por el poco efecto que consiguió en

él.

Bajó la mirada cuando tras el beso, Adrián le acarició la mejilla y en un susurro pidió que arrancase.

Esto no iba bien, se dijo. Necesitaba una conversación para enfriar los acercamientos de Adrián, pero este no era el momento.

En el camino cuando atravesaban el pueblo pensó en la razón de ese viaje a Madrid, no recordaba entre los asuntos que había despachado el día anterior nada pendiente relacionado con la capital.

—¿Para qué vamos a Madrid? —preguntó.

—Cuando lleguemos.

Enarcó una ceja ante la respuesta. Si era algo relacionado con la firma no entendía el misterio y si no era debería decirle a Adrián que era poco amiga de sorpresas.

Suspiró acomodándose en el asiento, al menos antes lo era, de un tiempo a esta parte se estaban rompiendo todos sus esquemas y las sorpresas eran una constante en su vida.

Unos años antes Marga, Irene y ella habían hablado de algo así. Marga decía que las rutinas daban seguridad, una sensación de control, Irene siempre sostuvo la teoría de que había que estar abierta y receptiva a todo tipo de cambios en la vida, que eso facilitaba la adaptabilidad. Durante toda su vida estuvo más cercana a las ideas de Marga sobre ese tema. Todo su mundo antes del accidente había estado dominado por el orden. No pudo evitar un gesto irónico al recordar lo sucedido entre Alberto y Marga. Lo que hizo no podía ser más contradictorio con su teoría de vida planificada. Al final no le quedaba otra que dar la razón a Irene, la vida es un imprevisto tras otro y era más fácil una mentalidad adaptable y flexible. Añadía calma y eliminaba ansiedad. Irene siempre tuvo una capacidad envidiable para eso. Tendría que imitarla a partir de ahora. En los últimos meses todo lo sucedido en su vida daba la razón a su amiga.

—Vas muy callada —dijo Adrián sacándola de sus cavilaciones.

—Estaba pensando.

—¿Se pueden compartir esos pensamientos?

—Son sobre filosofía de vida —respondió sin mirarle— Sería demasiado largo de explicar.

—Inténtalo— insistió apartando la cara un momento de la carretera para mirarla —aún nos queda un buen trecho hasta la capital.

—Pensaba en mi vida de antes, en mis rutinas y en la seguridad que dan

estas y en cómo ha cambiado en estos últimos meses. Mi amiga Irene siempre sostuvo que hay que tener una mentalidad adaptable a los cambios. Te evita stress según ella.

—Estoy de acuerdo Marina —afirmó sin desviar la vista de la carretera— Es imposible controlarlo todo. La vida es un imprevisto continuo y la poca seguridad que se puede obtener está en la prevención de algunas pocas cosas, aun así, otras muchas siempre quedan en manos del azar y es mejor enfrentar todos los sucesos que van surgiendo con buen talante y si es posible con sentido del humor. Creo que es la mejor actitud.

—Había llegado a esa conclusión en mis reflexiones, aunque depende del tipo de sucesos que aparecen. Algunos pueden ser surrealistas.

Adrián notó el tono amargo y el gesto melancólico en las últimas palabras. En la conversación que tuvieron en una ocasión en la oficina le había dicho que tenía un problema del que no podía hablar, que aún no podía. Pensó en seguir interrogándola, pero tuvo la certeza que no le contaría nada. Sea lo que fuere que la atormentaba era grave, habría que buscar el momento adecuado para intentar penetrar en su hermetismo. No sabía como pero seguro que si se dejaba él podría ayudarla.

Marina había puesto una música suave y concentró su atención en el paisaje que se veía desde su ventanilla. Una forma de levantar una barrera, pensó él, de dar por finalizada la conversación. Era mejor no insistir, tenía la suficiente psicología para comprender que Marina no compartiría por las buenas sus problemas. Tenía paciencia, ella ignoraba la paciencia que podía llegar a tener cuando algo le interesaba y esa mujer le interesó desde el primer momento que la vio, y mucho.

La conversación no volvió a reanudarse hasta entrar en Madrid, ella volvió a preguntar dónde iban al pasar de largo la joyería de los Pinel y las oficinas de la firma en la capital.

No contestó ante su gesto interrogante cuando se internaron en la avenida de Alberto Alcocer, y se desvió después hacia la calle Juan Ramón Jimenez.

Aparcó en una zona arbolada y no pudo evitar una sonrisa ante la cara expectante de ella.

En silencio la cogió del brazo y la condujo ante un edificio, Marina se detuvo ante la puerta y se negó a entrar si no le decía que era ese lugar y a que iban allí.

—Es el apartamento de Lucia, el que compré algunos años después de establecerme como abogado. Aquí tuve mi primer despacho antes de crear el

bufete con otros dos socios —explicó al fin Adrián— Aquí vivimos los años que estuvimos casados. Se lo dejé tras el divorcio y aquí vivía ella antes de que la enfermedad le impidió valerse sola.

—¿Y para qué venimos aquí? —inquirió extrañada.

—A recoger sus cosas y varios encargos que dejó por escrito —alargó su mano y asió la de Marina— Ayer pasé la tarde recogiendo sus pertenencias con Consuelo en casa, pero aún queda este lugar. No quería hacer esto solo— apretó aún más su mano— Espero que no te importe ayudarme.

—Claro que no —arrugó la frente con enojo—. Me quedé contigo durante el sepelio, pero no entiendo porque no me has dicho nada. No sé por qué has mantenido el misterio.

—Se que estoy abusando con todo este asunto, pero también sabía que si estabas aquí ya no te negarías.

—No me habría negado, aunque no me hubieses traído hasta aquí Adrián. Sólo tenías que pedírmelo. A pesar del poco tiempo que nos conocimos, Lucia era importante para mí.

Adrián se llevó su mano hasta la boca y la besó.

—Presentía que dirías eso, pero es estupendo comprobarlo.

—No perdamos el tiempo —dijo con suavidad mientras recuperaba su mano y se apartaba para dejarle paso y seguirle al interior del portal.

Un inmueble de lujoso, pensó camino de los ascensores mientras atravesaban la entrada. Adrián pulsó el último piso.

Un ático. Recordó que había sido un abogado de fama. Por el poder adquisitivo que se necesitaba para comprar ese apartamento antes de montar el bufete con los socios ya debía ganar bastante.

El vestíbulo la recibió con una hilera de retratos de Lucia en blanco y negro en distintas poses. Fotos artísticas y se extrañó de ese narcisismo de su breve amiga, era algo que no cuadraba con la mujer agonizante que ella conociera.

—El último novio de Lucia era fotógrafo profesional, bastante bueno ¿No lo crees así? —dijo Adrián a su espalda y como si hubiese adivinado sus pensamientos—. No es que le gustase mucho tanta foto suya, pero a Rodrigo le gustaban y después las dejó. Son buenas y ella estaba espléndida.

—¿Qué ocurrió con ese Rodrigo? —dijo volviéndose hacia él.

—Lo que ocurre en muchos casos. Cuando le diagnosticaron el cáncer él estuvo a su lado. Dijo que lo afrontarían juntos —Adrián hablaba mientras se adentraba en el apartamento seguido de ella— Las buenas intenciones en

muchas ocasiones causan más daño que bien. Lucia le dio la opción de dejarlo apenas supo la noticia. Hubiese sido mejor para ella.

—¿Qué pasó? —preguntó distraída en la decoración del salón.

Sencillo y cálido como la personalidad que conoció de Lucia. Imaginó que ella redecoró el apartamento tras el divorcio o quizá tras comunicarle su enfermedad. Era femenino hasta el último detalle, con mezcla de estilos modernos sin demasiados muebles. Si había que destacar algo era la armonía en el conjunto con predominio de blanco y tierra, con algunos tonos de rojo.

—Al principio bien en la intervención, intentó estar a su lado en la quimioterapia, pero no podía superar su aprensión. Lucia notó que no podía besarla y abrazarla como antes. Fue muy doloroso para ella.

—Bueno de eso sabes tú bastante —añadió maliciosa.

—No es lo mismo —respondió acusando el golpe— Lucia siempre supo la historia de mi madre. Mi aprensión a estos temas y aun así yo siempre estuve ahí.

Suspiró irritada consigo misma. Era un tema reiterado y superado. Decidió no seguir por ahí e hizo un gesto juntando las manos a modo de disculpa que provocó un gesto cómico en él aceptándolas.

—¿Qué vamos a recoger de aquí? —preguntó cambiando de tema— supongo que toda la casa contiene cosas de ella. Creo que hasta la misma decoración es cosa suya.

—No te equivocas. Lo cambió todo tras romper con Rodrigo. Dejó las fotos para recordarse a si misma que volvería a tener ese aspecto.

No pudo evitar una sonrisa, su padre siempre le decía que tenía un ojo especial para analizar personalidades según la decoración. Esta era de una persona vitalista, los tonos rojos hablaban de la pasión por la vida, y pensó con tristeza que hubiera merecido ganar.

—Tengo que recoger una serie de cosas que ella quería regalase a unas amistades, por cierto —dijo volviéndose mientras descorría las cortinas inundando la estancia de... —Ayer comentó Consuelo que Lucia le había dicho que los vestidos de noche fuesen para ti. Si tú los quieres por supuesto. No estrenó ninguno.

—Claro que sí y aunque los hubiese estrenado, es una pena que no tuviese tiempo de disfrutar de ellos. No entiendo porque tiene que dejar nada a las amistades —contestó enfadada—. ¿Dónde estaban esas amistades cuando murió?

—La mayoría lejos de aquí. Eran compañeras de carrera con las que

estuvo muy unida —dijo comprensivo Adrián— Mucha gente estudia en Madrid y después vuelven a sus ciudades de origen, pero siempre se mantuvo en contacto con todas. En esta enfermedad era imprevisible el desenlace. Desde que la desahuciaron la muerte podía sobrevenir en semanas o en meses. Era difícil que abandonasen sus ocupaciones a la espera del momento y Lucia tampoco lo hubiese permitido. Además, es mejor así. Si no reparte sus cosas entre sus amigos pasaría a su padre como heredero directo.

—Ah no, eso sí que no —exclamó vehemente— ese hombre no merece nada de ella.

—Tranquila —añadió pausado— No verá nada de Lucia. Esta casa es mía. Yo se la cedí, pero nunca dejé la propiedad. El coche se regaló a un amigo que atraviesa un mal momento hace seis meses y el dinero que tenía ahorrado fue depositándolo en distintas cantidades en una cuenta a nombre de Teresa. Su mejor amiga —explicó a un gesto interrogante de Marina.

—No recuerdo a ninguna Teresa en el funeral —comentó tomando asiento en uno de los sofás blancos para probarlos.

Adrián se sentó a su lado para disgusto de ella.

—Teresa vive en Florida. Está atada allí desde hace dos años.

—¿Atada? —preguntó sin comprender.

—Se casó con un millonario norteamericano. Tuvieron una niña que ahora tiene tres años. Hace dos pidió el divorcio y la custodia. Desde entonces sostiene una guerra de tribunales, con el agravante de que es extranjera y él un hombre rico y respetable con capital ilimitado en el país donde el dinero lo puede todo. Cuando Lucia tuvo la idea de que sus ahorros fuesen a manos de Teresa en lugar de su padre me pareció genial. Fui yo quien sugirió la cuenta como devolución de un préstamo de Teresa que nunca existió. Por si el padre investiga y reclama alguna herencia. Te aseguro que Teresa estaba destrozada por no poder acudir al funeral. Tiene la custodia, pero no puede abandonar el país con la niña y por supuesto no podía pedir al padre que se quedase con ella. Lo más seguro es que no hubiera podido recuperarla sin pasar por los tribunales de nuevo.

—Que historias. Supongo que cuando se casó no se le pasó por la cabeza el infierno que la esperaba con ese matrimonio.

—Ni por lo más remoto. Se casó muy enamorada de ese tipo. El príncipe se transformó en sapo —Adrián se encogió de hombros— Al menos el padre de Lucia no recibirá el dinero si reclama la herencia de su hija y una buena mujer tendrá más oportunidades de enfrentarse en los tribunales con ese hombre con

un buen abogado para un acuerdo definitivo.

—No creo que se atreviese.

—Cualquiera sabe. Si lo hace no encontrará nada. Lo que vamos a recoger son sus joyas y ya tienen destinatarias según su testamento.

Mientras hablaba, Adrián jugueteaba distraídamente con un mechón de su cabello para incomodidad de ella. Intentó levantarse, pero tiró de su mano haciendo que cayese sobre él. Cuando intentó besarla Marina colocó las manos en su pecho.

—Adrián hemos venido a hacer algo —dijo nerviosa— Deberíamos ocuparnos de eso.

—¿Por qué cada vez que intento besarte es una aventura?

—No hemos venido... —intentó repetir, pero él la interrumpió malhumorado.

—Sí, no hemos venido a esto, pero dime ¿Por qué no puedo besarte?

Consiguió zafarse de su abrazo y se incorporó. Caminó hasta el centro del salón mientras retorció nerviosa las manos. Se volvió hacia él que aún continuaba sentado mirándola.

—Necesito tiempo Adrián. He roto hace poco una relación de diez años con fecha de boda y vestido comprado. No es fácil. Compréndelo.

—Dijiste que no has pensado en él desde que rompiste ¿Recuerdas? —dijo levantándose y yendo hacia ella— No es eso. Es el mismo asunto que ya hablamos ¿Verdad? Ese del que no podías hablarme.

Bajó la cabeza. La excusa sugerida por Lissette no era válida. Había olvidado el incidente de la oficina cuando le dijo que tenía un problema del que aún no podía hablar. Adrián le levantó la barbilla para obligarla a mirarle.

—¿Es eso? —insistió.

—Sí, tengo que resolver un asunto —se incorporó y quedó de espaldas a él mirando por la ventana la arboleda donde habían aparcado.

—¿Qué tiene que ver ese asunto con nosotros?

Pasó la mano por el pelo y una mueca de cansancio apareció en su rostro antes de volverse y encararle.

—No me preguntes más Adrián. Te agradecería que nos centremos en lo que hemos venido a hacer y dejemos este asunto.

Caminó hasta donde estaba ella y la asió con fuerza de los hombros obligándola a mirarle.

—Cuéntame el problema Marina. Estoy seguro de que puedo ayudarte. Compártelo conmigo. Si es algo que afecta a nuestra relación entre los dos

encontraremos la solución. Confía en mí.

—Este tema tengo que solucionarlo yo sola Adrián —su cara se tornó angustiada— Por favor no me presiones. Necesito tiempo.

Dejó caer las manos en un gesto de impotencia.

—Estoy convencido que podría ayudarte, pero no te presionaré Marina. Sólo prométeme que pensarás en lo que te he dicho. Durante mis años de abogado he visto problemas que parecían irresolutos, personas agobiadas que no veían salida y al compartirlos no eran tanto.

—Está bien, lo pensaré —dijo aliviada al encontrar una salida cómoda— Y tu promete que no habrá manifestaciones afectuosas hasta que yo resuelva este tema que me perturba.

—Con manifestaciones afectuosas te refieres a que no te bese. ¿Porqué? ¿Qué tiene que ver el problema del que no quieres hablar con nosotros?

—Necesito pensar con calma Adrián —respondió buscando una explicación convincente a algo que sabía no la tenía— Tengo que aclarar mis ideas antes de lanzarme a otra relación.

—Eso significa que el problema se relaciona con nosotros ¿No? —insistió incrédulo— Has afirmado que tu ex novio no era la razón, pero no encuentro otra a lo que me estas pidiendo.

—Me reafirmo en lo tocante a Alberto. Nada tiene que ver, es otro asunto y vuelvo a rogarte que no me preguntes pero que aceptes mi petición.

Adrián observó unos instantes el fondo triste de esos ojos castaños iluminados por el sol que entraba a través de las cristaleras. Ignoraba el problema y seguía sin entender la relación con ellos, pero estaba claro que fuese lo que fuese le afectaba, tanto como para provocar cambios de humor y esa profunda preocupación que adivinaba en la profundidad de su mirada. Si quería conseguir su confianza no era cuestión de presionarla. Afirmó con la cabeza varias veces y a continuación sugirió ponerse manos a la obra de lo que habían ido a hacer.

Agradeció el gesto con una sonrisa y le siguió al dormitorio que había sido de Lucia.

Tardaron casi una hora en inspeccionar y recoger los efectos personales según las indicaciones. Los colocaron en pequeñas bolsas con una nota para quien iba destinado y lo guardaron todo en un bolso grande que Adrián encontró en un armario.

Marina sostuvo abierta la puerta del ascensor mientras esperaba que Adrián cerrase con llave. Ya dentro él pulsó el botón y se apoyó en la pared

del ascensor mirándola con una sonrisa. También ella sonreía de una forma que le desconcertó.

Marina pulsó el botón de parada del ascensor ante el gesto de total desconcierto de Adrián. Se pegó a él y acercó sus labios a los suyos.

Perplejo dudó unos instantes después se dejó arrastrar por el deseo, la actitud apremiante de ella y sus labios exigentes. Notó las manos de ella bajo su jersey sacando la camisa del pantalón hasta llegar a la piel sin dejar de besarle, la imitó y sus manos acariciaron la espalda de ella hasta llegar al sujetar. De pronto se vio empujado con fuerza contra la pared del ascensor, Marina le miraba horrorizada y confundida mientras intentaba arreglar sus ropas.

—¿Estas loca? —no pudo evitar exclamar al ver las lágrimas que corrían por las mejillas de ella —¿Qué te pasa Marina? ¿Porque haces esto?

Hizo un gesto para que él no preguntase al tiempo que pulsaba el botón del ascensor, segundos después, cuando se abrió la puerta salió corriendo dejando a Adrián confuso y sin reacción durante unos segundos.

Reaccionó al fin, asió la bolsa del suelo del ascensor y salió tras ella pero al salir a la calle no consiguió saber cuál dirección había tomado.

Estuvo largo rato recorriendo la zona en distintas direcciones sin resultado, malhumorado, sin comprender que le pasaba a esa mujer caminó hacia el coche.

Marina con un incontenible ataque de llanto había conseguido entrar en una cafetería cercana antes de que Adrián la siguiera. La atravesó hacia los aseos ante la mirada sorprendida de un par de parejas que ocupaban las mesas.

En el interior del aseo dio rienda suelta al llanto. Intentó calmarse, se lavó la cara, intentando dominar sin conseguirlo la angustia y llamó a Lissette pidiendo que pasase a recogerla. Se negó a decir nada, sólo instó a que se diera toda la prisa posible

Salió y pidió un café con leche en la barra, a través de los cristales localizó a Adrián buscándola mirando a un lado y al otro. Caminaba de un extremo a otro de la calle.

Ella le observó hasta que finalmente, convencido de no encontrarla caminó hacia el coche, se giró en el taburete y se concentró en la tarea de remover la taza mientras intentaba contener las lágrimas que amenazaban con salir de nuevo.

Irene paseaba nerviosa fuera del chalet la llegada de Lissette y Marina. La doncella la informó de la precipitada salida de su ama a una llamada de su amiga mientras ella se había acercado al pueblo.

Algo grave tenía que haber ocurrido para que Marina pidiese a la madre de Gabrielle que la recogiese en Madrid. Algo grave con Adrián, quizá la tan temida y deseada visión de la muerte de la hija de Lissette. Irene cruzó con preocupación los brazos sobre el pecho sin dejar los nerviosos paseos a un lado y al otro.

Si había visto a Adrián dando muerte a Gabrielle era comprensible lo poco que le había contado Lissette a través del móvil mientras iba camino de la capital a recoger a Marina, su amiga tenía que estar descompuesta de los nervios. Sólo le había dicho que la voz de Marina sonaba angustiada y que pasase a recogerla. Preguntó que había ocurrido con Adrián y la francesa dijo que no quiso comentar nada más. Ya contaría al llegar a casa.

Movió a cabeza a un lado y al otro ante la terrible situación de su mejor amiga. Admiró su coraje pese a todo. Ella estaría llamando a todos los especialistas conocidos en busca de una solución para librarse de la intrusa que la había invadido. Intentaba animar a Marina alegando las buenas intenciones de la muerta, pero en realidad si era buena o mala era indiferente. Era una invasora que actuaba por su cuenta. Ella se habría vuelto loca de desesperación. Marina estaba resultando más valiente y fuerte de lo que ella sería nunca.

Levantó con ansiedad la cabeza al oír el motor de un coche y el morro entrando por el pequeño camino. Se tensó al reconocer el vehículo de Adrián que se detuvo a su lado. Intentó disimular el gesto preocupado, Lissette y Marina estaban a punto de llegar. La presencia del menor de los Pinel era lo que menos necesitaban en este momento.

Intentó pensar deprisa, fingir ignorar los hechos era lo mejor. Sonrió afable a la figura que con gesto preocupado salió del vehículo.

—¿Está aquí Marina? —espetó Adrián sin saludar.

—¿No estaba contigo? —respondió Irene con gesto inocente— Creí que la habías recogido esta mañana.

Adrián pasó la mano por el pelo y soltó aire.

—No sé qué ha pasado —se encaró a Irene— No sé qué le ocurre a tu amiga. ¿A tenido problemas de desequilibrios nerviosos? ... —respondió adusta —¿Por qué preguntas eso?

—Tiene un problema grave, lo ha confesado, aunque no quiere compartir conmigo su preocupación, pero su modo de actuar es incomprensible y contradictorio.

Sus palabras confirmaban sus sospechas. Había ocurrido algo grave y los nervios de Marina habían saltado desconcertando a Adrián. Lissette y Marina estaban a punto de llegar y lo que menos necesitaba su amiga era encontrarle allí. Su mente trabajaba a toda velocidad tratando de encontrar las palabras adecuadas para alejarle cuanto antes de allí. Respiró hondo tranquilizando la voz todo lo posible.

—Tienes que entender que ha roto una relación de muchos años con fecha de boda. Ha dejado un trabajo de mucho tiempo y ha cambiado de ciudad. Es lógico que esté algo alterada ¿No te parece?

—Ella misma ha confesado que no es esa la causa —Adrián se apoyó en el coche y cruzó los brazos acomodando la postura— De hecho, ha dicho que no ha pensado en su ex novio en todo este tiempo.

Estupendo, pensó Irene, Marina poniéndoselo fácil. Hizo un gesto de ignorancia para ganar tiempo.

—Quizá lo dice para no hablar del tema. Tiene problemas con la familia, conocía a Alberto desde siempre, su madre vive en el barrio y es una de las mejores amigas de la madre de Marina —Irene pensó que quizá esa confesión tranquilizara a Adrián lo suficiente para que se marchase cuanto antes— Creo que los problemas de Marina son cuestión de tiempo. Su familia terminará aceptando lo sucedido como irremediable y la dejarán tranquila.

—No entiendo cómo pueden presionarla con algo así —se extrañó él— No ha sido ella la infiel. Es una actitud absurda. Su familia debería entender que ella ya lo está pasando mal. Menudo apoyo. Ahora entiendo el nerviosismo de Marina.

—Bueno —bufó Irene que temía haber errado con la excusa. Decidió cambiar la estrategia para ganar tiempo y que él no siguiese indagando más en la cuestión— Quizá estoy hablando demasiado Adrián. Estos son asuntos personales de los que solo Marina debería hablar contigo.

Y fue el tiempo lo que se acabó, el coche de Lissette entró por el sendero. Los músculos de Irene se pusieron en tensión. Adrián había conocido a la francesa, si la reconocía la historia podía llegar a complicarse más aún.

Adrián se incorporó abandonando su postura acomodada al seguir la dirección de la mirada de Irene y distinguir el coche, éste aparcó al lado del suyo.

Pasaron unos instantes eternos sin que ninguna de las dos mujeres, pilladas por la sorpresa de la presencia de Adrián se decidiera a abandonar el vehículo. Lissette busco sus gafas de sol en el bolso y fue la primera en abrir la puerta tras hacer un gesto al chófer de permanecer en su lugar. Marina la siguió después de coger aire para enfrentarse al hombre parado junto a Irene.

No había querido explicar nada a la madre de Gabrielle cuando la recogió en la puerta de un centro comercial cercano al domicilio de Lucia que había dado como referente cuando la llamó. Lissette observó los rastros del llanto en sus ojos y aceptó sin insistir que no quisiera explicarse en ese momento. Una reacción como esa en Marina tenía que haber sido provocada por algo grave y entendió que necesitaba tiempo para tranquilizarse.

Ahora, las dos mujeres se enfrentaban a una situación complicada con el hombre parado frente a ellas.

Marina tomó el control de la situación adelantándose. Se acercó a Adrián colgada del brazo de Lissette.

—Mi madre, Marita Medina —dijo intentando aparentar naturalidad.

—Encantado, señora —dijo extendiendo la mano.

Adrián observó a la mujer buscando parecidos con su hija. Se dijo que no se parecían en nada, de hecho, tuvo la sensación de algo familiar en esa mujer.

—¿Nos hemos visto antes? Tengo la sensación de conocerla.

Lissette alargó la suya con un leve temblor mirándole a través de sus demasiado claras gafas de sol. Veintiún años y el más joven de los Pinel recordaba sus rasgos.

—Mucho gusto —dijo procurando disimular su acento todo lo posible mientras estrechaba su mano— No creo —y su voz sonó demasiado seca recogiendo su mano y añadiendo— Si me disculpa —se internó en la casa dejando a Adrián desconcertado por la brusquedad de la mujer. Un silencio incómodo se creó en torno a las tres figuras paradas delante de la casa. La salida del chófer del coche y su posterior entrada en el chalet puso fin a la situación, forzando a Marina a tomar las riendas de nuevo, se volvió a su amiga.

—¿Puedes dejarnos a solos? —pidió con un hilo de voz. Irene afirmó y tras un gesto de cabeza a modo de despedida subió los peldaños del porche y se perdió en la casa.

Estuvo unos segundos mirando la puerta abierta por la que había desaparecido Irene, tomó aire mientras se volvía al hombre que esperaba expectante.

—Lamento lo sucedido en Madrid Adrián, aunque después de mi petición se que no tengo excusa.

—¿Es por tu familia? —inquirió él— Irene me ha comentado que te presionan para volver con tu ex novio. Eso explica la brusquedad de tu madre. Supongo que le has confesado mis sentimientos por ti.

Marina escuchó sorprendida y supuso que la pobre Irene había tenido que improvisar algo ante la presencia de Adrián. No era la mejor excusa a su absurdo comportamiento, pero dado su cansancio era admisible y una forma de desviar la atención de él al reconocimiento de la madre de Gabrielle.

—Sí —admitió cabizbaja— No es fácil que mi madre acepte que ya no habrá boda y ninguna posibilidad de reconciliación con Alberto —desvió la vista hacia el monte que se veía en el horizonte para evitar su mirada— Si me disculpas no me encuentro demasiado bien y la conversación con mi madre ha sido tensa.

—No me extraña si le has contado lo sucedido en el ascensor, aunque yo mismo estoy tratando de entenderlo.

¿Por qué pensó que se iba a marchar sin más? La angustia y la tensión de todo lo que estaba viviendo cayeron sobre ella dibujando en su cara una mueca dolorida.

Miró de frente a Adrián intentando contener las lágrimas que amenazaban con salir.

—Por favor no saques ese tema. Me avergüenzo de mí misma y no tengo excusa después de lo que pedí.

—Marina —dijo asiendo sus manos— Déjame hablar con tu madre. Esto es absurdo. Tiene que dejar de presionarte para que vuelvas con él. No se da cuenta que te está angustiando.

No había sido una buena idea y como pretexto a sus reacciones no se sostenía. Tragó saliva y mal que la pesara era mejor una verdad a medias.

—No es solo eso Adrián, si lo fuera podría manejar el asunto yo sola. Sé entenderme con mi madre, es..es un asunto más complicado del que no puedo hablar contigo. Un asunto que requiere algún tiempo —sus ojos se perdieron

en la mirada verde pardo del menor de los Pinel— Dame ese tiempo te lo ruego.

La observó un rato. La angustia que reflejaban sus ojos era auténtica, cualquiera que fuera el problema que tenía era importante.

—Déjame ayudarte Marina— insistió mientras tiraba de sus manos acercándolas a su pecho— Cuéntame de que se trata.

—A su tiempo Adrián— intentó liberar sus manos sin conseguirlo— Te prometo que te lo contaré todo cuando pueda. Ahora no y vuelvo a rogarte que te marches. Tengo que hablar con mi madre. No debí huir de esa forma y tampoco llamarla para que me recogiera. No le he contado nada y eso la ha puesto muy nerviosa —y con el secreto deseo de tenderse un puente— Ella quiere que volvamos a Almería. Nunca estuvo de acuerdo con mi idea de alejarme y venir a Madrid.

—Eso explica su reacción —soltó sus manos y afirmó con la cabeza— Esta bien Marina lo haremos a tu manera. Tendrás ese tiempo. Una semana como máximo, después quiero que me lo cuentes todo.

Suspiró con alivio y asintió a la petición. Había ganado tiempo. Una semana no era mucho, pero para ella ese tiempo viviendo en el infierno en que se encontraba era una eternidad insoportable.

Sea como fuere lo importante era que él aceptara marcharse sin presionarla más, ya vería cuando hablase con Irene y Lissette como abordaban el nuevo problema.

Adrián entró en el coche y ella quedó mirando el sendero aun cuando el vehículo hacía tiempo que se había ido, se volvió hacia las escaleras. Las dos figuras femeninas la observaban desde el umbral. Subió con paso cansino los cuatro peldaños.

Ahora quedaba lo peor. Contar a las dos personas que la miraban lo que había provocado esa huida aterrorizada de ella.

Y lo peor, que volviese a revivir la espantosa sensación que había sentido en el ascensor, cuando su inquilina indeseable, tomó de nuevo el control de su voluntad, dejándola aparte.

Lisette había dispuesto una bandeja con té en el salón. Marina tomó asiento y tras ella Irene y la francesa en torno a la pequeña mesa con el servicio. Ante el gesto de su amiga que la instaba a hablar se lo tomó con calma sirviéndose antes una taza de té, sorbió el contenido buscando algo que la confortase antes de enfrentarse a los recuerdos de lo sucedido en el ascensor.

—Ha vuelto a suceder Lisette —dijo finalmente tras depositar la taza en la bandeja— Cuando bajaba en el ascensor de casa de Lucia me he sorprendido besando a Adrián de una forma.. —se interrumpió bajando la cabeza y pasando con nerviosismo los dedos por la frente— No sé porque tu hija hace eso Lisette, no lo sé.

—Tampoco yo Marina —la francesa alargó la mano y cogió la de ella— pero eso no parece tan grave. Creí que habías visto que él la había matado.

—¿No te parece grave? —las lágrimas surcaron las mejillas de Marina cuando levantó el rostro hacia la madre de Gabrielle— No puedo volver a ver a Adrián ¿No te das cuenta? Tu hija quiere estar con ese hombre. Ignoro si es su asesino, pero ella quiere acercarse a él a través de mí. Creerá que estoy loca Lisette, acababa de pedirle que no tuviese gestos afectivos hasta que solucionase un problema y unos minutos después me lanzo como una fiera en celo sobre él. Aún no sé cómo he conseguido convencerle para que se marche sin explicaciones convincentes.

—Por no hablar de la suerte que hemos tenido de que no preguntase de que te conocía Lisette —intervino Irene— El corazón se me ha puesto a cien cuando ha preguntado.

La madre de Gabrielle suspiró con fuerza, ella también se había agitado cuando se encontró a Adrián de frente. Rezaba para que los años hubieran enterrado los recuerdos que sobre ella podía tener Adrián, en la memoria. Si recordaba quien era y si fuese él el asesino, la situación de Marina, la de ella misma podía comprometerse bastante.

—No me malinterpretes Marina —exclamó Lisette tras aseverar el

comentario de Irene con un gesto de cabeza— Todo lo que estamos pasando es grave, pero me ha asustado tanto tu llamada y el estado en que te he encontrado que temía algo mucho peor. Pensé que le habías visto asesinando a mi hija y te habías traicionado, no sé, que habías huido ante el miedo de que él te hiciese algún daño —apretó su mano con más fuerza— Sé lo mal que lo estas pasando y tranquilízate no tengo intención de pedirte que sigas con la investigación —movió negativamente la cabeza para enfatizar la decisión— Tú tenías razón, Gabrielle podría mostrar quien es su asesino de una vez por todas o al menos donde está su cuerpo.

Se incorporó y caminó hacia la ventana con la mirada perdida en el jardín.

—Tampoco yo comprendo a mi hija — dijo de espaldas— Estoy contigo en que está haciendo su propio juego Marina. Desde el principio nos está guiando para lograr sus planes, pero ya basta. Lo importante ahora es como vamos a salir de esta sin ponernos en peligro —añadió volviéndose hacia ellas.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Irene.

—Lo que digo es que hace un momento hemos estado en una situación crítica, si Adrián me hubiese reconocido y si es el asesino no estamos seguras.

—Eso es absurdo Lissette —Marina secó las lágrimas con el dorso de la mano— es abogado y sabe que ese crimen ha prescrito. Aunque nos descubriese no tiene nada que temer.

—A nivel de la justicia no —afirmó la francesa volviendo a tomar asiento y haciendo una pausa— Es una firma, no lo entendéis. La sociedad, el público. Un escándalo podría arruinar todo lo que ha levantado.

Las dos quedaron dubitativas ante las palabras de la madre de Gabrielle. Esa posibilidad había pasado por su cabeza sin analizar en profundidad las consecuencias. Marina pensó en un Adrián con ánimo homicida contra las tres mujeres y se negó esa imagen, no le entraba en la cabeza.

—Perdona, pero no puedo imaginar a Adrián quitándonos de en medio. Volvemos a lo mismo. En un arrebato puede, pero el crimen de Gabrielle frío, premeditado, las otras muertes y ahora que pueda venir contra nosotras me parece surrealista cuando pienso en él —se acarició el entrecejo con las manos antes de levantar la vista a las dos mujeres que la observaban—. ¿Qué has querido decir con cómo vamos a salir de ésta?

—Hay que dejar ese empleo sin llamar la atención —Lissette retorció las manos con nerviosismo— Ignoro si Adrián es el asesino de Gabrielle, pero esto se ha complicado con esta nueva situación, de cómo mi hija toma

posesión de tu consciencia y actúa por su cuenta. Estas sufriendo mucho Marina. Tienes los nervios destrozados y vives en un eterno estado de angustia —negó con la cabeza— No es esto lo que pretendía cuando comenzamos este asunto, tienes razón y mi hija parece más interesada en su pasión por Adrián que en descansar en paz. Además, si ve que abandonamos quizá te muestre donde está cuando vea que no te acercas más al Pinel.

—¿Se conservan los deseos carnales más allá de la muerte? —preguntó ingenuamente Irene— Sería una faena.

Las dos mujeres hicieron un gesto de ignorancia a su comentario encogiéndose de hombros.

Habían quedado pensativas en un largo silencio que fue roto por el sonido del móvil de Marina, ésta hizo un gesto de extrañeza al ver el número.

—Es Adrián.

—Si acaba de irse —se sorprendió Irene.

—Contesta —instó Lissette.

—Dime Adrián —respondió dudosa.

—Con todo este asunto he olvidado decirte que tengo que salir para París esta tarde Marina. Es un asunto urgente sobre la exposición que vamos a celebrar allí. Necesito que te hagas cargo de todo esto ¿Estarás aquí mañana? Estaré fuera un par de días.

—Claro Adrián. Ahí estaré.

—Me hubiese gustado que me acompañases —dulcificó el tono de...—. Tú y yo en la ciudad... —una pausa y ella temió que el faltara a su petición de evitar actitudes afectivas— La exposición está demandando muchos pedidos y necesita de alguien al mando. Tendremos tiempo cuando vayamos para la exposición allí.

Respiró aliviada al comprobar que se limitaba a cuestiones profesionales.

—Claro —dijo sin convicción— Que tengas un buen viaje.

—Hasta la vuelta. Un beso.

—Hasta la vuelta Adrián.

Depositó el móvil sobre la mesa y miró a las dos caras expectantes sentadas frente a ella.

—Adrián se marcha dos días a París. Tendré que ocuparme de todo mientras esté fuera.

—No me gusta Marina —Lissette arrugó el ceño preocupada— La idea era buscar un pretexto para no volver más a la casa Pinel.

—Si no acudo resultaría sospechoso, además él no estará y era lo que nos

preocupaba.

—No veo peligro si Adrián no está —intervino Irene— Por otro lado, no estoy segura de ese peligro —se volvió hacia Lissette— Estas dando por sentado que es el asesino y en eso ni Marina lo tiene claro. Ella quiere estar lejos de Adrián por la situación que puede provocar tu hija no por que esté convencida de que es el culpable de esas muertes ¿No es así Marina?

—Sí, así es. No tengo ni idea si es culpable o no. Tanta muerte no me cuadra en su personalidad —abrió las manos en un gesto impotente y reclinó el cuerpo en el sillón— Claro que no he conocido nunca a un asesino, pero no quiero estar cerca de Adrián mientras Gabrielle pueda apoderarse de mi voluntad y actuar con la suya— No quiero volver a pasar por la situación que he pasado hoy. Además, las excusas a Adrián por el comportamiento tan demencial que me está viendo son cada vez más insostenibles.

—He pasado un terror atroz cuando le he visto parado delante de casa esperándonos. Sus palabras cuando ha preguntado si nos conocíamos. Este ha sido un hecho imprevisto con el que no contábamos —la francesa hizo un gesto de desánimo— eso y la actitud de mi hija. No sé si Adrián es culpable, pero es peligroso si me reconoce tanto si lo es como si no.

Las dos chicas la miraron sorprendidas.

—Si me reconoce y aunque no tuviese nada que ver con los crímenes descubriría nuestro pequeño complot para introducirte en la casa y podría comentarlo con su padre o su... —negó con la cabeza— Sea como fuere nos pondría en una situación difícil si nos pide explicaciones y aún en el supuesto de que fuera inocente, la situación le coloca entre la verdad con las implicaciones que pueda tener y nosotras. Por no hablar que quedamos a descubierto ante el asesino sea el que sea de los tres. Este caso es muy grave para unas novatas como nosotras. Al principio era sólo la muerte de mi hija. Ahora sabemos que no sólo es ella, es la doncella y el chófer —Lissette mostró un rostro lleno de verdadera preocupación ante las dos chicas—No puedo evitar sentirme responsable de haberte metido en esta historia. No me gusta la idea de que vuelvas a esa casa, ni que sigas adelante con el asunto.

La francesa se levantó y fue hasta el mueble bar, se sirvió un vermut rojo y acariciando el vaso se apoyó en el mueble pensativa mirando a sus dos interlocutoras.

—Que se descubriese que soy la madre de Gabrielle es lo peor que podía ocurrirnos. No hay forma de poder explicar mi presencia aquí, por no hablar que me has presentado como tu madre —volvió a negar con la cabeza tras dar

otro trago a la bebida— No me gusta la idea de que vuelvas a esa casa Marina —repitió— Adrián podría recordar de repente porque le resulto conocida.

Irene afirmó con la cabeza aseverando todo lo dicho por la madre de Gabrielle mientras Marina cruzaba los brazos sobre el pecho pensativa.

Siguieron los movimientos de la doncella cuando entró a retirar el servicio de té sin decir nada y así continuaron unos minutos más hasta que Marina rompió el silencio.

—Tienes razón —dijo dirigiéndose a Lissette— pero tu idea de marcharnos por las buenas no es válida ¿Acaso has pensado que Adrián se quedará tan tranquilo al ver que desaparezco sin más explicaciones? Me temo que es más tenaz que todo eso y cuenta con medios para investigar. No podemos hacerlo de esa forma. Le he hablado de un problema que me tiene muy nerviosa y le he pedido una semana para dar explicaciones. Tenemos ese tiempo para inventar una historia coherente que me permita alejarme del círculo de los Pinel sin levantar sospechas.

—¿Y si me recuerda antes?

—Es un riesgo Lissette, pero marcharnos es mayor. Si desaparecemos no creo que tarde mucho en descubrir el engaño y estaríamos precisamente en la situación que acabas de describir.

La francesa reflexionó unos segundos y afirmó con la cabeza. Marina tenía razón y se llamó idiota por pensar que este plan suyo de descubrir la verdad de la muerte de su hija podía salir bien sin correr riesgos.

Había puesto en peligro a Marina acercándola a un asesino cruel que había matado a tres personas sin problemas veintiún años antes, un asesino que podría volver a matar para preservar la empresa familiar y que ese secreto continuase enterrado.

Apuró lo que quedaba de la bebida y depositó con lentitud el vaso sobre el mueble bar.

Y después estaba el comportamiento de Gabrielle. Si Adrián la había matado no podía entender porque esa obsesión de vivir su pasión a través de Marina.

Su cara debía reflejar el estado de angustia y preocupación que sentía porque Marina se levantó y fue hacia donde estaba y apoyó una mano en su hombro intentado darle ánimo.

—No debí meterte en este asunto —dijo a punto de llorar.

—Ya estaba en él antes de que aparecieras Lissette. Ya te dije que hubiera llegado a este punto por mi cuenta o conducida por tu hija. No pasará nada

Lisette, encontremos la forma de salir de esto.

Apoyó la mano sobre la de Marina con un gesto triste.

—Eso espero.

Se acostó pronto. Irene se enfrascó en una llamada con su chico y no quería seguir viendo la cara preocupada de Lisette.

La actitud de la madre de Gabrielle apoyaba sus temores sobre su hija. Ni su madre confiaba ya en ella. Estaba cada vez más claro la obsesión por Adrián. El comentario de Irene sobre si los muertos pueden seguir sintiendo pasiones tras dejar la vida vino a su mente. En el caso de Gabrielle al menos, estaba claro que era así. Asustaba la capacidad de estrategia de la difunta para colocarla justo donde quería, cerca de Adrián.

La escena del ascensor apareció nítida y terminó preguntándose como no era capaz de percibir que la mujer que se lanzó de esa forma sobre él no era ella. Habían pasado muchas horas juntos. No es lógico un cambio tan repentino en nadie. Una sonrisa amarga apareció en su cara. Nadie en su sano juicio sospecharía una historia como esa. Ella la estaba viviendo y le costaba creerla.

Giró en la cama buscando una postura más cómoda esperando que el sueño llegase pronto.

Al menos no se encontraría con el menor de los Pinel. Si él no estaba cerca Gabrielle estaría quietecita. Además, había ideado un plan, un plan que no pensaba contar ni a Irene ni a Lisette. Ignoraba si saldría bien, pero tenía claro que no quería más visiones ni la posibilidad de encontrarse a merced de los caprichos de la muerta. Era posible que su madre tuviese razón y si conseguían alejarse de la casa de los Pinel comprendiese que sólo le quedaba el recurso de descansar en paz diciendo donde estaba su cuerpo, y quien de ellos la mató, pero en estos momentos no. No hasta estar segura de que podía evitar que Gabrielle tomase el control.

Lisette temía que Adrián fuese el asesino, quizá ella a causa de sus sentimientos no estaba siendo objetiva.

Gabrielle le entregó las joyas y él ocultó ese hecho.

De nuevo la negativa, no pudo cometer tres asesinatos. Era imposible ser un asesino múltiple y seguir una trayectoria como la de Adrián.

Se durmió preguntándose si era verdad o sólo lo que ella quería creer.

Era una historia de locos de la que solo quería alejarse y volver a su pacífica vida delante de sus ordenadores.

Hubiese querido un desayuno solitario y tranquilo esa mañana, pero a las siete tanto Irene como Lissette aparecieron en la cocina y la agobiaron con recomendaciones sobre los dos Pinel que quedaban en la casa.

A Marina las precauciones sobre el padre de Adrián le parecieron innecesarias. Apenas había visto un par de veces al diseñador de la firma y si ya le costaba ver a su hijo como asesino a Eduardo Pinel aún menos.

Mientras el chófer recorría el pequeño trayecto a la casa se dijo que esa ignorancia del comportamiento del padre de Adrián también iba en su contra. Gabrielle quería huir. El coche se detuvo delante de la verja mientras se preguntaba si la hija de Lissette quería escaparse con el hijo de su marido o en realidad estaba huyendo del padre por alguna razón que Gabrielle no había mostrado aún.

Se encogió de hombros, no le daría oportunidad de hacerlo si podía evitarlo.

Fue un día largo y tedioso. Haciendo caso de las recomendaciones recibidas se abstuvo de pasar a saludar a Consuelo a la zona de vivienda, quedándose a almorzar en la sala de recreo con su secretaria.

El éxito de la colección era evidente por la cantidad de pedidos que tuvo que gestionar esa mañana y parte de la tarde. Al final de ésta sonrió con satisfacción cuando comenzó a sentir el dolor de cabeza. Seguro que era la primera persona del mundo que se alegraba de algo así.

Al final de la tarde en casa de Lissette ya no estaba tan segura de esa alegría, el dolor iba en aumento. Había tomado ya un calmante y dado un largo paseo tratando de calmar el dolor que parecía no tener límite.

No quería comentar nada. Irene sabía sobre el tema y no necesitaba oír lo que podría aconsejarla al respecto. Esto era algo que tenía que hacer. Una decisión personal.

Dejó a las dos mujeres viendo una película mientras ella intentaba conciliar el sueño para escapar de la presión que amenazaba con hacerle estallar la cabeza.

Solo demasiadas vueltas que terminaron agotándola y otro calmante la dejaron dormir ya avanzada la madrugada.

Como era de temer esa mañana tampoco desayunó sola. Por fortuna era solo Irene la que parecía que se había caído de la cama presentándose en su habitación cuando salió de la ducha a las seis y media.

—Tienes un aspecto horrible, lo sabes ¿No?

—Apenas he dormido.

—¿Qué estás haciendo? —se encaró Irene cuando ella le dio la espalda para buscar una prenda del armario.

—No sé a que te refieres.

—Le estás haciendo resistencia ¿Verdad? A Gabrielle, y los dolores de cabeza han vuelto.

—Te has dado cuenta —reconoció dejándose caer en el borde de la cama y llevándose las manos a las sienes.

—Te observé ayer a través de la ventana mientras dabas un paseo y más tarde como te llevabas las manos a la cabeza cuando creías que nadie te veía.

Marina dejó caer los brazos con la mirada perdida en las baldosas de la habitación después la levantó hacia su amiga.

—No quiero que vuelva a entrar en mi mente.

—¿Y cuánto tiempo crees que puedes resistir eso? —inquirió su amiga tomando asiento a su lado.

—No lo sé Irene, pero no quiero seguir a su merced. Ni te imaginas lo es vivir con un invasor en tu cabeza que puede dominar tu voluntad cuando se le antoje —hizo un amago de sonrisa— Te parecerá absurdo pero los dolores son casi un alivio, una demostración de que puedo hacerle frente. No sé si me entiendes.

—Por supuesto, pero has olvidado que tu estás viva y estas limitada y ella posee todo el tiempo del mundo —apoyó la mano en el hombro de su amiga intentando dar ánimo— Sólo tiene que esperar a que no puedas soportar el dolor y te rindas Marina. Es un pulso desigual ¿No crees?

—Lo sé, pero gano tiempo. Lissette tiene razón en cuanto que hay que alejarse lo antes posible de los Pinel. Cuando estemos lejos de aquí será diferente y ya veré como me las ingenio con mi intrusa.

Irene suspiró con desánimo y se mordió el labio antes de responder.

—No conozco demasiado a Adrián Pinel, pero por lo poco que sé y lo hablado con él tengo la impresión de que no se rendirá tan fácilmente en cuanto a ti. En la charla que mantuve se mostró demasiado interesado como

para dejarte ir sin más. No veo tan fácil que puedas alejarte de todo esto sin consecuencias.

—Tenemos aún unos días para inventar una historia convincente, algo que justifique mi marcha de la empresa y mi vuelta a casa.

—Como no le digas que has decidido volver con Alberto.

—Ni hablar —saltó Marina incorporándose de golpe— Eso ni como excusa. Se me hace intolerable la idea solo de pensarlo. Sería incapaz de sostener algo así delante de Adrián.

Irene estudió a su amiga que había comenzado a vestirse con gestos nerviosos.

—¿Aun te duele?

—No. Siento rabia cuando pienso en él y más aún por estropear la amistad con una amiga muy querida. Podía haber buscado a otra.

—O ella a otro si había decidido ser infiel a su marido.

Respondió con un gesto y encogiéndose de hombros, continuó arreglándose en silencio bajo la atenta mirada preocupada de Irene que le pasó los analgésicos que había dejado sobre la mesilla. Aceptó con otro gesto la recomendación de tener cuidado y observó desde el coche la figura de Irene en la ventana mientras se alejaba para otra jornada en la firma Pinel.

Fue una mañana peor que la anterior. El cansancio y el dolor hacían mella en su actitud y su rostro. Tuvo que tomar dos calmantes antes de las doce y una llamada telefónica con un proveedor que había errado las instrucciones de un envío casi la hacen perder los nervios. Cerca de la una pidió a Begoña que atendiese ella las llamadas y se limitase a pasarle solo las firmas.

—Voy a salir un rato Begoña —dijo asomándose al despacho de su secretaria un rato después— Necesito tomar un poco el aire.

—Tienes mala cara —contestó ésta.

—Tengo una jaqueca espantosa desde ayer y apenas he dormido. Saldré a dar un paseo antes de firmar lo que falta.

—El día que hace no creo que te despeje mucho. Tienes mala cara de verdad. Deberías marcharte a casa.

—Hay que dar salida a esos pedidos —se apoyó en el marco de la puerta — son urgentes, pero apenas los termine, me iré.

Begoña tenía razón. El día que había amanecido nublado había ido estropeándose a lo largo de la mañana, ahora una lluvia fina y cansina caía dando un aspecto tétrico al patio interior con soportales por donde paseaba. Se detuvo junto al banco donde se había sentado con Lucía a contemplar una

lluvia como esa.

Con todos los acontecimientos que rodeaban su vida no había pensado demasiado en la mujer que pese al breve tiempo que la conoció la impactó tanto.

No le hubiese importado que Lucia entrase en su cabeza, de hecho, le encantaría ver escenas de Adrián y ella cuando estaban juntos. Poder contemplar como reaccionaba él en los años posteriores a la situación tan aberrante que vivió en la casa del pantano.

Verle en actitudes relajadas, paseando, riendo, paseando de la mano. Habían formado una bonita pareja. Lucia en el esplendor de su juventud y belleza y un Adrián distendido y alegre. Suspiró fatigosamente. Estos pensamientos tampoco podían ser buenos para ella. Le recordaba que Lucia la había recomendado a su ex marido. Se estaba temiendo que no iba a poder cumplir los deseos de su querida y breve amiga.

Tomó asiento y cerró el abrigo cruzando los brazos y cerró los ojos apoyando la cabeza en la pared.

Intentó dejar la mente en blanco en un intento de alejar el dolor. El sonido monótono de la lluvia casi la estaba adormeciendo cuando la sobresaltó una voz.

—¿Te encuentras bien Marina?

La cara afable de Eduardo Pinel ligeramente inclinado apareció ante ella.

—No tienes buen aspecto —dijo amable.

—Una jaqueca inoportuna —alegó incorporando el cuerpo.

—Estos días son horribles —tomó asiento a su lado fijando la vista en la lluvia que continuaba cayendo— Nunca me han gustado los días lluviosos ni este cielo gris. El azul era uno de mis colores favoritos. Me servía de inspiración en muchas colecciones.

Hablaba en pasado y recordó las fotos de las antiguas colecciones que había visto de Eduardo antes de la separación de la firma. Abundaba el uso de zafiros. La imagen colocándole el collar a Gabrielle con la gran piedra de ese color vino a su mente. En las colecciones posteriores Eduardo no había usado zafiros. Era curioso que abundasen todos los colores excepto ese y supo con certeza que lo sucedido con Gabrielle tuvo la culpa de eso. En su lugar Eduardo había optado por el rojo de los rubíes. Abundantes en todas las demás colecciones o el granate en las que diseñó en plata antes de volver a la firma Pinel.

No pudo evitar un escalofrío, el granate y el rubí, rojos como la sangre. Se

dijo que era una tontería.

—El zafiro es una de mis piedras favoritas —dijo con intención mientras estudiaba sus gestos— pero veo que no lo usa en sus colecciones.

—Lo usaba antes, era una de las piedras más recurrentes.

—¿Porque dejó de usarlo?

El padre de Adrián tardó demasiado en contestar. Marina estudiaba su perfil, su mirada fija en algún punto más allá del jardín.

—Hay hechos, sucesos que cambian una vida para siempre y objetos que quedan ligados a esos hechos.

En las últimas palabras se volvió a mirarla, se sorprendió por el gesto que había crispado la cara del anciano durante unos breves segundos. Eduardo suspiró volviendo a su gesto habitual y se puso en pie.

—Te aconsejo que te vayas a casa Marina y que intentes descansar. Debes cuidarte —tendió la mano y Marina depositó la suya sobre la que el padre de Adrián le ofrecía. Éste se inclinó y la besó— Eres muy joven pero la enfermedad a veces no entiende de juventud. Recuerda a Lucia, quizá si hubiese hecho más caso a los avisos de su cuerpo aún estaría viva. Le quitó importancia al malestar que sentía y esperó demasiado para acudir al médico y cuando lo hizo ya era tarde.

—No lo sabía —recuperó su mano y levantó la vista hacia el hombre que la miraba desde su altura— En realidad no sé muchas cosas de ella, pero la echo de menos.

—Era una gran mujer, Marina, y una gran pérdida. Hazme caso y no hagas oídos sordos a las llamadas de atención de tu cuerpo. Mira mi hermano Víctor, ha vuelto a marchar al balneario otro par de días para que le traten la artritis y no hace ni dos semanas que había vuelto.

Estuvo a punto de añadir que tantos cuidados no mejoraban su aspecto, pero encontró el comentario fuera de lugar. Rehusó la invitación que le hizo a almorzar alegando que la jaqueca le quitaba el apetito.

Eduardo Pinel la sonrió una vez más y le miro como se internaba en la casa.

Había sido una conversación reveladora y la confirmación de que en realidad habían dejado al margen al padre de Adrián por su escasa presencia durante todo el tiempo que ella había conocido a los Pinel, pero estaba claro que ignoraba muchas cosas de ese hombre.

Un nuevo pinchazo en su cabeza le recordó que era hora de incorporarse al despacho e intentar terminar lo antes posible los asuntos pendientes. Sólo tenía

ganas de volver a casa cuanto antes.

Estaba a punto de abandonar el despacho. Había llamado al chófer de Lissette hacia un cuarto de hora y seguro que ya esperaba al otro lado de la cancela.

Eran casi las tres y había tomado la mitad de un bocadillo y un café que le había subido Begoña hacia una hora, en realidad lo había mordisqueado sin ganas.

Se colocaba el abrigo con gesto cansado cuando se abrió la puerta. Adrián la saludó con una amplia sonrisa.

—Creí que no te vería —dijo a modo de saludo— He pisado a fondo el acelerador cuando Begoña me dijo que estabas a punto de marcharte.

—Pues lo siento si tienes que tratar algún asunto Adrián —contestó tratando de recuperarse de la sorpresa— No me encuentro bien y ya me marchaba.

Adrián observó el cerco de las ojeras y la palidez de su rostro.

—Es cierto. Tienes mala cara, ¿Que te ocurre?.

—Una jaqueca pertinaz desde hace dos días. Apenas he dormido.

—¿Por qué has venido a trabajar? Deberías haberte quedado en la cama hasta que se pasase.

—No estabas y había demasiado trabajo pendiente. Pedidos que no podían salir sin una firma responsable. Es un alivio que estés de vuelta —pensó que necesitaba una excusa para no volver. Ganar tiempo— No te extrañe que no me incorpore en un par de días. Trabajar con este dolor de cabeza ha sido agotador. Costará que desaparezca.

—Por supuesto —dijo con gesto preocupado— Los pedidos podían haber esperado Marina. Te acompañaré hasta el coche. El chófer de tu madre está en la puerta.

Afirmó con un gesto de cabeza y se dijo que al menos la tortura del dolor que sentía había sido una excusa perfecta y creíble para Adrián y para ella la seguridad de que Gabrielle no actuaría pese a la cercanía de él. Su malestar era una barrera para la hija de Lissette y una forma de alejarse de Adrián. El único consuelo porque su cabeza amenazaba estallar.

Mientras bajaban las escaleras hizo preguntas intrascendentes sobre el resultado de su viaje a París con la intención de que el no hiciese otras más comprometidas.

No opuso resistencia cuando él se inclinó y le dio un casto beso en la mejilla cuando llegaron junto al coche. Se despidió con una sonrisa triste y un

leve gesto de cabeza. Antes de cerrar Adrián dijo que llamaría esa noche para ver como se encontraba.

—No entiendo que quieres decir —contestó Lissette cuando contó la conversación con Eduardo Pinel.

—Me sorprendió el gesto de odio que apareció en su cara. Durante unos segundos esa cara de natural afable tuvo una expresión terrible.

Se acomodó en la cama en la que se había metido apenas llegó de casa de los Pinel. Había pedido una infusión para tomar otro calmante y mientras esperaba que le hiciera efecto y descansar algo contó a las dos mujeres el encuentro con el padre de Adrián.

—Esa expresión me dio que pensar y me ha llevado a la conclusión de que no sabemos nada de ese hombre. Obviamente él ignora que yo sé la razón de que odie las piedras azules.

—¿Quieres decir que terminó odiando a mi hija? —Lissette tomó asiento a los pies de la cama de Marina— Por otro lado, es lógico que la odie si cree que se escapó con otro hombre —se volvió hacia Marina— No sé en que cambia eso las cosas. Parece natural que asocie los zafiros a ese hecho y no quiera trabajar con ellos. Todo lo sucedido le hizo daño. No cambia nada que vieses esa expresión.

—Cambia en que estamos como al principio —explicó Marina— Casi había descartado a Eduardo porque hasta ahora no veía nada en él que me hiciese pensar que pudiese llegar a matar, pero ese gesto ha mostrado un aspecto de él que no esperaba. Se ha rehecho pronto y ha recuperado su expresión habitual, pero indica que tiene una herida muy profunda. Adrián es un posible culpable porque tenía las joyas y lo ocultó, a Víctor no nos cuesta nada imaginarle culpable con todo lo que he visto de él y después de ver esa otra cara de Eduardo no tengo más remedio que ponerle al mismo nivel de los otros dos. El hombre que he visto hoy si podría haber matado.

—¿Tres muertes premeditadas? —inquirió Irene apoyada indolente en el armario.

—Marina fijó la vista en la de su amiga mientras se echaba el cabello

hacia atrás con ambas manos con gesto dolorido.

—No lo sé —dijo dejando las dos manos en la nuca— Uno de los tres es el culpable y mi cabeza ya no es capaz de pensar más.

—Además, ¿Por qué estamos discutiendo esto? —intervino la madre de Gabrielle incorporándose— Hemos quedado en que no vamos a continuar con este asunto. Ahora tenemos que pensar en una forma de que te despidas de esa casa sin despertad sospechas. Lo pensaremos cuando se te pase ese dolor de cabeza. Ahora intenta descansar.

Las dos vieron como la francesa abandonaba la habitación.

—¿Crees que sabe la verdadera razón de mi jaqueca? —preguntó a su amiga antes de que ésta siguiera a Lissette.

—Si lo sabe no ha comentado nada, pero está muy preocupada porque nos marchemos de aquí cuando antes —se dirigió a la puerta— Intenta descansar Marina. Tienes que estar lúcida y despejada para pensar algo coherente para explicar a Adrián y dejar ese trabajo.

Intentó buscar una postura cómoda cuando se cerró la puerta.

No supo el tiempo que pasó escuchando la tormenta que había estallado después de regresar de la casa de los Pinel. Sólo noto que el dolor disminuía gracias al calmante y entraba en un largo y deseado sueño mientras sonaba un trueno lejano.

A las diez y media las dos mujeres cerraban la puerta del dormitorio tras comprobar que Marina continuaba placida dormida. Habían acordado no despertarla ni para cenar. Su sueño indicaba que la jaqueca había remitido y su cuerpo reclamaba descanso tras el esfuerzo de esos dos días.

Irene atendió una llamada al móvil de Marina de Adrián, por fortuna había dejado el bolso en el salón y explicó que estaba descansando. Pareció conforme y dijo que llamaría al día siguiente.

Cuando se marcharon a dormir un par de horas más tarde dieron por sentado que Marina seguía durmiendo, nadie vio la figura que en pijama y descalza salía de la casa pasadas las doce a una noche que se había despejado de nubes, la luz de la luna ayudó a orientarse campo a través y llegar a la mansión de los Pinel.

Saltó el muro no demasiado alto por la parte de atrás y entró en la casa por el patio trasero.

El corredor estaba oscuro, pero parecía saber dónde iba.

Adrián se sobresaltó ante la forma femenina parada junto a su cama

iluminada por la escasa luz que entraba a través del ventanal con las cortinas descorridas.

Encendió la lamparilla y observó asombrado a Marina en pijama que a su vez le observaba a él con una extraña expresión en su cara.

Iba a decir algo cuando ella se despojó del pantalón, desabotonó la chaqueta del pijama y la dejó caer a sus pies.

Adrián contuvo la respiración cuando levantó las cobijas, se introdujo dentro y se pegó a él.

Hubiera dicho que todo esto era un sueño si no fuera por el frío de su cuerpo al pegarse al suyo, ella tomó la iniciativa no dejándole hablar. Sus labios fríos se pegaron a los suyos mientras se desabotonaba su pijama. Adrián se dejó arrastrar sin pensar en nada más. Marina estaba en su cama y no era el momento de preguntas. La abrazó y devolvió el beso con la misma intensidad que ella dejándose llevar.

De pronto Marina se tensó mirándole horrorizada, se separó e intentó salir de la cama. Tiró de ella y casi la inmovilizó con su cuerpo.

—Esta vez no Marina —dijo furioso— ¿A qué crees que estas jugando?

—Adrián no...yo— titubeo confusa intentando explicarse— Déjame ir..por favor.

—No. Tu has venido hasta aquí —la abrazó con más fuerza— No habrá marcha atrás.

—Tu no entiendes...yo no— intentaba soltarse de sus brazos sin éxito.

—Marina te quiero. Estoy loco por ti ¿Cómo podría dejarte ir?

La acariciaba sin dejar de besarla. Había aflojado la presión. En su mente el tono dulce de sus palabras se mezcló con su confusión y sin saber cómo se encontró rodeándole con los brazos y pegándose a él. Su mente gritaba que esto no estaba bien, no había sido ella la que había atravesado la distancia de las dos casas en plena noche ni la que se había introducido en la cama de Adrián, pero era su nombre el que él repetía y la besaba de una forma que no conseguía pensar en nada más. El eco de la voz que gritaba que parase se fue apagando a medida que el fuego de ambos fue subiendo. Se aferró a él devolviendo besos y caricias.

Atravesó ese umbral en el que siempre se había quedado con Alberto, presintió que había más y descubrió con Adrián, que en efecto había mucho más, bastante más de lo que había imaginado.

A medida que fue descendiendo de las alturas que la había conducido

Adrián volvió a tomar conciencia de la situación. Quien y como la había llevado hasta allí y estalló en un llanto que desconcertó al hombre que la abrazaba con fuerza.

Marina aprovecho ese momento en el que él la miraba sin comprender para salir de la cama y comenzar a vestirse a toda prisa con el pijama.

—Marina ¿Qué ocurre? Has disfrutado esto tanto como yo —exclamó sentado en la cama intentando entender— Por Dios, ¿Por qué actúas así? ¿Qué pasa?

—No preguntes Adrián —dijo abotonando el pijama a toda prisa mientras caminaba hacia la puerta— Y por favor olvida esto.

—¿Qué lo olvide? Marina —gritó al ver que cerraba la puerta tras ella. Saltó de la cama y buscó la ropa a toda prisa mientras maldecía.

Atravesó la casa en dirección al patio interior. La escasa lógica que le permitía la situación le decía que Gabrielle había usado esa ruta para entrar. Era la única zona donde el muro exterior era más bajo. Llevaba los pies manchados de barro. Seguramente había ido a través del campo, era el camino más corto. Aún a riesgo de perderse se internó entre los árboles alumbrada por la escasa luz de la luna.

Los pies se le hundían en el barro y llevaba los dientes apretados intentando frenar el castaño de dientes por el frío que atravesaba la fina tela del pijama. Iba a pillar una neumonía, pero eso no le importaba. Estaba convencida que Adrián se había levantado y había intentado seguirla. Le pareció ver las luces de unos faros a lo lejos y camino paralela por donde los vio perderse. Tenía que ser la carretera y la dirección era esa, veía el monte piramidal a lo lejos con nieve en su cumbre. Brillaba y la luz de la luna arrancaba extraños reflejos.

No supo el tiempo que tardó cuando llegó a la casa. El cuerpo le dolía a causa del frío y sentía pinchazos en los pies por rozaduras con algunas piedras.

El chalet estaba totalmente iluminado. Irene y Lissette estaban en el porche cuando llegó hasta ellas. La miraron alarmadas, pero no dijeron nada. La madre de Gabrielle se quitó el chal de lana que llevaba sobre la bata y se lo colocó sobre los hombros mientras la introducían en la casa. Le dijo a Irene que tenían que llevarla hasta la bañera, el agua caliente ayudaría con la hipotermia.

Sin fuerzas se dejó hacer, las dos mujeres la metieron en el baño y tras frotar el cuerpo dejaron que se llenase la bañera.

El calor del agua la fue reconstituyendo. La doncella trajo un vaso de leche caliente que Lissette le fue dando a pequeños sorbos sin sacarla del baño.

Apoyó la cabeza en el borde de la bañera y se abandonó a la relajada languidez que el agua y la bebida caliente le estaba provocando.

Con los ojos casi cerrados vio a Irene abandonar el baño y le pareció oír voces. Miró a Lissette que sentada en el borde de la bañera le acariciaba la frente mientras le decía palabras tranquilizadoras y ladeo la cabeza cerrando los ojos sumergida en esa sensación de bienestar.

En el salón Irene se enfrentó a Adrián que pedía ver a Marina.

Explicó que había llegado con una fuerte hipotermia y estaba en el baño sumergida en agua caliente. No era el momento para hablar. Mintió diciendo que le habían administrado un sedante por el estado agitado que traía y lo más conveniente era dejarla descansar.

Odiaba la mentira, siempre la había odiado, pero había momentos en la vida en la que las circunstancias obligan. Irene se dijo que este era uno de esos.

Adrián parecía haber aceptado las explicaciones, al menos se había tranquilizado y ahora paseaba de un lado a otro pensativo.

—¿Por qué actúa así? —preguntó parándose frente a ella.

—Hace unos meses tuvo un grave accidente que pudo ser fatal. Salió bien de él. Sin lesiones graves —hizo una pausa— Al menos en apariencia, pero a raíz de aquello si hubo cambios en su comportamiento.

—¿Cómo qué?

—No sé —se armó de valor para la siguiente mentira— Cambió la actitud con Alberto. Creía que habían sucedido cosas que en realidad no habían pasado como que él había tenido una aventura con su mejor amiga.

—¿Y no es cierto? —se sorprendió Adrián— Me contó esa historia y la creí.

—Sí, ese es el problema, que lo cree, en otras ocasiones actúa de forma contradictoria haciendo lo contrario de lo que dice.

—Sí —afirmó Adrián recordando algunas situaciones— Conmigo le ha pasado. Os han dicho si es reversible ese comportamiento, ¿Es alguna lesión que curará con el tiempo?

Ahora fue Irene la que inició pequeños paseos por la pieza, más con la intención de evitar que Adrián la mirase a los ojos que por nerviosismo. Siempre creyó que es imposible mentir mirando a los ojos de la persona.

—No se sabe —suspiró para terminar de agrandar el engaño— El

psiquiatra dice que si toma la medicación podemos controlarla.

—Mintió en lo de su novio —Adrián movía la cabeza negando— Ahora comprendo porque su madre quería que volviese con él. Si la hubiese engañado realmente esa actitud no tendría lógica —añadió como si hablase consigo mismo, levantó la cabeza hacia Irene que ahora le observaba desde el otro extremo del salón—. A pesar de todo quiero verla. Me gustaría verla cuanto antes.

—Apenas se recupere y descanse un poco. Nos aseguraremos que se tome las pastillas y estará más coherente. Creo que esa ha sido la causa de este incidente, a veces no quiere tomarla.

Él solo afirmó con la cabeza y se dirigió cabizbajo hacia la puerta. Irene aflojó la tensión de sus músculos cuando oyó cerrarse ésta y poco después el sonido del motor de su coche perdiéndose a lo lejos.

Se pasó las manos por la cara. Había tachado a su mejor amiga de loca delante de ese hombre. Suspiró antes de dirigirse al baño rogando mentalmente que esa sarta de mentiras no tuviera consecuencias. No había encontrado otra salida.

Marina se dejó hacer cuando la sacaron del baño y le secaron la cabeza, pero sus músculos y su mente volvió a coger el control cuando intentaron llevarla hasta la cama. Se negó a entrar y arrebujada en la bata caminó hasta el salón donde se hizo un ovillo en el sillón.

—Tienes que intentar descansar cielo —dijo con suavidad la francesa sentándose frente a ella— Tenías una hipotermia cuando has llegado Marina. Por favor vete a la cama o vas a terminar cayendo enferma.

—¿No me preguntáis que ha pasado? —preguntó mirando a las dos.

—Sabemos lo que ha pasado Marina —explicó Irene sentándose en el brazo del sillón donde permanecía su amiga encogida— Adrián llegó antes que tu preguntando por ti. Le dijimos que estabas acostada y pidió que lo llevásemos a tu habitación para comprobarlo —Irene suspiró tras hacer un gesto impotente con las manos —La decisión que traía y la expresión de su cara no era como para negarse. Ya puedes imaginar la nuestra al ver la cama vacía. Nos dijo que estabas ahí fuera en pijama y descalza. Que habías llegado hasta su habitación, te desnudaste y te metiste en su cama y que poco después le miraste horrorizada —ambas mujeres hicieron una breve pausa mirándose —Nos contó que después hicisteis el amor pero que de pronto volviste a comportarte como una loca, volviste a ponerte el pijama y saliste huyendo. Salió a buscarte al ver que no habías vuelto y Lissette envió al chófer para

ayudar en la búsqueda. Estábamos desconcertadas y a punto de unirnos cuando apareciste.

—¿Y Adrián? Me he cruzado con Edmond en el pasillo. Eso es que ya no está buscando. ¿Y él?

—Tampoco. Llegó hace un rato y salí para hablar con él ¿No te diste cuenta?

Negó y las lágrimas volvieron a parecer en sus ojos, Irene la abrazó mientras Lissette la miraba con una sonrisa afectuosa.

—Es lógico. Traías una hipotermia —siguió explicando Irene mientras le acariciaba el pelo— Aún no sé cómo no perdiste el conocimiento.

—Dices que has hablado con él —insistió Marina— ¿Cómo has conseguido que se marche?

—Mintiendo —Irene se levantó y comenzó a dar paseos por la habitación antes de detenerse frente a su amiga— Intentaba ganar tiempo y recordé la fobia que tiene a la enfermedad. Le hablé de tu accidente de hace unos meses e inventé que te ha dejado secuelas preocupantes de trastorno de la personalidad. Reacciones que no podemos controlar y que esa era la razón por la que tu madre te había acompañado cuando decidiste dejar tu trabajo en Granada. Dije que lo de Alberto lo habías imaginado.

—¿Te ha creído?

—Supongo que sí —se encogió de hombros —Quedó pensativo y creo que relacionó todos tus extraños comportamientos. No lo sé, pero al menos se marchó después de decirle que te teníamos en el baño intentando recuperarte de la hipotermia que traías y que te habíamos dado la medicación que el psiquiatra te puso como tratamiento.

—Eres un genio Irene. Hacerle creer que tengo un trastorno mental a alguien que no soporta la enfermedad ha sido una maniobra magistral.

—Es posible —Irene hizo un gesto dudoso— Estaba muy alterado y lo que he contado le dará que pensar.

—Espero que lo suficiente para no relacionar otros hechos —intervino Lissette— Cuando irrumpió en la forma en que lo hizo salí de la habitación y me vio de frente —soltó aire preocupada— Sólo espero que no se detenga a pensar de qué me conoce —se inclinó y apoyó la mano en una de las rodillas encogidas de Marina— Tienes que volver a la cama, en serio querida, has estado andando ahí fuera descalza y sin abrigo. Me preocupa que puedas enfermar.

—No —mover la cabeza para enfatizar su negativa— No quiero quedarme

dormida —miró a Lissette— Tu hija aprovechó mi sueño para apoderarse de mi mente. No le daré otra oportunidad.

—Se la angustia que sientes —dijo Lissette— pero no puedes estar sin dormir. Vete a la cama cariño. Haremos turnos de guardia junto a ti. No dejaremos que puedas alejarte de aquí, pero necesitas descansar.

—No voy a dormir —afirmó categórica.

—Esta bien —intervino Irene— Si no quieres dormir no lo hagas, pero estas temblando aún y la calefacción no es suficiente, necesitas estar arropada en la cama. Yo me quedaré contigo.

—De acuerdo —cedió al... —Pero antes quiero un café cargado. No pienso quedarme dormida.

Lisette subió el edredón a la altura del cuello de Marina, depositó un beso en su frente, hizo un gesto a Irene acostada al lado de su amiga a modo de despedida y abandonó la habitación. Irene haría la primera guardia de un par de horas para no dejarla sola.

En la mesita de noche, un juego de café del que Marina había tomado ya una taza. Ningún argumento ni de Irene, ni de la madre de Gabrielle había conseguido disuadirla de su idea de no dormir.

Irene se acomodó y alargó la mano para coger el libro que había dejado en la mesita, buscó la página y trató de enfrascarse en la lectura.

—Hice el amor con él —dijo de pronto Marina provocando que su amiga quedase sentada en la cama modificando la postura para quedar frente a ella que la miraba sin moverse con el edredón hasta la barbilla.

—¿Tú o ella?

—Yo. Todo sucedió como lo contó él pero cuando intenté levantarme me sujetó y.

—¿Te forzó? —la cortó angustiada.

—No, no. Me abrazó, me acariciaba y dijo que me quería, que estaba loco por mí —comenzaron a humedecerse los ojos. Marina tragó saliva tratando de controlar las lágrimas que pugnaban por salir— Intenté pensar, razonar y alejarme, pero todo se escapó de mi control. Le deseaba, estaba atrapada en un torbellino de sensaciones.

—Más bien que el control lo tomó el corazón. Ese maneja mal la sensatez Marina —Irene resopló apoyando el codo en las rodillas y la frente sobre una de ellas— Madre mía.

—Lo siento —dijo en una voz apenas audible— La sensatez volvió cuando ya era tarde.

—¿Estás enamorada de Adrián o un fue un momento de pasión?

—¿Tú estás tonta? —se enfadó Marina—. ¿Crees que el momento era para un arrebato pasional?

—Estás enamorada —afirmó Irene con un suspiro— pues es lo que nos faltaba bonita. Ese hombre no está fuera de la lista.

—No sé si estoy enamorada, me atrae, no puedo negarlo, pero no sé si es amor —se incorporó un poco colocando un brazo tras la cabeza— Cuando estás enamorada sólo deseas estar cerca de la persona amada y yo quiero estar lo más lejos posible de Adrián.

—Eso es por toda la situación en la que estas inmersa. No significa nada y tus sentimientos pueden ser los mismos que los suyos.

Después de observar la expresión angustiada de su amiga Irene cambió la expresión por una sonrisa.

—No pasa nada Marina, no sabemos si es el asesino.

—Y puede que no lo sepamos nunca. Dejarme arrastrar ha sido un disparate.

—Ya está hecho. Lo que menos necesitas ahora es atormentarte con esto. Deberías intentar dormir un rato. Yo voy a leer y te estaré vigilando.

—No puedo —sacó la otra mano para secar las lágrimas— Se apoderó de mi voluntad durante un buen rato. Atravesé la distancia que separa las dos casas y llegó hasta la habitación de Adrián. Es como si cada vez me ganase terreno y cogiese más fuerza. Antes era apenas unos minutos. Es aterrador.

Irene no dijo nada, pero quedó pensativa al comentario de su amiga. Tenía razón, Gabrielle ganaba fuerza.

La situación se había complicado y estaban en un callejón sin salida. Después de lo sucedido la única solución era volver a casa con el problema ¿Seguiría Gabrielle atormentando a Marina lejos de Adrián? Tenía la impresión de que sí.

Intentó fingir que se enfrascaba en el libro con la esperanza de que Marina sin distracciones cerrase los ojos. Intentó porque no fue posible dejar de dar vueltas al problema.

Miró de reojo a Marina que en la misma postura tenía los ojos fijos en el techo.

Había que buscar una solución, pensó de pronto, Marina no podía regresar a Almería con ese problema encima. Tenían que conseguir que Gabrielle no pudiese acceder a su mente, aunque fuese llegando al fondo del problema. Era algo que habría que hablar con calma, pero en otro momento, Marina estaba demasiado alterada y si no conseguían disuadirla de la tontería de no dormir no sería de mucha ayuda.

Menudo problema, suspiró mientras su mente se iluminaba con una idea que pondría en práctica, quizá no sirviese de nada, pero era una forma de hacer algo porque si Marina persistía en no descansar por miedo a Gabrielle y

conocía la tozudez de amiga, no tenían mucho tiempo antes de tener entre manos un problema de salud grave.

—Cuando finjas que lees deberías al menos pasar las páginas —dijo de pronto Marina— Llevas tanto tiempo en la misma página que hasta un niño de primaria la habría leído tres veces.

—Tienes razón —no pudo evitar la risa— Estaba inmersa en mis pensamientos y no he caído.

—Pensar —contesto afirmando con la cabeza— Como quisiera dejar la mente quieta y dejar de dar vueltas al tema una y otra vez.

—Sigue intentándolo Marina y de verdad intenta dormir algo. Estoy a tu lado y te prometo que no me voy a dormir. No dejaré que te levantes. Gabrielle no te llevará a ninguna parte esta noche.

No dijo nada, pero cerró los ojos, Irene aceptó el gesto como un intento de hacerla caso.

El sueño no vino. Cada vez que intentó comprobar si se había dormido, Marina abría los ojos.

Antes de las cinco Lissette entró a relevarla. La francesa no había dormido mucho. Cuando entró en el dormitorio ya venía vestida y recién bañada.

Tomó asiento en el sillón frente a la cama y al igual que Irene la animó a dormir.

Fingió hacerlo como había hecho con su amiga, con Lissette con más razones, sabía que estaba en contra de las actitudes de su hija, pero era su madre y Marina intuía que era doloroso para ella cada vez que hablaban de ella y de su proceder.

Una hora después, Lissette tenía que levantarse y salir a por una bebida caliente para que se tomase un calmante contra el dolor de cabeza.

Marina sintió cierto alivio ante el pinchazo que parecía taladrarle la cabeza. Le estaba haciendo frente a Gabrielle, aunque fuese tan doloroso. Era un plan de dudoso resultado, pero no se le ocurría otro mejor.

A las nueve y tras los infructuosos esfuerzos de la madre de Gabrielle de que durmiese sin miedo, decidió salir a desayunar. Marina pidió que cerrase las cortinas en un intento de que la oscuridad aliviase algo el dolor.

Coincidió con Irene y pensó que al igual que ella tampoco había dormido mucho. Desayunaron en silencio sin apenas comentar nada. Irene no había querido contar a la francesa la confidencia de su amiga de lo ocurrido entre Adrián y ella. El asunto hubiera sido un problema si él persistía, pero tenía la impresión de que después de lo que había dicho lo más seguro es que se

alejase e incluso que viese con buenos ojos que Marina abandonase la firma. La había dibujado como una desequilibrada, era lo más lógico.

Dieron varias vueltas al dormitorio de Marina y comprobaron que ésta continuaba con los ojos cerrados, pero sin dormir. Y a las diez le tuvieron que administrar otro calmante.

Irene cerró con suavidad la puerta del dormitorio de su amiga y caminó hacia el salón mientras se repetía que no podía continuar sin dormir, acosada con los dolores de cabeza. Definitivamente había que buscar rápido una solución.

Iba a planteárselo a Lissette cuando un grito procedente de la habitación de Marina las sobresaltó. Las dos mujeres se precipitaron a la vez por el pasillo.

Al abrir la puerta encontraron a Marina arrodillada en el suelo y sujetándose la cabeza mientras gritaba.

—Vete maldita, déjame en... —volvió a gritar antes de estallar en llanto y quedar ovillada en el suelo.

Irene se arrodilló a su lado y la abrazó tratando de calmar su llanto. Con la ayuda de Lissette la levantó y la llevaron hasta la cama. Dejaron tiempo para que se tranquilizara antes de preguntar qué había ocurrido.

—Había entrado en un ligero sopor al calmarse algo el dolor —explicó Marina entre sollozos— Ha aparecido de pronto, una visión horrible de Gabrielle, desfigurada y viniendo hacia mi como desde el fondo de unas aguas turbias, mientras me hablaba con una voz espantosa.

—¿Qué decía? —inquirió Lissette.

—Repitió varias veces mi nombre —siguió diciendo entre hipos— y que no serviría de nada resistirme.

—Ha podido ser una pesadilla Marina —intentó calmarla Irene— Quizá te quedaste dormida sin darte cuenta.

—Creo que no ha sido una pesadilla —interrumpió Lissette acariciando la cabeza de Marina para tranquilizarla— Ha dicho que venía hacia ella en el agua, puede significar que el cadáver de Gabrielle está en el pantano.

La miró sin añadir nada, tampoco era cuestión de especular con Marina en ese estado. Seguían intentando calmarla cuando Yvette, la doncella abrió la puerta y comunicó algo en francés a Lissette, Irene sólo entendió profesor Lasarte. La madre de Gabrielle la miró interrogante.

—¿Está diciendo que está al teléfono el profesor Lasarte? —inquirió a Lissette.

—No. Dice que ese hombre está aquí. Acaba de llegar y está esperando en

el salón, ¿Quién es?

—Estuve hablando ayer con mi chico, le conté la situación que estamos viviendo y sugirió que hablase con él —explicó Irene— Le dije que lo haría cuando tuviese tiempo, pero si ha venido está claro que lo ha hecho él.

—Ya me lo explicarás en otro momento —dijo Lissette que seguía intentando calmar a Marina en pleno ataque de llanto— Ve ahora y atiéndele.

—Creo que es mejor que le digas a la doncella que le haga pasar. Su presencia está relacionada con todo esto y quizá pueda ser útil —cambió una mirada con su amiga— Además Marina se sentirá mejor si puede hablar con un experto en estos temas y ese hombre lo es— y mirando a su amiga— ¿Te parece bien?

Marina sólo asintió con la cabeza y la francesa dio indicaciones a la doncella, unos segundos después Tomás Lasarte entraba en la habitación.

—¿Qué ha pasado? —fue la pregunta al contemplar la escena de las tres mujeres. Marina en un estado de agitación y llanto ovillada en la cama y las otras dos mujeres intentando calmarla. Irene explicó en pocas palabras el incidente, dando por supuesto que Pedro ya le había puesto en antecedentes de todos los acontecimientos ocurridos desde que habían ido a verle o no se explicaba su presencia allí.

—He pensado que quizá ha sido una pesadilla —siguió Irene— Desde lo ocurrido en su incursión en la casa de los Pinel no ha querido volver a dormir y los dolores de cabeza son muy intensos.

Lasarte pidió a Irene que se echase a un lado y se sentó en la cama cogiendo a Marina de los hombros obligando a mirarle.

—Intenta tranquilizarte Marina y cuenta otra vez lo que has visto.

—A ella, he visto a Gabrielle convertida en un espectro que ascendía de aguas turbias —dijo en palabras entrecortadas por los sollozos— Decía mi nombre con una voz espantosa.

—No creo que sea una pesadilla —Tomás Lasarte se incorporó y miró a las dos mujeres— Pedro me ha contado lo que ha ocurrido estos últimos días. Por esa razón estoy aquí. Este caso es extraordinario y me interesa seguirlo de cerca— y dirigiéndose a Marina— Gabrielle conoce cosas de ti. Creo que está tratando de asustarte para presionarte y que dejes de crearle resistencia.

—Es posible que sea... —intervino Irene— A Marina le aterran las películas de miedo donde salen imágenes de espectros y voces raras. Si Gabrielle lo sabe ha podido usarlo.

—Ahí lo tienes —afirmó el profesor— sé que no quieres volver a dormir,

pero no es buena idea Marina. Lo único que conseguirás es agotarte y ella tiene todo el tiempo del mundo. Están todos en alerta y no te dejaran abandonar la casa si vuelve a apoderarse de tu mente de nuevo.

La respuesta fue una negativa de Marina negando con la cabeza repetidamente y retirando la ropa dijo que iba a darse una ducha para despejarse y a desayunar después. De nada sirvieron las protestas de los tres tratando de disuadirla.

Pasaron al salón mientras Marina entraba al baño.

—Perdone —dijo el profesor dirigiéndose a Lissette— No me he presentado, me llamo Tomás Lasarte. Soy psicólogo, llevo muchos años estudiando estos temas, Irene y Marina fueron a consultarme a mi despacho. Fui profesor del novio de Irene. Me llamó anoche y me contó todo lo sucedido. Usted es la madre de Gabrielle ¿No?

—Lissette Parmentiel —dijo afirmando y tendiendo la mano— Encantada de conocerle y es bienvenido si puede echarnos una mano en esta situación tan desesperada que tenemos.

—Supongo que siendo la madre debe estar pasándolo mal con el giro que ha dado la actitud de su hija.

Lissette caminó hacia el sillón del fondo y tomó asiento indicando al hombre el otro. Irene prefirió quedarse de pie apoyada en el marco de la puerta, había dejado entreabierta la del dormitorio y estaba pendiente del sonido del agua de la ducha de su amiga, alerta por si sucedía algo y Marina la reclamaba.

—Ha dicho que es un caso extraordinario. ¿No ha oído hablar de otros similares?

—No señora Parmentiel...

—Llámeme Lissette por favor.

—Muy bien Lissette, como iba diciendo llevo muchos años estudiando casos de experiencias paranormales. Comunicación con el más allá, pero le aseguro que de un caso tan extraño como éste no había oído nada.

—Irene llamó la atención preguntándose si los muertos pueden llevarse emociones al más allá. Mi hija parece tan obsesionada con Adrián Pinel en la muerte como lo estuvo en vida.

—No sólo es lo más corriente —rió Tomás— Es la causa de casi todos los fenómenos que se conocen. Los sentimientos y las emociones ya sean positivas o negativas. El amor, el odio, la tristeza, la venganza provocan que muchas personas no sigan el camino y queden estancadas en su limbo, pero como he

dicho este caso es atípico.

—¿En qué sentido?

—El espíritu suele quedarse o bien donde ha vivido o en un paraje en torno a la casa o donde ha muerto. Es como si estuviese anclado a ese lugar o fuese un punto de unión, entre este mundo y ese limbo. Gabrielle ha roto esa regla. Ha conseguido desplazarse y buscar a una persona para perseguir un fin. Es increíble, la verdad.

—Si que lo es. Marina era para mí la última esperanza de saber que pasó con ella y encontrar su cuerpo. De poder llevármela a casa, pero ahora solo quiero que deje a esa criatura en paz. La está volviendo loca —colocó una mano sobre la del profesor— Se lo ruego señor Lasarte, si conoce la forma de alejar a Gabrielle de la mente de Marina hágalo, aunque no consiga averiguar dónde está.

—Llámame Tomás y te aseguro que haré lo que pueda, aunque reconozco que en este caso se me puede considerar tan novato como a los demás. Pero es necesario que Marina descanse, la idea de no dormir no solucionará que Gabrielle se aleje de ella y puede empeorar bastante su sistema nervioso, además puede favorecer las intenciones de Gabrielle al debilitarse.

Marina acababa de salir de la ducha y miraba su cara en el espejo en ese momento. Las ojeras eran evidentes. Había estado bajo el agua caliente de la ducha más de veinte minutos tratando de relajar el dolorido cuerpo por tantas horas sin dormir y por la tensión que iba acumulando.

Le costaba mantener los ojos abiertos. Por un momento deseó hacer caso a los ruegos de todos y volver a la cama, cerrar los ojos y abandonarse al sueño, pero su paseo sin percibirse a casa de los Pinel volvió a reafirmarla en su idea de no dejar ninguna posibilidad a Gabrielle.

Su mente voló a lo sucedido con Adrián y no pudo evitar un suspiro de pesar, menudo momento para descubrir que tenía razón en sus relaciones íntimas con Alberto, que diferente había sido; con Adrián no había encontrado umbrales, los había atravesado de lleno. Un momento de éxtasis en medio del infierno, de la confusión que vivía, con alguien que quizá era un asesino y además acosado por una muerta.

Una historia de pesadilla que cada vez se complicaba más y de la que no sabía cómo escapar.

Lasarte había dicho que Gabrielle usaba sus miedos para asustarla, se apoyó en el lavabo con pesadumbre, ya lo creo que los conocía bien y los había usado aún mejor. La imagen espeluznante viniendo hacia ella le erizaba

el vello cada vez que la recordaba y no dejaba de venir a su mente. El profesor había venido, al menos era alguien entendido. Con su ayuda tenía la esperanza de poder librarse de Gabrielle de una vez por todas.

Buscó un vaquero y un suéter con unas deportivas y se dirigió al salón. Irene preguntó cómo se encontraba y sólo respondió con un gesto. Llevaba en la mano los comprimidos para el dolor de cabeza con la intención de tomarlos con el desayuno. Los depositó en la mesa de centro, tomó asiento en el sofá y se reclinó cerrando los ojos mientras pedía que trajesen café para desayunar. Más protestas de todos y de nuevo la testarudez de Marina afirmando que no volvería a dormir hasta asegurarse que Gabrielle no volviera a usar la puerta de atrás del sueño para pillarla desprevenida.

Tomás Lasarte la estudió en silencio mientras tomó el desayuno limitado a una gran taza de café con un pequeño chorro de leche y medio panecillo con mantequilla, que por la lentitud en el masticado y los pequeños bocados estaba tomando sin ganas.

Entendía su actitud, no había mentido cuando comentó que éste era el caso más extraño con el que había tropezado en sus casi tres décadas de estudio. Si, la comprendía en su negativa a conciliar el sueño, pero era un tiempo limitado, dentro de poco, ni las tazas de café ni las duchas evitarían que cayese rendida y Gabrielle estaría ahí esperando para tomar de nuevo la iniciativa.

—Le veo muy callado Tomás —

le interpeló Lissette a quien no había pasado desapercibida la muda observación del hombre—. ¿Qué piensa?

—Pienso que esta situación es una cuenta atrás muy rápida— y dirigiéndose a Marina— Sabes que no podrás prolongar estar sin dormir mucho tiempo y ten en cuenta que si caes agotada le estas dando a Gabrielle una ventaja extra. Puedes quedar a su merced.

Marina apuró la taza de café y depositó parte del panecillo sobre la bandeja antes de levantar la cabeza y mirar al profesor.

—Sé que tiene razón señor Lasarte..

—Llámame Tomás por favor y tutéame —la interrumpió éste— No soy tan viejo.

—Esté bien Tomás —aceptó Marina intentando forzar una sonrisa que quedó en una mueca debido al cansancio— Entiendo lo que quieres decir y soy consciente que el tiempo que una persona puede aguantar sin dormir es limitado, pero confío que entre todos y sobretodo tú, encuentre una forma de librarme de Gabrielle en ese tiempo. Tiene que haber una solución a esto.

—Quisiera decirte que la conozco Marina, pero vuelvo a decir que tu caso es el más extraño con el que he tropezado desde que investigo estos temas, he contactado con todas las médiums que he conocido y que son de confianza y han afirmado que nunca han tenido una experiencia como la tuya. En tu caso vamos a ciegas e improvisando, pero te aseguro que tienes todo mi interés para encontrarla.

Marina dio las gracias con un gesto y se llevó los comprimidos a la boca, los tragó con el resto del café.

—¿Te duele aún más la cabeza? —preguntó Irene que había tomado asiento a su lado en el sofá.

—Desesperadamente.

—¿Te has dado cuenta Tomás que ha disminuido el tiempo que Gabrielle necesita para presionarla? —se dirigió al profesor— Antes tardaba días en aparecer después de una de sus posesiones. Es como si se hiciese más fuerte.

—Se ha hecho más fuerte Irene —Tomás se reclinó en el sillón— No sé cómo, pero es como si el espíritu de Gabrielle fuese aprendiendo. Sospecho que ha encontrado el modo de usar tu energía Marina— y ante el gesto interrogativo de ella— Para manifestarse en este plano de esa forma necesitan energía, algo que donde ella está apenas existe, de forma que para poder hacer lo que está haciendo ha encontrado el modo de usar tu energía. Quizá deberíamos intentar averiguar como lo hace para cortar ese camino.

—¿Y eso como lo hacemos? —interpeló Marina.

—Esa es la parte difícil —siguió Tomás— Con tiempo y pruebas podría averiguarlo, pero es un proceso largo. Tu falta de sueño es un límite demasiado corto para llevarlos a cabo.

—No pienso dormir —afirmó rotunda— No puedo soportar la idea de ella apoderándose de mi voluntad de nuevo.

—Sabes que ese plan es pésimo. Sólo aguantarás un día o dos más antes de desmayarte —siguió Tomás—. ¿Y después qué?

Marina pasó las manos por el pelo y después las juntó con nerviosismo. Todos la miraban con gesto apesadumbrado. Eran conscientes que esa criatura estaba viviendo un infierno.

—No lo sé Tomás, sé que es cuestión de tiempo, pero intento ganar eso mismo. No tengo ni idea, pero algo se nos puede ocurrir en estas horas, pero no dejaré una puerta abierta a Gabrielle. Llegaré hasta donde aguante.

—Puedes terminar enferma. Lo sabes ¿Verdad?, —dijo Tomás.

—Soy consciente de ello, pero no puedo —se llevó las manos a la cara—

no puedo soportar la idea de que ella vuelva a manejarme.

—Háblanos de ese plano —intervino Lissette angustiada por el gesto de desesperación de Marina— ¿Dónde crees que se encuentra mi hija?

—Es un entorno propio, un limbo personal donde no existe nada más. Un espíritu normal como los que he conocido sólo es capaz de percibir a los vivos cuando entran en el área de influencia de ese entorno y no todos, de hecho, es algo inusual. Gabrielle ha aprendido a desplazarse —contó con calma Tomás— Suponemos que usó ese mueble y estuvo pegada a él hasta que encontró a la persona que reunía las condiciones precisas que ella necesitaba.

—Maldita chaise longue —interrumpió Marina— En que mala hora decidí quedarme el regalo de Marga y Román.

Tomás tras unos instantes de contemplar a Marina se incorporó.

—Tengo que marcharme ya, pero trataré de regresar lo antes posible. Veré que averiguo.

—Te lo agradecemos mucho —añadió Lissette dirigiéndose con él hasta la puerta. Marina e Irene se despidieron con una sonrisa sin moverse del sitio.

El resto del día Irene estuvo dándole vueltas a la idea que había tenido. Cada vez que veía las ojeras de Marina, más acentuadas según pasaban las horas se convencía de llevarla a cabo.

Después de la cena y a pesar del frío Marina insistió en dar un paseo intentando calmar el dolor que apenas atenuaba los calmantes, Irene aprovechó la ocasión acercándose a Lissette que preocupada observaba por la ventana la figura cabizbaja que daba vueltas por el jardín.

—Hay que hacer algo Lissette —dijo sin apartar la vista de Marina.

—Si, pero ¿Qué?

Se mordió los labios con ansiedad mientras la madre de Gabrielle se volvía hacia ella.

—He tenido una idea. No podemos dejar que continúe así. Se volverá loca si permanece sin dormir. He pensado que podíamos administrarle algo que la induzca al sueño.

Lissette la miró con sorpresa, pero la dejó continuar.

—Las dos estaríamos vigilantes y supongo que mientras Marina duerme, Gabrielle aprovechará el momento y aparecerá —Irene cruzó los brazos y se quedó frente a la francesa— He pesado, que podíamos interrogarla e intentar averiguar que pretende en realidad tu hija.

—¿Y? —interrogó Lissette— Ya sabemos que pretende Irene. Comprendo la necesidad de obligar a Marina a dormir. Esta situación es insostenible y

absurda pero no sé qué podemos hacer, aunque, lo que dices saliese bien.

—Podríamos intentar razonar con ella. Quizá está perdida en sus ideas o en esa obsesión con Adrián, además de tener la posibilidad de preguntar directamente si es él su asesino.

—¿Y si no conseguimos nada? —respondió Lissette con tristeza —¿Y si mi hija no quiere hablar conmigo? Ha tenido la posibilidad de hacerlo a través de Marina y no lo ha intentado nunca. Si es capaz de dominar su entorno no tengo duda que me ve y oye, pero es como si no tuviese interés en comunicarse conmigo.

—Eso no es extraño Lissette —apoyó una mano en el brazo de la francesa — Ella sabe que lo que está haciendo no está bien y estoy segura de que conociéndote estará segura de que tu no aprobarías su forma de actuar.

—Claro que no. He pasado siempre la mano a ciertas cosas de mi hija pero que haga daño a otra persona adrede, como está haciendo con Marina no puedo aprobarlo y ese deseo por quien puede ser su asesino me parece demencial —movió la cabeza con pesar— Por todo esto me parece imposible que Gabrielle se comunique conmigo. Ella me conoce bien. Estoy de acuerdo Irene, pero no creo que consigamos el contacto.

—No perderíamos nada. Marina creerá que la ha vencido el sueño y al menos descansará algo.

Lissette permaneció un rato pensativa con la vista fija al otro lado de los cristales, Marina regresaba y casi pierde el equilibrio subiendo las escaleras, eso la decidió a afirmar con la cabeza.

—Dejaremos que pase esta noche y le daremos un somnífero con el desayuno —afirmó Irene.

A las tres de la madrugada, Irene intentaba fijar la atención en su libro, pero levantaba la vista a menudo hacia la figura que casi sentada en la cama cambiaba continuamente de postura.

Dejó el libro a un lado, en media hora Lissette daría el relevo, Irene pensó que era mejor un poco de conversación. Poco después de la cena Marina había recibido la llamada de su madre, ella contestó unos minutos después una llamada de su chico. Distraída con la conversación había olvidado preguntar a su amiga.

—¿Qué dice tu madre? —dijo provocando que Marina se girase hacia ella.

—Dice que Alberto ha estado intentando que le dé mi nuevo número de teléfono. Me ha preguntado que si me parecía bien hablar con él.

—Espero que tu madre no siga insistiendo con... —exclamó con disgusto

Irene. Con el problema que tenían encima, ese asunto le parecía una estupidez.

—No —contestó con un suspiro— Sólo pedía mi consentimiento, pero sin presión. La verdad es que me ha sorprendido. Está cambiando de actitud. Imagínate que mi hermana la semana pasada llegó a su casa diciendo que pensaba abandonar a su marido. Ella ha contado que no dijo nada ni a favor ni en contra pero que tres días después llegó el energúmeno pidiendo perdón y la tonta de mi hermana se dejó convencer y ha vuelto con él.

—No entiendo dónde está la sorpresa —dijo extrañada.

—Pues que mi madre me lo contó con las mismas palabras que acabo de decirte. No esperaba ese vocabulario en ella. Creo que ha cambiado y debo decir que es una grata sorpresa.

—Me alegro —alegó Irene sincera— siempre he pensado que os faltaba comunicación.

Marina respondió con una sonrisa desganada y volvió a modificar su postura de nuevo.

Hacia ya un rato que Marina permanecía quieta y con la vista fija en los cortinajes de la ventana. Pensó en preguntar, pero cambió de idea. Fue Marina la que la sorprendió con un comentario.

—Ni siquiera ha llamado.

Irene sabía a quien se refería y no añadió nada.

—No debería sorprenderme —siguió Marina— Si con Lucía con la que tenía más vínculos afectivos tuvo esa actitud porque conmigo iba a ser diferente. Tu excusa ha sido de lo más efectiva.

—Te afecta ¿Verdad?

—No debería, pero... — Marina se detuvo.

—Te duele —respondió por ella Irene— Es lógico.

—No, no lo es. Debería alegrarme, después de lo ocurrido no sé cómo hubiéramos actuado si le tenemos encima —mover la cabeza con desgana, se incorporó y camino hacia el baño. Añadió brusca— No es momento de sentimientos inoportunos. Voy a buscar otro calmante —y llevándose las manos a la frente— Si al menos se calmase el dolor de cabeza.

Irene observó como su amiga se perdía en el baño y un rato más tarde el chorro de la ducha correr. Marina intentaba a la desesperada luchar contra el sueño. No había sabido responder a su amiga al comentario de Adrián. No pudo evitar un suspiro de pesar. El amor era extraño. Capaz de surgir en los momentos más difíciles y entre la gente más inoportuna. Pensó en Adrián, a ella no le daba el perfil de asesino. Recordó su experiencia sentimental y la

traición de Marga y Alberto. La verdad era que nunca puedes decir que conoces a alguien con certeza. Si había aprendido algo con todo esto es que no dejaba de sorprenderse con las personas, incluso Marina. Nunca hubiera imaginado en ella la fortaleza que estaba demostrando en una situación como ésta. Ella se hubiera derrumbado hacía mucho tiempo, con esta historia disparatada pero ahí estaba su amiga bajo el chorro de agua aun luchando sin campo de batalla definido y sin armas para enfrentarse a este enemigo desconocido, pero entera y decidida. Los dolores de cabeza estaban provocados sin duda por la resistencia que le estaba haciendo a Gabrielle, pero tantas horas sin dormir empeoraba la situación hasta el punto de que el tiempo entre un calmante y otro cada vez era más corto. Cuando unos minutos después llegó la francesa para el relevo, Irene comentó con ella la urgencia de llevar a cabo su plan a la hora del desayuno. Ayudaría a su amiga sin su consentimiento. Marina necesitaba dormir.

Irene saltó de la cama apenas sonó el despertador. Lo había puesto a las siete.

Se marchó a dormir en cuanto Marina salió del baño y fue llegar a la cama y quedarse dormida. Poco más de tres horas, pero para ella era increíble la resistencia de su amiga. Eso demostraba el pánico que sentía a otra posesión de Gabrielle.

Cuando salió Marina y Lissette ya estaban en el salón con el desayuno delante de ellas. Miró interrogante a la francesa cuando vio a Marina llevarse la taza a los labios. Un gesto de Lissette dando a entender que todo estaba controlado la tranquilizó. El gesto de ofrecerle té en lugar de café la convenció que la madre de Gabrielle había puesto el somnífero en la cafetera. Aceptó el té y un trozo del pastel de cerezas elaborado por la cocinera la tarde anterior.

Después del desayuno, Marina se acercó a la ventana para ver la evolución del día. Lamentó la fina lluvia que caía. Un buen paseo la hubiera ayudado a despejarse. Masajeó las sienes y resignada tomó asiento en el sofá. Ni veinte minutos tardó en hacer efecto. Marina dormía profundamente cuando Lissette pidió a su chófer que la llevase a la habitación.

Irene y ella se sentaron a observar el sueño de Marina expectantes.

—Eran un par de hipnóticos muy suaves —dijo Lissette— No me atreví a echar más y además disueltos en la cafetera, pero estaba tan cansada que le han hecho efecto enseguida. Espero que no nos equivoquemos Irene.

—Era necesario —se inclinó hacia delante sin quitar la vista del cuerpo que descansaba frente a ellas— No la perderemos de vista. Puede que no consigamos contactar con tu hija, pero Marina habrá descansado— movió las manos con nerviosismo— Quieres creer que estoy asustada —la francesa la miró interrogante— Por lo que pueda pasar. No sé si quiero contactar o que simplemente Marina duerma sin más. La idea de hablar con un espíritu a través de mi amiga me aterra.

Lissette sonrió con ternura a la joven.

—Te entiendo. Yo tampoco las tengo todas conmigo. Mi inquietud es distinta a la tuya. No temo a su espíritu, pero no reconozco a mi hija en todo lo que he averiguado antes de su muerte y menos en lo que está haciendo después de ella. Quisiera conocerlo todo para entender. Tiene que haber una explicación a esta forma de actuar, pero por otro lado mi temor es saber toda la verdad y que no me guste.

Irene apoyó la mano en su hombro como respuesta y sonrió levemente.

La puerta se abrió de pronto, Yvette se dirigió a su señora.

—Madame, M. Pinel est à la porte et dit qu'il ne partira pas avant que Marina ne lui parle.

Irene la miró interrogante.

—Dice que Adrián está en la puerta y que no se marchará hasta que hable con Marina.

—Lo que nos faltaba ahora —se detuvo a pensar unos segundos— Quédate con Marina. Intentaré quitármelo de encima cuanto antes.

—Ni lo intentes— las sorprendió la voz de Adrián apareciendo en el umbral del dormitorio— No será tan fácil —y girando la cabeza hacia Lissette — Buenos días señora Parmentiel.

Ambas mujeres quedaron mudas de la sorpresa. Se miraron la una a la otra sin capacidad de reacción.

Adrián avanzó hacia Marina y observó extrañado.

—¿Porque no se despierta hablando tan cerca de ella?

—Le hemos administrado un somnífero —Irene hizo un gesto indicando la salida a todos— Hablemos en el salón. Es importante que siga descansando.

El más joven de los Pinel miró con desconfianza, pero un nuevo gesto de Irene en actitud de súplica le hizo abandonar la habitación a regañadientes.

Lissette cerró la puerta tras ella y se volvió a su doncella y a Edmon, el chófer, que había llegado al ver la irrupción de Adrián.

—Soyez vigilant et surveillez Marina. Faites-moi savoir s'il se reveille.

Con gesto cansado siguió al grupo hasta el salón. Las dos tragaron saliva al contemplar la expresión de Adrián. Estaba claro que las había descubierto al dirigirse a Lissette.

—Cuando descubrí el engaño he preferido venir primero a que me expliquen el porqué de todo esto —y dirigiéndose a Lissette con rabia—. ¿Es cosa de su hija? ¿Es que no nos hizo ya bastante daño a mi familia?

—¿Cómo nos has descubierto? —cortó Irene.

—Cuando salí de aquí no podía dormir. Estaba angustiado por la historia

que me habías contado sobre Marina. Me negaba a creer que la mujer que amo estuviese mal de la cabeza —caminó hasta el sofá y tomó asiento sin abandonar el gesto severo—. Mi memoria siempre ha sido excelente y una gran ayuda en mi profesión. Jamás olvido una cara y de pronto relacioné la suya señora Parmentiel pero Marina la había presentado como su madre. Podía ser sólo un parecido. La empresa Pinel manipula muchos millones y posee un gran equipo de seguridad. Les pedí que investigasen. Les llevó sólo una hora descubrir quien había alquilado esta casa. Ante mi desconcierto les pedí que continuasen sus averiguaciones y estas me han llevado a descubrir que mi gerente, que si responde a su nombre, en realidad es licenciada en Ingeniería informática y que su madre se llama María Medina y vive en Almería —achicó los ojos acentuando aún más el enfado—. Pueden explicarme que significa roda esta pantomima. Espero que sea satisfactoria y me convenzan antes de llamar a la policía.

—¿Les explicará cómo mató a mi hija? —se enfrentó Lissette—. No se preocupe. Puede hacerlo sin problemas. Es un delito prescrito.

Adrián la miró como si se hubiese vuelto loca.

—¿Qué diablos está diciendo? ¿Matarla? ¿Acaso no es ella la que ha urdido lo que sea que planeaban? —se llevó una mano a la frente y la acarició unos segundos en un gesto de incertidumbre— Porque si no ha sido ella no entiendo su presencia ni que demonios pretendían con esta falsa.

—Descubrir su cadáver —Lissette juntó las manos a modo de súplica—. Es lo único que queríamos. Saber que ocurrió y poder enterrarla para que descanse en paz.

—Su hija se escapó con el chófer llevándose las joyas de mi padre —contestó entre dientes Adrián enfrentándola.

—Las joyas te las entregó a ti —desafió Lissette.

Adrián acusó el golpe mirándola extrañado, volvió la cara hacia Irene que observaba la escena retorciéndose las manos con nerviosismo.

—¿Cómo sabe...? Esto es de locos. Está dado a entender que no ha visto a Gabrielle desde que desapareció, que la cree muerta, pero sabe lo de las joyas. Eso sólo podía decírselo ella.

—Y ella lo hizo.

—Entonces le diría también que yo le devolví las joyas.

La madre de Gabrielle y Adrián se observaron durante unos segundos interminables, hasta que intervino Irene.

—Quizá no hemos llegado a esa parte. Si Adrián entregó las joyas eso casi

le descarta ¿No?

—¿Me descarta de qué? —se giró indignado.

—Del asesinato de Gabrielle. Sabemos todo —hizo un gesto de duda—, o casi todo lo que ocurrió antes de la desaparición de la hija de Lissette. Conocemos tu historia con ella y como te acosaba cuando cortaste. Hemos llegado hasta el momento en que te entrega las joyas y te amenaza si no huyes con ella.

La cara de Adrián reflejaba la sorpresa y la incredulidad ante las palabras de Irene.

—Todo eso sólo ha podido contarlo Gabrielle.

—Ya te hemos dicho que ha sido ella.

Se incorporó y dio unas vueltas mordiéndose los labios.

—Lo contó ella y decís que está muerta. Nunca dijo durante la investigación que habló con su hija —dijo mirando a Lissette.

—Porque nunca hablé con ella.

—¿Entonces..?

—Lo ha contado ella —Irene dudó en las palabras—. A través de Marina.

El gesto de incredulidad en la cara de Adrián provocó que Irene señalase el sofá y ella tomó asiento en el sillón frente a él.

—Creo que deberíamos empezar por el principio —y mirando a Lissette—. Creo que él no es culpable. Podríamos contárselo todo. A fin de cuentas, no creo que abandone esta casa hasta conocer toda la verdad.

—De eso puedes estar segura —afirmó tomando asiento donde le había señalado Irene. ¿Qué diablos significa a través de Marina? ¿Tiene algo que ver con que esté sedada?

—Tiene —suspiró con cansancio Irene— Marina lleva sin dormir desde la noche que llegó a tu casa. Se niega a hacerlo y Gabrielle la está atormentando.

Adrián continuó con su gesto de incredulidad. Movi6 negativamente la cabeza.

—Esto es de locos —apretó la mandíbula con rabia—. ¿Qué tiene que ver la sarta de estupideces que dicen con introducir a Marina en la empresa con identidad falsa?

—Adrián sé que esto es difícil de creer —Irene hizo una pausa para mirar a Lissette que seguía de pie mirando a Adrián con desconfianza— Marina está en contacto con Gabrielle —hizo un gesto de duda—. En realidad es Gabrielle quien entra en su mente, al principio sólo eran imágenes de su vida. Marina no

podía hacer una vida normal, esas visiones aparecían en cualquier momento y sin previo aviso. Iba conduciendo en una de esas ocasiones. Casi tiene un accidente. No hubo más remedio que investigar y así llegó hasta Lissette. Marina escribió preguntando por Gabrielle porque al principio ella ignoraba si lo que veía eran imágenes de alguien vivo o muerto —suspiró haciendo un breve alto desviando la mirada hacia Lissette que algo más relajada tomó asiento en el otro sillón—. La repuesta de la madre de Gabrielle no fue escrita, apareció en persona y asegurando que su hija sólo podía estar muerta. A través de las imágenes llegaron hasta tu familia y la reconstrucción de los hechos indicaron que no sólo estaba muerta, sino que había sido asesinada o por tu padre o tu... —dudó un poco—, o tú. Fue a través de las imágenes como conocimos tu desliz con ella y el acoso al que te sometió cuando cortaste con ella. Su madre —y señaló a Lissette—, sólo quería saber cómo ya te ha dicho dónde estaba su cuerpo porque el crimen como bien sabes está prescrito, más tarde Marina descubrió que Gabrielle tenía sus propios planes y comenzó a apoderarse de su voluntad. Marina está aterrada, aprovecha su sueño para poseerla y acercarse a ti que es su obsesión. Marina se negaba a dormir. No podía seguir así, iba a volverse loca. Hace un par de horas le administramos un hipnótico para obligarla a dormir. Estábamos vigilándola por si se manifestaba Gabrielle cuando has llegado.

Irene detuvo su relato y Adrián miraba alternativamente a ambas mujeres intentando digerir el relato de la amiga de Marina.

—Esto es...no sé que creer —dijo Adrián— pero es cierta la relación que tuve con Gabrielle. Fue el mayor error de mi vida. Me atormentaba la traición a mi padre y corté con ella y también es cierto que a partir de ese momento ella me acosaba y eso es algo que sólo sabíamos Gabrielle y yo, pero creer que mi padre o mi tío la matasen porque desde luego puedo jurar que yo no fui. Por Dios, tenía diecisiete años. Sólo deseaba que desapareciese de nuestras vidas, pero llegar a matarla...soy incapaz de matar ni una mosca y mi familia tampoco. Si Gabrielle está muerta lo haría Ramiro, huyó con ella. Y mi tío, que estupidez, él no tenía nada que ver con ella.

—Tenía un lío con tu... —interrumpió Lissette—. Mantenía relaciones con los tres. Esas fueron las primeras imágenes de Marina —siguió la francesa ante la mirada horrorizada de Adrián— Sabemos que mi hija te entregó las joyas, dices que se las devolviste ¿Podrías decir cuándo y cómo? Según nos contó Marina, mi hija te entregó las joyas el día anterior a su huida.

—La llamé por teléfono y le dije que había dejado las joyas en nuestro escondite. A pesar de su amenaza de decírselo a mi padre no pensaba huir con ella. Asumí explicar todo lo ocurrido y contárselo a mi padre antes que lo hiciese ella —negó con la cabeza, asqueado—. También estaba con mi tío. Esa maldita zorra —levantó la vista hacia Lissette—. Lo siento señora Palmentiel, pero no puedo pensar otra cosa. Ella me sedujo. Lo ocurrido es una vergüenza que arrastro desde entonces, pero jamás se me pasó por la cabeza hacerle daño, aunque no negaré que llegué a odiarla.

—¿Cuál era ese escondite? —intervino Irene al observar la mirada triste de Lissette.

—Unas piedras que se sacaban con facilidad en la parte de atrás de la torre. Era donde nos dejábamos los mensajes. Cuando era pequeño era el rincón de mis tesoros. La llamé y dije que hiciera lo que le diera la gana, pero que no pensaba acompañarla y donde podía encontrar las joyas y por supuesto que se fuera al infierno. Estaba en mi colegio. Ella llamó allí el último día que se la vio. No quise ponerme al teléfono y no abandoné el lugar —un gesto dolorido apareció en su rostro—. Si Marina me hubiese contado todo esto era fácil comprobar que si Gabrielle murió yo no pude haberlo hecho.

—¿Estabas en el colegio? —preguntó dudosa Lissette.

—Sois malas investigadoras —añadió él algo cínico— Cuando se investiga un crimen lo primero es comprobar las coartadas de los sospechosos. No creo que nadie de mi familia la matase. Sigo apostando por Ramiro, quizá le robó las joyas.

El timbre de la puerta sobresaltó a los tres. Esperaron unos momentos hasta que la doncella entró y anunció a Tomás Lasarte. Lissette dijo que le hiciera pasar al salón.

Ante la mirada expectante de Adrián, Irene explicó.

—Es un profesor de la universidad, tiene una cátedra de psicología y es experto en fenómenos paranormales. Marina y yo le pedimos ayuda.

La entrada de Lasarte cortó la explicación. Lissette procedió a las presentaciones y el profesor no pudo reprimir su extrañeza ante la presencia de Adrián.

—Parece que Adrián no era culpable después de todo— aclaró Lissette ante su gesto— Dice que devolvió las joyas a mi hija y parece que no abandonó el colegio. Cuando ha llamado nos estaba relatando que Gabrielle llamó al colegio y él no quiso ponerse. Eso fue el día que desapareció. Posiblemente fue la llamada que hizo desde la cafetería de la gasolinera y que

investigó la policía.

—Bien —Tomás tomó asiento—. Nada como confrontar datos para llegar a la verdad —miró alrededor—. ¿Y Marina?

—Duerme —dijo Lissette.

—Vaya, ha resistido mucho.

—Le administramos un somnífero —intervino Irene— Nuestra idea era que además de la necesidad que tiene de sueño provocar la aparición de Gabrielle e interrogarla sobre que pretende con su obsesión por Adrián, pero él ha llegado. Había descubierto el engaño al reconocer a Lissette y no hemos tenido más remedio que contárselo todo.

—Todo no —cortó él—. Aún hay muchas cosas que no entiendo como ese don de Marina. En la investigación que ha hecho mi servicio de seguridad no aparece ningún dato sobre sus dotes de médium. Sólo sus estudios de informática que es lo más lejano, por cierto, con esa habilidad.

—Marina no es médium, nunca tuvo signos ni indicios de que lo fuera. Fue su accidente y sobretodo, el regalo de la chaise longue de Gabrielle que llegó a sus manos el detonante.

Quedó pensativo unos largos instantes y se removió incómodo en el sofá antes de preguntar.

—¿Qué veía exactamente Marina?

—Escenas —respondió Lissette—. Imágenes vuestras donde ella estaba presente. Contigo, con tu padre, tu tío y tu abuela. Momentos que fueron trascendentes antes de su muerte.

—¿Mi abuela?

—Si, Marina tuvo muchas imágenes de cómo se relacionaba con ella. Para mí fue una sorpresa lo bien que se llevaban al final. Pensé que tenían malas relaciones según lo que había visto en mis visitas.

—Y supongo que eso debe ser importante —intervino Lasarte—. Nos faltan datos o escenas que no se han mostrado, pero si Gabrielle enseñó esas imágenes a Marina tienen que tener más importancia de la que le hemos dado hasta ahora.

—Recuerdo que Gabrielle entraba a menudo en la habitación de mi abuela, pero no le di importancia. Mi padre y yo comentamos en una ocasión que Gabrielle trataba de ganarse el afecto de la abuela dado los malos comienzos de ambas.

—Era más que... —dijo Irene—. Tu abuela sentía un fuerte afecto por Gabrielle y firmó algo en presencia de testigos... —Irene se detuvo de pronto y

miró alternativamente a Tomás y a Lissette— Quizá fue eso. La abuela de Adrián firmó algo delante de la criada, de Ramiro y de la misma Gabrielle. Después ella vio como la criada fue asesinada por el coche de los Pinel. ¿Sería esa la causa por la que fue atropellada y el motivo por el que Gabrielle tenía que huir?

—¿De qué diablos están hablando? —preguntó indignado—. ¿Que criada fue asesinada?

—La mujer que cuidaba de tu abuela —contestó Lissette—. Mi hija mostró a Marina las imágenes de cómo el coche mercedes de tu familia la empujaba al pantano cuando regresaba al pueblo y luego se daba a la fuga.

Adrián movía la cabeza con incredulidad ante lo que estaba oyendo.

—El mercedes sólo lo conducían mi padre o mi tío. Ni siquiera el chófer solía conducir ese coche. Me niego a pensar que mi padre o mi tío tuviesen nada que ver con un atropello. ¿Y qué se supone que firmó mi abuela con testigos?

—No lo sabemos —dijo Lissette—. Cuando Marina vio esa escena aún no podía oír lo que se decía. Las voces a las escenas llegaron más tarde. Fue sentada a vuestra mesa. Lo pasó fatal intentando disimular. Tuvo que fingir un dolor de espalda. ¿Lo recuerdas?

—Si y yo ingenuo la llevé al masajista de Lucia.

—Lo agradeció, créeme. La tensión que ha pasado con todo es tremenda y de lo que padeciendo ahora me siento de alguna forma responsable.

—Los actos de tu hija no son responsabilidad tuya Lissette —respondió Tomás.

La madre de Gabrielle iba a contestar cuando entró nervioso Edmón, el chófer.

— Madame, Mlle Marina est dans le garage. Yvette l'a entendue parler au téléphone avant d'y aller. Il a ignoré nos appels.

Lissette se incorporó alarmada seguida de los demás al notar la tensión en su rostro mientras escuchaba.

—Marina..o mi hija está en el garaje intentando coger el coche —en ese momento oyeron el motor del vehículo saliendo a toda velocidad.

Todos se lanzaron a la ventana para ver el coche perderse en el pequeño camino que conducía a la carretera general.

—Vamos a mi coche —se lanzó hacia la puerta Adrián—. La seguiremos.

Todos cogieron los abrigos y se dirigieron al coche de Adrián a toda velocidad justo para ver el vehículo que conducía Marina girar a la derecha, éste arrancó siguiendo la dirección del otro.

—Va hacia el pueblo —dijo Irene sentada junto a Adrián— creí que iría hacia tu casa.

—No sé porque —intervino Lissette—. Adrián estaba en casa y se supone que es a quien Gabrielle persigue.

—¿Me están diciendo que quien conduce ese coche no es Marina? —exclamó con la cara desencajada Adrián

—Sólo en apariencia —aclaró Tomás—. Inducir a un sueño artificial a Marina no ha sido una buena idea. Un sueño natural habría provocado que Gabrielle encontrase el obstáculo de su subconsciente. El pánico hacia ella era como un seguro que el somnífero ha soltado.

—¡Dios Mío! Y pensar que la idea fue... —lamentó Irene.

—Tu plan quizá hubiera salido bien si las dos nos hubiéramos podido quedar sentadas en la habitación de Marina. Podíamos haber intervenido cuando se manifestó mi hija, pero llegó Adrián.

Éste sólo hizo un gesto mirando a la francesa a través del retrovisor.

El primer vehículo atravesó el pueblo a toda velocidad y estuvo a punto de llevarse a un peatón por delante, Adrián no tuvo más remedio que disminuir algo y apretó el acelerador a fondo intentando dar alcance al coche que habían perdido de vista.

Una curva en la montaña les indicó la dirección al localizar el vehículo tomando la autopista hacia Madrid.

—¿Pero a dónde va? —inquirió Adrián.

—Quién sabe —respondió Tomás—. Temo que sólo podemos seguirla.

—Mi chófer ha dicho que la oyeron hablar por teléfono antes de salir.

—A quien ha podido llamar —dijo preocupada Irene—. ¿Será capaz Gabrielle de mantener la posesión? No quiero ni pensar lo que podría ocurrir a la velocidad que lleva ese coche si Marina vuelve. Por primera vez estoy rezando para que continúe en ese estado.

El comentario dibujó una raya de preocupación en la frente de Adrián.

Irene tenía razón. Si lo que le habían contado era cierto y la mujer que conducía era el espíritu de Gabrielle y Marina despertaba la situación podía terminar en tragedia. Mientras continuaba conduciendo sin perder de vista el coche.

Recordó algunas situaciones sin explicación para la forma de actuar de Marina, si todo este disparate era verdad, todas esas ocasiones Gabrielle había tomado posesión de la voluntad de Marina. Tragó saliva con nerviosismo.

Eran solo minutos cuando sucedió delante de él. Intentó fijar de nuevo la atención al vehículo que perseguía, todo esto era demasiado confuso. Soltó aire intentando calmar la ansiedad.

—Quizá ha llamado al asesino —Irene volvió la cabeza hacia el asiento trasero donde estaban Lissette y Tomás.

—Si es así estoy seguro de que se trata de Ramiro —exclamó Adrián—. No mostró imágenes del chófer después de la desaparición ¿No?

—En realidad, de ese día no ha mostrado visiones de nadie.

—Pues no sé si va en busca del asesino, pero hemos dejado la capital atrás y nos hemos desviado hacia el sur.

Irene desvió la mirada hacia la carretera y a las direcciones de los indicadores y Adrián tenía razón. Habían cogido la autovía hacia Andalucía.

—¿Sabéis donde creo que va? —inquirió con sorpresa—. Creo que nos conduce a la casa de Quentar.

—Creo que tienes razón —aseveró Adrián.

Durante un buen rato cada uno se sumió en sus cavilaciones hasta que Lasarte rompió el silencio.

—Estoy dando vueltas a lo que ha comentado Adrián. Hasta ahora hemos dado por hecho que Ramiro murió el mismo día que Gabrielle a manos de su asesino, pero ¿Porque no mostró imágenes de él? La última vez que la vieron con vida estaba en compañía del chófer.

—Quizá no ha mostrado imágenes de él ese día porque no son relevantes para lo que quiere contar —dijo Lissette.

—O porque es el asesino —añadió Tomás.

Irene meditó los comentarios unos instantes y movió negativamente la cabeza.

—Eso no tiene sentido, ¿Para qué iba a mostrar tantas escenas de la familia Pinel si fue asesinada por el chófer?

—Porque lo que perseguía era acercarse a mí. Creo que elaboró un misterio en torno a su muerte para que Marina se aproximase cada vez más.

El gesto de Adrián se endureció al decir eso. Gabrielle había manipulado a Marina y ella a él. Había provocado que se enamorase como un idiota. Las escenas fueron pasando por su mente. En realidad, no, Marina había hecho todos los intentos de lo contrario. Siempre que creía que la tenía, Marina se le escapaba. No podía acusarla de haber jugado con él excepto esa noche. La forma de actuar al principio, ahora que sabía, era Gabrielle. No pudo evitar una mueca, pero después Marina había intentado salir de su cama horrorizada, pero se había quedado. Durante mucho tiempo mientras conducía ese pensamiento atormentó la mente de Adrián.

El coche seguía a toda velocidad cuando habían entrado en la provincia de Granada, pero el coche se desvió de la ruta a la capital.

—Va hacia la casa del pantano —alertó Adrián.

—Dios... —exclamó Lissette—, presiento que hoy vamos a descubrir la verdad. Creo que mi hija nos lleva hasta su tumba y ya no tengo ninguna duda que esa llamada ha sido a su asesino.

—¿Deberíamos llamar a la policía? —sugirió Tomás.

—¿Y qué les vamos a decir? —añadió Irene— El asesino queda libre, aunque confesara ante las autoridades. Sólo podemos llamarles si nos conduce hasta su cadáver sólo para que realicen los trámites. Que justicia más penosa.

Miró a Adrián cuando pronunció las últimas palabras, pero el menor de los Pinel no recogió el guante lanzado y se concentró en mantener la distancia de unos veintitantos metros del coche que tenía delante.

—¿Creéis que sabe que la estamos siguiendo? —dijo un tiempo después.

—Es posible —contestó Tomás—. Gabrielle es capaz de captar su entorno. Es posible que sepa que la estamos siguiendo. Creo que Lissette tiene razón y hoy vamos a llegar al final de esto, pero no puedo evitar mi preocupación. Hace mucho tiempo que se le administró el somnífero a Marina —echó un vistazo a los precipicios de la carretera que seguían—. Espero que no se despierte por esta zona.

—Si nos vamos al pantano la cosa se pondrá peor— recordó Irene— La carretera es allí mucho más estrecha.

—Marina estaba agotada —dijo Lissette esperanzada—. Espero que necesite más tiempo para recuperarse. No podría tomar el control del coche por estos caminos.

—Vamos a dejar... —exclamó nervioso Adrián.

Pasaron el pueblo y siguieron al coche por el camino del pantano. Ya no había duda. Gabrielle había cogido la ruta hacia la casa.

La ansiedad de todos iba en aumento cuando vieron que el coche aparcaba junto a otro ya detenido en un pequeño claro junto al pantano. Adrián sintió como se le aceleraba el pulso al reconocer el vehículo y a la persona que salió de él de la parte de atrás.

—No puede... —dijo angustiado—. Es mi padre.

Aparcó junto al otro coche y los cuatro se apresuraron a bajar. Eduardo miraba extrañado al grupo que se acercaba a él.

—¿Qué haces aquí? —preguntó a su hijo sin apartar la mirada del grupo que a su vez no dejaban de observar a Marina, ésta le miraba fijamente.

—¿Y tú que haces aquí papá? —Adrián miraba alternativamente a su padre y Marina que continuaba con una expresión rara en su cara. Estática, con los ojos fijos en el padre de Adrián.

—He recibido una llamada diciendo que viniese hasta aquí. Era la voz de alguien que nunca pensé que volviera a oír.

—¿Porque le quitó la vida? —se adelantó Lissette mirándole con rabia.

—¿De qué diablos habla? —la miró arrugando el entrecejo—. Usted es..la señora Parmentiel. Su madre.

—Si, soy su madre y ella nos ha conducido hasta usted —señaló al pantano con la misma expresión de furia en su cara—. ¿Fue aquí donde se deshizo de su cuerpo?

Eduardo observaba a todos confundido hasta que se detuvo en la mirada mezcla de angustia y reproche de su hijo.

—No sé de qué están hablando, ¿Y porque habla como si estuviese muerta? —dijo a Lissette— Ella me ha llamado y me ha pedido que viniese hasta aquí. Estaba en Madrid y por un momento pensé en no venir, pero necesito saber porque me abandonó de esa forma —echó un vistazo a todos los presentes—. Y a todo esto, ¿Dónde está Gabrielle?

—¿Tú no la mataste? —preguntó esperanzado su hijo.

—¿Matarla? Que estupidez. Gabrielle está viva. Ya he dicho que me ha llamado hace unas horas. Era ella —afirmó enfadado—. Su voz es inconfundible —se volvió hacia Lissette—. Su hija está viva.

—No está mintiendo —se adelantó Tomás—. No es el asesino —se giró hacia Marina que continuaba con la misma postura estática—. ¿No es cierto Gabrielle?

Eduardo le miró como si se hubiese vuelto loco.

—¿Por qué la llama Gabrielle? Es Marina, nuestra gerente —se pasó las manos por la cara con desesperación—. No sé qué está pasando. Gabrielle me ha llamado. Conozco su voz. La reconocería en cualquier lugar por muchos años que hayan pasado —Miró a su hijo que a su vez le miraba a él y a Marina alternativamente—. Adrián, no entiendo que está pasando aquí.

Su hijo fue a decir algo, pero en ese momento Marina se adelantó y mirando de frente a Eduardo, apoyó su mano en la de Eduardo y dijo:

— Désolé. Je n'étais pas juste avec toi. Tu n'as pas mérité mon comportement, mais c'est avec toi que je me suis toujours senti très seul.

La cara del padre de Adrián se puso lívida. Era la voz de Gabrielle la que salía de Marina, el anciano notó que le flaqueaban las piernas.

—Sé que no tengo excusa —siguió hablando Marina dirigiéndose a Eduardo. Ahora hablaba en castellano, pero seguía siendo la voz de Gabrielle, con un fuerte acento francés—, pero quisiera que me perdonases por todo el daño que te causé.

Eduardo estaba demasiado aturdido para responder a nada, Adrián se acercó a su padre, notaba que el anciano estaba a punto de caer al suelo por la impresión. Fue a dirigirse a Marina o a Gabrielle para pedir explicaciones, pero se adelantó Lissette. Cogió a Marina de las manos y con los ojos arrasados de lágrimas comenzó a hablar en su idioma. Era fácil distinguir, por el tono, que Lissette estaba reprochando a su hija. Sin embargo, ésta en la persona de Marina escuchaba sin inmutarse, unos minutos después, Marina liberó sus manos de la francesa y acarició la cara de ésta.

—Maman, je t'aime. Tu as toujours été mon soutien, mon inconditionnel sans me juger. Tu as toujours été la meilleure mère.

Lissette se abrazó a Marina en un llanto incontenible. Madre e hija estuvieron unos largos instantes abrazadas bajo la mirada de todo el grupo. No se escuchaba nada salvo el llanto silencioso de la francesa. Al fin pareció calmarse, fue a decir algo, pero el sonido de un potente motor acercándose hizo que todos se volviese a mirar en esa dirección.

—Se acerca un coche —dijo de pronto Irene señalando la carretera.

Todos miraban sorprendidos hacia donde señalaba Irene. En efecto, un elegante Volvo azul marino aparcó casi en la carretera por falta de espacio en el pequeño claro. Un Víctor Pinel asombrado descendió y avanzó hacia el grupo.

—¿Qué significa esta reunión?

—¿Y tú que haces aquí tío Víctor? —preguntó con desconfianza—. Has recibido una llamada de alguien ¿Verdad?

—Estupendo —intervino irritada Irene—. Ha llamado a los dos. Estamos como al principio.

—Le foutu assassin est déjà arrivé —sorprendió de pronto a todos Marina.

—Esa es... la voz de Gabrielle —dijo horrorizado Víctor—. ¿Qué... qué pasa aquí? ¿Porque habla ella con la voz de Gabrielle?

No tuvieron capacidad de reacción ninguno del grupo, Marina se adelantó hacia Víctor.

—Estas sorprendido ¿Verdad? —añadió de nuevo en castellano con su fuerte acento francés—. No pensabas volver a oír mi voz.

—Tú... tú estás muerta —balbuceó el anciano.

—Claro, tú lo sabes. Me mataste cuando volvía a casa— Marina avanzaba y Víctor Pinel retrocedía con el miedo dibujado en su cara—. Iba a escapar, pero necesitaba recuperar las joyas que estaban en la casa. Tenía que huir porque sabía que yo sería la siguiente. Asesino. Mataste a la doncella de tu madre y estoy convencida que también mataste a Matilde, ella estaba bien cuando la dejé esa noche. Cometió el error de hablarte del testamento que firmó delante de nosotros tres. Lo puso a buen recaudo de ti. De la caja disimulada en uno de los estantes entre los libros tu no tenías ni idea —el grupo se abrió para dar paso al anciano que seguía retrocediendo hasta que le frenó el borde del estrecho claro—. La tuviste aislada aprovechando la aversión de tu hermano y su sobrino hacia los enfermos. Apenas si pasaban de la puerta, pero ella me tenía a mí. La pobre pensó que era una pequeña venganza contarte que te iba a dejar casi nada de la fortuna Pinel por todo el

mal que le hiciste. Cuando esa noche me contó que te lo había dicho temí lo peor, pero ella ya no te tenía miedo. No hubo autopsia a pesar de que yo intenté que se la hicieran, pero de nuevo tu hermano no me apoyó como había hecho tantas veces cuando le pedí que se acercase a tu madre y que no se fiase de ti, pero por entonces tu ingenuo hermano confiaba en ti ciegamente — Eduardo escuchaba sin dar crédito—. Me encontré sola. Quise hablar con mi marido, pero tu amenazaste con contarle la relación que tuvimos. Adrián no quería acercarse a mi porque me culpaba de nuestra historia de amor —se giró hacia Adrián que escuchaba con el mismo estupor de los demás—, porque para mí no fue sólo sexo, pero me despreciaba por la traición a su padre — Gabrielle se giró de nuevo hacia el anciano que se ovillaba al borde del pantano—. Él no quería escucharme. Cuando te vi matar a Juana comprendí que habías decidido acabar por la vía rápida. No encontraste el testamento, pero decidiste acabar con los tres y lo hiciste. Habría conseguido escapar si Adrián no hubiera dejado las joyas en la casa. Necesitaba ese dinero para empezar lejos de aquí —habían llegado al borde y el viejo Pinel miraba con espanto hora a Gabrielle, hora hacia el abismo con las aguas del pantano al fondo—. Estabas esperando aquí. Hiciste que Ramiro se detuviese. Le dije que te esquivase y pisase el acelerador a fondo, pero siempre fue un sirviente fiel. Le disparaste a través del parabrisas. Me disparaste dos veces a mí, pero no estaba muerta maldito. Cuando empujaste nuestro coche sentí el impacto y como el coche se llenaba de agua. Se fue hundiendo. Sentí los pulmones llenándose, no podía respirar hasta que todo acabó. Hasta que ya no sentí nada.

Lisette no podía contener el llanto al escuchar el relato de la muerte de su hija. Gabrielle en el cuerpo de Marina dio otro paso hacia su asesino que con los ojos llenos de terror retrocedió otro. La tierra cedió bajo sus pies. Ni el gesto de Tomás ni el de Adrián intentando llegar a él evitaron que el cuerpo del anciano se precipitase y desapareciese tragado por las aguas. Adrián se quitó la chaqueta e hizo ademán de lanzarse, pero una mano como un garfio se cerró sobre su muñeca.

—Ya es tarde para él —dijo Marina con la voz de la mujer que tanto había odiado. Intentó soltarse, pero la fuerza de la hija de Lisette era descomunal.

—Déjalo muchacho —exclamó Tomás asomado al precipicio—. Lo más seguro es que le haya matado el impacto contra el agua o habría salido a la superficie —buscó entre sus ropas su teléfono móvil—. Será mejor llamar a la policía.

Adrián sintió como se aflojaba la mano y el cuerpo de Marina se desplomaba quedado de rodillas. Notó que era ella cuando vio su expresión de desconcierto y angustia. Se inclinó y la cogió por los hombros.

—Marina, ¿Eres tú? —preguntó agitándola.

Ella sólo respondió afirmativamente con la cabeza mientras intentaba ponerse de pie. Se sentía agotada.

—He escuchado todo lo que decía —dijo apoyándose en Adrián—. Intentaba luchar, pero era muy fuerte. No podía volver a tomar el control.

—Ya está —Adrián la abrazó con fuerza—. Todo ha terminado.

En ese momento, Adrián se encontró con la mirada de su padre que con una expresión derrotada se apoyaba en su coche. Soltó con suavidad a Marina en los brazos de Irene y fue hacia él.

—Padre.

—Tú y ella... estabas con Gabrielle. Mi hermano estaba con ella, mi madre... mi madre —Eduardo negó con la cabeza—, mi hermano la mató y todo eso delante de mis narices. Todos esos meses viéndola sin atravesar el umbral de la puerta. No puedo... no puedo. Tengo que procesar todo esto.

No dijo nada más. Abrió con lentitud la puerta trasera y ordenó al chófer que arrancase. Los gritos de su hijo llamándole no detuvieron el vehículo que se perdió en las curvas de la sinuosa carretera.

Marina apoyada en Irene y en Lissette observó como Adrián dejaba caer

Los brazos con pesadumbre y luego se apoyaba en el capó de su coche con la mirada perdida en algún punto del pantano. En algún momento sus miradas se cruzaron y pudo percibir la tristeza de sus ojos. Hubiera querido ir hasta él pero las largas horas que Gabrielle tomó el control la habían dejado sin fuerzas.

Se limitó a dejarse llevar hasta la parte trasera del coche en el que había llegado Víctor Pinel a la espera de la llegada de las autoridades.

Vivió como mera espectadora la llegada de éstas.

Tomás y Adrián dieron las explicaciones de la caída accidental del anciano y se organizó su rescate.

Callaron la posibilidad de encontrar el cuerpo de Gabrielle, Adrián aconsejó para evitar explicaciones innecesarias el silencio. Era seguro que en la búsqueda del cuerpo de su tío se dieran con él. Hasta que eso sucediese era mejor no decir nada. Una vez encontrado ampliarían la declaración.

La tarde caía y hubo que apartar todos los vehículos para el dispositivo de rescate cuando los buzos de la Guardia Civil dijeron que habían encontrado un

vehículo con cuerpos en su interior. Adrián había estado en lo cierto, pero advirtió que vendrían los interrogatorios cuando se relacionase la identidad de una de las víctimas muerta más de veinte años atrás con la presencia de su madre en el extraño accidente de Víctor.

Fue de nuevo Adrián quien tuvo la idea de decir que su tío les había convocado para confesar el crimen de Gabrielle y el chófer y que no habían dicho nada en principio por qué no sabíamos si hablaba en serio. Lasarte sugirió la conveniente idea de los remordimientos y el suicidio.

Marina escuchó absorta en sus palabras las explicaciones del menor de los Pinel al comandante de la Guardia civil que llegó casi al mismo tiempo que la grúa, encargada de extraer el vehículo del fondo del pantano. No pudo evitar una sonrisa desganada sentada en uno de los asientos con la puerta abierta y escuchándole.

Era abogado y se notaba, sólo ellos serían capaces de mentir con la convicción con la que Adrián Pinel contaba la historia dejando al margen a su padre.

Cuando las sombras comenzaron a descender sobre la zona, grandes focos iluminaron las oscuras aguas. Marina advirtió que Adrián se subía a su coche y se alejaba rumbo a la casa. Irene desvió la vista de la zona de rescate cuando percibió el ruido del motor alejándose.

—¿Dónde irá?

—No sé —contestó Marina con gesto alicaído.

En ese momento Tomás les pasaba un café que supuso traído por los agentes del orden pero que agradeció con una sonrisa.

La bebida caliente entró en su cuerpo reconfortando. Hacía muchas horas que no había ingerido nada. Mientras bebía despacio observó a Lissette casi encima de los operarios. Comprendía la ansiedad de la francesa. Más de veintiún años de espera y estaban a punto de sacar el cuerpo de su hija. Todo había terminado. La pesadilla de la invasión de su mente había llegado a su fin. Se alegró por ella y por la fiel madre que nunca dejó la esperanza de dar sepultura a su hija.

La figura menuda de Lissette caminó hacia ellas y se dejó caer con cansancio en el asiento trasero.

—Van a tardar aún tiempo —informó con gesto cansado—. Parece que es difícil enganchar el coche con la poca visibilidad del fondo. Víctor lo planeó bien el canalla. Dicen que esta es la zona más profunda del pantano.

—Quizá deberían haber organizado el rescate con luz diurna —indicó

Irene.

—Me han dicho que no cambiaría gran cosa —aclaró Tomás que iba y venía con regularidad del grupo de trabajo a ellas—. Tienen que remover fondo y el fango permite la misma visibilidad con esos focos que con sol.

—Sol poco —Irene se arrebujó en su abrigo—. Este viento y el aire huelen a lluvia. Espero que rescaten el coche pronto —desvió la vista hacia unos faros que se aproximaban por donde había desaparecido Adrián—. ¿Será él que regresa?

En efecto, Adrián aparcó su coche junto al que ellos estaban. Se acercó al grupo con algo en su mano.

—Gabrielle dijo la verdad. No llegó a recogerlas —mostró una bolsa de tela envejecida por el tiempo, al abrirla su contenido lanzó destellos iluminadas por los potentes focos policiales. El gran zafiro se destacó entre ellas—. Se encontraban en el mismo lugar donde las dejé.

—¿Has buscado el testamento? —preguntó Irene mientras alzaba a la luz otra impresionante pieza de brillantes y la devolvía al hatillo.

Adrián negó con la cabeza mientras volvía a cerrar la bolsa.

—Está en la casa y no tengo la llave. No hay luz y tampoco sé la combinación. Además, ya para qué. Somos la única familia de mi tío y sus herederos. No merece la pena remover más esto.

Marina apretó el chaquetón con el emblema de la Guardia Civil que le habían entregado. Cuando salió iba a cuerpo con un fino jersey y un pantalón vaquero. Apretó la gruesa prenda contra su cuerpo al tiempo que levantaba la vista hacia Adrián. Éste se la devolvió con un gesto inexpresivo, depositó la bolsa en sus piernas y se alejó hacia los focos para ver más de cerca el rescate al notar que la grúa se ponía en marcha. Tomás y Lissette le siguieron.

—Parece que ya sacan el coche —dijo Irene y volviéndose hacia ella— ¿Nos acercamos?

Dudó unos segundos. El cuerpo de Gabrielle. La imagen del espectro que vio cuando la hija de Lissette intentó asustarla para que cediera surgió en su cabeza. No quería volver a ver esa visión. Irene se había adelantado unos pasos y la instaba a seguirla.

Ella había visto una visión horrenda con ojos aterradores y piel hecha jirones, pero esos cuerpos llevaban una veintena de años. Quizá Gabrielle sólo había usado su miedo. Se levantó y caminó con lentitud tras los pasos de su amiga hacia el grupo que se arremolinaba junto al gran bulto chorreante que la grúa depositaba en el pequeño claro. Se abrió paso junto a Irene y Adrián.

Los focos iluminaron un vehículo con los cristales delanteros agrietados por dos impactos de bala. Cuando los agentes abrieron la puerta delantera todos contemplaron el esqueleto del pobre Ramiro al volante. Una de las balas le había dado en la frente.

Todos retrocedieron horrorizados cuando abrieron las puertas de atrás. El cuerpo sin vida de Víctor Pinel se encontraba en el asiento trasero entre los brazos del esqueleto de Gabrielle.

La escena dejó a todos sin habla incluidos el equipo de rescate. Marina supuso que esos hombres estaban acostumbrados a muchas cosas excepto a lo inexplicable.

—Ahora sabemos porque no pudo salir a la superficie cuando cayó al agua. Se hundió enseguida —exclamó Lissette llevándose las manos a la boca—. Mi hija se lo llevó al fondo.

Marina se despertó agitada. Otra pesadilla. Miró alrededor y se reconfortó con la visión del dormitorio de su casa. No sabía las horas que había dormido, pero no entraba demasiada luz por el balcón con la persiana a medio bajar. Miró el reloj despertador de su mesita. Casi las siete de la tarde.

La imagen del esqueleto de Gabrielle con el cadáver de Víctor abrazado había interrumpido de nuevo su sueño. Era una escena aún más terrorífica por lo que significaba, que el espectro de Gabrielle en su visión cuando quiso asustarla. La venganza de la hija de Lissette había concluido y aunque reconocía una cierta justicia en ella no podía dejar de recordarla con horror.

Saltó de la cama y buscó una bata.

A pesar de insistencia de Irene había preferido quedarse sola. Después del rescate de los cuerpos se despidieron Lissette y Adrián que quisieron acompañar los cadáveres al depósito. El profesor Lasarte se marchó al aeropuerto para llegar a una clase en la mañana. Irene y ella pidieron que las llevaran a Almería. ¿Para qué regresar a Madrid? Todo había concluido ya y Lissette les haría llegar su equipaje, aseguró que les quedaban horas de charla en cuanto terminase los trámites de la autopsia y el traslado de los restos de su hija a Francia.

—¿Seguro que no quieres que me quede contigo? —insistió Irene

—No, estoy bien y quiero pasar por casa de mi madre —sonrió ante la mueca de graciosa sorpresa de su amiga—. No me mires así. Aunque te sorprenda me apetece verla.

—Al menos para algo ha servido esta historia —sonrió Irene—. ¿Y Adrián? ¿Crees que marcharse así es porque no perdona el engaño con el que entraste en su casa?

Se encogió de hombros ante la pregunta. Se había marchado sin palabras con sólo un gesto de despedida.

—Estoy demasiado cansada para pensar ahora en eso.

Eran más de las dos y media cuando un taxi la dejó en casa de su madre. Sabía que se llevaría un susto sumando a lo intempestivo de la hora encontrarla envuelta en un chaquetón policial. Podía haber evitado la mentira de que había presenciado un accidente y que entregó su abrigo a una de las víctimas. Sí, podría haber pospuesto la visita al día siguiente pero después de todo lo sucedido quería dar un abrazo a su madre, quizá buscando algo que la reconfortase de todo lo sucedido en los brazos de su progenitora. A Marita Medina le emocionó ese abrazo tanto como el que le diera Gabrielle. A ella se le saltaron las lágrimas, por la emoción y porque éste sí era suyo.

Contestó con monosílabos a todo lo referente a Madrid. Por ahora quería alejarlo de su mente. Buscó algo para desviar la curiosidad de su madre.

—¿Cómo está Julia?

Se le ensombreció el rostro a su madre. Se retorció las manos en un gesto nervioso antes de contestar.

—No lo sé Marina. Tu hermana me tiene muy preocupada. En los días que estuvo aquí tenía un comportamiento que jamás vi en ella.

—¿A qué te refieres? —inquirió mientras soplaba el vaso de leche caliente con cacao que su madre había insistido en prepararle. Cuando notó el líquido caliente entrando en su estómago agradeció su insistencia.

—Perdía los estribos con los niños a menudo, gritaba como loca y con un vocabulario que me ha hecho enrojecer —se llevó la mano a la frente como tratando de eliminar con los dedos los surcos que habían aparecido—. No reconozco a mi hija.

—Es la angustia mamá. La desesperación por la situación que está viviendo y de la que aún no encuentra el valor para salir.

Marita asió la mano de su hija por encima de la mesa.

—No quiero que esté así. Yo sólo quería que fueseis felices, ¿Crees que debería aconsejarla que deje a su marido?

—No —dijo rotunda—. Eso es algo que tiene que decidir ella, pero si hacerle entender que estarás con ella y que no puede continuar así. Esa actitud con los niños puede volverse en su contra cuando decida separarse. Adora a sus hijos —soltó aire con fuerza—. Ha aguantado tantos abusos de ese imbécil por ellos, pero cualquiera que la oiga en una escena de esas pensaría que no los soporta —sonrió triste a su madre mientras apretaba más su mano—. A partir de mañana le haremos comprender que no está sola en esto.

—Mañana iré a su casa a pasar unos días e intentaremos solucionar las

cosas. Tenías razón con Diego. No me gustó ni su mirada ni sus palabras cuando vino a buscarla. He estado ciega.

Irene tenía razón cuando dijo que el problema con su madre había sido de comunicación, de eso y de ideas preconcebidas por ella que nunca discutió con su padre. Estaba segura de que su progenitor habría quitado las marañas que se había formado en torno a la pareja que formaban sus padres y quizá cosas que ella dio tanta importancia para ellos carecía de ella. Habían sido felices. Ella siempre los vio así y eran sólo las visitas a la familia que por lo visto su padre tomaba con filosofía, restando importancia a todo lo que para ella se convirtió en un tormento. Al menos esta horrible historia había servido para recuperar a su madre. Volvió a mirar a la autora de sus días. Su gesto preocupado. Nunca tuvo que asumir preocupaciones en vida de su padre. La muñeca de porcelana, si, era cierto, pero es que a su padre le gustaba tratarla así, ¿Y quién era ella para llevar la contraria a la voluntad de su padre?

—Tengo que marcharme —exclamó poniéndose en...—. Estoy agotada. Ya hablaremos de todo esto más adelante.

—Si hija —Marita ayudaba a su hija a enfundarse en el chaquetón y la acompañaba a la puerta—. Tienes mala cara, esas ojeras hija mía y además estas más delgada —la abrazó con fuerza—. Que racha tan mala ha caído sobre esta familia.

—Pasaré mamá —dijo acariciando la cara de su progenitora antes de bajar las escaleras.

Abrió la puerta de casa con la intención de subir y acostarse lo antes posible, entró en el salón y encendió la luz. Todo estaba igual que cuando marchó a Madrid, no había pasado mucho tiempo, pero ella tenía la sensación de que habían pasado muchos meses y que su vida antes de todo esto quedaba como algo muy lejano.

Se disponía a pagar la luz y subir a acostarse cuando sonó el timbre de la puerta. Miró su reloj, más de las tres de la madrugada. Por su mente pasó Adrián, quizá...

Abrió la puerta con el pulso acelerado por la esperanza y no pudo disimular el gesto de fastidio al descubrir a Alberto en el umbral.

—¿Qué quieres? —dijo malhumorada—. Espero que mi madre no te haya llamado.

—No, no ha sido ella— bajó la cabeza con pesadumbre— Paso por tu casa todas las noches por si has vuelto.

—¿Vuelves a las tres de la madrugada?

—He salido con unos amigos. Regresaba ahora. ¿Me dejas pasar?

—¿Para qué?

—Hablemos.

—Alberto no tengo nada de qué hablar. Lo nuestro terminó y no hay posibilidad de volver a retomarlo.

—No es tema para hablarlo en la puerta Marina.

—Tampoco son horas para visitas —cortó tajante.

—Podemos quedar mañana.

—Mira Alberto, no hay nada de qué hablar. No hay ninguna posibilidad de reanudar lo nuestro y la amistad tampoco es posible, porque tu traición me ha costado la amistad de una muy querida amiga para mí y eso sí que no te lo perdono —suspiró con hastío—. Vete Alberto. Acabo de llegar y estoy muy cansada.

—No podemos dejar las cosas... —intentó dar un paso y Marina se interpuso cerrando más la puerta—. Fueron muchos años y yo te quiero. Ha tenido que ocurrir todo esto para que me diese cuenta de que eres la mujer de vida.

—Pues lo lamento de veras —no pudo evitar el tono de fastidio—. A mí me ha servido para darme cuenta de que íbamos a cometer un gran error con esa boda, además... —dudó unos segundos—. Estoy enamorada de otro hombre Alberto. Lo lamento. Intenta rehacer tu vida. Te deseo lo mejor.

Cerró sin dejar opción a réplica y fue apagando luces camino de su dormitorio. Se sintió como una tonta por haber pensado que era Adrián quien llamaba. Ni siquiera sabía si volvería a verle. Quizá nunca la perdonase por ocultar toda la historia que le permitió introducirse en su casa y sacar a la luz el drama de Gabrielle, y con ella el secreto de la relación de ambos ante su padre.

Sí, era posible que nunca perdonase la mirada de su padre cuanto intentó acercarse a él. No entendía porque Gabrielle llamó al padre de Adrián, en esta historia era el único inocente, su presencia no era necesaria para la venganza de Gabrielle. Había sido una maldad incomprensible que le telefonease para que presenciase su venganza. Terminó de cepillar los dientes mientras movía la cabeza. Había querido romper la relación entre Adrián y su padre revelando el secreto de la relación de ambos. Una última jugada. Con ella hacía daño no sólo al hijo también al padre, quizá con ello trataba de vengar también la muerte de Matilde, culpando a los dos que siempre se negaron a tratar con ella y dieron con ello la oportunidad a Víctor de aislarla primero y matarla

después. La venganza completa contra la familia Pinel.

Se dio la vuelta tratando de alejar todos esos pensamientos de la cabeza y luchó por perderse en el sueño. El tiempo diría si tenía futuro con Adrián, ahora sólo quería descansar.

Caminó con paso cansado hacia la ducha. Llevaba durmiendo a intervalos desde que dejó a su madre.

Si sumaba los tiempos eran bastantes horas, pero no un sueño y reparador que hubiera agradecido.

Siempre la despertaban las mismas pesadillas.

Había llamado a Irene a mediodía y Pedro contestó que aún dormía, dichosa ella, pensó sonriendo.

Las guardias sostenidas por ella y por Lissette para vigilarla la habían llevado al borde del agotamiento.

Buscó un pijama cómodo y bajó dispuesta a sondear el congelador y los armarios de su cocina, pero temía que su cena iba a consistir en leche con galletas.

No había salido a comprar nada. Sus existencias eran las que quedaron antes de marcharse a Madrid.

Sonrió al encontrar una caja de cereales en uno de los armarios. El sonido de su móvil interrumpió su frugal cena.

—Hola Irene.

—¿Cómo te encuentras? —dijo la voz de su amiga—. Pedro dice que llamaste a mediodía. No has dormido mucho.

—Sólo a ratos. La imagen de ese coche cuando lo sacaron me ha perturbado el descanso.

—Que después de lo que has vivido con tu fantasma te asuste esa imagen es curioso.

—¿A ti no te ha afectado? —dijo sorprendida Marina.

—Claro. Era espeluznante pero no sé si era el cansancio o el descanso que al fin ha acabado todo, pero reconozco que he dormido como un bebé.

—Que suerte —Marina apuró las últimas cucharadas de cereales.

Se hizo un silencio. Irene pensó unos segundos la pregunta.

—¿Has tenido noticias de Adrián?

—No —Irene escuchó el suspiro de su amiga—. ¿Por qué iba a tenerlas?

—Ya sabe todo. Creo que habrá comprendido que no tenías otra opción que intentar averiguar la verdad. Dijo que estaba enamorado y a estas alturas ya se ha dado cuenta que a tu cabeza no le pasa nada —Irene hizo una pausa—. Bueno...yo esperaba que...

—Vamos a olvidar todo esto Irene. Ahora sólo quiero recuperar la normalidad de mi vida cuanto antes.

—Conmigo no disimules Marina. Estás enamorada de ese tipo.

—Irene vamos a dejar esta conversación, ahora no quiero pensar en nada.

—De acuerdo. Te llamaré mañana.

Dejó el teléfono con gesto cansado sobre la mesa. Dejó la mirada perdida en ningún punto concreto de su salita pensando que estaría haciendo el protagonista de la conversación en ese momento. Imaginó que tratando de hablar con su padre.

Recordó la expresión de Eduardo Pinel cuando su hijo intentó acercarse. No iba a ser fácil que ese hombre superase el golpe de la verdad sobre su familia.

Se levantó y recogió el tazón para llevarlo a la cocina, lo fregó y dejó todo escurriendo. En el pasillo fijó la vista en el chaquetón de la Guardia Civil colgado en el perchero. Tendría que devolverlo al día siguiente. Iba a subir las escaleras cuando recordó algo, se volvió hacia la prenda y miró en uno de los grandes bolsillos. La bolsa de joyas con su tela sucia apareció en sus manos.

Adrián la dejó en sus rodillas y ella la metió en uno de los bolsillos distraídamente. No había vuelto a recordarlas. Entró en el salón y volcó el contenido sobre la mesa de centro. Pasó las manos sobre el pequeño tesoro, separó el colgante con el nombre de Gabrielle del resto, el gran zafiro, una pulsera de tres hileras de brillantes. Volvió a amontonarlo todo y se reclinó en el sofá sin dejar de mirar los brillos de distintos colores que la luz arrancaba.

Por eso había muerto la hija de Lissette. Si hubiera pasado de las joyas estaría viva. Podía haber escapado a Francia, con su madre. También podía haber llamado a la policía y contarle todo.

Marina movió la cabeza desconcertada, ¿Por qué no lo hizo? Ya había decidido abandonar a Eduardo ¿Que más le daba que Víctor desvelara su historia con ella? Además, él habría salido ganando si daba a conocer el testamento de Matilde. Era el móvil. Con su testimonio Víctor quedaba a descubierto e incluso se podía haber hecho la autopsia a Matilde.

No pudo evitar una mueca de desagrado. ¿Fue su obsesión por escaparse con Adrián la que provocó toda esa tragedia?

Recogió las joyas y las devolvió a la vieja bolsa mientras pensaba que esta historia era absurda, tanto como ese amor de Gabrielle por un chico que terminó despreciándola por seducirle.

Tenía que devolver las joyas. Sonrió con ironía, era una excusa perfecta para volver a ver a Adrián. Depositó la bolsa en un cajón y apagó la luz del salón dispuesta a ver un rato la tele o leer un libro. Cualquier cosa que apartase la mente de ese hombre. No iría a verle. Enviaría las joyas por agencia.

Se disponía a subir las escaleras cuando sonó el timbre. ¿Sería su madre?

Abrió la puerta esperando que quien llamaba estaría en la pequeña cancela, de ahí el sobresalto al encontrar a Adrián frente a ella.

—Hola —y se sintió estúpida con ese saludo.

—¿Puedo pasar? —preguntó él al ver que ella se había quedado estática.

—Claro —se echó a un lado y cerró tras él—. Pasa. Supongo que vienes a por las joyas —añadió caminando delante de él hacia el salón— Había pensado enviártelas por agencia, pero me alegro de que pases a recogerlas personalmente. Es más seguro así.

Abrió el cajón y extrajo la bolsa.

—No he venido por las joyas Marina —caminó hacia el sofá y se sentó con gesto cansado—, ni siquiera recordaba que te las entregué a ti.

Depositó la bolsa sobre la mesa y tomó asiento en el otro sofá mirándole con gesto expectante.

—¿Cómo lo llevas?

—¿Cómo quieres que lo lleve? He tenido que estar en el depósito declarando y tratando que no se de publicidad a como han encontrado a mi tío. Imagina lo que pasaría si trascendiera el misterio de cómo un cuerpo recién caído al pantano ha terminado dentro de un coche abrazado por el esqueleto de la mujer que asesinó hace más de veinte años. Su culpabilidad en el crimen será pública en los periódicos, pero no necesitamos salir en los programas sensacionalistas con fenómenos extraños —pasó la mano por el pelo alisándolo—. He recurrido a todas mis influencias intentando minimizar la publicidad —resopló con fuerza—. He procurado que la firma sufra lo menos posible con todo esto, aunque no sé para qué. No creo que continúe

—¿Qué quieres decir?

—Mi padre no quiere saber nada de mí —Marina percibió el cambio en el

tono de... —Se siente traicionado por la única persona en la que confiaba ciegamente y descubrir todo eso... —hizo una pausa mordiéndose el labio—. Mi abuela... la aisló con nuestra complicidad. Todo ese tiempo allí, recluida y mi padre y yo sin pasar de la puerta. Confiando en lo que él decía, Víctor. Se lo pusimos fácil. No podrá superar todo eso. Estuvo a punto de hundirse antes, pero me tenía a mí. Ahora me he convertido en otra decepción —se levantó y comenzó a dar paseos nerviosos—, y Gabrielle, otra vez ella y ahora sabe que no sólo se acostaba con su hijo. También con su hermano —se giró a mirarla—. Mantenía relaciones con los tres. ¿Cómo se supera eso? Mi padre es un hombre débil. Siempre lo ha sido.

—A veces puede sorprender la fuerza de los débiles —dijo Marina levantándose y caminando hacia él—. Siempre ha estado protegido. Primero por su padre, luego su madre que tomó la dirección del negocio, después tu tío y más tarde tú. No sé que hará tu padre, pero quizá cuando vea que ahora tiene que coger él las riendas de su vida —encogió los hombros en un gesto de duda—, quizá sorprenda cuando no encuentre donde apoyarse.

—O se derrumbará —movió negativamente la cabeza—. Menuda familia tengo ¿No? Debes estar horrorizada.

—Lo que sucedió en tu familia pudo pasar en cualquier otra. Esas cosas ocurren cuando se difuminan barreras o no se instruye bien para dilucidar donde están los límites.

—¿Los límites?

—De lo que está bien y está mal. Es la única guía que tenemos. No te he ofrecido nada —sonrió abriendo las manos—. Claro que no tengo más que leche, café y cereales.

—Café está bien. Háblame de esos límites —dijo mientras la seguía a la cocina.

En la cocina buscó una taza, asió la jarra con el café aún caliente y sirvió media. Adrián negó con la cabeza cuando señaló la leche. Ambos tomaron asiento en la mesa de la cocina.

—Cuando tenía dieciséis años —empezó diciendo—, sentía una fuerte atracción por un chico que salía con una de mis mejores amigas. Yo le gustaba, una siempre sabe cuándo le gustas a un chico, pero intentaba mantener las distancias por mi amiga. Una noche que hicimos una moraga en la playa, mientras los dos buscábamos palos para la hoguera él me besó. Yo estaba desconcertada y pasé una noche horrible sin saber que hacer —durante un momento Marina se detuvo y miró de un modo hipnótico como Adrián removía

el azúcar del café. Soltó aire y continuó—. Ayudaba por las tardes a mi padre barnizando muebles. Era un hombre estupendo a quien le contaba todo. También le conté lo que había sucedido buscando su consejo. Mi padre me sorprendió con una pregunta, ¿Qué quieres hacer tú?. Quedé desconcertada. El añadió, veamos. Supongamos que sigues el juego de ese chico y sigues tus impulsos e incluso que rompe con tu amiga para estar contigo.

— ¿Cómo te sentirías? Mal, respondí —corro el riesgo de perder a mi amiga y sentirme mal por eso. Además, si él se ha fijado en otra, incluso me ha besado estando con mi amiga, nadie me garantiza que no me hará lo mismo a mí.

¿Y entonces?, preguntó mi padre con esa tranquila serenidad que tanta paz me daba. Creo que pasaré de esto, dije —Marina levantó la mirada hacia Adrián que bebía su café con parsimonia sin dejar de mirarla—. Mi padre volvió a sorprenderme con otra pregunta, ¿Que harás con tu amiga? ¿Le contarás lo sucedido? Reconozco que argumenté un sin fin de razones para guardar silencio sobre lo que había hecho el chico pero mi padre sin dejar de barnizar con la misma suavidad de siempre dijo, ¿ Si fueses tú querrías que te lo dijeran? —Marina se rascó una ceja y cruzó las manos sobre la mesa—. Mi amiga dejó de hablarme durante varias semanas pero al final reconoció que había hecho lo correcto y me dio las gracias— no pudo evitar una sonrisa—. Claro que eso fue después de pillarle besándose con otra —volvió a adoptar el semblante serio—. Los únicos indicadores para hacer las cosas bien es hacer lo correcto, lo que sabemos que está bien, eso marca los límites. Mi padre decía que sabías que lo habías hecho bien cuando te sentías en paz contigo mismo. En tu caso se traspasaron los límites por todos los que participaron en la historia. Tu padre porque estaba tan abstraído en su mundo que creo no se le pasaron por la cabeza, Gabrielle porque tenía una moral autocomplaciente y no sabía dónde estaban. Nunca lo supo. Se casó con tu padre por su dinero, por tanto, nunca hubo ni amor ni respeto. Creo que por eso se acostaba con tu tío. Víctor no tenía límites porque era amoral, ya lo hemos comprobado. Nada le detenía y tu percibiste los límites cuando ya los habías cruzado. Eras demasiado joven y no tenías muchas referencias en tu casa, la verdad —suspiró mordiéndose los labios—. Al margen del dinero, por desgracia hay muchas familias en las que pudo pasar algo así. En tu caso faltó un referente, alguien con quien poder compartir tus ideas y a eso hay que sumar tu soledad en una edad crítica. Tu caso en cuanto a falta de apoyos se repite mucho en las familias actuales tan desestructuradas. Gabrielle

aprovechó bien esa circunstancia.

—Perdí la virginidad con la mujer de mi padre. Espero que no haya muchas familias... —contestó irónico, apoyó el codo sobre la mesa y la frente sobre la mano en un gesto pesaroso—. Es una historia sucia que he querido olvidar desde entonces. Ni siquiera se la conté a Lucia. Me hacía sentir mal. Quisiera haber visto esos límites antes de dejarme arrastrar por Gabrielle. Como odié a esa mujer. Es cierto, aprovechó mi soledad, mi vulnerabilidad. No es una excusa... pero... —levantó una mirada triste hacia ella—. Fuiste afortunada con tu padre. Te educó bien. El mío no era perfecto Marina, pero lo quiero. Es la única familia que me queda.

—Reflexionará y se dará cuenta que eras demasiado inmaduro para hacer frente al acoso de una mujer como ella. No tuviste a nadie con quien compartir esa inquietud antes de dar el paso. Nadie te sugirió que te hicieses preguntas sobre lo que podría ocurrir después. Que te diese la calma para aquietar impulsos y sopesar las cosas. No fue culpa tuya.

Después de eso se hizo un silencio largo, tanto que Marina comenzó a mover las manos nerviosa bajo la mirada de Adrián.

—Sé que en todas las ocasiones que te lanzaste sobre mí era Gabrielle, incluso la noche... —Adrián se detuvo para coger aire, a Marina comenzó a faltarle al notar por donde derivaba la conversación—. Esto es algo que no deja de atormentarme, ¿Con quién hice el amor esa noche?

Pensó que se rompía una uña jugando con los dedos para calmar la ansiedad. Demoró demasiado la respuesta tratando de imaginar que podría ocurrir a continuación. Suspiró, no más mentiras, se dijo. Todo había terminado ya.

—Conmigo —confesó sincera—. Ella me llevó hasta allí pero después...

Adrián no dijo nada, pero asió su mano al tiempo que se levantaba, tiró de ella y la pegó a su cuerpo. El primer beso fue largo y apasionado. Después la separó y cogió su cara con ambas manos. Fue depositando pequeños besos mientras preguntaba por el dormitorio. Durante el camino no dejó de abrazarla y acariciarla con la misma suavidad. En la habitación algo cambió, Marina se lanzó tan fuerte que Adrián cayó sobre la pared, abrió su camisa con frenesí y con la misma ansiedad comenzó a besarle. Adrián se tensó y la separó para mirarla a los ojos.

—¿Marina? —preguntó inquieto.

—Mon garcon du jeux doux.

La apartó de él de un empujón y Marina cayó al suelo, segundos después

levantaba la cabeza hacia él con una mirada aterrada.

—Dios mío, Dios no... no... otra vez no —gritó antes de debatirse en un llanto convulsivo que Adrián no conseguía calmar.

—Cálmate cariño, calma —repetía mientras la acurrucaba en sus brazos a la vez que intentaba que su voz sonase con una convicción que él mismo no encontraba—, buscaremos ayuda. Solucionaremos esto.

Una hora después Adrián abrió la puerta a Irene acompañada de un hombre de treinta y tantos, casi de la misma altura que él, moreno y con aire intelectual.

—Este es Pedro. Es psicólogo. Salimos juntos y fue él quien nos envió a Tomás Lasarte.

Adrián estrechó la mano, esperó a que colgasen los abrigos y les condujo al salón. Ovillada en el sofá Marina más calmada del llanto, pero con los ojos humedecidos levantó la cabeza hacia el grupo. Irene corrió hacia su amiga apretándola en un largo abrazo. Después presentó a Pedro.

—Irene me ha hablado mucho de ti —dijo cortés—. Me hubiera gustado conocerte en mejores circunstancias.

Intentó decir algo, pero unas lágrimas silenciosas corriendo por sus mejillas poniendo un nudo en su garganta y sólo asintió con la cabeza. Adrián se sentó a su lado y la atrajo hacia él apretándola con fuerza.

—¿Y ahora que hacemos? —inquirió Irene—. Pensé que esa mujer había quedado en paz. Descubrió a su asesino, le condujo a la muerte. Si quería venganza ya la ha obtenido y su cuerpo va a descansar en paz. Así pues, ¿Qué diablos quiere?

—¿Es que no se nota? ¿No te has dado cuenta aun? —consiguió dominar las lágrimas Marina—. Quiere a Adrián, quiere usarme para estar con él.

—Tiene que haber una salida —dijo Adrián—. Esto es... es absurdo. Jamás oí algo como esto. Al final yo detestaba a esa mujer, no entiendo esa obsesión.

Acarició con suavidad la cabeza de Marina que continuaba apoyada en su pecho.

—Nunca he creído en médium ni cosas parecidas, pero estoy dispuesto a visitar o hacer lo que sea necesario para librarnos de ella. Lo que sea pero que desaparezca.

—La única persona que os puede ayudar es Tomás. Él conoce todo este mundo mejor que nadie, incluidas las mejores médiums y la gente de confianza y auténticas. Ese mundo es una selva de farsantes y sólo los expertos conocen a los de verdad. Le he llamado mientras se arreglaba Irene para venir después de llamar vosotros. Nos espera en Madrid mañana.

—¿Nos espera? —se sorprendió Irene—. ¿También vas a venir tú? ¿Y tu consulta y tus citas?.

—Ya perdí una oportunidad antes —Pedro se recolocó las gafas—. Me interesan mucho estos temas. Desperdicié algunas que me ofreció Tomás para que le acompañara en sus muchos viajes a Sudamérica, para sus estudios porque estaba muy ocupado montando mi consulta, pero ya envié un mensaje a mi asistente para anule las citas previstas. Siempre he querido ampliar mis estudios sobre estas cuestiones, pero no son válidos para ganarse la vida. Mi consulta es más prosaica, pero vivo de ella. Tomás tiene suerte, además de su cátedra puede realizar investigaciones de campo y en su laboratorio. Un caso como este es fascinante —se detuvo al ver la mirada de reproche de su chica—. Perdonad, quería decir desde el punto de vista científico. Espero que no os moleste.

—Tranquilo —devolvió una débil sonrisa Marina—. Te entiendo y no me molesta, si consigo librarme de ella puedes hacer una tesis sobre el tema.

Adrián siguió acariciando el pelo de Marina abrazándola y besó su frente intentando dar ánimo.

—¿Cuándo nos marcharíamos?

—Ahora, si estas preparada —contestó Irene—. Tomás ha dicho que estemos en su laboratorio de la universidad sobre las doce de mañana.

—¿En el laboratorio? —se extrañó Marina.

—No sé que tendrá Tomás en mente —dijo Pedro—, no puede decirte nada más, pero confía en él. Te aseguro que nadie sabe más sobre estos asuntos.

Marina se puso en pie después de asentir con la cabeza. Confiaba en Tomás, ese hombre se había tomado un gran interés y sabía que haría lo que fuese necesario para buscar soluciones. Había sido una suerte que Irene estuviese saliendo con un psicólogo y que éste a su vez fuese alumno de Tomás

Lasarte.

Su problema no era de los que encuentra soluciones en el listín telefónico como no sea los mercenarios de la credulidad, falsarios que viven de la desesperación de otros.

—Voy a prepararme.

—Los tres observaron en silencio como salía Marina. Adrián dibujó en su rostro todas las dudas y el desconcierto de la situación que estaba viviendo.

—¿Por qué crees que te persigue esa mujer así? —interpeló Pedro.

—¿Cómo quieres que lo sepa? Es lo que hizo cuando estaba viva. Supongo que esos deseos la han acompañado en la muerte.

—No soy muy experto como ya te he dicho, pero recuerdo de apuntes de Tomás y de sus estudios que existe algo, no sé, es como una norma que mantiene un equilibrio. Una especie de justicia que permite acceder a los espíritus a este mundo. Si esas normas intangibles no existiesen cualquier indeseable podría seguir atormentando a su víctima aún después de muerto — Pedro se reclinó en el sillón sin dejar de mirar a Adrián—. Según Tomás esas normas no suelen fallar y si eso es así, Gabrielle puede seguir haciendo lo que hace porque tiene algo pendiente o una razón para ello.

—¿Quieres decir que es justo que pueda atormentarme y perseguirme?

—No estoy diciendo que es justo Adrián. Sólo que puede tener una razón que ella cree justa o no podría hacer lo que está haciendo.

—Pero ya conocemos toda la historia. Gabrielle lo contó todo y en esa historia no había nada que culpabilice a Adrián —dijo Irene—. Fue su tío y ya ha pagado con su vida.

Pedro hizo un gesto de duda mientras pensaba en los detalles de lo que le contó Irene.

—Adrián dejó las joyas en la casa del pantano y ella tuvo que volver a recogerlas. Fue en el camino donde los sorprendió Víctor. Si no hubiese vuelto a por ellas no la habría sorprendido. Quizá sea esa la causa y Gabrielle le culpe de su muerte.

—Me parece rebuscado y eso rompería esa teoría de Tomás de que se mantiene un equilibrio de justicia que limita la maldad de los espíritus de la que has hablado —le refutó Irene.

Adrián iba a intervenir en el diálogo de la pareja, pero la aparición de Marina frenó su intención.

Había buscado ropa cómoda, un jersey y pantalón vaquero. Una cola de caballo y un ligero maquillaje suavizó el rastro de llanto y la angustia que

reflejaba su cara cuando subió. Adrián vio una expresión serena y con la determinación dibujada en ella y admiró su capacidad de recuperarse.

—Ya estoy lista. ¿vamos?

Decidieron viajar en el automóvil de Adrián. Dejó las llaves a Pedro alegando que llevaba demasiadas horas sin dormir para conducir y con Marina se instaló en el asiento trasero. Acababan de dar las doce cuando salían de Granada. Adrián observaba la figura estática de Marina con la vista fija en la línea de la carretera perdida en sus pensamientos. No sabía que decirle, Irene en ese momento buscó una emisora de música clásica. Soltó el cinturón de seguridad y se echó dejando la cabeza sobre las piernas de ella. Sobresaltada en un primer momento sonrió débilmente mientras aconsejaba que volviese a colocarse el cinturón.

—Apenas he dormido y mañana promete ser un día intenso —alegó con un susurro—. Déjame descansar un rato.

Sin añadir nada Marina aceptó la postura acariciando su cabello con suavidad.

Adrián pensó que era buena posición para confidencias, pero ella volvió a su mutismo, eso sí, sin dejar de acariciar su pelo como si no hiciese nada.

El cansancio, el movimiento de la carretera y las notas suaves de un adagio de Bach lograron que en pocos minutos entrase en un profundo sueño. Irene se volvió media hora más tarde con intención de insinuar la falta de seguridad de esa postura, Marina hizo un gesto restando importancia y que todo estaba bien. Cuando volvió a mirar casi media hora después la descubrió también dormida con la cabeza apoyada en el respaldo. Miró a Pedro con una sonrisa y se reclinó intentando ella también entrar en un sueño reparador.

Muchas horas más tarde, Marina abrió los ojos entre las notas del Peer Gynt de Grieg y el dolor de cuello. Tragó saliva intentando aliviar la boca reseca por la postura, miró hacia sus piernas y observó la cara de Adrián que aún dormía. Miró su reloj, eran casi las siete y a través de la ventanilla se adivinaba el paisaje entre la luz gris del amanecer. El movimiento del limpiaparabrisas recién accionado por Pedro para limpiar unas finas gotas de

lluvia le indicaron que esa luz no terminaría aclarándose.

El tema clásico iba en crescendo y pensó que ese tema siempre lo había asociado a mañana fresca y luminosa. Dudaba que el día se presentase así. Observó la figura de Irene en el asiento delante de ella y por su postura intuyó que iba dormida, a través del retrovisor Pedro le devolvió un gesto de saludo y una sonrisa, supuso que para no despertarla a la durmiente que se sentaba a su lado.

Sentía las piernas entumecidas, intentó moverlas un poco con cuidado, pero la cabeza que reposaba en su regazo abrió los ojos, devolvió un gesto de disculpa.

—He dormido mucho —dijo en un susurro Adrián mirando hacia la luz que entraba por la ventanilla—. Dame un beso de buenos días.

—Que cómodo —bromeó Marina—. También podías dármelo tú.

—Lo haré cuando consiga incorporarme. Estoy anquilosado.

Se inclinó y le besó con suavidad en los labios y él atrajo su cabeza cuando intentó retirarse intensificando el beso. Fue levantándose lentamente entre quejidos que despertaron a Irene que imitó el gesto de su amiga poco antes intentando ensalivar su boca. Observó la carretera mojada por la que iban circulando.

—Que poco propicia la música con el paisaje —dijo mirando hacia atrás—, esta música siempre me ha sugerido una mañana luminosa.

Marina no pudo evitar sonreír ante el comentario y se volvió hacia Adrián que se colocaba el cinturón en ese momento.

—¿Estás mejor? No sé cómo has podido dormir en esa postura tantas horas.

—Estaba muy cansado, pero creo que me dolerán los riñones durante días,

—¿y tú has conseguido dormir algo?

—Casi tanto como tú —y volviéndose hacia el paisaje—. Creo que entramos en Madrid. Hemos tardado mucho ¿No?

—Paré un poco en una zona de descanso —aclaró Pedro—. Comenzó a darme sueño y pensé que era lo mejor. Los tres estabais dormidos.

—Has hecho bien —aprobó Adrián—. Conducir tantas horas de noche es monótono y traicionero.

Pedro callejeaba por Madrid buscando el camino de la universidad y Marina sugirió desayunar.

—No sé vosotros, pero yo hace días que no tomo nada decente salvo café y anoche unos cereales.

—Estaban en las inmediaciones del Bernabeú y Adrián dijo que buscara donde aparcar, conocía una buena cafetería cerca.

—Te advierto que si es cool cuisine prepara la cartera —avisó Marina—, tengo un hambre de lobo.

—Temo que las exquisiteces tendrán que ser menos frecuentes corazón, al menos hasta que consiga establecerme otra vez como abogado. Habrá que vigilar el presupuesto —dijo de buen humor Adrián—. Mis ahorros como director general de la empresa Pinel tienen que llegar para instalar mi nuevo bufete —pasó el brazo por los hombros de Marina—, y para colegiarme en Almería. ¿Seguirás amando a un abogado que empieza de nuevo?

—Vaya por Dios. Yo que me había hecho a la idea de figurar en las páginas de sociedad.

La otra pareja formada por Pedro e Irene, tras ellos no pudieron evitar una sonrisa por el tono de las palabras de la pareja precedente. Irene pensó que era elogiable el esfuerzo de intentar normalidad y sentido del humor en el drama que estaban viviendo.

La lluvia había dado una tregua, pese a eso, el kiosco de prensa aparecía cubierto con plásticos. Adrián se detuvo y compró uno, torció el gesto y Marina se inclinó para ver los titulares.

La foto de la extracción del coche del pantano y otra del grupo formado por todos ellos mirando la operación ocupaban media portada, el titular Víctor Pinel asesino de la mujer de su hermano. El resto del texto relataba que después de confesar tras reunir a la familia se presume que Víctor Pinel cayó o se tiró al pantano donde veintiún años antes había despeñado el cadáver de su cuñada y el chófer con quien en principio se creyó había huido. Las causas parecen ser un testamento de última hora de la madre, que ha permanecido oculto todos estos años donde el heredero de la mayor parte de la fortuna fue en realidad su hermano Eduardo.

Seguía con una larga relación de detalles técnicos y especulaciones sobre los puntos poco claros, pero de cómo habían encontrado a Víctor Pinel no aparecía nada. Al menos por ahora Adrián lo había conseguido.

—En realidad, no me gusta salir ni en las páginas de sociedad ni en ninguna otra —rectificó Marina cuando Adrián cerró el periódico.

—Dentro de lo malo, es lo menos malo. Esta publicidad es muy negativa para la empresa, pero creo que han sido comedidos. La historia era jugosa. No me gusta tampoco Marina, pero podría haber sido peor. Pensé que era buena idea hablar del testamento para desviar otras hipótesis de los periodistas y ha

dado resultado. Se han centrado en esto.

—Si, pero espero que los periódicos nacionales no lleguen a mano de nuestras familias —dijo Irene—. Sobretudo, la tuya Marina. No sé cómo ibas a explicar tu presencia en esa foto a tu madre. En el periódico de Almería sólo salía ayer la foto del coche.

Se mordió el labio con preocupación. No tenía ni idea de que había periodistas mientras esperaban a que sacaran el coche. Había visto las luces de los flashes, pero pensó que eran de la numerosa policía congregada en el lugar. Estaba claro que se había equivocado. Una fina lluvia comenzó a caer y aligeraron el paso hasta una céntrica cafetería. Buscaron un rincón y se sentaron en torno a una mesa, Marina cogió el periódico que Adrián había dejado sobre una silla y estudió la foto. Estaba hecha de noche y todos tenían la mirada puesta en el vehículo que la grúa depositaba en tierra, pero sus caras eran reconocibles. Era posible que su madre pensase que era un simple parecido pero la presencia de Irene en el lugar lo complicaba. Dos parecidos eran poco probables. Deseó mentalmente que su madre no encontrase el periódico o que algún conocido le comentase. Lo que menos necesitaba ahora era dar explicaciones a su progenitora.

—Mi madre no tiene costumbre de comprar el periódico y mi hermana con tanto niño tampoco. Esperemos que nadie le llegue con el comentario. No sabría que decir sobre nuestra presencia en ese lugar.

—El mismo deseo tengo yo para los míos Marina —añadió Irene—. Mis padres creen que estoy en un curso formativo de mi empresa. Sería de lo más embarazoso las explicaciones y además ¿Que les digo?, ¿Que tuve que venir a Madrid porque mi mejor amiga sufre el acoso de un fantasma? Mejor que nadie nos reconozca.

La llegada del camarero silenció la conversación, pidió cada uno lo suyo y poco después estaban enfrascados en una charla intrascendente mientras devoraban las tostadas.

—Es muy temprano... —dijo de pronto Pedro mirando su reloj—. Nos gustaría acercarnos a saludar a un amigo, tiene un gabinete de psicología cerca de aquí. Hasta la cita con Lasarte nos da tiempo.

—¿No te importa? —preguntó Irene a Marina.

—No, ¿Por qué iba a importarme?

—No sé —y mirando a Adrián—. Si surge algún problema llama al móvil y en cinco minutos estamos allí.

—Ve tranquila. Si la veo poseída buscaré un sacerdote —dijo con chanza.

—Muy gracioso lo del cura —dijo Marina mientras apuraba el café y girando la cara para hacer una señal al camarero—. Voy a pedir un trozo de tarta. Sigo con hambre.

Irene y Pedro abandonaron el local mientras Marina comenzaba con la tarta que acababan de colocarle delante.

—Si quieres podemos visitar a tu padre —le insinuó entre cucharadas.

—Prefiero dar tiempo al tiempo. Consuelo está con él y dijo que se negaba a ponerse al teléfono. De hecho, cuando le dijo que era su hijo quien quería hablar oí como respondía que ya no tenía hijos.

Marina observó el gesto de dolor en su cara y comprendió lo difícil que era esta situación para él pese a ello, volvió a insistir.

—El tiempo no solucionará esto Adrián. Ya pasó antes y sabes que tu padre tardó más de diez años en levantar cabeza —retiró el trozo de tarta y con calma depositó la servilleta sobre la mesa—. La personalidad de tu padre es atormentada y alimenta su depresión. Sinceramente creo que puede ser más efectivo obligarle a enfrentar el problema. Al menos sería la incertidumbre de la novedad a la certeza de que ya no volverás a relacionarte con él.

—No me siento capaz de aguantar sus reproches Marina —juntó las manos sobre la mesa con pesadumbre mientras la miraba a los ojos—. Tendrá razón en todo lo que me diga. Obré mal y no tengo argumentos para ser perdonado.

—Tienes el más importante, es tu padre y le quieres, en cuanto a tu actuación volvemos a que tenías diecisiete años y en el fondo tu no fuiste el único culpable —extendió sus manos y aprisionó las de él—. No sé si visitar a tu padre puede solucionar el problema, pero debes intentarlo y si te vale mi experiencia te diré que he pasado toda mi vida marginando a mi madre por no comunicarme, y compartir con mis progenitores mis ideas y conclusiones. Es muy duro y fue un error. No quiero que te pase a ti lo mismo.

Adrián apretó las manos de ella y devolvió una sonrisa tierna.

—Tienes razón y lo haré, pero no ahora. Tenemos tu problema que es importante solucionar lo antes posible y por otro lado no voy a presentarme ante mi padre contigo y con la incertidumbre de si ella decide aparecer en ese momento. Si hay algo que tengo claro es que no quiero que mi padre vuelva a ser dañado por Gabrielle.

—Tienes razón. Había olvidado que no estamos solos —bajó la cabeza con tristeza.

—Pero lo estaremos Marina —enfaticó apretando con más fuerza sus manos mientras se las llevaba a la boca y las besaba con suavidad—. Lo

estaremos. Conseguiremos librarnos de esa maldita mujer. Si Lasarte no encuentra la solución la buscaremos donde sea.

—El tema de los fantasmas no es precisamente un asunto con relación de expertos afamados y reconocidos. No suele tratarse como una enfermedad y una lista centros con garantías —Marina bajó la cabeza para ocultar la tristeza de su cara—. Por no hablar que mi caso es poco corriente. El profesor Lasarte que ha investigado tanto estos temas dice que nunca ha encontrado nada igual. Es un terreno desconocido Adrián. Puede que no sea tan fácil. Quizá no puedas soportar la presión.

La observó durante unos instantes cuando comprendió lo que quería decir. Extendió la mano y levantó el mentón de Marina con el dedo para obligarla a mirarle.

—¿Crees que voy a dejarte sola en esto? Estoy tan involucrado como tu Marina, más que tú, porque en realidad es a mí a quien persigue Gabrielle y tú eres el arma que ha escogido. Este asunto lo solucionaremos juntos ¿Entendido?

Ella sólo respondió con una sonrisa de asentimiento. Adrián no iba a huir, no se iba a enfrentar con su fantasma sin el apoyo del hombre que deseaba Gabrielle.

Las dos parejas avanzaban por los pasillos universitarios de la primera planta buscando el laboratorio de Tomás.

Siguiendo a Pedro bajaron unas escaleras que los llevaron ante una puerta con el letrero Gabinete de Psicología y en una placa el nombre del profesor. Pedro empujó la puerta y Marina miró con curiosidad la mesa de la entrada rodeada de estanterías con libros, archivadores y material multimedia. Más allá una puerta de cristales que dejaba ver otra habitación más al fondo, donde podía distinguir la figura de Tomás, éste avanzó hacia ellos con rapidez apenas los vio.

Se fundió en un afectuoso abrazo con su antiguo alumno antes de volverse hacia ellos.

—Parece que Gabrielle no se conforma con la muerte de su asesino —dijo a modo de saludo.

—Espero que ya tengas una idea de librarme de ella —contestó Marina.

—Tengo varias ideas, pero tenemos que sopesar las distintas opciones — se apoyó en la mesa y señaló los sofás de la pared para que tomaran asiento.

Observó la cara de Marina y no pasó desapercibido las manos entrecruzadas de ella y el menor de los Pinel. Caso complicado pensó mientras se mesaba la barba, un fantasma acosador que disponía de la oportunidad de apoderarse de la voluntad de la mujer que amaba el acosado. Complicado en verdad

—Si este fuese un caso común de investigación lo organizaríamos con vigilancia, tu aislamiento —se dirigió a Marina—, hasta forzar a Gabrielle a manifestarse y de alguna forma poder interrogarla para saber que pretende.

—Eso ya lo sabemos —interrumpió Irene—. Quiere estar con Adrián, Tomás. Esa mujer se ha llevado la pasión que sentía por él al otro lado.

—Deja que lo dude Irene. Ya hablamos de esto y os dije que suele haber unas normas no escritas pero que suelen cumplirse. Si no fuese así todos los que han perseguido a alguien podría hacerlo después de la muerte. Si

Gabrielle tiene la posibilidad de hacer lo que está haciendo es porque tiene una razón —dudó unos segundos—, digamos justa o al menos es así a sus ojos, pero sin duda existe una razón que nada tiene que ver con un simple acoso pasional.

—Si no es eso no sé de que otra cosa puede... —intervino Adrián—. Creo que todo lo que rodeaba a esta historia ha quedado claro.

—Temo que eso no es así y la solución a todo esto está en averiguar de que se trata.

El joven Pinel iba a contestar cuando unos golpes en la puerta y la posterior apertura de ésta les dejó mudos ante la persona que la atravesó.

—Lisette —exclamó Marina con sorpresa—. ¿Qué haces aquí?

—La he llamado yo —aclaró Tomás.

—No tenías derecho a molestarla con esto —reprochó Marina—. Ella ya ha sufrido mucho. No necesitaba saber que su hija continúa atormentándose.

Lisette se acercó y la abrazó con fuerza, la separó y acarició su rostro antes de tomar asiento junto a los demás en el sofá.

—Si tenía derecho y lo agradezco de verdad —se volvió hacia ella y cogió sus manos entre las suyas—. Marina, no perdonaría que no contarás conmigo para solucionar esto. No se trata sólo de llevarme el cuerpo de mi hija. Quiero que descansa en paz, que esté tranquila y además como ha dicho Tomás, cuando me ha llamado puede que yo sea útil para averiguar que la retiene aquí y la razón por la que sigue persiguiendo a Adrián.

—Pero yo lo paso mal Lisette. Siento un gran resentimiento por tu hija y eso no debe ser agradable para ti. Sé que lo has pasado muy mal estos días mientras me vigilabas. Tú no eres culpable de los actos de tu hija y no me parece bien el sufrimiento que aún puede causarte.

—Es mi hija Marina, quiero saber todo bueno o malo, pero más aún necesito saber que descansa en paz. Seguiré luchando por... —expulsó aire en un largo suspiro—. Es aún más importante que recuperar su cuerpo. No me dejes al margen. Esta historia hay que cerrarla de una vez por todas.

Apretó con fuerza las manos de la madre de Gabrielle y depositó un suave beso en la mejilla de la francesa con un gesto de asentimiento. Tras eso todos levantaron la cabeza hacia el profesor expectantes.

—Bien seguirme —dijo poniéndose en pie y empujando la puerta de cristales los condujo a la última sala.

Una camilla en el centro de la habitación y gran número de aparatos, algunos de ellos les parecieron médicos junto con monitores y cables por

todas partes. Era una sala donde se estudiaba a gente mientras se la podía observar a través de un gran ventanal que daba a la sala por la que acababa de pasar.

—La segunda opción es inducir a Marina a un estado en el que se pueda enfrentar a Gabrielle, pero esto es algo que hay que discutir con calma. El asunto no está exento de peligro y cuando hablo de peligro me refiero a su vida.

—¿A qué se refiere? —se adelantó Adrián enfadado—. No voy a dejar que ponga en peligro su vida.

Marina sujetó su brazo, indicó calma y que dejase explicarse al profesor, éste tomó asiento en la camilla y se tomó unos largos instantes antes de comenzar a hablar.

—He pasado más de diez años viajando regularmente a Sudamérica, el desierto de Atacama en Chile y Perú, los indios del Amazonas y diferentes chamanes en México y algunos del Caribe, ¿Habéis oído hablar de la ayahuasca? ¿Y el peyote?

—Si, la sogá del muerto. Del peyote menos, salvo lo relacionado con el mescal —dijo Adrián—. Es un medio para hacer viajes al interior de uno mismo para descubrir tus propias limitaciones. No sé cómo puede ayudar eso a nuestro problema.

—Lo que acabas de decir es cierto. Es algo que se ha puesto muy de moda, pero también es más que eso. En los viajes turísticos se suele usar una poción que satisface la curiosidad de los que se acercan, pero te puedo asegurar que hay mucho más. La mezcla adecuada de lo que los chamanes auténticos llaman las hierbas sagradas, no tan al alcance de los no iniciados, puede llevarte a un estado de conciencia que te permite acceder a otro plano, en este caso se puede usar para solucionar el problema que tenemos entre manos. Es la única opción que se me ocurre para poder acceder a la clave, el lugar donde se encuentra Gabrielle. Quisiera ser yo el que se sometiera a esto —Tomás desvió la mirada como tratando de alejar un pensamiento desagradable—, ya he pasado por eso, pero el plano al que accede cada uno no puede elegirse, existen tantos como espíritus pueden encontrarse por aquí y la única que puede encontrarse con Gabrielle es Marina por el vínculo que las une.

—¿Porque dice que su vida puede estar en peligro? —quiso saber Adrián—, por lo que yo sé sobre todo ese proceso no suele entrañar riesgos salvo lo mal que puede pasarse físicamente. Un amigo tuvo una experiencia con la ayahuasca y dijo que fue algo terrible. Se sintió muy mal pero nunca temió por

su vida. Y aun suponiendo que Marina pueda acceder al plano donde se encuentra Gabrielle no entiendo en que puede ayudar. El hecho de hablar con ella en el supuesto de que se pueda, no creo que suponga una solución. Ya sabemos que quiere y una conversación con ella no creo que cambie nada.

—Saber porque lo está haciendo Adrián —cortó Tomás—. Tiene que existir una razón para esa persecución que te tiene. Si no fuese por eso Gabrielle no podría hacer lo que hace —desvió la mirada hacia el resto del grupo antes de apoyarse de nuevo en su mesa—. Cuando digo que es peligroso es porque adentrarse en esta experiencia sin apenas practica no está exenta de riesgos. Es entrar en el terreno del espíritu, jugar según sus reglas —bajó la cabeza con gesto serio—. Es mi obligación advertir de las consecuencias. He visto hombres que no han sobrevivido o han perdido la razón. Bien cierto, es que se adentraron en esos planos no como en este caso, buscando contactar con un espectro concreto y que el chaman dijo que se habían adentrado sin su guía, pero es terreno desconocido. Pasé una experiencia en dos ocasiones y fue tan fuerte que no he tenido el valor de repetir y yo seguí los pasos y llevaba la guía de un chaman experto, que me hizo regresar —miró con fijeza a Marina—. Eres tú quien tiene que tomar la decisión.

—Haré lo que sea para acabar con esto Tomás. No voy a continuar con la incertidumbre y la amenaza de que Gabrielle vuelva a tomar el control sobre mi mente —avanzó dos pasos—. Estoy dispuesta.

Adrián la sujetó del brazo y la volvió hacia él.

—Un momento Marina. Si lo que dice Tomás es cierto, esto hay que discutirlo con calma. No voy a permitir que te pongas en peligro.

—¿Y qué otra opción tenemos Adrián? ¿Volverías a correr el riesgo de besarme, de acercarte a mí sabiendo que en cualquier momento ella puede aparecer? No sé tú, pero yo no puedo vivir así. Si esta es la forma de terminar con todo esto estoy dispuesta.

Irene y Lissette se adelantaron interrumpiendo la conversación.

—Creo que deberíamos ser informadas de que va todo... —dijo la madre de Gabrielle—. Nunca he oído hablar de esa sustancia.

—Tampoco yo —secundo Irene—. Si mi amiga va a correr un riesgo es justo que sepamos por qué.

Tomás tomó aire y rodeo la pequeña mesa de despacho del laboratorio, tras sentarse se quitó las gafas.

Marina estuvo a punto de intervenir diciendo que no era necesaria ninguna explicación, pero de pronto pensó que tanto su amiga como Lissette merecían

esa pequeña demora, se sentó en la camilla y Adrián lo hizo a su lado entrelazando sus manos con las suyas a la espera de las palabras del profesor.

—La ayahuasca, yagé, jurema, cha o Daime es el nombre que recibe según la zona de uso, es una mixtura donde intervienen al menos dos compuestos vegetales —comenzó a explicar Lasarte—. El termino ayahuasca proviene de la lengua quechua y viene a significar, Liana que lleva a visitar a los muertos. Desde el punto de vista científico y farmacológico en la mezcla hay un inhibidor de la monoamino—oxidasa y el otro componente aporta dimetiltriptamina DMT, cada componente por separado no produce efectos psicotropos. La dosis que contiene el DMT depende de la receta de cada grupo, chaman o tribu que lo use. También se usa el termino ayahuasca para referirse a la liana Banisteriopsis caapi, éste suele ser un elemento fijo mientras que en el aporte de la otra sustancia pueden emplearse diferente plantas como la diplopteris cabrerana o chacopranga, la mimosa hostilis aunque la de uso más extendido es la Psychotria viridis conocida como chacuruna —Tomás se acarició la zona nasal donde se apoyaban sus lentes—. En realidad existen más de 5000 posibles combinaciones con una variedad diferente en cada zona que alteran las concentraciones de los componentes. Ha sido usada durante miles de años aunque en las últimas décadas, ha habido un aumento de su uso por grupos de corte religioso o sincrético además de emplearse en la desintoxicación de la drogadicción —se detuvo observando las caras de su auditorio—. Supongo que son explicaciones demasiado técnicas, en resumen, éste preparado que es más conocido por permitirnos encontrar nuestros demonios y buscar un camino, permite en pasos más iniciados contactar con espíritus y eso es lo que me propongo cuando lo ingiera Marina. Este paso es difícil y requiere de practica y aun así, la inmersión en ese mundo no supone ninguna garantía. Yo sólo he tenido el valor de adentrarme en esa búsqueda en una sola ocasión, y estaba guiado por un chamán experto. Fue una experiencia traumática, pero en mi caso se trataba de lanzarse a ver que espíritu se aproximaba. Era como cuando se usa una ouija, con ella se hace una invitación a un espectro que esté cerca, el espíritu si acepta la invitación entra en nuestro mundo; en el uso avanzado de la mixtura es la persona la que se adentra en el mundo del espíritu.

—¿Y qué se va a conseguir con eso? —inquirió escéptico Adrián—. ¿En qué nos ayudará eso?

Tomás se tomó su tiempo mesándose la barba antes de dar una respuesta.

—Tengo mis dudas de que esto pueda funcionar y confieso que no pocos

temores, de lanzar a una inexperta a un asunto tan delicado, pero no tengo ninguna duda de que Gabrielle tiene la opción de atormentar a Marina porque hay algo que aún no conocemos, algo que le está permitiendo el poder de permanecer aún aquí. La única forma de librarse de ella es averiguar de qué se trata y no se me ocurre otra forma que sea la misma Marina la que acuda a su encuentro para averiguarlo.

—Perdona Tomás —interrumpió Irene adelantándose un paso—, pero si dices que esto es peligroso y ya lo has experimentado ¿por qué no eres tú el que vaya al encuentro de Gabrielle? Ya sabes el camino.

—No funciona así Irene y créeme que si hubiera una forma de no someter a Marina a todo esto lo haría —se incorporó y fue hacia uno de los estantes del laboratorio. Extrajo un bloc de dibujo y lo abrió sobre la mesa, en sus páginas dibujadas a carboncillo aparecían escenas inquietantes—. Estos son los espíritus que me salieron al paso cuando me sometí al proceso. No pude elegir el espectro. Fue como salir a un camino —miró al suelo dubitativo antes de continuar—. Marina tiene una conexión con Gabrielle, en teoría se supone que tiene que llegar hasta ella.

Lisette se acercó a la mesa y observó los dibujos después levantó la vista al profesor.

—Ha dicho que puede ser peligroso, ¿puede mi hija hacerle daño?

—Es su mundo Lisette. Si Marina entra en él quedará a merced de ella y dependerá de la capacidad y serenidad de Marina para manejar la situación —soltó aire con pesadumbre—. No voy a engañar en esto, conozco a investigadores que se adentraron en este mundo y no volvieron.

—De acuerdo —intervino rotundo Adrián—. No se hace —y volviéndose a Marina—. Encontraremos otra forma.

Pasó la mirada por todos y por último la posó sobre él con una mirada triste.

—No Adrián no pienso permanecer con esta incertidumbre, con la posibilidad de que ella vuelva otra vez a disponer de mi voluntad. Confío en lo que dice Tomás y si Gabrielle tiene una razón para todo esto lo averiguaré. Me aterra, no voy a negarlo, pero más me asusta no disponer de mi mente y de mis actos. Haré lo que... —y mirando a Tomás—. Estoy dispuesta

—¿Cuándo empezamos?

—Un momento —intervino Adrián—. Puedo hacerlo yo. Gabrielle me persigue a mí. Si tomo ese brebaje también puedo conectar con ella.

—No me convence —negó Tomás—. Bien es cierto, que te persigue, pero

no existe vínculo —se rascó la coronilla en un gesto de duda—. Ya es bastante complicado con Marina, nada garantiza que tengamos éxito con ella. Mi idea es sólo una teoría y puede que este intento quede en una experiencia donde ella se limite a tener visiones personales. En tu caso temo que sólo quede en un encuentro contigo mismo —y mirando a todos—. Contactar con los espíritus a través de la ayahuasca lo consiguen los chamanes con un proceso ancestral, o los que han estado mucho tiempo estudiando y practicando con expertos y vuelvo a reiterar, que no me arriesgaría a algo tan complicado con alguien sin experiencia si no fuese por el caso tan extraño, y tan apremiante en la búsqueda de soluciones. Esto es casi un experimento sin certeza de acierto —giró para fijar su mirada en Marina y acentuó su gesto de duda—. Todo esto es una incertidumbre, pero con ella puede que salga bien, pero con Adrián no creo que funcione, no conocemos los mecanismos ni las causas del vínculo de Gabrielle contigo, pero es lo único que me ha animado a usar este método.

Marina buscó la mano de Adrián y la apretó con fuerza en un gesto de agradecimiento por el intento del hombre que amaba de librarla de la experiencia.

—Todo saldrá bien Adrián.

Tras observar el gesto de la pareja, el profesor comenzó una serie de explicaciones sobre el procedimiento. Dijo que hubiera sido conveniente que se encontrase en ayunas y que en circunstancias normales la hubiese hecho seguir una dieta con ausencia de sal para depurar el cuerpo y que estuviese más receptivo a la mixtura, pero dada la urgencia limitaría el proceso a lo básico, en este caso preparó unas hierbas purgativas que aseguró le provocarían el vómito y que limpiaría eliminando por arriba y por abajo, desagradable pero conveniente. Tenía que tomar varias veces la infusión y era recomendable que el estómago estuviese vacío, era seguro que tarde o temprano vomitase la ayahuasca y mejor que sólo expulsase eso. Aliviaría el malestar que acompañaba el proceso. Marina no pudo evitar un gesto de desagrado, vomitar siempre había sido muy desagradable para ella. Tomó aire, no era momento de flaquear y asintió a las palabras de Tomás. Éste abrió un armario y sacó un pijama hospitalario y lo tendió hacia ella. Abrió una habitación, indicó el baño del fondo y recomendó que después de toda la evacuación tomase una ducha, una forma de limpieza externa como preparación psicológica de la interna que suponía el uso de la mixtura. Los primeros pasos para una apertura de mente que bajase las resistencias y facilitase el proceso.

Marina se dejó conducir con docilidad y poco después tomó la infusión de la hierba jaguar panga, Tomás explicó que era otra planta que se usaba en el Amazonas, preparados purgativos había muchos, pero él prefería éste porque era el menos desagradable en los efectos y también la más rápida, recomendó concentración a medida que evacuara, una forma de abrirse. Le miró con dudas, Tomás creía en lo que hacía y ella tuvo la sensación de que la consideraba una especie de experiencia mística, quizá era conveniente que creyese lo mismo. Observó pensativa como se volvía a un rincón del laboratorio con un hornillo eléctrico, abrió un armario lleno de saquitos de varios tamaños, cogió uno y preparó una infusión, advirtió que el sabor no era grato, pero bastante mejor que la mixtura. Marina la tomó en silencio sin saborearla. Estaba nerviosa y el líquido no cayó bien en su estómago, trató de calmarse respirando con calma, observó las caras fijas en ella, la de Adrián preocupado, Lissette retorció las manos nerviosas, Irene le devolvió una sonrisa animosa y Pedro curioso. Se sentía extraña y tomó asiento en uno de los sillones con el pijama entre sus brazos, lo apretó contra el pecho como intentando darse ánimo, fijó la vista en el suelo intentando la concentración de la que hablaba Tomás con voz suave y esperó los efectos, en menos de media hora acudió a los aseos. A partir de ahí hizo varias visitas, en la última dijo encontrarse tan mal que Irene se quedó con ella, poco después del tercer vómito entró Adrián cuando su amiga sujetaba la cabeza de Marina en unas arcadas secas. No tenía nada que echar, pero el malestar continuaba. Adrián al comprobar la cara de angustia de Marina movió negativamente la cabeza.

—No me gusta esto Marina. Aún no has comenzado y mira lo mal que lo estas pasando.

Levantó la cabeza y se recostó contra los azulejos blancos del aseo para tomar aire. Intentó una sonrisa que quedó en un amago.

—Siempre me sentaron mal los vómitos Adrián —dijo dirigiéndose hacia los lavabos. Miró la palidez de su cara y tomó aire—. Estoy bien. Qué pena de desayuno. Si llego a saber esto no tomo nada. Vamos a ver al profesor, creo que ya no tengo nada que echar.

Antes de abandonar los servicios Adrián la atrajo hacia él y la abrazó con fuerza, Irene hizo un gesto de asentimiento y salió dejando sola a la pareja.

—No quiero que pases por esto Marina. Las palabras de Tomás sobre que podría estar tu vida en peligro me asustan y ya le has oído, ni él está seguro de que todo esto resuelva algo.

—Pero es lo único que tenemos —levantó la cara hacia él y acarició su

mejilla con ternura—. Tienes que apoyarme en esto. Estoy asustada Adrián sea cual sea el resultado. Si el profesor tiene razón tengo miedo de encontrarme cara a cara con Gabrielle en su terreno y si falla tengo aún más miedo de encontrarnos sin soluciones a un problema que me angustia y que nos impide estar juntos. No volveré a dejar a Gabrielle la oportunidad de poseer mi mente de nuevo. No dejaré que se acerque a ti a través de mí. Sé que tú también estas asustado, pero necesito que estés conmigo —atrajo la cabeza del menor de los Pinel hacia ella y le besó en los labios con suavidad—. Si estas ahí sujetando mi mano, aunque no te vea me dará fuerza para enfrentarme a lo que sea. Es lo que me gustaría, pero si lo pasas mal o la situación es muy desagradable, he visto un programa sobre la ingesta de este brebaje y sé cómo ser —se apretó a él con fuerza—. Si es así entenderé que salgas.

—No te abandonaré en esto. Tu mano estará entre las mías desde el principio hasta el final. Eso no lo dudes ni un momento Marina. Insisto en tomarlo yo también, ¿Y si hay suerte y podemos ser los dos los que nos enfrentemos a Gabrielle?

Le miró indecisa, sería estupendo tener un apoyo en este viaje incierto, pero Tomás había insistido en las dificultades y por otro lado Adrián era la causa del comportamiento de Gabrielle. Ya era difícil que ella contactara, las posibilidades de que él también accediese a la hija de Lissette eran aún más complicadas. Marina meditó despacio, no sabían las causas y ella iba a ciegas, ¿Y si la presencia de Adrián irritaba al espíritu de Gabrielle y se centraba sólo en atacarle? Jugaban en su campo había dicho Tomás, para ella era como adentrarse en una selva virgen. No necesita la agresividad previa de Gabrielle por la presencia de Adrián suponiendo que ambos pudiesen encontrarse con la difunta y en el supuesto de no conseguirlo su preocupación añadida de la incertidumbre de donde y como podría encontrarse él. Era mejor la idea de su mano en la suya. La dejaba más tranquila. Comentó sus pensamientos y miedos con Adrián. Él suspiró y aceptó a regañadientes. Todo esto no le convencía, nada aseguraba que pudiese contactar con Gabrielle y si lo hacía quedaba a merced de un espíritu hostil en su propio mundo. Tomás había dicho que podía existir riesgos que no había terminado de aclarar. Todo era muy confuso y extraño, pero a él sólo le importaba que el profesor había avisado que su vida podía estar en peligro. Suspiró taciturno. Compartir sus temores con ella cuando estaba preparándose para una experiencia tan dudosa no la iba a beneficiar precisamente. Necesitaba ánimo y fuerza. La atrajo hacia él y la besó apasionadamente y la abrazó con fuerza después. Nada de

transmitir sus temores, Marina ya tenía bastante con los suyos.

De vuelta con el grupo siguió las indicaciones del profesor. Una ducha y se vistió con el pijama. Tomás dijo que adoptase una actitud de meditación, de introspección mientras terminaba los preparativos, señaló la sala donde se llevaría a cabo el experimento y Lasarte sugirió a todos que la dejaran en soledad. Adrián dijo que no se separaría de ella y Tomás asintió, en silencio el grupo abandonó la estancia tomando asiento en la sala anexa donde el profesor comenzó el proceso. Traía la mixtura preparada, dijo que lo había hecho la noche antes por el tiempo de cocción que necesitaba, los movimientos y actitud de Tomás les extrañó, les pareció sorprendente en un hombre de ciencia. No había dejado de realizar una serie de extraños cánticos. Había cambiado su atuendo por una túnica blanca, Irene y Lissette contemplaban todos sus movimientos entre extrañadas, escépticas y preocupadas. Pedro con voz susurrante dijo que era una forma de preparar y limpiar su espíritu. Según las investigaciones y anotaciones que él había leído de Tomás era tan importante la infusión como el apoyo y el ambiente que era capaz de crear el maestro. El canto predisponía el ánimo y facilitaba el camino. Explicó ante las dos mujeres que le iba a administrar a Marina un preparado especial, con más mezclas que las usadas habitualmente y en dosis más elevada con la intención de llevarla más allá que a un simple viaje al interior de uno mismo. El profesor había tomado ese preparado en una ocasión con la intención de contactar con espíritus y buscar respuestas. Irene intentó que le contase el resultado de la experiencia para tranquilizarse, pero Pedro no aclaró gran cosa alegando que Tomás siempre eludía hablar del asunto. Hizo un gesto evasivo y giró la cabeza hacia su antiguo maestro que continuaba con los cantos para que su chica no viese la línea de preocupación que cruzó su mente. Tomás si le había hablado de esa experiencia, pero el resultado de esa conversación no era lo que las dos mujeres necesitaban escuchar en un momento como éste.

En la otra habitación, a Adrián y a Marina los cantos le llegaban algo apagados, se habían sentado en el suelo y ambos miraban en silencio la

camilla donde ella debía tumbarse, estaba alumbrada con una sola luz indirecta, pero podía distinguir una pantalla junto a la camilla, la de un monitor de constantes y otros aparatos que desconocía, pero supuso servirían para controlarla en el viaje que estaba a punto de iniciar. Sólo su ritmo cardíaco, respiración y pulso, esos serían los indicativos de las incidencias que pudiera tener, la única referencia que tendrían de lo que estaba ocurriendo. Se sentía extraña, aunque por fortuna el malestar de la purga estaba pasando, los nervios sin embargo atenazaban su estómago, una mezcla de determinación y miedo. Como presintiendo sus pensamientos, Adrián tomó su mano y la apretó con fuerza. Se limitó a mirarle mientras se preguntaba si Gabrielle estaba percibiendo todo esto. Pensó que sí y no pudo evitar un temblor pensando que le estaría preparando la hija de Lissette en el supuesto de lograr encontrarse cara a cara.

Media hora después el grupo con el profesor a la cabeza irrumpió en la sala, rogó a los presentes que buscasen acomodo y permaneciesen en silencio y sin intervenir en el proceso que estaban a punto de iniciar. Se giró hacia Marina que continuaba junto al más joven de los Pinel sentada en el mismo sitio.

—Ven Marina —indicó la camilla y ella sintió que le temblaban las piernas ante lo inevitable, pero se dejó conducir dócilmente. Se tumbó y Tomás tomó una de sus manos en un intento de animarla—. Tomarás la mixtura en tres partes y esperaremos casi una hora entre una y otra. Ya con la primera toma comenzarás a notar efectos, pero no te asustes ni rechaces el estado en el que vas a encontrarte. Es mejor que no luches. Déjate llevar —vertió en un vaso un líquido marrón de aspecto poco apetecible, encendió un cigarro liado a mano y sopló humo sobre él varias veces y lo tendió hacia ella—. Debo advertir que el sabor es desagradable. No intentes saborearlo. Voy a monitorizarte cuando hallamos avanzado más, pero durante el tiempo entre tomas puedes moverte y buscar el lugar de la habitación donde te encuentres más cómoda o donde tu creas que hay un punto de poder que te dé seguridad. Según tus facultades es posible que lo encuentres y ayudaría mucho. Por último, te diré que la ayahuasca sensibiliza mucho los sentidos. Comenzarás a notarlo en el oído y el olfato. Intenta tranquilizarte, no te asustes y respira con calma.

Miró a Adrián con el vaso en la mano y vio la preocupación en sus ojos, pero en su cara apareció una tímida sonrisa que intentó ser de ánimo, lo llevó a los labios y no pudo evitar el gesto de asco con el primer sorbo. Tomás la

animó con palabras y el resto pese a la repugnancia lo bebió de un trago. Su estómago debió sentir la misma impresión que su paladar porque reprimió una arcada. Se tumbó en la camilla y cerró los ojos, Tomás comenzó de nuevo con sus cantos. Pedro en voz baja explicaba a las dos mujeres que el cigarro era tabaco traído del Amazonas y que según había comentado el profesor, los chamanes creían que exhalar humo sobre la poción la intensificaba y lo consideraban un elemento más para el trance y los propósitos que querían lograrse.

Poco a poco notó que la voz del profesor subía de intensidad y percibió el perfume de Lissette sentada a más de cinco metros en el diván. Media hora después reprimía los impulsos de mandar callar a Tomás, el volumen de su canto comenzaba a ser muy molesto y los olores que llegaban a ella, en especial el caro perfume de la francesa insoportable. No dejaba de pasar la mano por su nariz como en un intento inconsciente de alejar el olor. Terminó levantándose y buscando un rincón alejado, se ovilló con las rodillas abrazadas. Algo se le rompía dentro, era como un dolor que arañaba y las náuseas no desaparecían. Adrián intentó ir a lado de ella, pero la mano del profesor sin dejar el canto repetitivo le contuvo, acató con un gesto de cabeza y fue a sentarse junto a los demás en el diván sin dejar de observar a Marina que se balanceaba sentada con los ojos cerrados en el rincón.

Poco después Tomás se acercaba con otro vaso, repitió de nuevo verter humo sobre él, Marina le miró un segundo dudando y desvió la mirada a su alrededor, pese a que la estancia estaba en una suave penumbra iluminada sólo por las luces de emergencia, ella podía percibir todos los detalles. Suspiró soltando aire despacio para sobreponerse al desagrado del canto que no cesaba de Tomás y alargó la mano. Lo bebió de un trago sobreponiéndose a la repugnancia y volvió a la postura inicial.

Más tarde, no sabría decir cuánto se tumbó en el suelo con una sensación de mareo, sentía como un desgarró dentro. Su decisión comenzaba a flaquear ante el aumento del malestar, el dolor comenzaba a ser insoportable. Gritó el nombre de Adrián y esta vez Tomás no le detuvo, se arrodilló en el suelo junto a ella y tomó su mano, Marina se aferró con las dos suyas buscando fuerzas en el contacto. Apretó los párpados y una serie de imágenes caleidoscópicas pasaron ante ella, su padre y las reuniones familiares.

La imagen de sus abuelos deformadas en brillantes colores, sus caras reconocibles pero investidas de una agresividad y una fealdad que ella no detectó nunca. De pronto sus caras se transformaron en la suya y después en la

de su madre que dejaba que su padre se alejase en esa selva multicolor sin importarle. Le llamó mientras el malestar aumentaba. Intentó seguirle, pero la serpiente se interponía y la figura de su padre se perdió de su vista engullida en ese arco iris aterciopelado. Volvió a gritar llamándole, pero fue inútil. Las náuseas iban en aumento, se hacían apremiantes. A ciegas buscó el pequeño cubo que le indicó Tomás antes de la ingesta y comenzó a vomitar con los ojos cerrados, hasta las tenues luces de emergencia del laboratorio eran insoportables. Adrián la abrazaba acariciando su cabello sudoroso intentando tranquilizarla mientras miraba al profesor con preocupación, él le devolvió una mirada indicando que todo iba bien.

Un estado de calma pareció invadirla poco después, Adrián se dio cuenta que había entrado como en un estado de sueño. Tomás cesó sus cantos y le señaló la camilla. Con cuidado la alzó en brazos y la depositó en ella. El profesor conectó al cuerpo de Marina los electrodos y el monitor comenzó a registrar sus constantes.

—Ya ha iniciado el viaje —dijo en voz baja—. Veremos si termina donde queríamos.

Todos los demás la observaban, el estado de agitación anterior había desaparecido, pero Marina se movía inquieta.

Había conseguido atravesar la serpiente, diría que el animal monstruoso se la había tragado. Había seguido la senda multicolor intentando alcanzar a su padre, pero de pronto los colores brillantes y aterciopelados habían desaparecido y se encontraba en un lugar oscuro, acuoso. Flotaba en agua, un agua turbia, casi cenagosa. Nadó con todas sus fuerzas hacia arriba y de pronto tropezó con algo, la imagen horrible que viera de Gabrielle, su cadáver se encontraba a su lado flotando. Se agitó llena de pánico debatiéndose con fuerza intentando alejarse, en ese momento su mente reaccionó, había establecido contacto y estaba claro que la hija de Lissette había decidido aterrorizarla. Ya había pasado por esto. No le pillaba por sorpresa que Gabrielle aprovechara la ventaja de su mundo. Este viaje para intentar acabar con ella tenía que gustarle poco y sin duda usaría todas sus armas disponibles para alejarla de allí.

—Conoce tus debilidades —se dijo intentando calmar el ánimo—. No entraré en su juego.

—No te molestes —susurró al cuerpo desfigurado que flotaba en torno suyo—. Ya imaginaba que intentarías algo así. Sabes que he venido a hablar contigo y te agradecería que me ahorrases estas escenas, aunque podemos

estar así el tiempo que quieras, tarde o temprano hablarás conmigo.

Algo ocurrió y se encontró como lanzada al aire, éste se volvió denso como lodo y atravesaba ramas que chocaban contra ella, era un ambiente oscuro y opresivo. Frente a ella la cara verdosa y descompuesta de la hija de Lissette observándola con ojos muertos, más imágenes cadavéricas siniestras entre las aguas verdosas y cenagosas. El terror le cortaba la respiración y notaba los latidos de su corazón más acelerado. Tomás había advertido que ese era el mundo de ella y estos eran los recursos para asustarla y hacerla desistir. Trucos y recursos para obligarla a regresar, aceptar su dominio sobre su mente y su voluntad. Voces guturales repetían su nombre llamándola al fondo de ese abismo acuoso aumentando el miedo que ya sentía.

Tomás giró hacia la alarma del monitor al aumentar los latidos de Marina. Los dos hombres se inclinaron preocupados sobre su rostro observando preocupados la agitación de su respiración. El profesor hizo una señal de calma a Adrián que le miró angustiada.

—Algo está ocurriendo que la está alterando mucho.

—¿Pero cómo sabremos que está bien? —inquirió Adrián.

—No lo sabremos muchacho. Sólo podemos esperar y observar cómo se encuentra a través de sus constantes.

Adrián se mordió el labio y apretó con más fuerza la mano de Marina entre las suyas mientras murmuraba palabras de ánimo y apoyo como si ella pudiese oírlas.

La estaban arrastrando al fondo y se debatía poseída por el terror. La voz de Adrián llegó hasta ella. Notaba el calor de sus manos en la suya y encontró luz en su cerebro. Era el mundo de Gabrielle, pero entendió que dejarse dominar por el pánico le daba poder a ella. Llamó mentalmente a su coraje para dominar su debilidad. Todo lo que le había mostrado eran sus propios temores.

Intentó seguir manteniendo la calma tranquilizando su respiración, sabía que continuaban las estrategias de la muerta, sólo tenía que controlar el terror que sentía. Nadó hacia arriba huyendo de las sombras.

Después estaba en la nada o eso parecía. Al menos no era el ambiente espectral de antes y por fortuna no estaba ante ella el horror de la presencia de Gabrielle con ese aspecto. Estaba envuelta en una espesa niebla blanquecina. Miró a su alrededor, no era capaz de calcular las dimensiones del lugar, pero sentía frío. Caminó primero en una dirección, luego en otra, pero todo era igual. Suspiró ansiosa ante lo que podría ocurrir a continuación, se sentía

como en un sueño, giró la cabeza hacia un lado, una figura salió de la bruma y caminó hacia ella, Gabrielle, esta vez con su apariencia normal cobró forma.

Las dos se contemplaron durante, largos instantes, Marina rompió el silencio.

—Te agradezco que te presentes con ese aspecto. Basta ya de juegucitos.

—Eres fuerte, más de lo que había pensado y dominas bien tus miedos, aunque no sé porque has venido —dijo la hija de Lissette con su marcado acento francés—. No vas a conseguir nada. No te librarás de mí.

—¿Crees que está bien? —preguntó inquieto Adrián dirigiéndose a Tomás sin apartar los ojos de la figura yacente de Marina que daba la impresión de encontrarse calmada ahora. Su cuerpo al menos había dejado de agitarse y la expresión de malestar había desaparecido de su rostro.

—No lo sé Adrián —el profesor repasaba los gráficos y se aseguraba que todos los electrodos estaban correctamente colocados en el cuerpo de Marina—. Es difícil decirlo. Está calmada y no puede oírnos. Esta especie de sueño significa que ha dado un gran paso. Si éste es hacia el encuentro de Gabrielle o simplemente hacia sí misma es más complicado. Tendremos que esperar y sacar deducciones según la información que nos irá dando las reacciones de su cuerpo —levantó la cabeza hacia el menor de los Pinel y suspiró con fuerza—. Ha dado un paso y aunque no consiga contactar con el espíritu te aseguro que la experiencia no será baldía para ella.

Adrián tomó acomodo en una butaca junto a la camilla y volvió a tomar la mano de Marina, la llevó a sus labios y la retuvo allí mientras levantaba la cabeza hacia el grupo que miraba expectante.

Tomás hizo una señal de que aquello iba para largo y los tres se dejaron caer en el sofá con cada uno de ellos sumido en sus pensamientos. Lasarte escogió quedarse de pie tomando notas mirando de tanto en tanto las pantallas y el rostro de Marina.

Intentaba que en su rostro no se reflejase la preocupación que sentía, pero su propia experiencia cuando intentó ir más allá en la toma de la mixtura le vino a la mente, cuando quiso realizar un ensayo de algo parecido a lo que había lanzado a la muchacha, y que para él fue uno de los peores momentos que había vivido al contactar con unos espíritus que no eran lo que había esperado y por los que no fue bien recibido precisamente.

Ella estaba vinculada a la hija de Lissette volvió a repetirse y era casi seguro que esta joven que había confiado en él no se colocase en la trayectoria de otros espíritus, pero no había certeza en esto. En su caso tuvo que acudir en su ayuda un chamán que le estaba iniciando para rescatarle. Si Marina

necesitaba ayuda, él no tenía suficientes conocimientos para hacer lo mismo. Esta chica que había confiado en él para intentar solucionar su drama estaba sola y sola tendría que resolver el conflicto.

Desvió la mirada hacia Adrián que continuaba con la mano de la mujer que amaba entre las suyas sin dejar de observarla con gesto angustiado. Era el único vínculo que la unía ahora a nuestro mundo. Tomás deseo que fuese lo suficientemente fuerte.

Marina continuó observando a la hija de Lissette, había escogido la misma edad que tenía cuando murió, la misma imagen que ella veía y la de las últimas fotos de su madre. Gabrielle seguía mirándola con gesto hostil y sin parpadear.

—¿Por qué? —rompió la tensa observación—. ¿Por qué le persigues de esa forma Gabrielle? Adrián no te perjudicó, fuiste tú quien le hizo daño al seducirle, pero te has vengado bien. No sé porque llamaste a su padre para la escenita final en la que me convertiste en involuntaria protagonista. La presencia de Eduardo no era necesaria para tu venganza excepto porque sabías que con ello destruirías la relación entre padre e hijo. Me parece de una gran maldad, pero, aun así a ti no te basta. Maldita sea, ¿por qué?

La figura la miró unos segundos con rostro estático y se giró dándole la espalda.

—Ehhh —gritó enfadada Marina—. He venido a solucionar este asunto y no pienso regresar hasta conseguirlo. Será mejor que hables conmigo.

Se giró de golpe de nuevo con una imagen espeluznante provocando un sobresalto en Marina que casi pierde el equilibrio. Se rehízo tomando aire ya convencida que la hija de Lissette no estaba dispuesta a dar facilidades.

—Estupendo, ¿esto va a durar mucho? Te he dicho que puedes usar todos los recursos que quieras y puedes seguir asustándome el tiempo que te dé la gana, pero he venido a hablar y hablarás. Tú decides si seguimos así o me cuentas de una vez la causa por la que acosas a Adrián.

—¿Tiene que existir una causa? —contestó al fin Gabrielle y para alivio de Marina con un aspecto normal—, quizá es sólo que le deseo y quiero estar con él a través de ti.

—No tengo duda que le deseas, pero Tomás dijo que tiene que existir una causa que te permita poder hacerlo. Dice que es una norma, como una ley o los vivos nunca estaríamos a salvo de los espíritus. Es un equilibrio y tiene su lógica. Así pues, tú tienes que tener una causa contra Adrián que te da potestad para seguir invadiendo mi mente pese a que ya conseguiste tu venganza.

Gabrielle la miró durante unos segundos eternos con una expresión

indefinida en su rostro.

—Adrián fue también culpable de mi muerte. Si él no me hubiese obligado a regresar a la casa del pantano para recoger las joyas no habría encontrado la muerte a manos de Víctor.

—Y si tu no hubieses querido obligarle a acompañarte dándole las joyas no hubiera sido necesario tu regreso porque las tendrías contigo. No creo que sea esa la causa. No es justa ni correcta. Con eso no tendrías tú la potestad de poder continuar atormentándome con tu presencia. Tiene que haber algo más.

Gabrielle mostró una expresión furiosa y dio dos pasos acercándose amenazante.

—Estaba en mi derecho de intentar convencerle de que me acompañara y huir juntos. Tenía que intentarlo, pero él no me dio ni una oportunidad. Le pedí que vendiese las joyas y ni siquiera hizo eso. Se limitó a esconderlas en nuestro lugar secreto y cuando tuve que llamarle desde aquel bar me dijo que pasase a recogerlas y que le dejase en paz, que me olvidase de él y de su padre. Tenía algo importante que decirle, pero cortó la llamada sin dejarme opción.

—Te detestaba Gabrielle por haberle seducido y obligarle a traicionar a la persona más importante para él. Nunca se hubiese marchado contigo.

—Si me hubiese dejado hablarle, explicarle puede que sí. Tenía una razón poderosa que podía convencerle.

Ya estaba llegando a algo, entonces sí que había una razón para que ella tuviese la potestad de seguir molestándola invadiendo su mente. Había que obrar con cautela, si Gabrielle percibía su ansiedad por conocer la verdad seguro que se lo ponía difícil, decidió que la estrategia de seguir en el mismo tono agresivo y provocándola era una buena técnica.

—No había nada que tu pudieras decirle que le hubiera hecho cambiar de idea. Te odiaba. Era un chico vulnerable y solitario que buscó cobijo en el afecto que le demostrarte. Traicionaste su confianza al seducirle y no te lo perdonaba —observó su reacción enfatizando las palabras—. Nada de lo que le dijese te hubiera servido.

—Estaba embarazada.

No pudo evitar un parpadeo de sorpresa. Esto sí, que no lo esperaba y de pronto recordó una de las imágenes, Eduardo colocando el collar de zafiros en el cuello de Gabrielle con una cara de felicidad. El padre de Adrián sabía lo del embarazo y pensaba que era suyo. La cara de la hija de Lissette, su frialdad al recibir la joya ahora estaba claro. Pese al resentimiento hacia ella

no pudo evitar la imagen de una mujer asustada y desbordada por los hechos. Había contemplado el crimen de Víctor, sus planes al atropellarla y arrojarla al pantano. Sabía que era el causante de la muerte de Matilde. Un asesino que había descubierto el ardid de su madre, estaba decidido a impedirlo y ella con la clave para sacarlo a la luz. El pánico sólo la aconsejaba huir, pero ni siquiera eso la hizo desistir de su obsesión por el joven Pinel que fue al final su perdición.

—¿Me compadeces? —interrumpió sus pensamientos Gabrielle.

A veces olvidaba que estaba en su cabeza, sabía lo que estaba pensando. Tomó aire decidida a dejarse de debilidades. Convenía mantener la perspectiva con ella.

—¿Y crees que era de Adrián? —preguntó incrédula superando sus sentimientos—, Las imágenes que me has estado mostrando eran de los últimos meses de tu vida. En ellas aparecían escenas sexuales con los tres. Tu embarazo podía de ser cualquiera de ellos. Por cierto, Eduardo descubrió que esperabas un bebé y el pobre pensó que era suyo. De ahí el regalo de una de las principales piezas de su colección y posiblemente su depresión al pensar en tu huida con el chófer. Nunca se lo contó a nadie —bajó la cabeza negando—. Pobre, creo que ha sufrido más que nadie en esta historia.

—¿Más que nadie? —increpó furiosa Gabrielle—. Yo sufrí y perdí más que nadie. No sé porque le compadeces tanto. Él siempre ha vivido en su propio mundo, deseando que todo fuese amable. No soportaba enfrentarse a las situaciones y no conseguí que pasase de la puerta cuando iba a visitar a su madre. Si lo hubiera hecho habría descubierto las mentiras de su hermano sobre la gravedad de su estado. La madre hubiera podido comunicarse con su hijo, pero nunca le dio la oportunidad. Mi hijo era de Adrián, pese a las otras relaciones, una mujer siempre sabe esas cosas.

—Eso no es más que literatura encanto. Podía ser de cualquiera de ellos, lo demás es sólo tu deseo de que fuese de él, ¿Eso es lo que pensaste que le convencería para acompañarte? Eres una ilusa si creíste que diciéndole que esperabas un hijo él iba a seguirte. Sigues olvidando que era sólo un muchacho.

Marina movió negativamente la cabeza con impaciencia preguntándose como se puede caminar por la muerte y seguir poseída por las mismas obsesiones y pasiones que en vida.

—No te entiendo Gabrielle. Eres una persona extraña. Siempre moviéndote en la ambigüedad. Devota creyente, pero pese a eso con una moral

elástica y permisiva para ti misma. Fuiste lo suficientemente malvada para casarte con Eduardo sin amarle. Que no le amases hubiese sido comprensible pero con él ya habías conseguido lo que tanto ansiabas, salir de la pobreza — se acercó al espíritu con pasos lentos y gesto severo—. Sólo tenías que respetarle y limitarte a vivir tu vida pero en vez de eso te enredaste en una relación sexual incomprensible para mí, con el canalla de su hermano, pero no te bastó y además quisiste conseguir al hijo y pese a todo entregada al cuidado de Matilde, la mujer que te insultó y te humilló y desheredó a su hijo para evitar ese matrimonio. Al final luchaste por esa anciana.

—Conozco mi historia Marina, yo te la mostré ¿recuerdas? —el espíritu la miró con ironía—. Devota creyente, sí, supongo que lo era. Creía en Dios y en todo lo que promete la iglesia. Acudía con regularidad.

—Pese a tu complaciente moralidad.

—He cometido errores, pero pensé que en su infinita misericordia encontraría cobijo —un rictus de amargura cubrió su cara—, y descubrí que no hay nada. La muerte es ver cómo te pudres, ver como sigue el mundo como si lo vieses a través de un espejo y el castigo es estar ahí, ni cielo ni infierno. Todo es mentira, tantos años creyendo en algo superior, en otra vida y nada es cierto. Hay vida después de la muerte, si es que contemplar cómo viven los demás se la puede llamar así. No sé el tiempo que estuve vagando por aquella casa. Para los muertos es difícil medirlo, y un día vi cómo se llevaban los muebles. Seguí la chaise—longue, intentando contactar con los que se acercaban en aquella polvorienta tienda de antigüedades. Tú fuiste perfecta, aún no sé cómo lo hice, pero reconoce que aprendí pronto. He dominado la técnica.

—Creo que te equivocas, hay algo más que esto —contestó Marina—. Tiene que haber otro lugar porque perdí a mi padre hace poco. Si tú tuvieses razón él me habría salido al encuentro y tengo la certeza de que mi padre está en paz, que está bien en algún lugar donde su espíritu continúa creciendo y evolucionando —Marina se sorprendió de sí misma. No sabía cómo, pero estaba convencida de lo que estaba diciendo.

—O no le has encontrado. En todos los años que estoy muerta no me he tropezado con ningún otro. Creo que cada uno tenemos nuestro espacio cuando atravesamos el umbral —se acercó a su cara con paso lento y amenazante—. Esto es la muerte —señaló a su alrededor—. Nada, morir es el fin del camino para llegar a la nada que nos rodea. A través de ti puedo acercarme a algo parecido a lo que fue la vida —se giró dándole la espalda antes de seguir

hablando— Adrián merece el tormento y en cuanto a ti eres la única culpable de tu situación. Quería usarte para acercarme a Adrián y si te has enamorado de él ese es tu problema.

—Él está enamorado de mí y no fue culpable de nada, ni siquiera sabía lo de tu embarazo. Es una maldad por tu parte el plan que has elaborado para atormentarnos y seguro que es eso lo que está impidiendo que alcances un lugar de paz. Esto no puede ser el otro lado —insistió Marina—. Si la vida después de la muerte fuese esto que dices mejor sería que no existiese nada, que simplemente desapareciésemos con la materia de nuestro cuerpo. Hay algo Gabrielle y estoy convencida que es tu resentimiento hacia Adrián lo que está impidiendo que tu espíritu alcance la paz que te permita encontrar el paso hacia el otro lado.

Gabrielle la miró con ironía paseándose con paso lento frente a ella, antes de contestarla.

—Eso es muy poético Marina y la Gabrielle de antes de caer al pantano seguro que habría escuchado esas palabras con esperanza, pero he visto pudrirse mi cuerpo, he vivido la soledad en aquella casa vacía reviviendo el horror de las muertes de ese monstruo y el terror del convencimiento de que los siguientes éramos Ramiro y yo —un halo de tristeza cruzó los ojos sin brillo de la hija de Lissette—. Lo supe desde que cometí el error de envalentonarme frente a él y confesarle que su madre había redactado otro testamento.

Las palabras provocaron un respingo en Marina que quedó unos segundos pensativa.

—¿Tu confesaste a Víctor que su madre había hecho otro testamento? ¿Te das cuenta de que en realidad fuiste la causa de desatar la furia asesina del hermano de Eduardo? Él supo deducir que había sido un testamento ológrafo y que los testigos no podían ser otros que la sirvienta, Ramiro y tú.

—¿Crees que no lo sé? Cuando vi como mataba a Juana y después apareció sin vida el cuerpo de Matilde, comprendí que nada le pararía.

El silencio se hizo entre las dos, Marina reflexionó que quizá no era la idea de atormentar a Adrián lo que la retenía en ese lugar sino su sentimiento de culpabilidad por las consecuencias que su error había provocado. Si era eso, sí que no tenía ni idea de cómo romper el círculo para liberar su espíritu, si siquiera sabía si Gabrielle querría ser liberada. En realidad, tenía una posición privilegiada. Había encontrado el medio de estar cerca de la única persona de la que había estado enamorada. Vacío el aire de su pecho con un

resoplido de preocupación mientras buscaba argumentos para convencerla. Se detuvo un momento en ese pensamiento ¿convencerla de qué? ¿Dónde diablos estaba la puerta, la luz o que fuese para que ella pudiese marcharse? Y tenía muy claro que si Gabrielle continuaba aquí ni Adrián ni ella tendrían una oportunidad. Su único contacto con los vivos era el vínculo que había logrado establecer con ella.

El rostro de la francesa la contemplaba sin expresión.

—Es gracioso ver cómo te pierdes en tus pensamientos —se alejó unos pasos internándose en esa especie de neblina que las envolvía dándole al espíritu un aspecto aún más siniestro si cabe. Se giró para mirarla—. Convéncete de una vez. No hay nada, nada. Esto es todo.

—No lo creo —y cambiando de tema, con tono suplicante—. Déjanos en paz Gabrielle. Sal de mi mente para siempre y deja que vivamos nuestra vida, digas lo que digas, tú sabes que Adrián no fue responsable de lo que te ocurrió y no eres tan mala como quieres aparentar —caminó unos pasos hasta colocarse a la altura del espíritu—. Te importaba Matilde. Querías a esa anciana pese al peligro que suponía Víctor, tu podías haber pasado de su problema, pero seguiste a su lado.

—Sí, la quería —la sorprendió Gabrielle sincerándose—, llevábamos más de ocho meses en la casa del pantano y debo decir que me era indiferente la madre de Eduardo. Me extrañaba que estuviese siempre recluida en la habitación, pero también tengo que reconocer que en el fondo pensaba que merecía su desgracia. Había sido tan cruel conmigo. Pasé tantos meses en Madrid soportando sus insultos que creía que su enfermedad había sido un favor divino. Un acto de justicia hasta que un día Ramiro me pidió ayuda, la sirvienta que venía del pueblo para cuidarla estaba con gripe y Víctor tenía prohibido que nadie de la casa, en especial Consuelo entrasen a atender a la señora. El chófer ayudaba a la mujer en el traslado de la enferma a la bañera y en ausencia de Víctor, nadie de la servidumbre se atrevía a desobedecer, Ramiro dijo que si podía ayudarle, yo no estaba sometida a las órdenes del hijo de la señora y él no se atrevía a llevar a cabo el baño —Marina percibió un brillo en los apagados ojos de la hija de Lissette mientras evocaba—. Pensé que me encontraría con la expresión altiva y arrogante de Matilde y sus ojos despectivos, pero en su lugar encontré una anciana desvalida que me miraba con cara suplicante. Completé su aseo y no sé porque me senté en una silla a su lado durante horas sin decir nada. Sólo me quedé allí. Cuando me levanté para marcharme me despidió con una mirada agradecida. No sabría

decir porque, pero volví al día siguiente y al otro y así fue como iniciamos nuestra relación. La parálisis le había afectado el lado derecho por completo y ella era diestra, pero tuve la idea de llevar un gran bloc y le sugerí que practicase con la mano izquierda. Tardamos meses, pero consiguió coger fluidez y nos comunicamos muy bien. Así fue como me contó que después de su ataque y aprovechando la aversión de Eduardo, Víctor la había recluido allí alejándola de Madrid donde las amistades podían haber pedido verla. Ella ya sospechaba que la actitud de su hijo era el testamento. También fue ella la que me previno sobre él. Le creía capaz de todo —dejó la mirada perdida en algún punto infinito—. Y no se equivocaba.

—Recibiste amenazas de Víctor, pero aun así tu no dejaste de visitar a Matilde —Marina decidió apelar a ese lado ambiguo que siempre distinguí en Gabrielle—. Sabías lo que te jugabas, pero no la dejaste, pese a que su hijo en cualquier momento podía contar vuestra relación a tu marido y eso supusiera el final de tu relación con Adrián si eso pasaba.

—Y lo hizo —la sorprendió Gabrielle—. Me había ordenado que no visitase a su madre y eso que él pensaba que Matilde continuaba sin poder comunicarse. Cuando comprobó que no obedecía me dijo un día al salir de la habitación de su madre que le había contado que yo traicionaba a Eduardo con él. Me sentí hundida y avergonzada, incapaz de enfrentar la cara de Matilde estuve varios días sin ir a verla. Después pensé que merecía esos reproches después de todo y lo más importante yo sabría que estaba bien, estaba muy preocupada por ella. Entré en su habitación titubeante y me planté ante ella esperando encontrar una cara furibunda, pero en vez de eso sacó el bloc que siempre lo escondía bajo las sábanas por si aparecía Víctor y sólo escribió ¿Porque? No vi odio, sólo quería saber mi versión y fui sincera. Conté que ella tenía razón con respecto a mí, me había casado con Eduardo sin amarle, por su posición económica. Relaté las semanas de vejaciones que sufrí de ella y como mi marido buscando siempre el lado amable de todo, huyendo de las confrontaciones me dejó sola ante ella y sus despiadados ataques. Allí estaba Víctor brindando su apoyo y además era el único que cortaba los ataques de su madre y sin saber cómo me vi en su cama. Después no me dejó escapar bajo amenaza de contarlo todo a Eduardo —Gabrielle la miró de frente—. No sé porque tuve ese ataque de sinceridad con ella, pensé que me echaría sin miramientos y sin embargo Matilde sólo me observó con gesto dolorido y después pasó bastante rato escribiendo en su bloc. Me lo pasó y quedé sorprendida. Donde yo esperaba reproches encontré un esbozo de la

personalidad de Víctor. Matilde no aprobaba mis razones y siempre supo que tenía conmigo, pero decía que eso ahora no era importante. Eduardo era un buen hombre y yo podría aprender a quererle, pero Víctor era peligroso y ella había cometido un gran error al dejarse llevar por la rabia cuando quitó del testamento a Eduardo, ahora en su testamento aparecía Víctor como principal heredero y eso le preocupaba mucho, conociendo la maldad de su hijo. Víctor no estaba dispuesto a perder esta oportunidad. Me decía que a partir de ahí las dos tendríamos que hilar muy fino para no ser pilladas por su hijo mayor.

Marina escuchaba el relato de la francesa mientras pensaba que era cierto que la hija de Lissette en verdad tomó verdadero afecto a la enferma pero que quizá Matilde sólo sentía por ella la necesidad y la única forma de escapar de la prisión en la que la había encerrado su despiadado hijo.

Gabriele la miró con fijeza durante unos instantes.

—Esos mismos pensamientos que tienes pasaron por mi mente y hubieran sido lógicos, dada la sinceridad que nos unía a las dos. Es posible que en circunstancias normales Matilde nunca me hubiese querido, pero te aseguro que su afecto por mí era sincero, al igual que el mío por ella. No siempre compartimos el miedo a ese monstruo. Pasamos muchas horas hablando de muchas cosas —miró al suelo con expresión triste— bueno, en realidad yo hablaba y ella escuchaba, a veces escribía cosas que nos hacía reír. Contaba cosas de su infancia, dijo que fue la única época que fue feliz. No se si fue porque mi madre estaba lejos, pero quise mucho a esa anciana y ella me quería a mí. Su muerte fue un golpe muy duro, tengo la certeza que mucho más para mí que para su hijo o su nieto, que parece que lo aceptaron cómo una fatalidad inexorable.

—Había olvidado que sigues dentro de mi cabeza —y volviendo al tema se arriesgó a romper el buen talante de la conversación—. Hablas de sinceridad entre las dos, pero apuesto que no le confesaste tu relación con Adrián porque me cuesta mucho creer que pese al afecto que dices te profesaba, aprobase que te acostases con su nieto adolescente ¿Me equivoco?

—No, no te equivocas. Mis sentimientos por Adrián, no podía confesárselos y tienes razón, eso no me lo habría perdonado. Ella quería que me fijase en la bondad de Eduardo y me contó muchas veces que se podía ser feliz en un matrimonio sin estar enamorado. Me pidió que me esforzase por estar más cerca de mi marido. Nunca supo que fue su consejo lo que me acercó a Adrián. Era un chico extraño y solitario que preocupaba a su padre con su actitud. Pensé que conocerle mejor y ganarme al muchacho me uniría más al

padre.

—Que ironía ¿No?

—Supongo, Marina —en su cara apareció de nuevo el gesto cínico—. Eso es lo que hay, intenté hacer bien las cosas, pero todo escapó a mi control.

—No pudiste hacer bien las cosas antes, pero puedes hacerlas ahora, este es el momento en que puedes hacer lo que es correcto.

Se acercó aún más dejando su cara a escasos centímetros de la de Marina quien levantó la barbilla desafiante ante la expresión agresiva de Gabrielle.

—¿Correcto? ¿Te has preguntado que es lo correcto? ¿Qué y quien decide que está mal o bien?

—Dímelo tú.

—Las creencias, las costumbres que en la mayoría de las veces las ha designado los distintos dioses, pero ya ves —señaló a su alrededor—, no hay nada y puesto que todas las normas venían impuestas por una sociedad que creía en un Dios inexistente no he faltado a nada. No hay falta en mí.

Marina movió negativamente la cabeza con lentitud antes de responder.

—Estas errada Gabrielle, lo que tu hiciste es condenable incluso por los agnósticos. En el fondo de nosotros, no sé si porque hay un código insertado en la genética, ignoro si por una entidad divina a la que pertenecemos, esto es lo que yo creo al menos, nos indica lo que está bien o mal.

—Te equivocas, actuamos bien o mal por miedo a la condenación y para alcanzar la salvación, pero yo he atravesado el umbral y ya ves que no hay nada. No hay paraíso, aunque sí infierno porque seguir con tu memoria y la posibilidad de ver cómo viven los demás si es un castigo.

—Quizá es lo que has obtenido con tu comportamiento —se mordió el labio inferior rectificando—. No quiero pensar eso. No soy religiosa practicante, pero si creyente y el Dios en el que creo pienso no te habría condenado a esto por tus actos. La vida es un bagaje y las cuentas de las tuyas pese a todo creo que da un saldo favorable.

La sonrisa cínica continuó en la cara de Gabrielle.

—Que generosa eres conmigo. Yo si era practicante, acudía a misa y hablaba a menudo con Dios contándole todo de mí, era tan ilusa que me creí amada y de alguna forma protegida —una sombra apagó el brillo de sus ojos provocando un cambio en su gesto que pasó a angustiado—. Puede que tengas razón y que esto que me rodea sea un castigo. Yo provoqué la muerte de Matilde, y la de Juana y Ramiro y por supuesto, la mía.

Marina arrugó la frente sorprendida con la expresión y el tono de tristeza

de la hija de Lissette.

—¿De qué hablas?

—Fui yo quien le contó a Víctor lo del testamento. Él no sospechaba nada, pero seguía acosándome para que siguiese acostándose con él. Se me hacía intolerable su contacto y en un ataque de rabia solté que se quedaría con lo mínimo de la fortuna de la familia, condenado a ser lo que siempre había sido en su familia, un segundón sin talento que vivía a la sombra del dinero de una empresa creada por su padre, y que seguía creciendo gracias al talento de su hermano. Vi en su mirada que iba a hacer algo y supe que Matilde estaba en peligro —levantó hacia ella una mirada de infinita amargura—, fui yo la causante de tanta muerte. Puede que estar aquí sea mi expiación después de todo.

—El culpable de todas esas muertes fue el psicópata de Víctor, lo tuyo fue un acto imprudente que no creo merezca esto —ladeó la cabeza intentando algo osado—. ¿Has pensado que puesto que Víctor ya no vive y se ha descubierto tu cuerpo quizá sólo falta que te alejes de nosotros?

—Buen intento, pero si me alejo de ti sólo me queda este lugar, no pienso quedarme contemplando vuestra felicidad sin más.

—Puede que sea la llave que te abra otra puerta Gabrielle, atormentarnos a Adrián y a mi es un acto de maldad.

—También fue malvado por su parte no vender las joyas y obligarme a regresar a buscarlas.

La expresión amable del rostro de Marina que había aparecido tras las confidencias de la francesa desapareció por una más dura.

—Le pediste algo absurdo. Era un chico de diecisiete años miembro de una conocida familia. Si Adrián hubiese intentado vender las joyas lo más seguro es que hubiesen llamado a su padre. Tú eras la esposa, una persona adulta y no habrían puesto pegas a su venta —Gabrielle le dio la espalda indicando la indiferencia a sus palabras provocando que Marina caminase hasta quedar de nuevo frente a ella hablándole con el mismo tono—. También tuviste la opción de marcharte sin ellas con tu madre a Francia. Ella tenía la tienda y podías haber salido adelante. Tu gusto por la vida fácil fue la culpable de tu vuelta a la casa del pantano Gabrielle, no Adrián. Él actuó correctamente siendo leal a su padre. Con tu actitud le estás haciendo daño a un hombre inocente al que has causado un perjuicio llamando a su padre en la escenita del pantano. Has destruido la relación entre padre e hijo y ahora pretendes desahogar tu amargura dañándonos a los... —soltó aire despacio

antes de continuar—, en realidad a los tres, Lissette también sufre con todo esto —hizo un gesto despectivo—. Claro que en realidad no te importa. En todo este tiempo tenías la oportunidad de comunicarte con ella a través de mí y has ignorado su presencia, su dolor sabiendo como sabes cómo te ama.

El comentario hizo mella en Gabrielle que no pudo evitar un gesto de dolor al levantar los ojos hacia Marina.

—Ella debería estar camino de Francia y al margen de todo esto.

—¿Es esa la razón por la que la has ignorado todo este tiempo?

—Ha sido un gran esfuerzo cuando hablaba contigo reprimir las ganas de decirle cuanto la quiero.

—Eres una embustera Gabrielle, hablas de que querías dejarla al margen, pero ella estaba en tu plan desde el principio. Me llevaste con las imágenes hasta el pueblo y la única forma de llegar hasta los Pinel era la intervención de Lissette ¿sabes porque creo que no has contactado con ella? Porque a pesar de que tenías la certeza de su cariño, ella siempre te habló claro. Te indicaba las cosas con las que no estaba de acuerdo y sabes que todo lo que tenías preparado no contaría con su aprobación.

—¿Crees que no lo sé? Hubiese querido que su participación fuese menor, pero se ha implicado y sigue insistiendo.

—Lissette fue una madre maravillosa Gabrielle y no imaginas el dolor que sentía cuando le contaba las visiones sobre ti. No pretendas ahora decirme que querías dejarla al margen. Con ella has tenido una actitud egoísta que te aseguro merecía al menos le hubieses dedicado unos instantes.

Marina se sobresaltó ante un estruendo provocado por un grito del espíritu agitado por sus palabras. Fue como un trueno que sacudió el lugar, la figura de Gabrielle desapareció ante sus ojos. Se preparó para alguno de sus trucos pensando que volvería aparecer con alguna forma macabra pero unos segundos después la imagen de la hija de Lissette apareció con el gesto contraído y los puños apretados frente a ella.

—¿Y que quieres que haga? —gritó visiblemente descompuesta—. Mi conexión contigo no es algo que pueda apagar o encender a capricho. No voy a quedarme apartada presenciando como disfrutas con él. ¿Pretendes que gire la cabeza y me conforme con este vacío? No hay nada más que esto. No tengo dónde ir, y cuando te besa, cuando te abraza recuerdo lo que era, pero no siento nada, nada salvo el deseo de lo que fue. Todo se transforma en rabia, en rencor, en odio —apretó los puños frente a ella, pero en su cara además de la crispación, Marina vio una profunda amargura.

Iba a contesta cuando algo extraño sucedió a espaldas de Gabrielle, la neblina comenzó a moverse de modo extraño hasta tomar una forma circular y luminosa, el gesto de sorpresa de Marina hizo que Gabrielle se girase.

—¿Qué es eso? —inquirió el espíritu de Gabriele.

—Pues si no lo sabes tú —musitó Marina asustada.

En el monitor de constantes se reflejó una aceleración del pulso de Marina, Tomás arrugó el ceño y Adrián levantó la cara hacia él interrogante.

—No sabría decirte que está pasando, algo ha acelerado su pulso y es una señal de que está ocurriendo algo.

—¿Con Gabrielle?

—Es la esperanza, pero temo que hasta que despierte no sabremos nada.

—No es justo que esté enfrentándose sola a todo esto. Sigo diciendo que debería haber tomado ese mejunje. Gabrielle no hubiese resistido la tentación de encararse conmigo.

Tomás observó al joven Pinel que continuaba acariciando la mano de su chica sin apartar la mirada de su cara en apariencia dormida y tranquila.

—Este proceso no tiene senderos rectos Adrián y ni se siquiera se sabe con certeza donde conducen. Ya me he arriesgado mucho con la dosis que le he administrado a ella. No hay certeza de contacto, sólo la esperanza de que el vínculo que las unía haya funcionado. Soy un científico, pero te aseguro que esto que estamos haciendo es de lo menos empírico. Sin certezas y con demasiados riesgos como para meter a otra persona en el asunto.

Giró la cabeza hacia el grupo formado por Irene, Pedro y Lissette que más allá observaban la escena con evidente preocupación. Trató de forzar una sonrisa de que todo estaba bien, pero supo que sólo quedó en el gesto sin demasiada convicción.

Gabrielle y Marina seguían mirando el punto iluminado que poco a poco se volvía más brillante y nítido. En el centro unos colores anaranjados, dorados y rojizos. La francesa se adelantó unos pasos hacia el lugar fascinada.

—¿Estas notando eso Marina?

—No —respondió abrumada por el cúmulo de sensaciones que estaban comenzando a embargarla. La zona iluminada se iba agrandando cada vez más. Gabrielle caminaba despacio hacia allí mientras ella permanecía quieta tratando de asimilar todo lo que estaba percibiendo. Era como una ventana a

un universo colorido y hermoso lleno de matices multicolores. Al fondo una luz aún más intensa crecía hasta adquirir forma humana. Por un momento creyó que se trataba de un ángel que flotaba en ese paisaje indescriptible. Pese a la distancia en la se había detenido Marina reconoció los rasgos.

—Es Lucia —gritó a Gabrielle unos metros más adelantada, casi en el umbral que se había abierto ante ellas—. No puedo creerlo —unas lágrimas de felicidad rodaron por sus mejillas—. Está tan hermosa. Querida amiga, sabía que no me había equivocado. Había algo y es... —trataba de ordenar sus pensamientos y su emoción por la oleada de sensaciones que sentía—. No encuentro las palabras.

—Es que no existen Marina. Todo era cierto —Gabrielle tenía los pies en la línea del umbral abierto ante ella—. Lucia ha venido a indicarme el camino. Me dice que ya es hora —se volvió hacia Marina y tendió su mano—. ¿Estás sintiendo lo mismo que yo? ¿No quieres acompañarme?

No podía apartar la mirada del rostro dulce de Lucia que pese a no perder un ápice de esa belleza celestial que la envolvía cambió la expresión mirando a Gabrielle. Marina dio un paso y luego otro y tuvo la certeza que deseaba seguir avanzando, quería entrar.

En el laboratorio saltó la alarma del monitor de constantes provocando un sobresalto en todos. El grupo más alejado se acercó a Adrián que miraba desconcertado alternativamente al profesor y al monitor que mostraba un número de pulsaciones que bajaba cada vez más.

—¿Qué ocurre? —exclamó Irene angustiada.

—No sé —Tomás tragó saliva mientras tocaba la frente de Marina—. Su ritmo cardíaco está bajando muy rápido y está fría.

Se alejó hacia el estante donde buscó una cobertura térmica. La extendió con la parte plateada sobre el cuerpo con la ayuda de Adrián.

—¿Qué está pasando Tomás? —preguntó con un gesto de impotencia la pregunta angustiada de Adrián quedó sin la respuesta del profesor, concentrando con toda su atención en los números del monitor.

Lo que más temía estaba sucediendo. En los estudios que había hecho le habían relatado algunos casos de estudiosos que nunca volvieron de ese viaje.

No tenía que haber cedido a la tentación de inducir a Marina a ese estado, no poseía suficiente conocimiento. No sabía cómo guiarla si Gabrielle estaba llevándola por caminos errados.

Gabrielle seguía con la mano extendida hacia Marina que se acercaba cada vez más. Cuando estaba a un metro de la hija de Lissette ésta movió la mano

en señal de alto.

—No, detente. Lucia me está hablando y dice que si atraviesas el umbral conmigo perderé el puesto que me ha sido asignado.

La cara de Marina mostraba una expresión confusa, esa luz y todo lo que la acompañaba lo estaba percibiendo, sentía una atracción irresistible. Un bienestar que jamás hubiera pensado que existiera. Sólo quería seguir avanzando, reunirse con Lucía.

—No puedo oír su... —dijo Marina sin dejar de avanzar lentamente.

—Es porque ella está más allá del mundo físico. Debes retroceder. El balance de mi vida ha sido evaluado y tengo un lugar en esa luz, algo que este último acto mío de intentar que me sigas lo está poniendo en peligro.

Marina parecía no escucharla extasiada con la visión que tenía delante y el cúmulo de sensaciones que la invadían. Extendió las manos hacia la figura que al fondo continuaba mirándola. Deseo dar otro paso y entrar en ese espacio dorado pero la mano de Gabrielle se interpuso frenando su avance.

En la sala del profesor el pitido del monitor indicó que la cosa empeoraba aún más.

—Su pulso se ha detenido —gritó alarmado Tomás

—¿Qué hacemos? —Irene se llevó las manos a la boca.

—No tengo un desfibrilador —Tomás movió la cabeza con gesto angustiado e impotente—. Nunca debí iniciar esto.

Adrián retiró el pequeño almohadón de debajo de la cabeza de Marina y comenzó con la respiración artificial y masaje cardíaco.

—Quédate conmigo, vamos quédate conmigo —dijo mientras no dejaba de presionar su pecho de forma acompasada. Volvió a las respiraciones. Los demás miraban las desesperadas maniobras de Adrián sin saber que hacer.

La mano de Gabrielle continuaba frenando el avance de Marina mientras ésta trataba de dar el último paso.

—Yo estaba equivocada Marina. Es más, mucho más de lo que yo creí. Es maravilloso, pero no es tu momento, es el mío amiga —Gabrielle hizo un gesto levantando una mano—. ¿Escuchas? Es la voz del hombre que amas. Te llama y te necesita.

Marina prestó atención y un eco lejano le trajo la voz de Adrián gritando su nombre, bastó para detenerla. Gabrielle aprovechó el momento y dio el paso que la hizo atravesar el umbral. Mientras se alejaba en dirección a la figura de Lucia que continuaba estática y resplandeciente a lo lejos, se volvió a Marina, detenida en el mismo lugar.

—Di a mi madre que la quiero, que lamento no haber aprovechado la oportunidad que he tenido de decírselo pero que es la persona que más he amado en este mundo...

Su voz se fue perdiendo a medida que se acercaba al espíritu de Lucia que le dedicó una dulce sonrisa como despedida. Las dos figuras se transformaron en una sola luz que se perdió en esa inmensidad dorada.

Adrián continuaba con las técnicas de reanimación de un modo febril a la vez que gritaba su nombre. El monitor volvió a dar señales de pulso y Tomás puso un brazo sobre el hombro del joven Pinel para indicárselo.

—Ya muchacho, ha vuelto —y soltó todo el aire de sus pulmones en un resoplido de alivio. Irene comenzó a llorar abrazada a Pedro intentando aliviar la tensión que habían vivido.

Cuando abrió los ojos poco después la cara de Adrián aún reflejaba los momentos angustiosos que habían pasado. Los brazos de Adrián la apretaron con tal fuerza que le faltó la respiración, Marina se detuvo en los rostros de todos antes de volver a fijarlos en el hombre que con su voz había detenido su paso cuando lo único que deseaba era seguir avanzando.

—No quería regresar —confesó sincera—. Lo he visto, lo he sentido y sólo deseaba estar en ese lugar, pero oí tu voz llamándome y Gabrielle insistió que no era mi momento.

—¿Has conseguido contactar con Gabrielle? —se adelantó Tomás frenando las palabras de Adrián.

—Si y se ha marchado —se incorporó con dificultad hasta quedar sentada en la camilla—. He visto a Lucia, ha sido ella la que ha abierto una puerta. Gabrielle estaba atrapada en ese limbo. Si no llega a ser por Lucia estaríamos igual. Gabrielle tenía demasiado rencor dentro y había perdido la fe.

—¿Lucia? —se extrañó Adrián—. ¿Y qué hacía Lucia ahí? ¿Rencor? No entiendo porque tenía aún rencor Gabrielle. Ya consiguió su venganza, doble, además porque ha conseguido destruir la relación entre mi padre y yo. Si cometimos alguna injusticia con ella se la ha cobrado bien. No comprendo su resentimiento.

Marina pensó que no merecía la pena hablar del embarazo de Gabrielle, esa noticia no traería más que dolor a Lissette que escuchaba sus palabras con ansiedad y más pensamientos atormentados a Adrián. Levantó la vista hacia la francesa.

—Cuando cruzaba se volvió y me dijo que la perdonases por no haberte dicho que te quiere, que eres la persona que más ha querido. Has sido su último pensamiento.

Lissette no pudo reprimir las lágrimas y se lanzó a abrazarla.

—¿Entonces todo ha terminado? ¿Podré llevarme el cuerpo de mi hija con la certeza de que descansará en paz?

—Ahora sí Lissette.

Tomás se hizo un hueco entre el grupo que la abrazaba ansioso por saber.

—Cuenta. Dame detalles de todo lo que has visto.

—Ha sido increíble Tomás. Lo he visto y te aseguro qué es más, infinitamente más y es maravilloso. Un lugar infinito, percibía un amor sin límite, perfecto. Era... era... —Marina se sintió confusa.

—Describe todo— apremió el profesor.

—Es... —se detuvo extrañada como tratando de hacer memoria—. No lo entiendo, cuando he abierto los ojos todo estaba claro. Sabía con certeza lo que hay al otro lado, pero ahora cuando intento recordar es como cuando te despiertas después de un sueño. Se me está borrando todo.

Tomás hizo un gesto de comprensión e impotencia a un tiempo.

—No es la primera vez que escucho algo así. He oído que la gente que ha tenido una experiencia en la que reconoce que ha captado el otro lado sólo consigues algo en los pocos segundos del regreso y después se olvida como los has descrito, como en un sueño que se hubiese tenido.

—No comprendo, tengo claro todo lo vivido, mi encuentro con Gabrielle, todo lo que he hablado con ella.

—Describe al menos... —instó Tomás.

—Era como un inmenso espacio vacío o rodeado de una niebla densa y extraña, imprecisa y fría. Lo único cierto es que no había nada. Discutía con Gabrielle cuando de un lado comenzó a abrirse como un círculo luminoso y dorado que se hacía cada vez más grande. Era como una ventana a un universo único, inundando de luz y calidez de una belleza sobrecogedora y al fondo apareció la imagen de Lucía. Casi no la reconocí de lo hermosa que estaba, era como un ser mágico o divino rodeada de una luz que la transfiguraba y a medida que te acercabas todas las respuestas a las preguntas que nos hemos hecho estaba claras y respondidas. Yo no podía escuchar la voz de Lucía, pero Gabrielle sí, pero las sensaciones eran increíbles, lo sabía todo y sólo deseaba avanzar más y... —miró con ojos culpables al rostro de Adrián—. Era como si todo lo de aquí no tuviese importancia, sólo deseaba ser parte de eso —se llevó una mano a la cabeza dudando—, aunque ahora no puedo recordar porque era tan atrayente para mi seguir avanzando. Hubiese dado el último paso si Gabrielle no me lo hubiese impedido. Me recordó que la voz que gritaba mi nombre me ama y que todo lo que amaba yo se concentraba en esa llamada.

—Y no te imaginas cuanto —Adrián no pudo reprimir el impulso de coger

su rostro con ambas manos y besarla—. Creí que te perdía —dijo sobre sus labios.

Ahora fue Pedro el que se apresuró a insistir que continuara antes de que los pocos recuerdos que le quedaban se borrasen, Tomás agradeció el gesto con una sonrisa.

—Gabrielle en un primer momento me animó a seguirla, pero algo le dijo Lucía que la hizo cambiar de idea. Dijo que si yo atravesaba el umbral ella perdería el lugar que le había sido asignado.

—¿Se asigna un lugar? —Irene puso cara de sorpresa.

—No lo sé. Ahora no sabría decirte, pero creo que Gabrielle dijo algo de que analizado su bagaje tenía un sitio que había ganado. Cuando estaba allí tenía mucho sentido sus palabras, pero ahora no termino de comprenderlo.

—No entiendo que quieres decir —insistió Irene.

—Quiero decir que delante de ese umbral captaba todo lo que había al otro lado. Todo era comprensible, era como si cada pieza encajara perfectamente. Lo que no comprendía antes era diáfano y claro, pero intento recordar y no puedo —miró con fijeza los ojos de Adrián y apretó con fuerza su mano—. No puedo describir todo lo que percibía y eso que sólo era la entrada. Sé con certeza que lo que había más allá era mucho, muchísimo más, pero al menos ahora sé que Lucía ha encontrado no sólo las respuestas que buscaba. Su aspecto era radiante y maravilloso.

Adrián no respondió, pero sonrió con ternura y asintió con la cabeza.

—Esto es magnífico —se entusiasmó el profesor—. Eso concuerda con anotaciones de otros estudiosos de estos temas, pero es la primera vez que obtengo un relato directo de un testigo.

Marina observó extrañada el entusiasmo de Tomás, para ella era decepcionante que lo más importante se hubiese borrado de su memoria. Quizá tenía que ser así. Compartió sus reflexiones con todos.

Posiblemente Marina, y el hecho de que las personas que han tenido una experiencia como la tuya olviden al regresar es como tratar de decirnos que ese tema tiene que continuar dependiendo de la fe. Puede que se trate de eso.

—Sí, puede que se trate de eso porque yo he percibido mucho amor y mucha comprensión de la naturaleza humana —lanzó un resoplido mientras movía negativamente la cabeza—. Lo único que puedo decir es que ya no tengo miedo a la muerte, pero no tengo prisa —y con amplia sonrisa de felicidad mirando a Adrián—, que la vida es maravillosa, un regalo y un privilegio, y estoy deseando vivirla.

El profesor sonrió comprensivo y dijo que ya estaba bien, sugirió que mientras se cambiaba de ropa repasase mentalmente sus recuerdos para fijarlos que ya hablarían más adelante. Pedro se ofreció para tomar notas y enviárselas por si en conversaciones posteriores afloraban datos interesantes. Tomás dijo que ese caso había sido el más interesante que había documentado y que estaría encantado con la colaboración del novio de Irene. Antes de abandonar la sala camino del vestuario Lissette dijo que tenía que marcharse, tenía que marchar a Granada a por el cuerpo de Gabrielle y regresar con ella a Francia para su entierro.

Marina abrazó con fuerza a la madre de la mujer que tanta amargura le había causado, aunque mientras la francesa la apretaba contra sí, pensó que sin la aparición de Gabrielle en su vida no habría conocido al hombre que la miraba arrobado al otro lado de la habitación. Todo sucede por una razón, se dijo. Y había aprendido tanto con esa experiencia, que hasta las amarguras causadas por Gabrielle las dio por bien empleadas.

Abrió los ojos y al pronto no reconoció el lugar. Los brazos de Adrián la rodeaban, giró un poco la cara y se detuvo tiempo observando el rostro dormido del hombre que amaba.

Era el dormitorio de la casa que había sido de Lucía. No era extraño que no lo reconociera a la luz de la mañana que se filtraba por los cortinajes. Llegaron tarde. Al salir del laboratorio de la universidad, Pedro sugirió entrar en un restaurante, una idea que agradeció. Eran casi las ocho y con tanto mejunje administrado por el profesor y tanto vomitar sentía un hondo vacío en el estómago. Más tarde Irene y Pedro dijeron de buscar un hotel para pasar la noche, pero Adrián les dijo que el apartamento de Lucía tenía habitación de invitados. Miró la hora, las siete y media y pensó que aún estarían dormidos.

Recordó todo lo pasado en el estudio de Tomás, pero su mente voló a recuerdos más placenteros y recientes. Esa noche Adrián y ella habían hecho el amor liberados, sin miedos. Se arrebujo en el cuerpo que descansaba a su espalda abrazado a ella. Si era cierto lo de la media naranja, lo de que hay una persona con la que tu cuerpo se complementa y se convierte en uno, esa era Adrián.

Se volvió con lentitud para no despertarle y poder observarle a sus anchas. Dormía placida paz. Con ganas se hubiera lanzado a besarle y achucharle, pero la serenidad que desprendía dormido frenó su impulso. Analizó las veces que se había despertado con Alberto a su lado y se preguntó cómo se puede estar tan ciega.

Comparado con el torrente de emociones que despertaba Adrián en ella no entendía como pudo pasar tantos años junto a un hombre sin descubrir el amor auténtico, un hombre con el que estuvo a punto de casarse y compartir el resto de su vida. El universo era sabio y se alegró que con ella las señales hubieran llegado a tiempo o la felicidad que ahora experimentaba no hubiera sido posible. Sí, había una gran sabiduría en todo lo sucedido incluida la presencia de Gabrielle y si la apuraban el pesar que ella le había causado. Si un ser

superior había elaborado un plan se alegró de haber superado cada prueba. Todo había merecido la pena para llegar a este momento y despertad en los brazos del hombre que le había regalado la noche más maravillosa de su vida. Un hombre con el que no tendría dudas de pasar el resto de los días que le quedaba. No pudo reprimir el impulso y depositó un beso tenue en los labios entreabiertos de Adrián, éste hizo una mueca y abrió los ojos. Sus labios se curvaron en una sonrisa.

—¿Me vas a despertad así cada mañana?

—Todas y cada una de ellas —elevó los brazos y atrajo su cara para volver a besarle esta vez asegurándose que no quedase nada de espacio entre su piel y la de él que devolvió el beso con el mismo ardor.

Adrián la separó un poco mientras acariciaba su mejilla con un dedo.

—Si queremos estar en camino hacia Almería esta tarde será mejor que me marche ahora. Tengo que ultimar las cosas con el nuevo gerente de la empresa y dar instrucciones —Marina notó el rictus triste que surgió en su cara—. No creo que mi padre se incorpore a la firma, pero tiene diseños como para otra colección. Después ya veremos cómo continúa.

—¿Estás seguro de que no quieres seguir dirigiendo la firma al menos durante un tiempo?

—La única posibilidad de que mi padre decida volver es que esté seguro de que yo me he marchado — la atrajo hacia él y la abrazó con fuerza—. Estoy bien Marina. Comenzaremos una nueva vida en Almería —le devolvió una sonrisa pícara—, aunque te advierto que a partir de ahora vivirás con un simple abogado que tiene que comenzar de cero.

—El problema en todo caso será tuyo que estas habituado al lujo. Yo siempre he sido una currante.

—Te recuerdo que mi padre y yo pasamos apuros económicos y por si no lo sabes, trabajé de camarero para pagarme un master después de la carrera, por no hablar de los años que compaginé trabajo en un bufete con el turno de oficio. Créeme, sé lo que es no llegar a fin de mes. Un año antes de terminar mi carrera no nos quedaba dinero, pero mantener una casa en pleno centro de Madrid, no es fácil, cuando ya no quedan cosas que vender.

Marina arqueó las cejas tratando de imaginarle sirviendo mesas, tenía que haber sido todo un espectáculo. Adrián besó la punta de su nariz y saltó de la cama camino del baño antes de que ella pudiese saciar su curiosidad sobre el asunto.

Ignoraba a cuanto ascendía la legítima que heredó Eduardo, pero fueron

muchos años viviendo sin ingresos y recordaba que Consuelo había comentado que gastaron mucho en tratamientos intentando sacar de la depresión a Eduardo.

Adrián estaba intentado bromear, pero ella sabía que la actitud de su padre y su rechazo le dolía más de lo que quería aparentar. Desde que volvieron a Madrid después de los hechos de la casa del pantano había sido el báculo del marido de Gabrielle, siempre había cuidado de su padre, incluso levantó una nueva firma para que Eduardo volviese a crear.

Le hubiese gustado desayunar con él pero insistió que una mañana era muy poco tiempo para todo lo que tenía que dejar resuelto.

Estaba apoyada sobre el cristal de la terraza con la vista perdida en el paisaje de la ciudad que se divisaba desde allí, con una taza de café en la mano cuando entró Irene con cara aún somnolienta.

—¿Eso que huele tan bien es café?

—Sí, y recién hecho. ¿Has descansado bien?

—No, por cierto. Pedro ha pasado media noche comentando todo lo sucedido ayer. Está fascinado y ahora dice que le encantaría ahondar más en este tipo de fenómenos. Supongo que ha vosotros os ha pasado lo mismo.

Marina no pudo reprimir la risa antes de contestar.

—Nosotros le hemos sacado más partido a la noche, por fortuna. No hemos hablado del tema. Creo que lo único que nos importaba es que ya somos libres.

—Y por la expresión de felicidad intuyo que no albergas ninguna duda.

—Ninguna —elevó los ojos al techo en un gesto característico—. Estoy loca por ese hombre.

Irene entró en la cocina y salió poco después con una taza en la mano, bebió un sorbo de café y se sentó frente a su amiga.

—Eso lo entiendo, pero no comprendo cómo después de vivir una experiencia como la de ayer no ha surgido ni un solo comentario al asunto entre vosotros, además, no termino de entender porque Gabrielle podía seguir en contacto, según lo que afirmó Tomás tiene que haber una razón y el hecho de que esa mujer siguiese enfadada porque Adrián no le llevó las joyas no lo veo motivo según ese equilibrio que afirma el profesor existe.

Marina apuró su taza pensativa y dudando si contar lo que había ocultado.

—Te cuento algo si prometes que no se lo dirás a nadie incluido Pedro.

—Lo prometo.

—Gabrielle estaba embarazada

—¿De Adrián? —Irene dio un bote y casi derrama el café, caminó la distancia que las separaba y se colocó a su altura.

—Ella quería creer que sí, pero mantuvo relaciones con los tres. Cualquiera pudo ser el padre de su hijo.

—Comprendo —Irene cogió su taza con las dos manos para llevársela a la boca con gesto reflexivo—. Debió ser espantoso descubrirte muerta y tantos años acumulando odio por todo lo que le habían hecho. Has tenido mucha suerte de tu amistad con Lucia. Si esa mujer no te echa un cable no creo que hubiese sido tan fácil deshacerte de la hija de Lissette.

—Ella contribuyó mucho a su desgracia y fue la ambición la que provocó su muerte. Si sólo se hubiese marchado con Lissette a tener su bebé quizá aún estaría viva. Quería las joyas y volvió donde estaba el asesino y eso por no hablar que pudo haber acudido a la policía y exigir una autopsia de Matilde, y decir donde estaba el cadáver de la sirvienta en el crimen de Víctor del que fue testigo. Pudo hacer muchas cosas, pero de todas las opciones que tuvo escogió la peor.

—Cierto.

Marina volvió a fijar la vista más allá de los cristales pensativa.

—Adrián ha ido a ultimar unos detalles de la empresa antes de marcharnos a Almería y yo quiero hacer algo. Voy a salir —entregó la taza a su amiga y caminó hacia el dormitorio—. Nos veremos a la hora del almuerzo.

—¿De qué se trata?

—No tengo las cosas muy claras, pero tengo que hacer algo por Adrián.

—¿Vas a hablar con Eduardo?

Marina observó unos segundos a su amiga. Siempre había sido muy intuitiva y la conocía mejor que nadie.

—Tengo que intentarlo. Sé que para Adrián será muy duro estar en Almería tan lejos de su padre sin saber nada de él. Siempre le ha cuidado y la actitud de Eduardo es absurda.

—Ese hombre está muy dolido Marina —Irene se acomodó en el brazo del sillón con gesto serio—. Si nos detenemos a pensarlo es el que más perjudicado ha salido de esta historia. Perdió a su mujer y se ha enterado que le traicionó con su hijo y con su hermano y éste además es —rectificó Irene—, era un asesino sin escrúpulos que mató a cuatro personas, entre ellas su madre, para apoderarse de su fortuna. Es para volverse loco.

—Y además sabía que Gabrielle esperaba un hijo. Un bebé que él pensó que era suyo, pero que tras la desaparición de su esposa y la conclusión de

que había huido con el chófer seguro que pensó era del pobre Ramiro.
—Buena suerte —añadió Irene tras resoplar—. Lo tienes complicado.

Había llamado a la casa de Miraflores preguntando por Consuelo, no le sorprendió la respuesta y pidió la dirección que le interesaba.

El taxi la dejó frente un lujoso portal de una construcción de primeros de siglo de la calle Arenal.

Salió del ascensor antiguo y paró frente a la puerta tomando y expulsando aire ante de pulsar el timbre. Unos segundos después, Consuelo la miraba sorprendida.

Ya había imaginado qué ante la actitud de su padre, Adrián habría llamado a la vieja criada que tantos años compartió la depresión de su progenitor para estar de nuevo con él.

—Buenos días Consuelo.

—Señorita Marina —exclamó sorprendida— Que alegría de verla.

—Lo mismo digo, ¿Puedo ver al señor Pinel? Es importante.

—Pase —la vieja sirvienta la guió por un amplio pasillo—. No sé qué ha ocurrido, salvo la muerte del señorito Víctor, pero sospecho que algo muy malo ha tenido que hacer ese hombre para que el señorito Eduardo no quiera acudir al funeral. Adrián me llamó y me dijo que tenía que venir aquí y cuando vi llegar a su padre con esa expresión en la cara y encerrarse en la habitación supe que había ocurrido algo terrible.

Observó la decoración de al menos treinta años antes y los huecos en las paredes donde antes hubiera cuadros. Esa era la casa que Adrián compartió con su padre en los malos tiempos y por el aspecto desolado y escaso de muebles no la habían rehabilitado cuando volvieron tiempos mejores.

Era seguro que cuando los Pinel volvieron a fusionarse, Eduardo se trasladó a la casa de Miraflores y ésta quedó sin atención. Aun así, poseía todavía el señorío de una casa antigua en pleno centro de Madrid.

Deseó mentalmente que la vieja criada la estuviese conduciendo

directamente a Eduardo, si tenía que anunciarla estaba segura de que el padre de Adrián se negaría a verla.

Tuvo suerte, Consuelo la llevó a un salón que pese a la antigüedad de sus muebles estaba intacto. Eduardo se encontraba hundido en un sillón de orejas de cuero desgastado por el uso frente a una chimenea que ardía. Su mirada estaba perdida en el crepitar de las llamas sobre los troncos, pese al fuego la habitación estaba poco caldeada. Quizá sean estos techos tan altos —pensó para sí Marina— Consuelo fue a llamar la atención del anciano sobre su presencia, pero ella hizo un gesto para que les dejase solos. Consuelo asintió con la cabeza y abandonó la habitación. Sentado no había llamado su atención, ignoraba si por la abstracción en las llamas o por el estado en el que se encontraba.

—Eduardo —se aproximó y colocó una mano sobre su hombro.

El padre de Adrián levantó la cabeza sin prisas y fijó su mirada en ella.

—¿Cómo se encuentra?

—Bien —dijo con voz lasa—. Toma asiento cerca de la chimenea Marina, es una mañana fresca y esta casa es fría.

La había reconocido y eso provocó un suspiro de alivio. Cuando escuchó la lasitud de su voz temió que se encontrase en una especie de choque emocional que le incapacitase para hablar. Quizá estaba sedado.

Tomó asiento en el sillón de al lado pensando como empezar. Las dudas comenzaron a apoderarse de ella. Era posible que este hombre sólo quisiera que le dejaran en paz y ella había ido allí precisamente a sacar los temas que le habían hecho refugiarse otra vez en el lugar donde decidió apartarse del mundo durante tantos años. Era un hombre depresivo y ya quedó muy afectado en su momento. ¿Sería contraproducente que ella sacara el tema de nuevo?

—¿Cómo se encuentra mi hijo? —la sorprendió sacándola de sus cavilaciones.

—Preparando nuestra marcha a Almería. Está ultimando los detalles con el nuevo gerente de la firma. Ya sabrá usted que ha abandonado la dirección. Se marcha conmigo para trabajar como abogado allí. Empezará otra vez desde cero.

—No tiene por qué dejar la dirección. Yo me he marchado, pero él puede seguir al frente. He dejado trabajo hecho como para varias colecciones y después puede recurrir al trabajo de mis alumnos. Hay dos de mucho talento.

Hablaba sin entusiasmo y sin emoción alguna en la voz. Marina se reafirmó en que le habían administrado un sedante.

—Adrián si no está usted, prefiere renunciar y marcharse.

El silencio y de nuevo la mirada perdida en los leños ardientes fue la respuesta del anciano, al que parecían haber caído varios años desde la última vez que le vio. Se armó de valor y decidió arriesgar.

—Entiendo cómo se siente Eduardo, pero no me parece justa esta actitud con su hijo. Tenía diecisiete años y fue seducido por ella y aun así fue él quien rompió, por los remordimientos que sentía.

—Estaba embarazada.

—Lo sé, pero pudo ser de cualquiera de los tres, no necesariamente de su hijo.

—Me hizo tanta ilusión cuando descubrí el papel con el resultado —una mueca amarga se dibujó en el rostro del anciano—. Hubiera deseado seguir pensando que era de Ramiro antes que la verdad.

—Gabrielle le llevó allí para que oyese la verdad a mala idea. Quería dañar a Adrián como venganza separándoles —buscó los ojos del joyero antes de continuar—. ¿Va a consentir que lo consiga? Adrián le adora. Es la única familia que le queda.

—Me traicionó —tomó aire y endureció el gesto—. Se acostó con ella. No puedo olvidar eso.

El anciano se reclinó en el sillón y elevó la vista hacia un retrato antiguo que representaba una mujer joven, ella creyó reconocer los rasgos de Matilde en él.

—Viví al margen de lo que ocurría en mi casa —siguió el anciano—. Mi madre enferma y recluida en esa habitación, aislada por mi hermano. Gabrielle intentó muchas veces que entrase a verla y me acercase, pero no pude superar la aversión que sentía. Una mujer tan fuerte, tan enérgica y contemplaba desde la puerta a una anciana con el rostro desfigurado por la parálisis, torcido y lo único que quería era salir de allí —se giró hacia ella—. Pude impedir el crimen de mi hermano.

—Los remordimientos ya no son válidos Eduardo. Adrián también los siente y opina lo mismo. Fueron marionetas en las manos de Víctor y él es el único culpable de todo y si hubiera que reprochar algo a alguien sería a Gabrielle que sabía, que enseñó a Matilde a comunicarse. Ella pudo hablar más claro y contarle la verdad, pero el miedo a Víctor pudo más, además pagó con su vida la única vez que se atrevió a enfrentarse. Se le escapó que Matilde había redactado otro testamento. Eso fue lo que precipitó los acontecimientos. Quedarse aquí recluido lamentando no cambiará el pasado, pero... —hizo una

breve pausa y colocó una mano sobre la mano del anciano que reposaba sobre el brazo del sillón—. Tiene el amor de su hijo.

—Le imagino con ella —negó con la cabeza—. Estaba con él y luego estaba conmigo... —titubeó unos segundos—. No puedo perdonar eso, no puedo.

Marina se puso en pie desanimada. Eduardo se había encerrado en su rueda de dolor y supo que nada que dijese le sacaría de ella.

—Es una pena que no sea capaz de echar el cierre al pasado ni que tenga la generosidad de perdonar a su hijo, demasiado joven entonces para ser responsable. Adrián me tiene a mi Eduardo, pero usted está solo.

Caminó hacia la puerta, se volvió hacia el hombre que continuaba mirando las llamas de la chimenea.

—¿Sabe? Gabrielle le consideraba débil y es cierto. Fue demasiado débil para enfrentarse a su esposa enferma e impedir el horror que sentía su hijo forzado a visitarla todos los días con su cáncer expuesto. Fue débil para dominar su aversión y acercarse a su madre dejándola en manos del monstruo de su hermano, y es débil ahora para enfrentarse a su historia y enterrarla para comenzar de nuevo junto a su hijo, que ha padecido todos estos espantosos hechos igual que usted. Lo siento por usted, de verdad no sabe cómo lo siento.

Cerró la puerta y se quedó unos segundos apoyada hasta que vio caminar a Consuelo hacia ella.

—¿Ya se marcha señorita Marina? ¿Ha conseguido que el señorito le hable?

—Sí Consuelo, pero no he conseguido lo que quería. Cuida bien de él.

—No se preocupe, lo haré. Por fortuna ahora no nos falta el dinero y Adrián ya ha dejado ordenes, para que acondicionen la casa y la restauren poco a poco sin molestar demasiado a su padre. Tengo ayuda de dos doncellas y estaremos bien —se retorció las manos preocupada—. Aunque nadie me cuenta porque no puedo acudir al entierro del señorito Víctor. Me lo ha prohibido —señaló la puerta cerrada del salón—. Nadie me cuenta nada y lo poco que sé es por los periódicos donde dicen que el cadáver de la francesa apareció en el pantano y que se cree que la asesinó el señorito Víctor.

Apoyó una mano sobre el hombro de la vieja criada y apretó con suavidad en actitud de ánimo.

—Y así fue Consuelo, y más adelante leerás me temo cuando acaben las investigaciones que también mató a la señora Matilde, a Juana y a Ramiro. A todos los que se interponían entre la herencia de su madre y él.

—Siempre supe que era malo, pero nunca imaginé que...es horrible. Y yo que quería acudir al entierro de ese monstruo. Ahora lo entiendo.

Cambió unas cuantas frases más con ella intentando dar ánimos y abandonó la casa.

Ya fuera en la calle, se subió el cuello del abrigo. Eduardo tenía razón, la mañana estaba fresca con una brisa helada que golpeaba el rostro. Cruzó los brazos sobre el pecho y caminó por la acera buscando un taxi. Había sido dura y eso en un hombre tan tocado como Eduardo quizá no había sido conveniente, pero le dolía por Adrián. Eduardo tenía el carácter de su madre, siempre deseo que todo fuese bien. Quería que todo fuese agradable y que los problemas se solucionasen sin intervenir y sin afrontarlos. Nadie mejor que ella conocía el género. Introdujo a Gabrielle en su casa y nunca atajó con contundencia los ataques de Matilde hacia ella.

Quizá si lo hubiera hecho, la francesa no hubiese caído en los brazos de Víctor. Aunque puede que eso no hubiese cambiado nada.

Negó con la cabeza con rabia. Acababa de reprochar al anciano que vivía metido en el pasado y ella rememorando buscando otro posible final a los hechos. Habían sucedido así y ninguna cavilación cambiaría nada.

Elevó la vista hacia los ventanales que debían ser de la casa de Eduardo. Allí se quedaba el padre del hombre que amaba en su soledad, ella intentaría aliviar el dolor de su hijo haciéndole todo lo feliz que pudiese. El pensamiento no alivió la tristeza que sentía ante el dolor del anciano.

Diez días desde que habían vuelto y Marina se afanaba en la cocina de su casa preparando el almuerzo. Miró la hora y giró la cabeza hacia el horno. Al pollo relleno aún le quedaba un buen rato.

Adrián estaría ultimando la compra de los muebles del despacho. Le había acompañado en la búsqueda de un piso céntrico que él compró con los ahorros. Sugirió cuando admiró las antigüedades de su casa que ella restaurase una mesa antigua para el despacho, pero después de su experiencia con la chaise—longue el interés de Marina por la que fuera su afición había decaído mucho, y la mención a la historia de Gabrielle fue argumento suficiente para que el menor de los Pinel se inclinase por un estilo moderno. Los pintores habían terminado y ella le había dejado que fuese él quien escogiese su mobiliario. Además, era igual porque él siempre le enviaba con el móvil unas fotos de la compra.

Temió la presentación a su madre y más ahora que Julia había abandonado a su marido y estaba viviendo en casa de su madre con todos los niños. Se sorprendió, la actitud de su progenitora fue de una acogida cálida y cariñosa, y eso que en otro tiempo presentar como dueño de su corazón al protagonista de una historia tan truculenta como la que ya habían desmenuzado los periódicos le hubiese provocado a Marita Medina un ataque de nervios.

La vida siempre te sorprende y el comportamiento de su madre asumiendo la ruptura del matrimonio de su hermana y su relación con el menor de los Pinel la tenía a ella sin palabras. Adrián se había ofrecido para llevar el divorcio de Julia y ella había aceptado encantada.

Observó a su hermana cuando fueron a cenar la noche anterior en casa de su madre, había vuelto a ser la mujer afectuosa y alegre con los críos que fue antes, sin esa crispación continua en su cara. Sería difícil con tanto niño y de tan corta edad, pero había visto a su madre como la ayudaba y estaba segura de que reconstruiría su vida sin problemas.

Lisette le había enviado una foto ante la tumba de Gabrielle, Adrián no

pudo evitar comentar que era de mal gusto. Ella sonrió y explicó que él no comprendía el significado tan importante que tenía para ella. Al fin podía llevar flores a su hija.

El sonido del timbre de la puerta provocó un gesto sorprendido en su cara. Adrián tenía llave. Se inclinó sobre la baranda cuando abrió la puerta y casi gritó por la sorpresa al ver la figura de Eduardo ante su cancela, bajó con rapidez los escalones y franqueó la entrada.

—Adrián dejó esta dirección a Consuelo cuando llamó. Me dijo que mi hijo llamaba a menudo.

—Todos los días Eduardo —Marina trataba de contener las lágrimas de alegría que pugnaban por salir—. Su hijo ha llamado todos los días preguntando como se encuentra.

—¿Se alegrará de verme? —inquirió el anciano con timidez.

Marina no pudo reprimir el impulso y se lanzó a sus brazos. Eduardo la abrazó con fuerza.

Colgó su abrigo y le hizo entrar en el salón.

—Son unos muebles preciosos.

—Los restauré yo —señaló el sofá para que tomase asiento y en ese momento recordó algo—. Eduardo quería pedir disculpas por mis últimas palabras cuando salí de tu casa...

—No tienes porque —cortó él—, fueron esas palabras las que me hicieron reflexionar y tenías razón. Fui débil y cobarde durante toda mi vida y mi hijo se vio afectado por ello. Es posible que esta tragedia no se hubiese producido si no llega a ser por... —el anciano acarició la mano de Marina sentada a su lado—. He aprendido algo. Que el pasado es pasado y que hay que mirar al futuro con la memoria de todos nuestros errores para no volver a cometerlos. Culpar a Adrián y culparme yo sería como prolongarlo y que todo ese dolor no hubiese servido para nada.

Marina iba a responder pero el sonido de la llave en la cerradura la enmudeció.

Ambos se levantaron lentamente esperando la aparición de Adrián que se quitaba el abrigo en la entrada.

—Marina he comprado un Jerez estupendo para acompañar la comida.

Adrián se detuvo en el umbral al ver a su padre y ella temió que la botella que llevaba en la mano acabase en el suelo por la sorpresa. Se acercó, se elevó para dar un beso en la mejilla y la recogió. Tragó saliva intentando de nuevo no llorar al ver a los dos hombres fundirse en un abrazo.

Más tarde los tres terminaban el almuerzo con un brindis con el Jerez.

—Por la excelente cocinera que te llevas. Este pollo estaba delicioso.

—Es mérito de mi madre —se ruborizó Marina—, esta receta es suya.

—Espero que vuelvas a tomar las riendas de la empresa hijo.

Adrián apuró el contenido de la copa saboreando el vino y la depositó despacio sobre la mesa antes de mirar a su padre.

Me produce una inmensa alegría que vuelvas al trabajo padre, pero no quiero volver a coger la dirección de la firma. Estoy montando un despacho y me apetece mucho volver a ejercer la abogacía. Aquí, en esta ciudad y al lado de la que espero pronto sea mi mujer —desvió la cabeza y clavó interrogante la vista en Marina que escuchaba como atontada.

—Yo..esto..¿Me estas pidiendo que me case contigo? —dijo con cara de boba mientras intentaba controlar el nerviosismo—. Claro, por supuesto. Quiero decir que si, si quiero —dijo con una voz demasiado chillona por la emoción. Claro que quería ser su mujer, es lo que más deseaba en este mundo.

Se levantó de la silla y se lanzó sobre Adrián quedando sentada en su regazo mientras lo besaba. Eduardo no pudo evitar una carcajada ante la escena.

—Yo quería teneros cerca —continuó el anciano—. Sobretudo, si comienzan a venir nietos, pero si ese es tu gusto...

—¿Y porque no te quedas aquí? —interrumpió su hijo con Marina aún sentada en sus piernas y abrazada a su cuello—. Puedes hacer tus diseños en cualquier parte y enviarlos al taller.

—Eso ¿porque no? —ratificó ella.

El anciano recibió la propuesta con una amplia sonrisa.

—Estupendo, pero si tengo que vivir con vosotros habrá que ir buscando una casa más grande. Me gusta tener mi taller cerca.

—Mientras no sea la casa del pantano Eduardo —dijo Marina—. A mí me parece bien.

—Tranquila, vida —contestó Adrián—. Esa ni en broma.

EPÍLOGO

Querida Lucia, unos días después de volver a casa, tras los acontecimientos tan traumáticos, donde tu milagrosa intervención ha permitido que yo viva esta vida, decidí dedicar algunos momentos a unas letras.

Fue entonces que tomé la decisión querida amiga, de escribir este diario dirigiéndome a ti, quizá con la esperanza de que tú, ángel que acudió en mis peores momentos, escuches y compartas esta felicidad que siento.

Llegó Eduardo a mi casa días después de regresar de Madrid. Es maravilloso, padre e hijo están cada vez más unidos.

Nos ha regalado una casa inmensa frente a la playa y es genial, ha recuperado, quizá influenciado por el color de mi hermoso Mediterráneo, el azul para sus diseños.

La colección que está a punto de lanzar te habría encantado, es la más bonita que ha hecho. Los zafiros han vuelto a su creatividad, combinadas con otras piedras llenas de color y de luz.

Estoy embarazada de siete meses, es una niña. Se llamará Lucía, querida amiga. Ninguno de los dos dudó que tenía que llamarse así, si era niña.

Te lo debemos. Adrián está desconocido. La felicidad le ha dado una luz distinta, para mí que está más guapo, sonrío continuamente y la idea de ser padre le tiene como loco.

Mañana será el día que dé el si quiero.

Si, querida Lucia. Seré una novia con bombo. Estos cabezotas, padre y abuelo, dicen que no están dispuestos a que su hija y nieta nazca fuera del matrimonio.

Mi amado Adrián dice que seré la novia más hermosa que ha existido, y es cierto, con mi barriga y todo me encuentro guapa, no sé si es porque me siento amada y porque amo con todas mis fuerzas.

Querida Lucia, allá donde estés, espero que puedas ver la maravillosa existencia que gracias a ti tenemos hoy. Nosotros te recordaremos todos y cada uno de los días que nos queden y sí tienes a Gabrielle por ahí cerca, dale las gracias, por qué lo que tengo es por ella. Su madre, mi querida Lissette no podía faltar. Para mí es como una segunda madre, ahora comprendo el gran amor que sentía Gabrielle por ella. Es una mujer maravillosa que ha vuelto a recuperar la alegría sabiendo que su hija ahora está en paz.

Dile también, querida Lucia, que la he perdonado y que deseo haya encontrado la paz y lo que tanto buscaba en la fe que siempre tuvo cuando estaba en este mundo.

Gracias Gabrielle por haber conducido mi vida a este camino que ahora recorro.